



v. 1-2

**Es propiedad de los herederos
de D. Eusebio Blasco.**

IMPRESA Y ENCUADERNACIÓN DE J. RUEDA, HUERTAS, 58.

1903

LIBRERÍA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTÍNEZ

OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blasco



PRIMEROS Y ÚLTIMOS VERSOS

Poemas, Artículos y Epilogo inéditos.

Juicios de los mejores escritores.

TOMO I

MADRID

LIBRERÍA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTÍNEZ
Correo, 4.—Teléfono 791

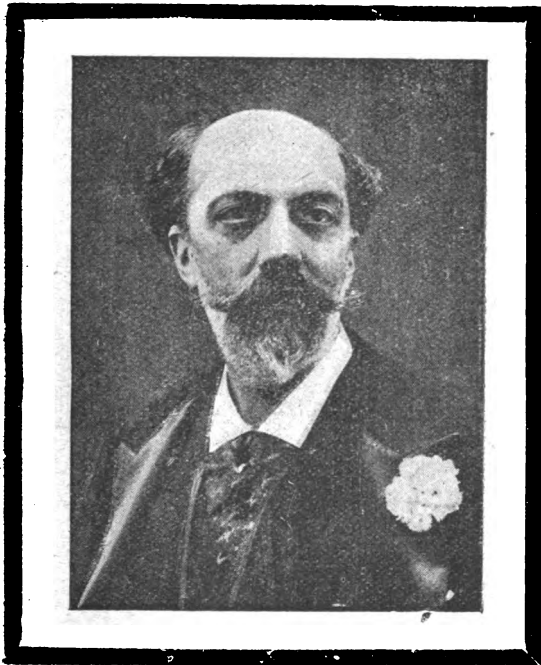
1903

PRESERVATION

COPY ADDED.

मल्ल वंशिका वि. वि.

वि. वि.



Nació en Zaragoza el 28 de Abril de 1844.
† en Madrid el 25 de Febrero de 1903.

554557

TO YOU
ABROAD

EUSEBIO BLASCO

DE SU VIDA Y DE SU OBRA

Fué una admirable vida luchadora que hasta en los días de la vejez corporal tremoló, gallarda y risueña, la animosa bandera juvenil.

Blasco, á los veinte años, entra en *La Discusión*, de cuya redacción salen compañeros suyos á ser ministros y él á seguir peregrinando con la pluma. Blasco valía más que todos; por eso no fué ministro, y por eso siguió siendo escritor.

Juventud bizarra y andariega, vivió al calor de los pronunciamientos; pluma inquieta y audaz, dejó en los fondos políticos la excitación de las barricadas.

Así la vida y la obra juveniles de Eusebio Blasco fueron siempre amigas en estrechez y siempre fueron hermanas en independencia generosa.

Cuando el látigo de la experiencia sacudió su implacable azote al periodista; cuando, con los treinta años, le sobrevinieron desengaños á miles, un ansia de volar le llevó á París, donde, entre duelos y quebrantos, su don de gentes le abrió las puertas de *Le Figaro*.

Y allí, entre franceses boquiabiertos y pasmados, elegantes, frívolos, el andariego español se llevó la gente de calle. *Mondragón* recortó su pluma *progresista*, vistió delicadamente sus escritos, hizo *chic* su natural conversación amena y los miles de francos se gastaban como agua en irreprochables levitas inglesas, con cada *boutonnière* como un puño.

Esta época del Blasco *boulevardier* fué una campanada para sus colegas de aquí. Porque los de aquí seguían atracándose de *bistés*, tomando, por todo lujo, los helados de Pombo y haciéndose de cuatro en cuatro años, un paletó como los de Fernando VII.



Echado por las añoranzas, Blasco, triunfante y parisién, vuelve á Madrid y llena el Ateneo con su oratoria. Se le ve elegantón y simpático, fino y cariñoso, rondar los saloncillos y comer pasteles en el *buffet* del Congreso. Aquellos días son el «momento de oro» de este Nabab del periodismo español.

Cobra artículos en *El Liberal*, en *La Correspondencia*, en el *Heraldo*, en *La Ilustración*; tiene un gran sueldo como corresponsal de grandes diarios franceses, y, últimamente, le dan 35.000 reales en Hacienda. Y conforme otros se hubieran echado á la holganza, él, batallador *por necesidad*, como el Cid, no come, no vive, no sosiega y da abasto á todos los periódicos *algo qué*, y resucita su viejo repertorio teatral, y arma la de San Quintín con los abonados de la Comedia, manteniendo en el cartel sus ¡*Pobres hijos!*

Desde entonces acá, la vejez, que jamás penetró en su alma, hizo presa en su organismo cansado. Pero entonces Blasco se acuerda de que es *aturro*, y su tenacidad aragonesa lucha á diario con el mal.

Cae en cama, y sigue escribiendo; convalece, y escribe más, con un brío tan juvenil, que á los mismos jóvenes nos asombra; con una espontaneidad y una frescura tales, que nos hacían creer en el milagro.

En esta década de combate rudísimo, el alma de Blasco se despoja de la frívola vestidura parisién y vuelve á encapucharse el pardo sayal español. Blasco, entonces, asoma á sus artículos la piedad, el amor á los pobres, el diario pedir por los explotados. Y desde entonces son sus campañas por los presidiarios, por las *blancas* con trato negro, por

el sereno del Prado, por el cobrador del tranvía... El escritor audaz del 70, al sentir en las soledades de su alcoba los avisos de una cercana muerte, vuelve sus ojos á *la Pilarica*. Y en aquel gran misterio temible, la pluma que cantó á las barricadas, suaviza sus ardores, templa sus arrebatos y escribe, entre inacabables ansias de reposo, sus misteriosas esperanzas de otra vida...



Labor soberanamente espontánea; gallardísima, porque fué sin sujeción y sin precepto; prodigiosa, porque abarcó todo el campo de escribir; en su misma rica variedad tiene la mejor alabanza.

Blasco, poeta, cantó en *Soledades* las melancolías del amor, llorando, con rima becqueriana, tristezas de novio y sueños de estudiante. En las estrofas de *Corazonadas*, puso hieles de castigado y querellas de vencido, y á no tener la grandeza de sus crónicas, quedarán sus poesías testimoniando un talento grande.

Blasco, autor teatral, caminó por la escena á compás del gusto de su tiempo. Hizo llorar á toda una generación de románticos, enfilando por los senderos de Eguilaz muchas comedias *caseras* y sentimentales.

Fué más tarde de braceté con la tendencia *socialista*: triunfó en *¡Pobres hijos!* con triunfo memorable y sonado, y últimamente, cuando los maullidos del *morrongo* hacían del *tango* un himno nacional, Blasco sacó de quicio á las *demimondaines* de la Zarzuela con su chusca habanera de *Los timplaos*:

A la som-

A la sombra de un plátano verde...

Pero sobre todo y ante todo, Blasco periodista, incomparable en adivinar *la corriente*, único y sólo en recoger la actualidad, es el maestro, el grande, el *joven*, el que no ha tenido ni tiene comparación.

La gracia, la frescura, el buen humor—no el humoris-

mo—que hay en *tolas* las crónicas de Eusebio Blasco, parecen responder al dicho de Schopenhauer: «*La brevedad es el alma del talento.*» Al morir el maestro se lleva el secreto de su amenidad *española*—¿quién dijo que parisién?—y á su entierro popular y sentido, han ido, en duelo abigarrado, el duque, el senador, el marido de una figuranta, la descarada chulapona *del sobaco*, el tendero que, de año en año, viaja en el sudexprés; el chico de *la gorra*, que sube con los socios del Casino en el ascensor; la Pilar, que está muy bien *comprometida*...; todo el Madrid bullanguero y frívolo, que cena en Lhardy ó ayuna en los bancos de Recoletos ..; todas esas *flores de corte*, hampas de frac ó gentuza de sombreros plumeados; Rinconetes que vocean periódicos ó Justinas que van en coche...; todas esas almas *sin alma*, que un día y otro desfilaban pintorescamente por las crónicas del gran muerto.

Ya lo cubre la tierra, y con él se ha ido para siempre de entre nosotros el argumento Aquiles contra el *senes de-pontani*...

CRISTÓBAL DE CASTRO.



LA PRODUCCIÓN DE BLASCO

Sólo con la producción
que Blasco dejó en cartera
podía hacerse cualquiera
Una gran reputación.

Por mí, cambiaba en seguida,
si el cambio pudiera ser,
lo que él deja por hacer
por cuanto haga yo en mi vida.

EL SASTRE DEL CAMPILLO.

LA DIFÍCIL FACILIDAD

¿Cuánto no se habla de ella entre literatos y artistas? Yo, desde que empecé á interesarme por tales asuntos, solo he acertado á definir aquel don de los dioses, tan mal estimado de los hombres, diciendo sencillamente: *Véase Eusebio Blasco.*

Blasco ha muerto en la brecha... Esa frase, tan de acción en la hora presente, siempre tiene algo de trágica expresión. Tratándose del amigo cuya pérdida lloramos, la consabida frase hecha es naturalísima; porque la tal brecha no era sino la propia naturaleza de Eusebio Blasco. La lucha por la existencia le habrá ofrecido, fuera de las jornadas brillantes y victoriosas, momentos de amargura y de cruel afán. Pero la lucha por el pensamiento y la palabra era para él lo que para el ave remontar el vuelo y para el delfín jugar sobre la onda.—Oh hermanos en oficio y compañeros de fatigas, una brecha así que no nos falte hasta el último día; porque el definitivo y positivo descanso todos lo tenemos bien seguro. ¿A qué hacer castillos en el aire, si todo ha de parar en cuatro palmos de tierra?

Mientras tanto trabajemos. El que no pueda con la difícil facilidad del productor admirable que acaba de morir, con aquella firme voluntad que acierta á encontrar el oro en las entrañas del pedrusco.

Preguntaban á Auber en cierta ocasión:

—Maestro, ¿quién le parece á usted mejor, Meyerbeer ó Rossini?

Y el maestro respondió:

—Rossini es la fuente; Meyerbeer, la mina.

«Ingeniosa clasificación (escribía yo en un prólogo puesto á un libro de Eusebio Blasco) que podría aplicarse

igualmente á los artistas y literatos todos; porque mientras hay unos—como decía el autor de *La Mutta* del autor de *Los Hugonotes*—que poseyendo dentro de sí ricos tesoros, han menester de constante y tenaz labor para sacar á la luz del día, pulidos y brillantados, los productos del oculto venero, hay otros hombres—como el músico inmortal de *El Barbero de Sevilla*—que al jugar de los dedos sobre las teclas del piano, ó al vagar del lápiz en caprichosos trazos, ó al correr de la pluma, hacen surgir el concepto melódico, la escena de la realidad ó las visiones del espíritu, sólo con dejar fluir la natural corriente de su ingenio, sin que baste la pereza á esterilizar el manantial, ni la voluntad y el trabajo excesivo á mejorar lo que de suyo es bueno, ni hacer más copioso lo que de suyo es abundante. A esta casta de artistas, á los del lado de la fuente, pertenece Eusebio Blasco.»

Sólo con la muerte ha podido dejar de correr la fuente siempre fresca, siempre clara, siempre igual...

Perdona, amigo inolvidable, si al dedicarte estas cuatro palabras, *me repito*, y voy á buscar flores para el homenaje de hoy entre las páginas del libro de ayer. Pero ¿cómo hallar frases nuevas y variadas para expresar un sentimiento viejo é invariable?... Esas flores no son flores secas; porque el Blasco que ha dejado la pluma con la vida era el mismo de siempre, y mis opiniones de ahora respecto de él son las mismas de hace diez y siete años. Con una mejora. Si en la calidad no ha variado, en la cantidad ha tenido que acrecentarse mi admiración, á medida de la difícil facilidad con que este ingenio inagotable ha seguido produciendo, sin descanso ni tregua, sin fatiga ni desmayo... Sorprendido hace cinco meses por la dolencia aguda en donde había ido á prevenirse contra ella, tenía en marcha y en el telar tanto trabajo como en sus fecundas mocedades, y tanta soltura y presteza para despacharlo como entonces. Bien pudo, habrá un año, pronosticarle Madame de Thésbes que cumpliría los ochenta y dos. La ladina émula de Madame de la Pilongue sabía que

Blasco no pasaba «por dentro» de los treinta, y un alma siempre joven conserva mucho un cuerpo algo gastado.— Pero no hay regla sin excepción, y el fin de Eusebio Blasco, en pleno anhelo de vivir y de trabajar para sí, y para los suyos, y para su público querido, constituye una excepción bien cruel y dolorosa de la regla que sin duda tuvo en cuenta la sibila parisiense.

¡Ah! Para sortear las asechanzas de la muerte, no hay difícil facilidad que valga.—Blasco, á pesar de una suma de trabajo que asustaría al mismísimo Tostado si se vieran juntas todas las cuartillas que llenó con aquella su escritura caprichosa, clara y elegante en su extraña incorrección, apenas si se sirvió de su difícil facilidad para ir saliendo adelante en la vida.

*Bástale al día
su propio afán*

decía con el Evangelio; y como lo decía, lo practicaba.— Don José Zorrilla nos contó que su madre fué una alondra, su padre un ruiñón. De igual suerte hubiera podido Eusebio Blasco saludar en su abolengo á la cigarra y á la hormiga. ¡Singular antinomia, paradoja viviente, que echa abajo la moraleja de la fábula famosa!

Merced á ese humor de cigarra y labor de hormiga, abandonando la pluma al impulso del momento, á aquellas ganas de reír ó de llorar, que hacían decir á otro poeta

allá van versos donde va mi gusto,

escribió Blasco comedias y proverbios; zarzuelas bufas y poesías llenas de sentimiento; romances que un día parecen de Góngora y otro de Serra; notas del alma y de la fe que no parecen ciertamente hermanas de los cáusticos y excépticos donaires del *Gil Blas* y *El Garbanzo*; novelitas cortas en que la observación de lo real conmueve é impresiona; cuentos y narraciones en que la fantasía se va por los cerros de Úbeda, y el lector la sigue cautivado y seducido; artículos políticos para todos los gustos, según

soplan los vientos en esta desmantelada meseta de Castilla; himnos un día á las rancias reliquias del pasado, y cánticos después en honor de las fecundas promesas del porvenir; cuando el estudio castizo y puro de las cosas de la tierra; cuando, la movida y frívola croniquilla parisienne... Y sobre todo el inmenso montón de sus originales pudiera ponerse la frase aquella de las cédulas y los pasaportes: *Va sin enmienda.*

La tachadura, la corrección y el retoque eran para Blasco delitos de lesa majestad artística. Y la difícil facilidad que le caracterizó, era tan conocida de toda casta de gentes, que al enviar un día recado á su zapatero, á ver si se daba prisa en terminar un par de botas, el maestro de obra prima, replicó al criado del escritor:

—¡Dígale usted á Don Eusebio, que si se figura que hacer un par de botas es lo mismo que hacer una comedia!

Por aquel tiempo dieron los envidiosos de su fecundidad en acusarle de «fusilero». Y yo entonces escribí: «Sus facultades de asimilación han contribuído en gran modo á la renovación de nuestros gustos. Es de los que más han modernizado nuestros periódicos y nuestros teatros, sin despojarles—en este punto es intransigente—del carácter nacional. Cuando las operetas bufas de Offenbach daban la vuelta al mundo, dijo que lo que hacían en París Meilhac y Halevy, bien podían hacerlo otros en Madrid, y entonces compuso á vuela pluma *El joven Telémaco* y media docena de farsas igualmente jocosas. Trajo al teatro español los proverbios franceses, dándoles tal aire de Madrid, que parecían tan hijos de la tierra como el sainete y el pasillo. De entre las seis ó siete deliciosas escenas de *Un caprice*, de Alfredo de Musset, hizo surgir una comedia en tres actos, tan llena de interés como de carácter castizo. ¡Oh, qué brigadiera aquella de *El pañuelo blanco!*—Los que acusan á Blasco de plagiarlo, deberían comunicarnos esa receta tan sencilla que hay para convertir una marquesa de Musset en una militar española, y para sacar de no sé qué oscuros rincones de París

una andaluza como la de *Los dulces de la boda*, ó un catalán como el de *Jugar al escondite*. Pudieran también decirnos de paso cómo se puede, sin perder el gusto de la clásica sopa de ajo y el puchero nacional, paladear de pronto aquella refinadísima esencia de la cultura parisienne, que bautizó Nestor Roqueplan con el nombre de *parisina*, y cuyo aroma sutil y penetrante no aciertan á percibir muchísimos hijos de la gran ciudad, con ser ellos—¿y cómo no?—los mayores devotos de esa sustancia impalpable é inasequible.»

En esos, que yo estimaba como méritos, veían otros los pecadillos literarios del aragonés á machamartillo, del español á carta cabal, que encarnó como nadie entre sus compatriotas y contemporáneos, la difícil facilidad en la producción literaria y periodística.

Y al llegar aquí, y enviar el último saludo al amigo ilustre, se me ocurre que estas líneas deberían llevar otro título más expresivo. Póngaselo el lector leyendo:
Un nieto de Lope.

* * *

Eusebio—según quiénes lo saben—viene á significar en griego *el piadoso*.

El piadoso, en la acepción humana, no en la acepción mística del vocablo.

¿Conocía ese significativo el que tan desenfadadamente puso en solfa la lengua griega, al trazar la caricatura de *El joven Telémaco*?

A sabiendas ó no, Eusebio obedeció admirable y constantemente, en los últimos años de su carrera literaria, á aquel precepto de: «El hombre obliga».

El despiadado satírico de antaño se había convertido en el más misericordioso de los escritores.

Lo mejor de su cerebro y de su corazón poníalo al servicio del pobre, del humilde, del desamparado.

Honremos el nombre del que supo dar á su pluma tan honrada y generosa aplicación.

MARIANO DE CAVIA.

UN BARRIO ILUSTRE

Eusebio Blasco ha muerto en el barrio de sus predilecciones, en el que habitaron algunos de los ingenios más insignes del siglo de oro de nuestras letras y los comediantes más famosos de aquellos tiempos más memorables.

La calle de Cervantes es la antigua de los Francos, apellido de una ilustre familia que dió muchos corregidores á la villa. En el núm. 2, que tenía su entrada por la de León, vivió el inmortal autor del *Quijote*, y al ser demolida y reedificada en 1833, se colocó en ella la lápida conmemorativa que aún existe, y que fué costeada por el comisario de Cruzada D. Manuel Fernández Varela, gran protector de las letras y uno de los magnates más fastuosos que tuvo Madrid en la primera mitad del pasado siglo.

En el núm. 15 vivió y murió Lope de Vega, y la casa que hoy allí se levanta es la misma que habitó el Fénix de los Ingenios, habiendo sufrido muy pocas variaciones.

La calle de Lope de Vega es la antigua de Cantarranas y en ella está el convento de Trinitarias Descalzas, fundado en 1609 por doña Juana Gaitán, hija del general D. Julián Romero. En la iglesia de este convento fué sepultado Miguel Cervantes, y en él profesó una hija natural de Lope de Vega, llamada doña Marcela en el mundo y en el claustro sor Marcela.

La calle de Quevedo, que se llamó antiguamente del *Niño*, lleva el nombre del esclarecido ingenio de la corte de Felipe IV, porque era de su propiedad la casa hoy señalada con el núm. 9.

En la entrada de la calle del León, por la del Prado, hasta la de Francos y Cantarranas, había una plazoleta que se conocía con el nombre de *Mentidero de los repre-*

sentantes, porque era el sitio de reunión de actores y aficionados al arte dramático. En sus alrededores vivían las actrices más famosas, y en la esquina de la calle de Santa María estuvo la imagen de Nuestra Señora, á la que la actriz Catalina Flores, habiendo quedado tullida de un parto, hizo una novena, en cuyo último día pudo abandonar las muletas, habiendo recobrado la salud.

La imagen fué trasladada á la iglesia de San Sebastián, fundándose con este motivo la cofradía de Nuestra Señora de la Novena, á la que designaron como su protectora los artistas dramáticos.

Sea por estos recuerdos ó por su proximidad á los teatros y al centro de la capital, es lo cierto que este barrio fué preferido por artistas y literatos para establecer en él su domicilio y su estudio hasta que las obras del ensanche le ofrecieron más luz y más aire en otras partes.

Eusebio Blasco fué siempre fiel al que llamaba cariñosamente *mi barrio*.—Yo no puedo vivir en Madrid, decía, sin escuchar todos los días las campanas de las Trinitarias, sin ver á poco de salir de casa las torres de San Jerónimo y los árboles del Retiro.

Y al menos en esto se ha cumplido los deseos del escritor ilustre, del que fué tan trabajador.

A su lecho de muerte llegaron los sonidos de aquellas campanas que le despertaron tantas veces al trabajo y á la lucha por la existencia.

Hoy el barrio de las Huertas, de las calles del Prado, de Cervantes, de Lope de Vega y de Quevedo, no es ya lo que era, y el de Salamanca y el de Argüelles le han quitado á literatos y artistas que en aquellas calles históricas tuvieron sus moradas.

En la última del notable escritor que enterramos hace pocos días en el cementerio de Santa María, se ha encontrado á muchos amigos; su féretro pasó por delante del sepulcro de D. Emilio Mario, que con tanta predilección puso muchas de sus obras en escena, compartiéndolas sus éxitos. Su sepultura se abre cerca del sencillo mausoleo

que guarda los restos de María Buschental, á cuyas inolvidables tertulias Blasco no faltaba. En un nicho próximo descansa para siempre Bárbara Lamadrid; en el patio de al lado está Felipe Ducazal, cuyo recuerdo está tan íntimamente unido al período de la Revolución y á los primeros años de la Restauración. Blasco ha ido á reunirse con muchos amigos. Los que vamos quedando muy solos aquí, somos los que nos alejamos de la juventud y vivimos en gran parte con los recuerdos.

El barrio en que vivió y ha muerto Eusebio Blasco los guarda muy ilustres, y el querido y llorado amigo, el maestro en el periodismo, el autor de tantas obras preciosas, ha contribuído poderosamente á aumentarlo.

KASABAL.

À LA MEMORIA DE EUSEBIO BLASCO

Soneto leído en la velada que en homenaje de tan ilustre aragonés
ha celebrado el Ateneo de Zaragoza

Máquina de escribir, raro portento
de amenidad, de gracia y ligereza;
tipo elegante, escultural cabeza,
albergue propio de su gran talento.

Fué famoso en la crónica y el cuento
y en su teatro abunda la belleza;
ensalzó la humanidad y la pobreza
y al desvalido le prestó su aliento.

Pasma y asombra su labor honrada,
pues devoró á montones las cuartillas,
y sólo ante la muerte despiadada,

que hunde torres y abate maravillas,
¡se inclinó aquella frente, coronada
de laureles y *rosas amarillas!*

MARCOS ZAPATA.

EL MAESTRO

... Ya hacía algún tiempo que se le llamaba así; y él, que alardeaba de perenne juventud intelectual, teniendo siempre la misma gallardía en la última crónica que daba á las cajas, aceptaba el título con legítimo orgullo porque sabía que le era otorgado sinceramente, aunque tres ó cuatro principiantes ó advenedizos de la literatura lo quisieran tomar á chacota... con la sana intención de provocarle para que de ellos se ocupara: cosa facilísima, porque Eusebio Blasco ha sido—y hay que decirlo en honor suyo—quizá el único *profesional* que no ha tenido envidia á nadie.

Pasó toda su vida elogiando á los demás, alentando á la juventud, animando á los retraídos y únicamente guardaba lo acerbo de sus censuras para aquellos que en el orden social, sea cual fuese su categoría, falseaban cualquiera de los sanos principios de justicia que deben informar la vida.

Sabía dirigir el sentimiento de la caridad en los poderosos hacia los que realmente son necesitados, «descubriendo» los verdaderos pobres; hacíase eco de todas las buenas causas y era paladín noble y esforzado al esgrimir la pluma en pró de quien sufriese vejaciones ó injusticias.

Demócrata por temperamento, tenía á la par los rasgos aristocráticos que dá la supremacía del talento: por eso estaba siempre «en su sitio»: lo mismo en las barricadas de la plaza de Antón Martín, que comiendo en la mesa con su amigo el exrey Milano.

Su estancia en París acabó de afianzar su personalidad de cronista; en aquella prensa donde hay maestros en el género, fué Eusebio Blasco de los primeros, no obstante su procedencia española, que tantas dificultades hubiese crea-

do á otro cualquiera: después de haberlo sido él, parece cosa fácil ser un español redactor de *Le Figaro*, y, sin embargo, el caso no se ha repetido.

Durante medio siglo, la personalidad literaria de Eusebio Blasco no cesó de destacarse: aquella multiplicidad de aptitudes, tan envidiable por todos conceptos, y que le hacía aparecer como poeta, como autor dramático, como periodista, como cuentista y hasta como empleado de Hacienda, es la que difícilmente podrá borrarse y desaparecer como la de tantos otros que si en vida fueron algo merced á las veleidades de la fortuna. esfúmanse, después de muertos, en el gris horizonte del olvido.

Eusebio Blasco será siempre el autor de *Soledades* y del *El Pañuelo blanco*, el ingenuo cuentista aragonés y sobre todo el cronista de la España frívola y desequilibrada de los últimos tiempos.

La muerte será la consagración absoluta de su genio: nadie osará ya discutirle, nadie tendrá el mal gusto de poner en duda las virtudes del que pasó toda su vida trabajando... Hubo una vez que intentó ser diputado como *socialista cristiano*, y se quedó en la estacada: más vale así. Tenía bastante con la investidura de su genio.

FÉLIX LIMENDOUX.



HASTA LUEGO

—

La muerte no oyó mi ruego
y darte muerte le plugo:
tu fosa con llanto riego;
y digo con Víctor Hugo,
querido Blasco: *Hasta luego*.

José MARÍA NOGUÉS.

¡DICHOSO!

Esperaba el cortejo en medio del recinto, frente á la rotonda de la capilla, y sentía tanto frío en mis manos, que las apoyaba, para calentarlas, en aquellos sarcófagos semejantes á bomboneras.

Y el cortejo pasó, azotado por el húmedo viento en el patio sin horizontes, escuchando el aullido de los encadenados perros del conserje, pisando la tierra recién removida, cuadrículada á trechos, unas veces por la piedad y otras por el olvido.

Todas las cabezas se descubrieron y el féretro pasó. Negro, lujoso, de airosos soportes y apretados enguantos. Dentro, desnudo, envuelto en un lienzo, como en clámide augusta, dormía Blasco su eterno sueño místico.

Con el tributo de su vieja cohorte, recibía el noble homenaje de la juventud luchadora. Tres generaciones de artistas, de literatos, de pensadores, se asomaban á un hueco vacío para ver cómo le llenaban las cenizas del genio.

Y hacía tanto frío y era tan penetrante y tan hondo, que, al verle colocado en el muro, resguardado del cierzo, protegido de cuanto punza y hiere, los menos impasibles murmuraban: ¡Dichoso él!

Porque vivir y morir es eso. Sentir la lucha y amar el descanso. Hacerse amar y olvidar á tiempo. Llevar algo encendido en la frente y dejar tras sí el eco de los latidos de un corazón.

¡Dichoso! Al nacer, una nueva concepción de la vida, de la belleza, de la justicia, se forjaba en el cerebro del mundo, y al hervor de una revolución redentora fijábanse los moldes de una sociedad venturosa y alegre.

Al lanzarse á la arena, aún no estaba rojizo el palenque; faltaban luchadores, y las gentes sedientas de grandeza les preparaban entusiastas palmas y lauros.

Y los luchadores vencían. Sus cantos eran gritos de triunfo, y conforme derribaban los viejos ídolos, el coro les aclamaba diciendo: ¡Hossanna á quien viene en nombre de la verdad y del porvenir!

Aún no había nacido á la luz esta generación que de todo duda, que de todo se mofa ó desespera, que está siempre triste, que encuentra calientes los sarcófagos y helados los besos.

¡Dichoso! Sus propias melancolías eran gozosas. Si sentía escaparse la vida era mirando unos ojos negros; si esperaba en vano á la mujer adorada era murmurando plegarias á la Virgen, ó besando el retrato indulgente y piadoso de la madre.

Llevaba siempre un ara en su cerebro, en donde se alzaba un Dios de misericordia; oprimía siempre una bandera en sus manos, en donde se simbolizaba con dolores de fuego y oro una patria feliz, áurea y sangrienta.

Luego vino la decepción, el desencanto para todos; jamás para él. Cuando los jóvenes vacilaban, él seguía su camino risueño y alegre; cuando á todos circundaba el silencio, él seguía escuchando inefables coros y acordes misteriosos de claves escondidos.

Y así vivió y murió, triunfante sin odio, victorioso sin lucha, esperanzado sin negación ni duda; no viendo en el ocaso de todo un ideal, sino los últimos destellos, que á él siguieron pareciéndoles auroras.

¡Blascol! ¿No es su nombre evocación de aquella infancia que todo lo creía? ¿No es su labor propia de aquella juventud ingenua y entusiasta que, esperándolo todo, lo amó todo, pasado y porvenir, leyenda y verdad, tradición y reforma?

Puesto en el caso de renegar de lo viejo ó lo nuevo, prefirió suprimir toda oposición y, estrechando contra el pecho la dorada piqueta, se acercaba y besaba el muro.

Y eso es lo que enterramos, pálidos de dolor, vacilantes de fatiga y cansancio, apoyando las manos heladas en los blancos sarcófagos que, en nuestra frialdad, nos parecen calientes.

¡Adiós, Blasco dichoso, adiós! Se marchó contigo algo infantil, algo que no tiene quizás horizontes que se pierdan en vastas lejanías, como no los tienen esas casas de campo con que juegan los niños.

Pero que es tierno, blando, amoroso, como tus libros, como tus dramas, como tus crónicas adorables, en que siempre hay un rayo de luz y unos haces de grato calor.

Nosotros también te seguimos; pero no nos acompañará quizás ni un amigo, ni á nuestro paso se arrojarán flores, ni de nuestro acento desmayado resonarán ecos.

Y faltos de esa fe que consuela y de ese vigor que tonifica, caeremos fatigados sin gloria, para que sobre nuestro cuerpo, que no encontró ni ambiente, ni luz, ni amor, ni misericordia, se deslice aterido el gusano.

ANTONIO ZOZAYA

A EUSEBIO

Ni pomposos funerales,
ni enlutada colgadura,
ni regar tu sepultura
con lágrimas fraternales,
ni flores artificiales,
ni el ruego de la campana;
lo que en tu tumba cristiana
consuela mi corazón,
es rezarte una oración
y decirte: «Hasta mañana »

ANTONIO GRILO.

EUSEBIO BLASCO Y EL ATENEO

Las generaciones pasan: son ríos que van al mar, que es el morir, como dijo el poeta.

Nuestra generación se acaba, y se van aclarando en el Ateneo las filas de los antiguos socios, como en la batalla, y batalla es la vida, se aclaran las filas de los soldados.

Desapareció Gabriel Rodríguez, una de las figuras más nobles del último siglo, en aquella España que ya parece que están tan lejos.

Acabamos de acompañar el cadáver del inolvidable Figuerola, y casi al mismo tiempo hemos despedido á Eusebio Blasco, el inspirado poeta, el periodista incomparable, que durante tantos años ha regocijado con su estilo ameno, sus arranques inesperados y su gran fecundidad las columnas de la prensa; el autor dramático que tantos y tantos aplausos ha oído en el teatro y que deja un repertorio, que será archivo de ingenio, de gracia y de vida cómica, sin que en él falten hermosas escenas dramáticas y rasgos profundos de sentimiento; el insigne literato, en suma, que ha honrado la literatura española del siglo XIX; y, por último, el ateneísta constante y leal á la casa, como nosotros los ateneístas decimos.

Allí dió conferencias, siempre aplaudidas, leyó versos, siempre triunfantes de la vulgaridad ó del hastío, presidió sesiones animadísimas, y dió á la ya célebre *cacharrería* una buena parte de su gracia y de su ingenio en conversaciones que no se olvidarán nunca.

Así Blasco, que sabía escribir como pocos, que sabía versificar como verdadero poeta, que dialogaba en el teatro con carácter propio, pero emulando á Bretón y á Serra, brillaba quizá más en la conversación amistosa; por que

como en él todo era espontáneo, la conversación entre amigos le encantaba y él encantaba á todos con sus ocurrencias, cuentos y chisporroteo de gracias, que, á pesar de su larga estancia en París, eran siempre españolas.

Yo no he de hacer un análisis de su extensa labor, no he de hacer un análisis de sus obras, no he de ser crítico del compañero y del amigo; le admiré siempre y le aplaudí con alegría; hoy le despido con tristeza.

La gente vieja se va; pero Blasco, en rigor, no pertenecía á la gente vieja, aunque por cariño y simpatía hiciera alarde de pertenecer á ella; el espíritu de Blasco era siempre joven, y aún en sus últimos meses, si el cuerpo se desplomaba, protestaba el espíritu, y en la cama escribía sus últimos artículos, apartando al dolor con una mano mientras con la otra llenaba cuartillas y cuartillas.

Obrero infatigable del arte, el mismo día que murió estaría preparándose para escribir otro artículo más.

No le dejó la muerte, que entre otras muchas malas cualidades tiene la de ser inoportuna y malintencionada.

Estas líneas son un adiós más al compañero y al amigo.

José ECHEGARAY.



Eusebio Blasco, el poeta de las *Soledades*, el autor de cien comedias y de cien mil crónicas pertenece á la gloriosa extirpe de nuestros clásicos, que escribieron mucho porque vivieron mucho.

Zaragoza se honra al honrar á este incansable luchador que nunca dejó dormidas sus asombrosas aptitudes y en una larga vida de trabajo conservó siempre la bondad de su corazón infantil.

J. ORTEGA MUNILLA.

BLASCO

RECUERDOS INTIMOS

¡Por fin descansa! Tal es el epitafio que podía ponerse en su sepultura. Lo que fué actividad, energía, movimiento, es ahora reposo, inercia, nada.

Silenciosos, inmóviles, con los ojos arrasados en lágrimas—cuantos desde la adolescencia fuímos sus compañeros y le tratamos íntimamente—presenciamos la otra tarde cómo hundióse en el polvo el obrero intelectual que durante cuarenta y pico de años fué regocijo de las letras, lo mismo en prosa que en verso.

El padre, el esposo, el hermano, el amigo, el poeta, el literato, el periodista, todo lo que significaba aquel cuerpo y aquel nombre, desapareció bajo una capa de tierra, allá en el nicho 91, bajo, del patio llamado de las Ánimas, de la Sacramental de Santa María.

¡Pobre Eusebio! Qué razón tenías cuando, abogando por las viudas y huérfanos de los escritores y poetas que carecen de recursos, nos decías:

—El dinero de las letras, para el que tiene un momento de popularidad, se parece al del juego. El autor llena el teatro, vende cien tomos.... se encuentra de pronto con un aluvión de monedas....; para él los duros son *fichas*, no les da valor, los arroja sobre el tapete verde de la vida, se le acaban. ¡A ver, editor, empresario, representante, vengan más *fichas*! Pero, ¡ay! un día se acaban; el que las prestó reclama dinero constante...., intereses, sangre del alma. ...; las obras del autor pasan á su mano; las viudas y los hijos cumplen con la frase evangélica; las culpas de su padre caen sobre ellos en forma de privaciones, de miserias y de dolores....

El público, en vez de comprender que un artista no es un hombre como los demás, y que sus gustos, aficiones y su vida, fatalmente desordenada, no pueden compararse á la metódica y arreglada vida del hombre vulgar, suele demostrar al que no conoció el valor del dinero. ¿Qué mayor desdicha?

¡Tenedles lástima, no les censuréis, los que aprendisteis tantas bellezas en sus libros, los que os deleitásteis oyendo sus comedias! Sus rentas las perciben los que le explotaron y sus hijos son muy desgraciados!....

¡En estas palabras, parece que el pobre Eusebio presentía el porvenir que aguardaba á los pedazos más queridos de su corazón: su santa mujer y sus amantes hijas.



Desde la edad de diez y seis años que perdió á su padre, á quien pocos meses antes había dedicado sus primeros ensayos poéticos titulados *Veladas de verano*, impresos en Zaragoza en 1861, hasta poco antes, de su fallecimiento, Blasco no cesó un solo día de trabajar para sostener primero á su madre y hermanos y luego á su mujer é hijos. Asombra su prodigiosa fecundidad, pues en los cuarenta y pico de años de vida política y literaria, sus crónicas y artículos publicados en los periódicos de España, París y Repúblicas hispano-americanas pasan de *seis mil*, sus obras dramáticas ascienden á setenta y á treinta y tantos volúmenes sus libros en verso y prosa.

Ya en Madrid, hizo sus primeras armas periodísticas en *La Discusión*, periódico dirigido por su propietario el ilustre D. Nicolás María Rivero, y en donde tuvo de compañeros á don Juan de Dios Mora, Roberto Robert y Luis Rivera.

Y á la vez que se entregaba á diario á la tarea de llenar la sección que le estaba confiada en el primero de los órganos intérprete de las ideas democráticas, seguía con interesante cuidado las oscilaciones del gusto del público hacia la escena, y trazaba y componía sus primeras obras

experimentando la satisfacción de verlas acogidas por los primeros actores y aplaudidas y celebradas por la crítica.

Narciso Serra, á quien presentó su primera obra dramática para que le diese su autorizada opinión sobre ella, le dijo:

«Como dé usted en escribir
Con esa fácil soltura,
Pobrecita criatura,
Le van á usted á partir.»

Por mediación del célebre caricaturista Ortego, Ramos Carrión y el que estas líneas escribe entramos en relaciones con Blasco. Era allá por el año 1864. Contaba Eusebio veinte años, y nosotros íbamos á cumplir diez y ocho. Pronto congeniamos con él, hasta el punto de que no pasaba día que no acudiésemos á su casa, donde su buena y cariñosa madre nos llamaba hijos y donde pasábamos horas y horas, ya formando planes para el porvenir, ya admirando la facilidad con que Eusebio, sin dejar de charlar con todos, escribía cuartillas y más cuartillas, lo mismo en prosa que en verso, ya entretenidos con las diabluras de su hermano Ricardito, arrapiezo muy listo y en extremo simpático.

Por aquel tiempo, Eusebio estaba, según los médicos, *tísico pasado*, y la verdad es que, á juzgar por los vómitos de sangre que le repetían con alarmante frecuencia, era de temer un fin funesto. La ciencia, afortunadamente, se equivocó entonces para bien de la familia, de sus amigos y de las letras.

Con él redactamos el periódico de Ortego, *El Fisgón*, y él nos animó á Ramos y á mí á que publicásemos el semanario satírico *Las Disciplinas*.

Para alentar á la juventud literaria y darla á conocer, publicó *El Garbanzo*, periódico satírico de gran resonancia y luego hizo popular *El Día de Moda*, cuyo texto durante los primeros cuatro meses fué EXCLUSIVAMENTE SUYO y los dibujos del gran caricaturista Manuel Luque.

Un día resolvió marchar á París:

«¡Solo, pobre, triste; pero con los míos,
Que son mis falanges!»

como dijo en una de sus autobiografías.

Los tormentos que pasó hasta entrar en la redacción de *El Figaro* son incalculables. Se necesitó la voluntad de hierro que poseía para no perecer en la demanda. Al fin logró que le admitiesen en la redacción pagándole cincuenta céntimos por línea, pero á sus manos no llegaban de estos cincuenta más que diez, pues los cuarenta restantes se los guardaba el *corrector de estilo*. A los tres meses Eusebio se había perfeccionado tanto en el francés, que escribía como un hijo del Sena. Desde aquel día el corrector de estilo se dió de baja, y los cincuenta céntimos fueron íntegros al bolsillo de Blasco.

En *El Día de Moda*, Eusebio sostenía una conversación con sus lectores sobre todos los acontecimientos de la semana.

Oigan nuestros lectores la conversación que publicó en el primer número y que es un dechado de *esprit*:

«Es indudable que la envidia constituye el vicio nacional.

»Se murió una persona conocida al principio del invierno, y todas las personas conocidas han dado en morirse.

»El año pasado la moda en la buena sociedad eran las lecturas. Ahora la moda es irse de este mundo, que ya no es *gran mundo*, porque se va achicando de una manera lamentable.

»Dan una prueba de buen gusto los que, en vez de morirse, bailan, comen ó se casan. Sobre todo los últimos, porque yo he averiguado que los autores de dramas se han puesto de acuerdo, y ellos sabrán por qué, para disuadir á los espectadores de que tomen estado.

»No se estrena drama en que el marido no salga con las manos en la cabeza.

»El adulterio empieza en el matrimonio y acaba en el

vaso de champagne, que ya se adultera también como el tinto. La época es de adulteración y de escándalo.»

Y dos semanas después, en otra conversación, escribía lo que sigue:

«En España sucede con las palabras lo que con los sistemas políticos. No hay nada lógico ni razonable, y á veces las cosas tienen más fuerza de expresión porque dicen precisamente lo contrario de lo que debieran decir.

»En España decimos que *sale* el sol precisamente cuando *entra*, y la tarde se cae todos los días no sé donde, porque yo no la he visto caerse. El sol se pone cuando se quita, y al sol le tomamos, los madrileños en invierno.

»Todo el mundo cae aquí de su burro, nadie de su caballo, y al que nos enoja le ponemos precisamente de vuelta y media, nunca de dos, ni de vuelta y tres cuartos. El quehacer nos cae, como pudiera caernos una teja, y al que es muy listo le llamamos pez, cuando no hay nada más torpe que los peces.

»Hacemos tiempo como pudiéramos hacer buñuelos; ganar tiempo es perderle, y matarlo dejar que él nos pase por encima.

»Caballeros se llaman infinitos que nunca cabalgaron, y la suerte es potra, cuando usted creía que era la hija de la yegua. Al que come llamamos comilón, y comedor al comedero. Hay muchas gentes que estaban en su casa cuando nacimos, y le dirán á usted que nos han visto nacer, como si nuestra madre hiciera espectáculo de su alumbramiento.

»La puerta más pesada y llena de goznes la toma todo el que se va, y andamos á tiros como otros andan á pasos. Y los tiros son largos ó cortos, según los casos, porque todo el que se ha de emperifollar se viste de tiros largos.

»Mal hablado llamamos al mal hablador ó al que habla cosas feas. Se presta oídos y aun se regalan. Dinero es lo que no presta nadie.

»Burlador es el que burla, y burlón el que se ríe de otro; burladero el sitio para burlar; burlista es lo que no tenemos: cajista no es el que hace cajas, sino el impresor que compone palabras; y el componedor no es él, sino el instrumento donde las junta, y que yo llamaría componedero.

»Café se llama el líquido y establecimiento donde lo venden, y cafetera la dueña y la vasija; economía de palabras que no comprendo en idioma donde el dinero se llama de mil modos, como trigo, luz, *guita*, oro, vil metal, y llamándolo de tantos modos, no viene.»



En una de sus autobiografías que escribió por encargo mío para *La Crónica de Cataluña*, Blasco se retrató con tanta exactitud como gracejo. Héle aquí:

Yo soy un hombre moreno,
algo más alto que bajo,
con unos ojos muy grandes
y unos carrillos muy flacos.

Llevo la barba corrida,
el pelo, crespo á los lados,
y por en medio una calva
de cuatro dedos en cuadro.

El andar, convaléciente;
los movimientos, pesados,
semblante de Cristo viejo,
cuerpo desencuadernado.

Mi carácter es alegre,
visto por fuera y de paso,
que si por dentro se viera
se hallaría avinagrado.

Para los amigos, tierno;
para las mujeres, blando;
para mi familia, dulce;
para mi coledo, amargo.

Todo lo tomo con calma,
porque estoy bien enterado
de que las cosas del mundo
no merecen otro pago.

Referirte de mi vida

la historia abundante en casos
que á otros le hubieran vencido
y á mí no me han hecho daño,
pareciera necio empeño
de contar muchos trabajos,
muchas penas, muchos líos,
muchas ansias, muchos palos,
mucho bronca, mucha angustia,
mucho risa y mucho llanto.



La labor de Blasco no envejece nunca. Su ingenio siempre fresco y lozano, supo retratar los vicios, las virtudes las fraquezas de sus contemporáneos.

Describiendo á Madrid hace un cuarto de siglo, decía:

Viven aquí en armonía,
y tienen asiento eterno,
el lujo, la pulmonía,
la vanidad y el Gobierno.

Es dulce y amable el trato,
malo el clima hasta el exceso,
se caza mucho en el plato
y se pesca en el Congreso.

Grita más el más danzante,
quien más pone pierde más;
se acaricia por delante,
se murmura por detrás.

Intrigas, artes, y dolos,
en lucha eterna se ven;
los hombres se pintan solos,
y las mujeres también.

.....

Hay aquí muchos tesoros
de virtud, aunque escondidos,
hay en primavera toros,
y todo el año maridos.

Todo el año, día y noche,
constantemente se ve:
al que no trabaja, en coche;
al contribuyente, á pie.

Suenan petardos que espantan
al pacífico vecino,
y los muertos se levantan...
de las mesas del Casino.

Pueblo, en fin, rico en miseria,
que se divierte á su modo:
capital de eterna feria
en la que se vende todo.



Ayala, el gran poeta que supo en nuestros días renovar las glorias de los dramáticos del siglo de oro, profesaba á Eusebio un verdadero afecto, admirando en él aquella *difícil facilidad* con que producía tanto y tanto bueno.

Por mandato facultativo D Adelardo tuvo un año que abandonar la villa y corte, yendo á hacer vida campestre, que tanto convenia á sus bronquios. Antes de marchar, encargó á Blasco que le tuviese al corriente de las novedades cortesanas. Entre las varias cartas que le escribió Eusebio figura una, notabilísima por el fondo y la forma, en la cual hay trozos tan inspirados y de actualidad como el que sigue:

¿Dó alienta el español, cuya pujanza
fué asombro al mundo y á la tierra espanto?...

.....

Vive la descendencia en la estragada
y enclenque juventud sietemesina,
raza enfermiza y pobre y trasnochada.

¿Es ésta la inmortal raza latina
que en la España de Alfonsos y Filipos
nunca vió el sol en lumbre vespertina?

Con estos impotentes prototipos
se alimenta la corte afeminada,
combatiendo en ridículos equipos,

Al novillo en alegre becerrada,
ó al incauto pichón que en muerte aleve
convierte el juego en prenda deseada.

¡Baile y juego y festín! Sólo nos mueve
vértigo sordo ingénita locura,
y esperando que el diablo se nos lleve;

Rendido el español á su amargura
duerme, dejando deslizar su vida
en brazos de la holganza y de la usura.



Y por si esto no bastase, otro día Blasco, se detiene ante la puerta de la Inclusa, y exclama:

El león con ser león
adora su propia sangre;
y el chacal con ser chacal
no vive sin sus chacales.

Defiende el tigre á sus hijos;
la pantera es tierna madre;
los buitres de la montañas
amorosos nidos hacen;

Y los hombres con ser hombres
han hecho una casa grande,
para almacenar los niños
arrojados á la calle!

* * *

Y el que de este modo laboraba era tan modesto, que recientemente decía en letras de molde:

«Algunos de mis versos serán tachados de incorrectos, y en verdad que lo serán, porque lo que me sobra de facilidad en el trabajo suele faltarme de corrección algunas veces, pero en cambio son sinceros; digo en ellos lo que siento.»

Para terminar.

El que en los últimos años de su vida se dedicó á defender la causa de los desgraciados; á protestar de los abusos de la riqueza y del poder en el mundo moderno; del abandono en que están los que sufren; y en los periódicos, un día y otro, pidió con insistencia un pedazo de pan para las hijas de Villergas y de Gaztambide, así como para las viudas de Fernández y González, Florentino Sáinz, Zorri-lla, Becquer, é Isaac Peral, hoy, que ha emudecido para siempre, ¿no hallará una voz amiga que excite á todos los compañeros y admiradores de Blasco, para que unidos arbitren medios de poner á salvo de privaciones y miserias á su viudas é hijas?

Sería la mejor prueba de afecto y admiración que podríamos darle al compañero y al amigo.

EDUARDO DE LUSTONÓ.

AL PASAR...

Hace pocas noches se habló de Eusebio Blasco en el saloncillo del teatro Español, tomando pretexto de una de las últimas crónicas firmadas por el maestro. Don Fernando Díaz de Mendoza, que estaba presente, nos enseñó una tarjeta de los hijos del inolvidable escritor en la que se le decía:

«Papá no prueba nada; está delicadísimo, y sin embargo, no deja de trabajar.»

Alguien exclamó:

—Cuando empiece el buen tiempo se repondrá... Blasco es todavía joven.

—¡Ha trabajado mucho, y el pobrecito está muy caído!
—añadió el Sr. Díaz de Mendoza con piadoso acento.

Hoy, al despertarme, la prensa me notifica la muerte de Eusebio Blasco, una muerte plácida y serena, la que debía otorgar Dios á quien procuró ser bueno y justo en todo tiempo. No puedo sustraerme á la necesidad de hablar de mí mismo evocando el recuerdo de Eusebio Blasco. Guardo muchas cartas suyas, en que me decía:

«Manolito: Usted es el escritor joven que yo más quiero. Si algún día me meto en empresas periodísticas, usted será mi brazo derecho.»

Y en efecto, cuando le encargaron de la dirección de *Vida Nueva* fuí redactor á sus órdenes, es decir, como él entendía la subordinación, dejándome entera independencia. En aquel periódico trabajamos asiduamente Cavia, Zeda, Blasco Ibáñez, Picón, Soriano, Maeztu, Verdes Montenegro, el médico ilustre que daba por entonces una tregua á las recetas y á los enfermos; Luis París, el doc-

tor Lloria, sabio y galano escritor, y otros muchos literatos que á poco se desperdigaron. Eusebio Blasco, Rodrigo Soriano y yo fuimos de los últimos en marcharnos, porque nos ataba al periódico un fuerte vínculo de cariño. Al fin, aceptando la suerte común, nos despedimos.

—Manolito—me dijo el ameno escritor,—es menester tomar otros rumbos. A usted le hace falta un destino...

—Carezco de relaciones políticas—contesté.

—No importa; ya las contraerá V. y le serán muy útiles.

De allí á poco me presentó á Aguilera, el cual, con esa campechana bondad con que procede siempre D. Alberto, me procuró un destino en Obras públicas. Blasco no se limitó á eso.

—Hace falta que usted escriba además de en *El Globo*, en otros periódicos de la mayor circulación...

Y me puso al habla con D. Ricardo Blasco, este compañero mío á quien yo no le he escrito dos líneas siquiera desde que se fué á París. Ricardo, secretario de *La Correspondencia de España* entonces, me pidió artículos, cuentos y crónicas, que me fueron pagados puntualmente.

Don Eusebio y yo nos veíamos todas las noches en el Ateneo. Recuerdo que con motivo de la guerra hispano-yanquí, corrió el rumor de que el general Cer vera consentiría que fuesen periodistas en la escuadra. Adolfo Rodrigo se propuso embarcar en nombre del *Heraldo*.

Yo le pedí á Blasco una carta—que él se apresuró á dármele—para D. Miguel Moya, ofreciéndome como corresponsal de *El Liberal* á bordo. Por fortuna nuestra, el ministro de Marina no consintió que embarcarse nadie extraño á la Armada. Cito estos hechos y me extendería aún más con otros ejemplos, para probar el desinteresado afecto que sentía por mí aquel hombre. Recuerdo que el día 23 de Diciembre de 1901 fracasó una obra mía en el teatro de la Comedia; y que el 24 era ruidosamente rechazado un *vaudeville* del maestro.

Al encontrarnos la primera vez en la calle, D. Eusebio me dijo:

—Manolito, hay que rescatar esas pesetas que se han ido por el escotillón de la Comedia. Es preciso que usted trabaje con fe y resueltamente...

En ningún trance difícil ó apretado me faltaron su consejo y su ayuda. Él, que no se metía en cuestiones, se me ofreció como padrino en un lance motivado por una crónica mía.

Eusebio Blasco fué uno de los hombres más buenos que he conocido. Sencillo, franco, indulgente y servicial, lo comprendía todo y lo excusaba todo. Una vida de lucha de alternativas amargas y felices; una vida de pródigo desorden literario le hizo conocer á la humanidad profundamente, y como conocer y despreciar son sinónimos para todo hombre delicado, Blasco despreciaba sin ofender, con risueña indiferencia.

Blasco ha sido uno de los escritores más leídos en España. Sencillo hasta el desaliño, pueril en sus apreciaciones, vió en la hondura intelectual, en la meditación recogida, un enemigo del periodista. De ahí su inmensa popularidad. La muchedumbre sentíase mancomunada intelectualmente con Blasco, pensaba como él y juzgaba, con su amenaza ligereza. Sus crónicas eran conversaciones impresas, sin sombra de pedantería ni de austeridad. Ignoro si Blasco fué creyente ó no. Advertí en él un fondo de piedad y de resignación que no podía proceder más que de un sano y tónico catolicismo. Sospecho, sin embargo, que de tejas abajo no le interesó nada seriamente, fuera de su familia.

Ha muerto joven, sin dolores agudos ni convulsiones desesperadas. Los que le han visto cerrar los ojos para abrirlos en la eternidad, me aseguran que no se quejó ni tuvo lágrimas en el supremo y definitivo adiós á todos los amores que dejaba en la tierra.

¡Gran escritor y leal amigo mío, descansa en paz! Fuiste bueno, generoso é indulgente. Supiste vivir, comprender y perdonar.

MANUEL BUENO.

EN LA INTIMIDAD

COSAS DE BLASCO

En muchas ocasiones he hablado de Eusebio Blasco, en todas acercándome á los hombres que á este nuestro pueblo gobiernan para interesarles que en una de nuestras estas congregasen á sus preclaros hijos, ilustres escritores más celosos bienhechores de su tierra que todas las comisiones, conspícuos y más conspícuos que á la Corte han acudido en demanda de algo para Aragón.

Luis Royo Villanova, en *Blanco y Negro*; Eusebio Blasco, en cien periódicos, Mariano de Cavia en *El Liberal* primero, y en *El Imparcial* actualmente, no han cesado de llevar á todas partes con el ingenio de sus brillantes plumas, el amor que sentían por su Zaragoza.

¡Pobre Luis y pobre Eusebio!

Los dos habéis muerto pensando en este pueblo que os vió nacer, ingrato para vosotros en todo tiempo.

Cierto también, que no son los hijos de Zaragoza los culpables de la falta.

Por desidia ó apatía natural en los hijos de este suelo, no son los de casa los que *mangonean* en las cosas de la ciudad. ¡Así brillan sus cariños, sus recuerdos!

Zaragoza debe sentir orgullo de tener por suyos aquellos nombres aumentados con los de Zapata, Pradilla, Unceta, Ramón y Cajal, Alonso Pérez, Villagrana y algunos más que lejos de nosotros honran con sus talentos á esta tierra.

Eusebio Blasco, con haber escrito tanto, y haber dado al teatro obras á cientos, acaso lo tendrán que enterrar de limosna.

Todo lo dió al primero que á él se acercaba.

Iba yo con él una mañana por la carrera de San Jerónimo, en Madrid, se paró ante un escaparate de bastones, le gustó uno de ellos y dijo señalando con el dedo:

—Hombre, voy á comprar ese bastón.

El bastón costaba cuarenta pesetas y no llevaba en el bolsillo más que 25.

Entonces le dijo al vendedor—¿usted no tendrá inconveniente en darme el bastón dejándole á deber 15 pesetas?

—No señor; le conozco á usted, usted es don Eusebio Blasco.

Salió á la calle con su bastón y á pocos pasos de la tienda encontró dos amigos que le saludaron cariñosamente diciéndole:

—¡Qué bastón más bonito, amigo Blasco!

—Te gusta, pues tómalo...

—Pero hombre...

—Nada, nada, no quiero privarte de ese gusto.

Resultado: que se quedó sin las 25 pesetas, dejó á deber 15 en la bastonería y se quedó sin bastón y... tan campante.

Eusebio Blasco, en París, era redactor de *Le Figaro*, y en este importante periódico escribía el francés como el mejor de sus compañeros, con el pseudónimo *Mondragón*.

El año 1890, en el mes de junio, fué prendido en la Habana el célebre criminal Eraud, asesino de un rico notario. Eusebio Blasco hizo un número especial para *Le Figaro* que se vendió á millares.

El director jefe del periódico le gratificó aquel día con 1.500 francos por el éxito alcanzado al dar á la publicidad asunto de tanto interés en París.

La célebre comedia *El vecino de enfrente*, tuvo que venderla á un editor en un puñado de pesetas, para enterrar á su hermana, fallecida en Madrid.

Eusebio Blasco debe poseer un gran album en el cual,

se ven firmas del papa Pío IX, de soberanos, príncipes, de Víctor Hugo y de cien artistas y literatos de todo el mundo.

Eusebio Blasco en París era el amparo de todo español; era el padre de todo necesitado de ayuda, buscando colocación para todo aquel que se acercaba á su modesta habitación de la calle de Jouffroy, 68 bis.

A esta casa acudí yo con cuatro amigos más en la exposición de 1889.

Después de los saludos cariñosos, nos dijo aquel gran zaragozano.

—Pues ya lo sabéis amigos y paisanos del alma, aquí *vendrís* á comer; aquí á cenar y para todo, cuando me necesiteis en París estoy á toda hora á vuestra disposición. Hasta las dos de la tarde no me muevo de casa, de esta hora á las ocho en el *Figaro*. Mañana venid á comer una paella de la tierra, tengo una cocinera navarra que se pinta sola para los guisos de allá...

Y cumplimos la palabra, y si nosotros gozamos con el delicado obsequio rodeados de todos los suyos en aquella espléndida mesa, él, ¡pobre Eusebio! reía y gozó mucho oyéndonos hablar con el acento de su pueblo.

—Desde mañana tendréis un ujier del *Figaro* en vuestra residencia, que os llevará entradas á diario para todos los espectáculos de París, aquí no os habéis de gastar un *chavo* en esos *sacaineros* ..

Y en efecto, á las nueve de la mañana durante nuestra permanencia en París, el elegante é *inmenso* ujier del *Figaro* traía un sobre con el billete de uno ó dos espectáculos del día, diciéndonos: *de monsieur Mondragón*.

El nos acompañó un día y otro á ver lo más saliente de la capital de Francia; él nos proporcionó un intérprete hijo de Portugal que no quiso por ningún medio aceptar nada; él, en fin, nos despidió en la estación de Orleans á nuestro regreso á España, diciéndonos entre abrazos y lágrimas...

—Id de mi parte á ver la virgen del Pilar, decidle que

he de escribir para su fábrica un libro en verso que se venderá los días de las fiestas de octubre...

¡Pobre Eusebio! siempre pensando en Zaragoza y morir sin volver á ella!

MARIANO GRACIA ALBACAR

Sr. D Juan Valero de Tornos

Querido amigo: Me invitas á escribir dos palabras en él número dedicado á honrar la memoria de nuestro compañero Eusebio Blasco y deseas que los colaboradores de *Gente Vieja* depositen, como literatos, una flor en la tumba del que ha dejado, Dios quiera que por mejor habitación, esta vida de ilusiones y desengaños. Cuando tan buenos escritores acceden gustosos á tu ruego, sobra el encargo que se me hace; porque ni mi pluma puede como la de otros escribir, ni yo conocía bastante á nuestro compañero para contar de él lo que otros no cuentan, ni juzgarle como sabrán hacerlo otros. Pero nos debemos un mútuo recuerdo, y no seré yo quien lo omita. Yo admiraba, y no lo digo ahora por primera vez, la flexibilidad del talento de Blasco, su dominio del público, su conocimiento de las cosas extranjeras, que hoy son casi las nuestras, y el don de la claridad que distingue á los que observan bien y que, al contrario de lo que ocurre con la vista física se despeja con los años. Recuerdo otra cosa que tal vez pase inadvertida para nuestros compañeros: él, cuando la idea no se comprendía bien y la palabra estaba proscrita, levantó la enseña del socialismo católico. Ahora lo ha explicado quien puede y sabe mejor que todos hacerlo, y más que en otras ocasiones podemos recordar este título de Blasco.

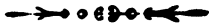
Cuando el tiempo transcurre sin que lo sintamos, y

mientras *lo hacemos*, según frase de la que España tiene el privilegio exclusivo, nos *deshace*, de admirar es como lo aprovechan algunos y dejan multiplicadas muestras de su actividad, á pesar de la vida de salones, de tertulias, de todo y para todos, que suelen llevar nuestros literatos. No nos creamos muchas veces cuando escribimos, al leer ciertos artículos, nosotros los que estamos en el secreto: Blasco escribió en un periódico de los *rotativos* donosísimas observaciones sobre la variación de horas en las oficinas, censurando la modificación; él no la necesitaba para trabajar y trabajar mucho; él tenía la divisa de Apeles: *Ningún día sin una línea*, y líneas eran las suyas que se leían con gusto, como las de maestro, y en la imaginación quedaban grabadas.

Probada ha sido en poco tiempo nuestra Redacción por muchas y sensibles pérdidas: mejor es que al reunirnos prescindamos de contarnos, sin perjuicio de que, en ocasiones parecidas á la presente, empleemos nuestra pluma en recordar lo que de bueno hayan hecho los que sucesivamente desaparecen de nuestro lado. Es lo menos que unos por otros podemos hacer, sin olvidar, empero, que si ayer fué día de recordarnos como escritores, lo será mañana de portarnos como cristianos. Que no hicieron mejor al expresarse así los buenos caballeros de Villalar que nosotros haríamos si en obras y en palabras los imitásemos.

Sabes te recuerda siempre con la intimidad de discípulo, tu afectísimo

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA



BLASCO, EMPLEADO

Realmente muy poco puede decirse de Eusebio Blasco bajo este aspecto de su vida.

Es cierto que desempeñó varios destinos de la Administración pública, pero jamás cifró en ellos sus ideales ni su manera de vivir. Era incompatible su carácter con el insostenible método y la cansada rutina á que hay que sujetarse para gozar fama de buen empleado, porque en la mayor parte de las oficinas públicas aprecian y distinguen más al funcionario que permanece sin levantarse, en el sillón de su mesa, ocho horas al día, aunque no haga absolutamente nada, que al hombre de talento despejado, y de clarísimo golpe de vista que en un momento se hace cargo de los asuntos y los resuelve en el acto con arreglo á la lógica y al buen sentido.

Esto le ocurría á nuestro inolvidable Eusebio. No fué un empleado machacón y cargante, de esos que estudian y resuelven, ó mejor dicho, revuelven sólo cuantas leyes se han dictado sobre una cuestión, para aplicar luego á la misma la disposición menos pertinente. Todo lo contrario: Blasco asistía á la oficina, aunque no permaneciera en ella tanto tiempo como sus compañeros; pero lo que éstos despachaban en cuatro ó cinco horas, Blasco lo resolvía en media, con más acierto, con más ilustración y con más ventaja para los intereses de la Administración pública.

La primera vez que sirvió al Estado fué en el Ministerio de Ultramar el año 1868. El insigne Ayala, Ministro de aquel ramo á la sazón, le nombró Jefe de Negociado de segunda clase, encargándole de la sección de la Prensa. Blasco desempeñó dignamente su cometido, dando noticia

exacta y diaria á su jefe de cuanto decían los periódicos nacionales y extranjeros acerca de la gestión de Ayala, y contestando á toda clase de ataques por medio de juiciosos sueltos y razonados artículos.

Cuando D. Nicolás María Rivero fué encargado de la cartera de Gobernación, le llevó de Secretario suyo. Aquel inolvidable patricio, de carácter enérgico y á veces destemplado, pero siempre encerrando en el fondo de su corazón el sentimiento del bien y de la justicia, llegó á inspirar á Blasco un gran respeto, tanto que decía á sus íntimos amigos: «Esto no es Ministro, es un miura.»

—Oiga usted, Blasquito—le dijo una noche D. Nicolás en tono familiar y cariñoso.—Usted anda diciendo por ahí que soy un miura... Pues tenga usted mucho cuidado no vaya yo á voltearle en alguna corrida de abono.

Las relaciones amistosas de aquel hombre con nuestro amigo enfriáronse algo, porque debiendo acompañarle Blasco en el viaje que Rivero había de hacer á Barcelona con motivo de la fiebre amarilla que allí se estaba desarrollando, llegó la hora de partir el tren y Blasco no se presentó en la estación. Las razones que se lo impidieron, muy respetabilísimas ciertamente, fueron después oídas, pero no escuchadas, por D. Nicolás, aunque pasados algunos meses éste quedó plenamente convencido y desagraviado.

Cuando la Restauración se hizo, D. Francisco Romero Robledo entró á desempeñar la cartera de Gobernación, y el que suscribe estas modestísimas líneas presencié en casa de Ayala, Ministro de Ultramar, la discusión, casi la disputa, que sostuvieron D. Adelardo y D. Francisco sobre cuál había de llevarse á su respectivo departamento á Blasco; ambos estaban conformes en su falta de puntualidad á la oficina, pero siempre reconociendo lo utilísimo que sería en las pocas horas que dedicase al trabajo.

Al fin Romero venció y Blasco fué nombrado Jefe de Correos, en cuya Dirección prestó buenos servicios, sabiendo corresponder á la confianza y estimación con que

le distinguían sus jefes. Por las tardes, y pasadas ya las horas reglamentarias de oficina, se reunían á hacer versos en el despacho de Eusebio los poetas, de justo renombre, Juan José Herranz, Grilo, Cabiedes y Campo Arana, conocidos en los círculos literarios por el sobrenombre de *los canosos*, porque eran redactores del periódico ministerial *El Cronista*, encargados de escribir en una sección del mismo titulada *Canas al aire*. Blasco, en una de aquellas agradables sesiones, puso en verso todo el número de la *Gaceta* del día.

No recuerdo en qué ocasión fué nombrado Gobernador de Toledo, é ignoro también si llegó á tomar posesión del cargo.

Si hubiera servido mal los anteriores destinos, indudablemente no le habrían nombrado jamás para un puesto de importancia tan reconocida.

Ultimamente desempeñaba en Hacienda el cargo de Interventor de la Ordenación de Pagos del Ministerio de Gracia y Justicia.

A] ilustre poeta D. Eulogio Florentino Sáenz (esto es ya muy sabido, pero lo creo oportuno), siendo Encargado de Negocios de España en Holanda, le preguntó un alto y varnidoso personaje de aquellas tierras:

—Diga usted, D. Eulogio, ¿qué saben ustedes hacer los poetas?

—Lo que hacen todos los hombres, y además versos.

Así fué Blasco. Supo servir honrada y fielmente, como el primero, los cargos públicos que se confiaron, y *además* hacer versos como nadie.

TOMÁS LUCEÑO.



BLASCO EN PARIS

La prodigiosa actividad cerebral de Blasco, sus excepcionales condiciones de literato y principalmente de periodista, donde más han demostrado su eficacia, ha sido en la época que Blasco vivió en París, desde 1881 á 1894.

La *Ciudad Lumière* aún tolera á los literatos extranjeros que trabajan en su propio idioma, y corresponden con los periódicos de su país ó publican en castellano obras, para la que en París se llama América latina; pero parece que se le permita á un extranjero escribir en francés, para que su nombre vaya unido al de los primeros periodistas, se necesita ser Eusebio Blasco.

Llegar á París con una familia numerosa, sin poseer el francés de la manera exquisita que precisa poseerlo cuando se escribe para el público, sostener esta familia, llegar á dominar aquel idioma y haber sido en la capital de Francia lo que Blasco llegó á ser, con los pseudónimos de *Dagobert* y *Mondragón*; eso, creo que no ha habido ningún extranjero que en todo el siglo pasado lo haya logrado en París.

En sus casitas del boulevard Malesherbes, número 110, y de la rue Jouffroy, num. 68—naturalmente, pisos alquilados y no fincas propias—aquel luchador infatigable trabajó con heroísmo y en el *Journal* y en el *Figaro* principalmente, se dió á conocer de Europa entera, realizando, repito, una obra de voluntad y de intelecto que en París no ha realizado nunca otro español.

Su carácter agradable y atrayente, su viveza y su gran corazón, le dieron muchas simpatías en la sociedad y en los organismos franceses, tantas, que por un servicio que prestó—como siempre, á la causa de la humanidad y de la

justicia—se le propuso para un título del Papa con la denominación de Marqués de Casa-Blasco, título que no quiso aceptar.

En Julio de 1884 le fué concedida la Cruz de Caballero de la Legión de Honor, y en Julio del año 91 la de Oficial.

De la misma manera que en España, sus gestiones y su talento consiguieron, en 1895, el indulto de un reo de muerte—Mateo Jordán, condenado en Jaca (Huesca)—y en 1901 el de tres sentenciados en Santander; en París trabajó cuanto pudo hasta lograr el del famoso Lúna, porque Blasco era todo caridad y todo corazón.

Allá por los años de 1889, y durante la Exposición Universal, Blasco fué encargado por la Comisaría francesa de la Sección española del Pabellón de la Prensa, y no habrá periodista español ó americano de los que concurren á aquel Certamen, que no recuerde lo que hizo para ayudar á los intereses españoles.

Todo el tiempo que vivió en Francia, recordó constantemente á la madre Patria, fué allí un propagandista de nuestra cultura, ayudó cuanto le fué posible á todos sus compatriotas desgraciados, se captó el cariño de la gente intelectual francesa, y seguramente en los círculos literarios de París, y muy principalmente en la casa que en la rue Druot tiene el *Figaro*, la muerte de Eusebio Blasco habrá sido tan sentida como en toda España.

No ha dejado fortuna, pero su entierro ha demostrado que el trabajo y el entendimiento representan algo más que la riqueza

Me parece que fué el mismo Blasco quien lo dijo: «Cuando muere un hombre que solo es rico, deja poco rastro, es algo así como un saco de oro que se cae al mar.»

JUAN VALERO DE TORNOS

EL ESTILO DE BLASCO

La amenidad de Eusebio Blasco será siempre ensalzada como el mayor de sus méritos de periodista.

La gente que presume de grave da á la palabra amenidad un significado despectivo. Pero en literatura, como en la vida misma, ser ameno es una gran virtud. Y sobre todo, el escritor moderno, que ha de acudir al periódico para ponerse al habla con el público, si no es ameno está perdido.

Blasco, todos los saben porque todos le leían, era el más ameno de nuestros cronistas. Sabía encontrar el asunto que interesara al lector; sabía presentarle con claridad; y sabía, en fin, hablar de él durante varios minutos, en forma sugestiva, removiéndolo en el espíritu ajeno las ideas y los juicios y exponiendo los suyos propios con ligereza encantadora.

No de otro modo puede hablarse desde el periódico moderno, que no puede tener ni la profundidad del libro ni la acabada perfección de la obra artística, sino la misma variedad y el desaliño de la vida que refleja. Por comprenderlo y practicarlo así, Blasco será siempre considerado como un gran periodista, aparte sus otros méritos literarios.

Él llevaba la amenidad en la masa de la sangre. Hablaba como escribía. Un rato de charla con Blasco, era un paréntesis delicioso á nuestras propias precauciones. Supo comprender perfectamente la verdadera misión del hombre: ser agradable á los demás. Y la cumplió en la vida y en el periódico; misión difícil, mucho más alta de lo que parece á vista. Porque ser ameno, endulzar las horas del prójimo, es la mejor demostración del verdadero altruismo.

ANTONIO PALOMERO.

BLASCO

¡Pobre Blasco!

La noticia de su muerte la recibí anoche como un disparo á quemarropa. Entré en la redacción apenas limpio de la tierra y de las hierbas del campo que traía como recuerdo de una deleitosa excursión á cierto lejano sitio, á orillas del Henares, en que me refugié con unos amigos huyendo de las máscaras, y un compañero me dijo emocionado: «Eusebio Blasco ha muerto á las ocho y media.»

Me costó trabajo convencerme: eso me pasa siempre con las personas que quiero y no he visto morir.

Ha muerto. No tengo la serenidad bastante para juzgar de su significación y de su obra; la impresión dolorosa que recibo apenas me deja espacio para llorar al más periodista de los literatos que con nosotros trabajaron durante este período de anemia nacional. Ante todo y sobre todo, Blasco fué un periodista. Un periodista que practicaba la doctrina encarnada en sucinta fórmula por otro periodista ilustre: la Literatura salva al periodismo; la amenidad salva á la Literatura, venía á decirnos *Fernanflor*, y nadie podrá dudar que Eusebio Blasco fué ameno, fué literato, fué genial, fué espontáneo, como pocos han logrado ser en el periodismo.

Yo, que no me tengo por demasiado tardo y difícil en la producción de este género, admiraba con sana envidia la facilidad, realmente envidiable, de su pluma. La esencial característica de la hoja diaria la poseía Blasco como nadie. De ahí su tino, de ahí su acierto durante tantos años de conversar con el público ¡Qué deliciosas conversaciones!

Si algunas veces disonaba y el público no correspondía al sentido franco y amigable de sus crónicas, no era culpa suya, sino del público, que no sabía olfatear bien el aroma

de la charla, escrita en la intimidad de la redacción, siguiendo el giro *vedado* de esas intimidades...

Pero sabía ponerse á tono; le bastaba una frase, un guiño de buen aragonés ingerto en madrileño, una reticencia bellamente afilada como una arista de acero, para decir cosas que todo el mundo habla sin darse cuenta... El se las devolvía afinadas, amenizadas, embellecidas, y ese era su secreto.

¡Pobre Blasco!

La última vez que le ví fué en esta redacción una tarde del mes de Junio, cuando me disponía á marchar á Sevilla. Quejábame de ciertas incomodidades neurasténicas, inseparables compañeras del oficio, y Blasco, como experimentado en esas cosas, me recetaba y ponía planes.

«Reposo, campos verdes y aguas que corran.» me recomendaba, por último. El ya sabía que había de llegar á los ochenta y dos años, según el infalible juicio de madame de *Thebes*, de aquella hechicera parisiense que nos llenó de su fama una semana entera.

Reposo, campos verdes y aguas que corran fué á buscar el pobre Blasco á Aránjuez en el mismo verano, y de allí lo tuvo que traer su familia medio muerto. Paludismo, reuma, lesiones en órganos esenciales, desnutrición, agonía lenta, larga, dolorosa, en que el periodista seguía escribiendo por un milagro de la vocación ó por una necesidad intelectual que dura hasta el último instante y que parece que nos aleja de la muerte viendo nuestra pobre obra viva y nuestro nombre en pie.

La fuerza disolvente pudo más que la voluntad: el periodista ha muerto. ¡Uno más!

Y he aquí que mi pobre amigo y compañero, feliz acaso, como son los creyentes, ó desdichados, como son todos los que dejan desamparado el nido, se fué anoche en busca de reposo de campos verdes y de aguas que corran..., para no volver nunca, nunca, de ese infinito tenebroso en que entran las almas angustiadas con un gesto supremo del dolor.

* * *

Sr. D. Juan Valero de Tornos.

Querido amigo: Recibí su invitación para colaborar en el número dedicado á la memoria de Blasco, del maestro Blasco, como justamente le decíamos los periodistas, en días en que no pude trabajar por hallarme enfermo.

Tanto de bueno han de decir de Blasco los excelentes escritores que habrán acudido deferentes á su invitación, deseosos de añadir nuevas pruebas de admiración y de afecto á la corona fúnebre de aquel escritor ilustre que durante cuarenta años mantuvo dentro y fuera de España el esplendor de nuestra amena literatura, de tan noble y castizo abolengo; tantos aspectos de su genial aptitud han de ser estudiados y loados como se merecen, que podría excusar voluntariamente lo que por forzoso motivo dejo de haer.

Las últimas cuartillas que he escrito contienen la impresión que me produjo la muerte de Blasco. Tendría que repetir aquellas palabras, porque las ideas y la impresión perduran, como perdurará mi admiración hacía aquel maestro Blasco que nos enseñó con su ejemplo y con el estímulo de su genialidad inagotable.

De usted siempre amigo y compañero,

José NOGALES.

EN EL ENTIERRO

—¿Qué llevan hacia la fosa
casi de flores cubierto?
—«No es nada. Un poeta muerto»;
otro triunfo de la prosa;
otro, á quien no encontrará
vuestra impaciencia, delante:
uno, que deja vacante.
Repartidla.... (y sobraré.)
Fué *El Obrero*; un Jesucristo
que arrastró una cruz de hierro.
Llorábamos en su entierro.
¡Merecía haberlo visto!

LEOPOLDO CANO.

BLASCO EN EL TEATRO

Treinta y dos años han transcurrido desde que, refiriéndose al estreno de una comedia de Eusebio Blasco, decían los críticos: *Este hombre se atreve á todo.*

Y era verdad: á todo se atrevía Eusebio Blasco, el aplaudido autor de *No la hagas y no la temas.*

Nunca olvidaré el verdadero espanto que al inolvidable Manuel Catalina, aquel empresario entusiasta por el arte como muy pocos y desinteresado como ninguno, causaba el estreno de la susodicha comedia; ó llámase *proverbio*, ya que el autor lo titulaba de esa manera.

Que los celos y las zozobras de aquel actor inteligentísimo y de gran cultura, tenían fundamento, se comprende con sólo leer algunas líneas de las que cierto revistero de antaño dedicaba á la obra:

«Eusebio Blasco—decía el aludido—ha descubierto un filón rico en situaciones cómicas, y que, bien explotado, puede conducirnos á la contemplación de los secretos más escondidos de la vida conyugal.

»Cuando comienza la representación del proverbio *No la hagas y no la temas*, encuéntrase al público, sin previo aviso, con que le han obligado á introducirse en el dormitorio de una mujer joven y hermosa.

»Allí está, en primer término, el lecho suntuoso, y en él, profundamente dormida, la Eva encantadora de aquel paraíso en miniatura; la susodicha Eva es, según llega á saberse en el curso de la acción, una señora casada que espera (cómodamente por cierto) á su esposo, y con este motivo alarmante suben de punto la intranquilidad y el desasosiego de los espectadores.

.....
»El esposo calavera, el mismo de siempre, aparece por último; penetra en la alcoba como señor y dueño que es

de ella; arroja en un sofá el abrigo, tira el sombrero sobre un velador, déjase caer en una butaca, frótase las manos con aire de satisfacción, poco agradable para quien lo ve, que instintivamente dirige su vista hacia la embocadura, presumiendo, con motivo fundado, que en aquel mismo punto bajará el telón discretamente.»

Pues, no señor; el telón no bajaba, y el proverbio que con tan alarmantes auspicios había comenzado, fué uno de los éxitos más ruidosos que Eusebio Blasco alcanzó en la escena. La cosa, aun hoy, después de haberse visto lo que se ha visto, principalmente á compañías extranjeras, habría sido extraña; entonces en aquella época de *puñaladas* extremadas (en lo externo y aparente, por de contado, porque la procesión andaba por dentro; aquéllos hipócritas de ayer eran mucho peores que los de ahora), fué realmente maravilloso.

Maravilla que logró Eusebio Blasco, no con habilidad de maestro curtido en lides teatrales, sino á fuerza de ingenio, de gracia, de espontaneidad y *de buena sombra*.

Esto es precisamente el teatro de Blasco: gracia, mucha gracia, ingenio, mucho ingenio; desenfadada espontaneidad; chistes originalísimos, y como tales, inesperados, sin reminiscencias de chascarrillos fiambres. Inútil buscar en su obra pensamiento profundo, tendencia filosófica, emoción estética, conflicto dramático; si alguna vez por excepción ha pretendido llevar algo de eso al teatro, como sucede, por ejemplo, en *Juan León*, los resultados no correspondieron á tales propósitos.

Conseguía en ocasiones, porque su inteligencia clarísima supo amoldarse á todo, violentar el propio temperamento, escribir grave y pensar seriamente; pero en lo más patético de la medición inspirábale su musa retozona y traviesa un epigrama agudo ó una ocurrencia saladísima, y allá los estampaba el escritor festivo entre sesudas disertaciones. El chiste final del proverbio á que antes me he referido, *No la hagas y no la temas*, es de gran efecto, de efecto seguro siempre, excitó y causará en todos los públi-

cos hilaridad sana y unánime; es aplaudido y celebrado sin protesta; pero destruye precisamente el pensamiento fundamental de la comedia.

Eusebio Blasco en el teatro es el autor de *El Joven Telémaco*, inventor feliz de *Las suripantas*, de *La mujer de Ulises*, de *Los novios de Teruel*, de *La suegra del diablo*, de *Un joven audaz*. El que hace decir á uno de sus personajes. «Tengo el gusto de presentar á ustedes á *fulanito*, uno de nuestros primeros subtenientes.» El creador de aquel tipo de catalán que el gran Antonio Vico, el inolvidable Antonio Vico, el mejor de nuestros actores cómicos, tan magistralmente caracterizaba.

Ya sé que tiene en su abundante repertorio trabajos muy estimables de otra índole; pero sé también que en ninguno de ellos se destaca precisa, visible la personalidad literaria de Eusebio Blasco. Es en esas obras un autor más, uno entre muchos, y solamente deja de serlo, para *ser él*, cuando inopinadamente aparece el escritor festivo con ocurrencias y donaires que lo caracterizan.

Acaso él ignoró siempre lo mucho que valía en este género, y por eso intentaba penetrar en otros. Pobre Eusebio, sin presumirlo siquiera, fué verdaderamente modesto.

A. SANCHEZ PEREZ

A MI ANTIGUO AMIGO

¡Qué corazón de peñasco
habrá que no se conmueva
ante la terrible nueva
de que murió Eusebio Blasco!
Intelectual incansable,
alma sana y generosa,
rico verso, fácil prosa
y escritor siempre admirable.
Por los triunfos alcanzados
la gloria le da tributos,
y le lloran con sus lutos,
todos los desheredados.

ENRIQUE PRINCIPE Y SATORRES.

BLASCO

Hace unos meses, llegó un día muy contento al saloncillo del Español, repartió unos habanos exquisitos y nos dijo riendo con su risa bondadosa, mientras se atusaba el poblado mostacho, que sus enemigos iban á tener un gran disgusto...

—Madame de Thebes me ha predicho que viviré treinta años más... Demasiado tiempo, ¿verdad?

Y una sana alegría, una alegría candorosa, iluminaba su cara varonil de rasgos pronunciados; su cara morena, huesuda, en la que brillaban unos ojos enormes bajo cejas leoninas...

Poco tiempo después enfermó y dejamos de verlo. «No será nada—decíamos—Blasco es inmortal.» Y el inmortal murió anoche...

A mí me angustió la noticia... Fué el primer hombre de mérito que me honró con su amistad; siempre que fui á buscarle le encontré, siempre hallé abiertas las puertas de su corazón.

En mis días de lucha, cuando tropezaba con el desvío, con la indiferencia, con el desdén de las gentes, y perdía el valor y la fe, y almacenaba hieles en mi alma, y juraba odio eterno á la humanidad, creyéndola dura, injusta, cruel, malvada, Blasco me dió fuerzas, valentía y esperanzas.

—Venga usted á casa, hombre... Utilice mi amistad; póngame á prueba... Mire usted que soy aragonés y no hablo nunca por cumplir...

Yo jamás fui á su casa; pero estoy completamente seguro de que me hubiera recibido como á un hijo.

Porque era un hombruno, tan bueno, que no sabía ni

alimentar una enemistad. En estos últimos años, la idea de volver á estrenar le obsesionaba. Le habían rechazado una comedia en cierto gran teatro, y él explicaba la repulsa diciendo que como no era ni viejo ni joven, nadie le hacía caso

Seguramente en los cajones de su mesa habrá media docena de obras no representadas.

Y nunca se quejó; hacía un chiste á costa del cómico que le jugaba una trastada; mordía con gracia á los autores que caciquean, y acababa poniendo en los cuernos de la luna el talento del cómico y confesando que los autores éramos fenómenos.

Murmuraba *por pasar el rato*; porque en este pícaro mundo, la cuestión,—como él decía—es no aburrirse del todo. Y ¡cualquiera se aburría junto á él! No he conocido un hombre más ameno, más gracioso, más ingenioso. En cuatro rasgos pintaba una persona; veía el aspeto cómico de hombres y cosas de un modo insuperable, y describiendo sus viajes, sus aventuras, los mil curiosos episodios de su accidentada vida, desfilaban las horas sin que se dieran cuenta los amigos que le escuchaban embobados.

Tenía relaciones con toda clase de gente. La noche que recibió la credencial de Interventor de pagos en Gracia y Justicia, llevaba en la cartera una carta de un arzobispo, otra de un senador completamente *almogávar*, según él afirmaba; una epístola de Gastón Calmette y varias de gente pobre que pedía dinero y de presidiarios que le suplicaban que escribiera algo para que les indultasen.

El complacía á los presidiarios, se dejaba sablear filosóficamente y hacía varios artículos censurando la falta de caridad, el abandono de los Gobiernos y la deficiencia de la alimentación nacional.

Comía como un inglés, enormemente, porque trabajaba como un español trabajador y pobre; y sabido es que los españoles, cuando se meten en faena, baten el *record* de la resistencia.

El no ha abandonado la tarea hasta que la muerte clavó

sus garras en su fornido cuerpo de luchador. Ha caído destrozado, deshecho por una pelea que ha durado cincuenta años. Esclavo de la profesión, ha vivido frente á las cuartillas, ha ganado su pan á punta de pluma, sembrando ideas, dejando en las hojas diarias el fruto de su experiencia, de su ingenio y de su corazón. Ha sido, ante todo y sobre todo, un periodista; un periodista habilísimo, fecundo, gracioso, fácil, ameno...

También ha sido un buen hombre; una criatura noble que ha conservado hasta los últimos momentos la alegría y la fe, y la resignación, y el valor, porque en su viejo cuerpo alentaba un alma de niño.

PINILLOS



Á la memoria de Eusebio Blasco

SONETO

La fábrica, el taller, tienen sus puertas
y un dueño responsable conocido:
reclama, obrero, que serás oído
y todas tus victorias serán ciertas.

Aquéllas estarán tan sólo abiertas
por ocho horas, y el que caiga herido
se verá por las leyes atendido
aun á despecho de conciencias muertas.

Pero ¡ay del escritor! ¿quién le indemniza
cuando una vena en su cerebro estalla?
¿Ni qué ley su fatiga economiza,

si aun por la noche, cuando todo calla,
casi siempre el pensar le martiriza?.....
El que escribe es un héroe en la batalla.

FRANCISCO PLEGUEZUELO

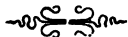
EUSEBIO BLASCO

Y EL *GIL BLAS*

Todos éramos jóvenes,
él era casi niño.
aragonés y rubio,
delgado y enfermizo.
Inquieto de carácter
y al par alegre y vivo,
los chistes en su boca
brotaban á porrillo;
siendo en él, el ingenio
muy superior al juicio,
cosa en que otros mayores
también nos distinguimos.
¡Qué redacción aquella!
siempre el petate listo
para ir al Saladero
ó para andar á tiros.
En casa y en la calle
cercados por esbirros,
y hablándonos á veces
de tú con los Ministros.
Y pese á las denuncias
las multas y los líos,
Rivera tan afable,
tan culto Federico,
Roberto tan idólatra
de clérigos y obispos,
y Blasco tan contento
y Juan y yo lo mismo.
Aquel era entusiasmo,

y aquello eran peligros,
y censurar sin tregua
lo humano y lo divino.
Hoy del sagrado fuego
quedan sólo residuos,
y dos viejos vestales
del templo derruido
que á recordar sus glorias
se juntan en el Suizo.
Allí, Eusebio, se suele
llorar por los amigos
que logran el descanso
tras batallar prolijo:
allí con el recuerdo
renuévase el cariño,
y yo, que todavía
culto al pasado rindo,
yo, que fuí en gratas horas
de tu niñez testigo,
al lamentar tu ausencia
por tí y por mí suspiro;
¡que eran tus años pocos
al lado de los míos!

MANUEL DEL PALACIO



BLASCO EN LA INTIMIDAD

REMINISCENCIAS

No sé si surgen de la memoria ó brotan del corazón las reminiscencias que voy á consignar en este artículo.

Hace ya muchos años que vivíamos juntos Eusebio Blasco y yo. El escribía artículos y versos, comedias y libros; yo era redactor, no recuerdo si de *La Política* ó de *Los Sucesos*. Ambos sosteníamos la casa común con lo que ganábamos escribiendo, á veces hasta romances y aleyuas.

Aleyuas, sí. Poco tiempo hace que compré en un estanco de la Plaza del Progreso algunas que habíamos compuesto á tres duros el pliego, que nos pagaba religiosamente el grabador Ricord.

Por entonces, ó quizá algo después—la fecha importa poco; si algún curioso la necesita exacta, podrá deducirla con seguridad de mi relato—actuaba en el teatro del Príncipe, hoy teatro Español, una compañía de que eran primer actor Manuel Catalina y primera actriz Elisa Boldún.

Ambos habían solicitado de Eusebio alguna comedia, y cuando los veíamos—que era casi todas las noches en el saloncillo—no dejaban de reiterar su petición al ya muy aplaudido autor de *La mujer de Ulises*, *El vecino de enfrente*, *El joven Telémaco*—que me dedicó—y otras obras.

Eusebio retardaba complacerlos. Ellos creían que por pereza; él y yo sabíamos que no era la pigracia el motivo, sino el natural deseo de encontrar asunto y plan de una obra para intérpretes tales.

La gente, que sabía que Eusebio se levantaba á las tan-

tas de la tarde, que le veía pasear por la Castellana ó el Retiro y flanear por la Carrera de San Jerónimo, asistir todas las noches al teatro y á las reuniones de la mejor sociedad, creía que no trabajaba ni hacía otra cosa que divertirse luciendo trajes de Caracuel y Alcaide ó corbatas y bastones de Plantey.

Pero después del teatro y de tomar chocolate ó más suculenta cena—según el estado de los sendos bolsillos—nos íbamos á nuestra casa de la calle de las Huertas, á cosa de la una ó una y media de la noche. Yo me acostaba y él se ponía á escribir cuartillas, en prosa ó verso, para los periódicos, los editores ó los teatros.

Levantábame yo de ocho á nueve de la mañana, y en seguida me iba á la mesa del despacho, donde hallaba el quinqué apagado y con el aceite consumido, y un rimeró de cuartillas de aquella letra pequeña, clara y elegante con que Eusebio llenaba el papel de chistes y agudezas, de frases graciosísimas, de versos salados ó sentidos: vibraciones de un cerebro cuya observación era tan profunda como la expresión fácil y amena. Lo que después han sido en la fotografía las instantáneas, eso era la labor literaria de Eusebio.

Pero como estudiaba tipos, caracteres y costumbres en los paseos, los teatros y los salones, cuando casi todo el mundo no hace otra cosa que pasar el tiempo y distraerse, y como todo eso lo sacaba á luz por la noche, cuando la inmensa mayoría de la gente duerme y descansa, de ahí que la fama de perezoso y holgazán de Eusebio fuese axiomática.

Y como sus producciones resultaban tan fáciles, tan amenas, tan gratas, nadie creía que aquello era fruto de trabajo alguno. ¿Quién piensa cómo es ni de dónde viene el agua pura y cristalina de un manantial con que el viandante refresca los labios y apaga la sed?

Cierta mañana de aquel tiempo ya lejano cogí, como de costumbre, las cuartillas escritas la noche antes por Eusebio.

Eran de una comedia en prosa que no tenía título, por no haberla bautizado todavía, ni al margen el nombre de los interlocutores, que no solía poner hasta que daba el original para *sacar de papeles* la obra.

Constituían aquellas cuartillas, sin tachaduras apenas, el primer acto de una comedia; acto originalísimo, bellísimo, especie de cuasi-monólogo interesante y primoroso; pero promesa tal, que me entró un miedo terrible de que resultara abortada la obra al proseguirla y terminarla.

Cuando á las dos de la tarde estaba Eusebio tomando el desayuno—chocolate completamente frío—entré en su dormitorio.

Sin duda me conoció en la cara por que entraba yo aquel día y á aquella hora á verle.

—¿Has leído el acto del proverbio?

—Sí.

—Y ¿qué te parece?

—Preciosísimo; pero...

—Pero ¿qué?

—Que temo que quieras concluir la obra esta noche misma atropelladamente, y no corresponda lo que vas á hacer á lo que has hecho. Sería gran lástima, porque para escribir un segundo acto digno de ese primero, no ya que le supere, sino que no desmerezca y decaiga, es preciso pensar, meditar, trabajar, emplear, en suma, más tiempo del que me parece que tú estás dispuesto á invertir en acabar el proverbio.

—Puede que tengas razón... Allá veremos.

Y no se habló más. Salimos á paseo, comimos, fuimos al teatro y volvimos á casa á la hora de costumbre, á la una de la noche, Eusebio se sentó á la mesa del despacho con un rimero de blancas cuartillas y yo me fuí á dormir, no sin recomendarle y rogarle por Apolo y por las musas todas del Parnaso que no acabara de mogollón el proverbio.

Pero me acosté convencido de que Eusebio no me haría caso.

Y, en efecto, á la mañana siguiente, algo más temprano que de costumbre, me levanté, me abalancé á las cuartillas, y de un tirón leí el segundo y último acto del proverbio, acto mejor que el primero, desarrollo y remate felicísimo de la obra, asombroso de facilidad, de gracia, de intención y recursos teatrales.

Cuando Eusebio despertó, le dije:

—Tenías razón: has hecho bien. Si hubieras tardado más en escribir esa obra, probablemente no sería lo que es.

Pocos días después la estrenaron en el Príncipe. Los aplausos á Eusebio y á sus intérpretes fueron tan grandes, que es uno de los mayores éxitos que yo he presenciado en el teatro.

Al día siguiente me decía nuestro queridísimo amigo el gran poeta dramático D. Adelardo L. de Ayala, de quien había yo sido secretario en el Ministerio de Ultramar:

—Dígale usted á Eusebio que anoche no pude ir al saloncillo á felicitarle y darle un abrazo; que su proverbio me ha gustado mucho, que es lo mejor que ha hecho para el teatro, y que no conozco nada en su género que pueda comparársele en España ni en el extranjero: es una verdadera y preciosísima joya.

Aquel proverbio se titula: *No la hagas y no la temas.*

.....
¡Acepta, Eusebio, como homenaje de mi inextinguible cariño á tu memoria, esta descolorida reminiscencia de aquel tiempo que ya pasó para siempre!

En cambio, aquel proverbio y tantas y tantas otras obras de tu ingenio peregrino, como dulce y fecundísima miel de abeja ática, durarán frescas y sugestivas mientras duren el pueblo y la literatura de España.

ANGEL AVILÉS.

EUSEBIO BLASCO

Fué poeta genial,
prosista culto y galano,
repentista excepcional;
de ingenio meridional,
de genio... *zaragozano*.

Por eso, cuando escribía,
su potente inspiración
en áureos moldes fundía,
la franqueza de Aragón
con la *sal* de Andalucía.

Logró sus triunfos mejores
por espontáneo y sincero;
tomó á risa sus dolores
y fué, entre los trovadores,
trovador y caballero.

¡Se burló de un *modernismo*
que todo lo invade ya
con su abyecto *escepticismo*,
y que acusa el raquitismo
de una raza que se va!

Tronó, resuelto y valiente,
contra injusticias sociales;
pidió para el indigente;

¡mas no emponzoñó el ambiente
revolviendo cenagales!

—
Crejó, con razón sobrada,
que adular al poderoso
es acción vil y menguada;
pero no es labor honrada
excitar al envidioso.

—
Tal fué Blasco. ¡A qué añadir,
si escritor español era,
que en luchar, en escribir,
consumió la vida entera
y se vió pobre al morir!

AGUSTÍN FERNANDO DE LA SERNA.



VELADAS DE VERANO

PRIMEROS ENSAYOS POÉTICOS

Zaragoza, 1861.

A MI QUERIDO PADRE

EL SEÑOR

D. Eusebio Blasco y Caulta

PADRE MÍO:

¿A quién mejor que á ti dedicar los primeros frutos de mi pobre imaginación?

Si alguno ha de mirarlos benévolo; si alguno me ha de corregir cariñosamente, viendo los defectos que encuentre en esta pequeña obra, indudablemente has de ser tú, tierno amigo, al par que padre cariñoso.

Recibe, pues, esta pequeña muestra del acendrado amor y humilde respeto que te profesa

Eusebio.

PRÓLOGO

Las ilusiones tienen su capullo, como las flores.

Los sentimientos del corazón, su aroma como el ambar, y los pensamientos su galanura, como la naturaleza.

Es obvio, es sencillo que al través, de ese inmenso cortinaje de la invención, de los sueños, de las ilusiones, se columbran ideas realizadas, verdades inconcusas y ciertos mágicos sonos de lo real y positivo.

La fantasía impera en el corazón, como ráfaga luminosa que con su resplandor descubre un nuevo mundo que es el dichoso albergue del poeta.

Ese mundo donde el vate canta, donde pulsa su lira, lira que envuelve, con sus divinos conceptos y elevadas notas los rasgos de la virtud y lo bello; lira que, siendo material, escudriña los tesoros de la naturaleza, que estudia con afanoso intento ese relativo de lo hermoso, ese valor intrínseco que nos presenta la acabada esfera.

Pero dejando aparte digresiones veladas á nuestra débil pluma, solo nos toca examinar y analizar, en algún tanto, varias de las composiciones presentes, atendiendo á la parte moral que las anima y al sentimiento que las impele, que á las firmas y exterioridades.

Abramos la portada: ¿qué nos dice?

«A mi querido padre»

¿Podrá encontrarse dedicatoria más tierna? Ella, por sí sola, tiene tanto valor como el pensamiento más sublime; ella expresa el desinteresado móvil que obliga á un estudioso joven á recoger sus ilusiones rimadas para tejer un ramo con las flores de su juventud.

¿Acaso peca cuando nace el poeta y lanza al mundo sus páginas, no con el atrevido y pecador intento de deposi-

tar, en ara de las musas, una obra admirable, una cosa acabada, sino con el propósito de asperar al goce, de henchirse de alegría al mirar unidas sus ilusiones, al ver en conjunto sus sueños y enlazados, aunque con modestia, sus publicados pensamientos?

.....
Aparte de todo esto, vengamos á pesar, con nuestra insegura balanza, el valor de estas poesías y a dmirar sus bellezas.

Examinemos la composición primera titulada «Lágrimas de huérfana.»

Cuadro tan sentimental como perfecto, llena y expresa completamente la iniciativa del epígrafe. Su lectura entenece, y su sencillez admirable es una prueba de las buenas dotes que adornan á su autor.

«A Pilar» magnífica alegría, rico diseño que refleja lo delicado de un pensamiento tan bien cordinado, como la dulce y sentida armonía de su metro.

¿Quién no estudia con gusto la natural y sencilla composición «La despedida?» ¿Quién no para la atención ante la fogosa y elevada canción «Mi patria?» ¿Quién pasa desapercibida la sencilla y bellísima descripción de la *Legyenda* en su primer capítulo...? Nadie; porque, sin necesidad de citarlas, ellas mismas interesan y se hacen ostensibles con su lectura.

En el género jocoso todas, sin excepción, llenan su cometido; pero llamaremos principalmente la atención sobre la poesía encabezada con el título «Aclaraciones» ¡Cuánta sal encierran sus versos! ¡Qué chistes tan delicados, y que sutilmente dirigidos!

Seamos un momento minuciosos.

¿A quién no sublima el entonado cuarteto siguiente?

«Furiosa tormenta de pronto levanta
con súbito estruendo terrible huracán,
y el río, rompiendo su cauce y garganta
desbordan, espanto sembrando y afán.»

¿Dónde hay colorido más brillante? ¿Dónde armonía imitativa más escogida? ¿Dónde más elevación y rotundez? Solo estos cuatro endecasílabos son un cuadro completo y una perfecta descripción.

Parémonos en la quintilla

¡«Felíz quien ama y no quiere,
y por no querer se muere,
y por querer pierde vida!
¡Pobre del alma adormida
si por querer se durmiere!»

Los retruécanos son preciosos; la sencillez admirable.

Pero cesemos ya; dejemos á libertad del lector todas en general y cada una en particular de las joyas poéticas que encierra este pequeño libro: su criterio será más recto que el nuestro.

Réstanos tan sólo felicitar á nuestro particular y querido amigo el autor, y alentar, con nuestra desautorizada voz, al joven principiante en la árdua y difícil misión del poeta, para que, guiado por personas competentes y acreditadas en la literatura, pueda recoger algún día el ambicionado laurel del Parnaso.

FRANCISCO DAMATO

LAGRIMAS DE HUÉRFANA

Bello es mirar la cumbre
de aquel dorado monte,
que allá, en el horizonte,
à confundirse va.

Bello es ver la techumbre
azul del firmamento
y en blando movimiento
huir las nubes ya.

En la noche callada,
pacífica y serena,
oír de la sirena
el canto embriagador,
y ver en la alborada
el sol, que bello asoma,
y en elevada loma
cantar el ruiseñor.

Las flores al murmullo
de algún manso arroyuelo,
cual saludando al cielo
sus cáliz van á abrir.
Y al amoroso arrullo
de fuente cristalina,
su tallo el lirio inclina
queriéndose dormir.

Gozoso, tras la rama,
el jilguerillo canta,
su cántico levanta
al Dios que le crió.

Solicita le llama
su tierna compañera
desde una enredadera
dó el nido fabricó.

Todo respira vida
y encantos y ventura,
preséntase natura
en todo su esplendor.
Todo á gozar convida
y, en cuadro tal, nos muestra
su competente diestra
del orbe el Hacedor.

.....

Junto á un seco y viejo roble,
entre sauces escondido,
yacen en un triste olvido,
una losa y una cruz.
Y el Sol que alumbra á la tierra
con sus rayos esplendente,
uno envía solamente
para que dé allí su luz.

Un arroyo que ha corrido
largo tiempo por el lado
dó el sepulcro retirado
puede verse en tal lugar,
cual queriendo abandonarle,
hoy su corriente varía,
y dél su cauce desvía,
murmurando sin cesar.

Ni las aves que cantaban
en tal sitio dan hoy trinos,
ni en la tarde los vecinos
pastores paran aquí;
ni la fuente que cercana
está vierte sus raudales:

¡aves, fuentes y zagales
todos se apartan de allí!

Sólo, al finar el estío,
una joven, asaz bella,
llega á este sitio, y con ella
un niño de corta edad.
Y los dos, arrodillados,
vierte lágrimas la hermosa.....
¡y el niño, sobre la losa,
no ve ella su horfandad!

Bajo el mármol dó se sienta
yace una madre querida,
que murió al darle la vida
sin llegar á conocer.
Y él, inocente de todo,
teniéndole tan cercana,
mira el llanto de su hermana
sin llegarlo á comprender.

¡Pobres huérfanos! Yo admiro
de la joven la hermosura;
yo comprendo su amargura
y sus lágrimas también.
Y envidio al niño inocente
que no comprende su estado
é ignora que es desgraciado
pues le falta el mayor bien.

Llora, pobre joven, llora,
eso prueba que eres buena:
llora, que grande es la pena
que tu corazón sufrió.
Y tú, niño, plegue al cielo
que á la triste edad no llegues
en que inconsolable ruegues
por la que por tí murió.

AMAR Y QUERER

DOLORA

—¿Por qué lloras, bella Elisa?

¿Quién es causa de tu llanto?

—Mi amante.

—¡Jesús! ¡qué risa!

¿También tu amas?

—Es precisa

esa pasión.

—¡Bah! ¡no tanto!

Yo no he querido jamás

á nadie.

—¿Qué desgraciado!

Pues ¿cómo así?

—Ahí verás.

—¡Ah! ¡corazón no tendrás

si en tu vida no has amado!

—Alto: amar es otra cosa
que querer, Elisa mía.

—¡La salida está graciosa!

¿Que más dá?

—Tu eres dichosa...

sino, te lo explicaría.

¡Dichosa, y estoy llorando!

Expílicate

—Voy allá...

pero, Elisa, en acabando

le definición, te mando

que no la recuerdes ya.

Querer, es loco deseo;

amar, es pasión profunda:

cualquier loco devaneo
—lo digo como lo creo—
tan sólo en querer se funda.

Amo, dice venturoso
el galán enamorado,
junto á su bella dichoso;
quiero, dice pesaroso
el que va á tomar estado.

Después del *amo*, la vida
es feliz, se pasa breve,
y todo á gozar convida.
El *quiero*, al hombre intimidada
si á pronunciarlo se atreve.

El amante, por su bella
hace al día mil locuras
siempre guiado por ella.
El esposo arma querella
con sol, con luna y á oscuras.

¡Feliz quien ama y no quiere,
y por no querer se muere,
y por querer pierde vida!
¡Pobre del alma dormida
si por querer se durmiera!

Esta es, Elisa, mi fe,
amar es la verdadera,
querer, rara invención fué;
ninguna mujer hallé
que no *quererme* quisiera.

—¡Ay, Román!

—¿Qué te ha pasado?

—Con mi amor hoy he reñido
después que me hubo jurado

que ansiaba verse casado
conmigo.

—Pues te ha *querido*.

—Y ¿no me amó?

—No por cierto;
te *quiso* tan solaménte:
y el amor le verás muerto
si te casas.

—Te lo advierto,
¿no me amaba!

—Justamente.

—Pues cesar quiero en mi afán
de hoy más todos me verán,
solo amar.

—¡Jesús! ¡qué risa!

¿Te hizo efecto? ¡Adiós, Elisa!

—¡Ya te entiendo! ¡Adiós, Román!

TODAS BELLAS

Flores que abren su cáliz
por la mañana,
cuando, de oro vestida,
despunta el alba
son la ventura
del que admira del campo
la galanura.

Niña que al mundo sale,
por vez primera,
reflejando en su rostro
pura inocencia,
es... embeleso
del padre que, en su frente,
dá un tierno beso.

Palmeras del desierto
que, tan esbeltas,
ante el *simoun* doblegan
su gentileza,
son el consuelo
del viajero que amparo
demanda al cielo.

Joven de negros ojos,
de gentil talle,
de corazón ardiente
y de alma grande,
es... la esperanza
del joven que por ella
suspiros lanza.

Sauce que á alguna tumba
sirve de amparo
y, llorando, sus ramas
cubren el mármol,
es... el recuerdo
que hace al hombre que exclame
«¡los años pierdo!»

Anciana venerable,
de rostro enjuto,
que llora hoy el pecado
en que caer pudo,
es... el modelo
que imitar todos deben
para ir al cielo.



LOS SALUDOS

Desde tiempo inmemorial
es costumbre, entre la gente,
saludarse mutuamente,
cosa que es muy natural.

Es también costumbre añeja
el cumplimentarnos todos
con los diferentes modos
que la crianza aconseja.

Pero hánse multiplicado
de tal manera ambas cosas,
que hoy día son numerosas
las frases que han aumentado.

¿No es bastante saludar,
cuando se tropiezan dos
decir, *vaya usted con Dios*,
ó bien, *agur y mandar*?

Pues no sucede así á fe:
uno dice, *adiós, fulano*;
otro, *beso á usted la mano*;
otro, *servidor de usted*.

Si á uno «*buenos días*» dices,
ó te contestará *buenos*,
ó te dirá *nada menos*,
ó solo dirá *felices*.

¡Salud! oirás á unos;
¡caya bueno! dirá otro;
¡hola! exclamará este otro;
¡adiós! escuchas á algunos.

Este para saludar,
se sonrie placentero;
aquél, se quita el sombrero
con política ejemplar.

Y no es esto solamente,
sino que, según su estado,
sexo, costumbres ó grado,
así cambia en cada gente.

El pueblo, con un porrazo
que acredite su franqueza:
las hembras con la cabeza;
los soldados con el brazo.

El espadachín en cruz;
los cortesanos doblándose;
los actores encorvándose;
el fraile echando el capuz.

La marina, á cañonazos
suele entender los saludos;
y los morabitos rudos
se inclinan cruzando brazos.

Los chiquillos de mantillas
abren y cierran la mano;
sus siervos al soberano
con música y campanillas.

El espada, que á la res
va á despachar con limpieza,
la gorra de su cabeza
quita, y la arroja á los piés.

Quién, da la mano oficioso;
quién, risueño sonriéndose;
quién, como un tonto riéndose,
y quién, grave como un oso.

Uno, sin mirar saluda,
otro, mira demasiado,
otro, pasa por tu lado,
y el rostro de lado muda.

Y en suma, infinitos modos;
pero á Dios con devoción,
con respeto y sumisión,
siempre saludamos todos.

Y pues á Dios nombré, creo
conveniente en El finar;
basta ya de saludar,
y hasta otro día: *laus Deo.*

LA RAZÓN MAS PODEROSA


Di, bella Clori,
¿por qué tormento
das á mi alma
con terco empeño?
¿Por qué á mis quejas
y tristes ruegos
no das oídos?
—*Porque no quiero.*

Yo, enamorado
de tu gracejo,

sigo tus pasos,
contigo sueño:
pues ¿por qué ¡ingrata!
no das consuelo
á mi desdicha?
—*Porque no quiero.*

No te retires,
óyeme al menos.....
¿Te marchas? ¡Vamos!
¡es mucho empeño....!
¿Por qué no esperas,
Clori, un momento?
¿Por qué te callas,
dí?
—*Porque quiero.*

¡Que cruel eres!
Responde al fiero
dolor que mata
á éste mi pecho.
¿Por qué no quieres
responder?
¡Necio!
¿No te lo he dicho?
¡Porque no quiero!



EL PAN DE CADA DÍA

LETRILLA

Que ande en trapicheos Blasa
con el hijo de don Lino,
y haga caso del sobrino
de su tía Nicolasa,
y al esposo de María
se la vea aproximarse...
¡bah! señores, no asustarse,
es el pan de cada día.

Que un político en calzas prictas
fume, beba, trinche y ame,
y á todas las niñas llame
cursis, tontas y coquetas,
dando con su tontería
ganas de al Ebro arrojarse...
señores, no hay que asustarse,
es el pan de cada día.

Que un gastrónomo antropófago
coma, á costa de un amigo,
sin que un bocado enemigo
se le pare en el exófago,
y con bárbara alegría
le vean de aquel burlarse...
no es cosa para asustarse,
que es el pan de cada día.

A un ciudadano que presta
al setenta y dos por ciento,
con tachable fingimiento
y conducta muy honesta
se le vé á Santa Lucia
rezar, y en el pecho darse,
pero... ¡nada! ¡no arredrarse!
es el pan de cada día.

Que á un militar aguerrido
y valiente como el Cid,
que nunca tembló en la lid
ni se declara vencido,
ante una paisana mía
le veamos doblegarse...
caballeros, no asustarse,
es el pan de cada día

Que un portero de intendencia,
dándose lustre y jabon,
un día de vacación
diga: «*No damos audiencia*»
y lo mismo que un *usía*
importancia quiera darse...
no hay por eso que asustarse,
que es el pan de cada día.

Que un señorito de aldea,
que dice *menistro* y *bótica*.
con una facha *estrambótica*,
un *non plus ultra* se crea,
dando en la triste manía
de lucir y acicalarse...
¿de qué sirviera asustarse
si es el pan de cada día?

Que un diputado novel
dé palabra á su partido
de mostrarse decidido
y de trabajar por él,
mostrando gran apatía
así que llega á alejarse...
no merece eso asustarse,
que es el pan de cada día.

Y que yo haga una letrilla
cuando tantas se han escrito
con pie mucho más bonito,
¿no es cosa que maravilla?
No critiquéis, pues, mi afán,
poetastros y copleros;
lo que yo hago, caballeros,
es de cada día el pan.



Á PILAR

Cuando la noche su velo
tiende por el horizonte,
y tras el más alto monte
el sol se oculta del cielo.

En un jardín, asaz bellas,
varias y vistosas flores
con sus fragantes olores
embalsaman las estrellas.

En el jardín, como ves,
todo el mundo tiene entrada,
pero no hay que tocar nada
porque gran delito es.

Y en las noches apacibles
ver las flores, no tocarlas,
que aun á veces de mirarlas
resultan cosas terribles.

¡Cuántas blancas azucenas,
tan inocentes y hermosas,
hoy recuerdan pesarosas
aquellas frescas verbenas!

Admirarlas es, acaso,
lo que tan sólo al que va
le permiten, y aun podrá
resultar algún fracaso.

Ahora bien: tú tendrás pena
por saber, Pilar, en donde
tan bello jardín se esconde
y de condición tan buena.

Pues si es que no lo adivinas
—al menos así lo creo—
el jardín es..... el paseo
que al presentarte iluminas.

Y las flores delicadas
que embalsaman el ambiente,
las hermosas, que la gente
allí admira enamoradas.

Yo por el jardín pasé,
y la belleza y color
allí admiré de una flor
que en el jardín encontré.

Sin duda era la más bella
de aquel pensil tan hermoso,
y sobre el tallo gracioso
se miraba en una estrella.

La seguí, pero fué en vano;
quise mirarla, y cegóme;

y á no verla condenóme
un jardinero inhumano.

.....

La flor eres tú, Pilar;
y en vano aspirarte quiero,
que el maldito jardinero
no quiere dejarme entrar.



LA MUERTE DE JESÚS

¿Oís retumbar el trueno
en las cumbres de aquel monte?
¿Véis cruzar el horizonte
exhalaciones sin fin?
¿Véis con asombro indecible
la luz del sol apagarse?
¿Véis el mundo consternarse
del uno al otro confín?

¿Qué significa, qué dice
todo aquesto al Universo?
¿Es espíritu perverso
el que tanto mal causó?
¿Serán, tal vez, del planeta
que habitamos conmociones,
apoyadas en razones
que el sabio incansable halló?

¡No! Tiene causa más grande
tan terrible cataclismo:
es la luz del cristianismo,
la cesación del error!

¡Es qué el que fundó la tierra,
humillado, escarnecido,
hoy al hombre ha redimido
espirando con dolor!

La faz demacrada, el rostro espirante,
los ojos hundidos, ya faltos de luz,
exangüe, doliente, mudado el semblante
el Dios de bondades yacía en la Cruz.

El pueblo que mira con gusto su muerte,
dá voces al viento al verle espirar:
no hay joven ni anciano que viéndole inerte
no sienta en su pecho placer singular.

«¡Ya espira!» quien grita con gusto inefable
«¡Ya muere el infame!» repiten dó quier,
«¡Pagó su impostura!» con rabia implacable
exclaman en coro de inmenso placer.

Y en tanto los rayos del sol, que antes bello
acaso con ira tal cuadro alumbró,
se apagan y mueren dejando un destello
que alumbra un momento al Dios que finó.

Furiosa tormenta de pronto levanta,
con súbito estruendo terrible huracán,
y el río, rompiendo su cauce y garganta,
desbórdase, espanto sembrando y afán.

Horrores sin cuento natura presenta,
y, al ver comprobada la ya realidad,
el pueblo insensato su falta lamenta
¡y póstrase, y llora, pues vió la verdad!

D O L O R A

¡Pobre Lola! ¡qué abatida!
¡qué llorosa!
—¡Ay! que es muy triste mi vida!
¡Era yo de él tan querida...!
¡qué dichosa!

—¿Puedo yo darte consuelo?
dí, mi bien.
—¡Sólo le hallaré en el cielo!
—No te apures, que en el suelo
lo hay también.

Hoy tu amor se ha convertido
en dolor:
si grande la causa ha sido,
yo ofrezco, aquí rendido,
nuevo amor.

—¿Tú serás capaz de amarme?
dílo, Eduardo:
¿nunca llegarás á odiarme?
—No, que Amor supo clavarme
bien el dardo.

Yo seré, Lola, tu esclavo;
yo seré...
—¡De comprenderte no acabo!
¿Esclavo dijiste? ¡Bravo!
—Di, ¿pues qué...?
—El amante que hoy se aleja
con dolor

de mi lado, en esta reja,
donde la luna refleja,
juró amor.

Yo le quise, pues su acento
me agradaba;
pero llegó aquel momento
en que, *de mi amor sediento*,
¡ay! lloraba.

Ví su llanto y dióme enojo;
que el amante
no ha de sufrir el sonrojo
de mostrarse así., tan flojo
y delirante.

No quiero esclavos conmigo,
buen Eduardo;
lo siento como lo digo:
Amor te hizo mi enemigo
con su dardo.

Marchóse Eduardo expresando
en su rostro gran disgusto,
y exclamó para sí hablando:
«¡Uf! ¡qué susto!»

¿Quieres, niña, quien domine
con su amor el tuyo? ¡Ay, Lola!
Muy fácil será que fine...
¡Carambola!

LA DESPÉDIDA

LETRILLA

En el retrete de Luisa
entra un joven, y al momento
le señala ella un asiento
con amorosa sonrisa.

Y él, con voz harto sonora,
mirándola con misterio,
dice entre irónico y serio:
«A los piés de usted, señora.»

—¿Qué significa ese acento
y ese *usted*? —dice la bella—

—Señora, si el labio sella,
concluiré en un momento.

No con excusas ahora
me quiera usted aplacar:
hoy acabo ya de estar
á los piés de usted, señora.

—Más ¿qué motiva ese gesto
y esa manera de hablarme?

—¡Pérfida! ingrata! ¡engañarme
así!

—Pero ¿á qué viene esto?
—Sepa usted que nada ignora
este incauto enamorado:
no puedo estar á su lado...
á los piés de usted, señora.

Pues no: no quieroirme
sin decirla lo que siento:
es mucho mi sufrimiento,
y... los sordos van á oirme;

usted, con engañadora
pasión, de mí se ha burlado...
¡Y qué yo me haya postrado
á los piés de usted, señora...!

Hace mes y medio, creo,
ví á usted con su tío el conde
no recuerdo bien en dónde...
me parece fué en paseo.
Al verla tan seductora,
confundido y admirado
dije al pasar por su lado:
«á los piés de usted, señora »

Usted ¡de pensarlo sudo!
fingiendo serle agradable,
con una sonrisa amable
volvióme al punto el saludo.
Con gracia fascinadora
la falda se levantó...
mi vista se dirigió
á los piés de usted, señora.

¡Y qué pies, Dios bendecido!
ellos causaron mi ruina
y mutación repentina
en mi espíritu abatido.

Desde entonces hasta ahora
nunca los pude olvidar,
y no he dejado de estar
á los piés de usted, señora.

Tiene usted cartas de Juan,
y billetes de Agustín,
y epístolas de Martín,
y esquelas de Sebastián:
Todos ellos sin demora,
pues no están en el secreto,

firman con mucho respeto,
«á los piés de usted, señora.»

Pero ya esto se acabó;
hoy se descubre el engaño;
un funesto desengaño
voy á darles luego yo.
En vano el perdón implora:
nō hay de convencerme modo;
voy á descubrirlo todo;
á los piés de usted, señora.

—¡Un instante!

—¡No hay piedad!

La villa vá á murmuraros,
las bellas á señalaros,
y á huiros la sociedad.
Ha llegado vuestra hora;
la máscara os quitaré,
y ni aun deciros querré
á los piés de usted, señora.

—¡Espera!

—¡Vana porfía!

—¡Escucha!

—No atiendo á nada.

—¡Ah! ¡me haces muy desgraciada!

—Cada cual tiene su día.

—Pero ¿no admite demora
tu partida?

—Ni un momento.

Usted lo quiso lo siento.....
á los piés de usted, señora.

.....
Marchóse; y Luisa, llorosa,
á su balcón se asomó,
y cuando salir le vió

volvióle á llamar ansiosa.
Y él, con faz que corrobora
sus deseos de vengarse,
dijo riendo al marcharse:
á los piés de usted, señora.

DOLORA

- ¿Qué tienes, Paula?
—No sé.
- ¿Estás enferma, hija mía?
—No sé.
- ¡Vamos! ¡qué manía!
—¿Por qué no respondes?
—¿Qué?
- Contesta: ¿quién te ha ultrajado?
—No sé.
- Paula, no me irrites
¿qué deseas?
—Que te quites,
madrecita, de mi lado.
- ¿No me quieres?
—¡Qué rareza!
- ¿Qué te falta?
—Soledad.
- ¿Qué te sobra?
—Tu bondad.
- ¿Qué te duele?
—La cabeza.
- ¿Nada más?
—Y el corazón...

- ¿Qué tiene?
—¡Se me ha perdido! ...
—¡Adiós, Paula! que he oído
ahora tu confesión.
—¿Lo buscaré, madrecita?
—Déjale, que él volverá.
—¿Sólo?
—No
—¿Con quién, mamita?
—Quien lo llevó lo traerá.
—¿De veras, madre? Lo siento.
—Mal hecho, niña.
—¿Y por qué?
—No sé... me marchó.
—¡Un momento!
¿Por qué te marchas?
—¡No sé!

MI PATRIA

Hay un libro cuyas hojas
no se rompen en la vida;
libro que á saber convida,
siendo ameno cuento al par.
Cuyos varios caracteres,
según es lo que nos cuentan,
con oro nos lo presentan
y no se puede borrar.

En él los hechos gloriosos
de bizarros adalides,
y narraciones de lides
sangrientas mira el lector;

en él traiciones infames
se ven también y dobleces,
mezcladas, algunas veces,
con dulces trovas de amor.

Caracteres indelebles
son los de este libro raro;
mil dudas nos pone en claro
al fijar la vista en él.
Y la tierra dó nacimos,
vemos allí, en otros años,
que nos retrata el papel.

¡La Historia! Aqueste es el libro
de mi admiración objeto,
obra que, lanzando un reto
á la necia Humanidad,
le presenta sus abuelos
tal como fueron un día,
y procurando á porfia
decir siempre la verdad.

Ved á Castilla otro tiempo
y á sus reyes poderosos,
cual ningunos victoriosos
dó quier que sientan el pie;
ved á Aragón con sus brazos
que, semejando leones
asombran á las naciones
por su tesón y su fe.

¡Aragón! Padre querido!
De ser tu hijo estoy ufano:
el altivo castellano
aquí humilla su valor.
Cien monarcas orgullosos
doblaron aquí las frentes
ante los hijos valientes
de Jaime *el Conquistador*.

Dó Lanuza tuvo asiento
los cobardes son mentira:
aquí el aire se respira
mpregnado de altivez.
La rudeza existe solo
cuando suena la batalla...
en concluyendo, se calla
y afables son otra vez.

Cuna de ilustres varones
eminentes y entendidos;
patria de hombres aguerridos
y de noble corazón.
Suelo fértil cual ninguno,
clima sano, puro ambiente,
cielo hermoso, franca gente,
son tus dotes, Aragón.

Aquí aquellos Argensolas
en el arte se educaron,
aquí la ciencia estudiaron
los Lunas y Bardagí...
Aquí Valero la silla
apóstolica mantuvo;
el gran Pignatelli tuvo
asiento también aquí.

A sus bravos campeones
no hay poder que resista:
los nietos de Iñigo Arista
son los solos en valor.
Cada pecho una muralla
es, como ya lo han probado;
cada niño es un soldado;
cada anciano es un doctor.

Débiles serán mis fuerzas,
Aragón, para cantarte;

más no importa, en cualquier parte
donde escuche hablar de ti
mi único afán será solo,
recordando tus memorias,
cantar el genio y las glorias
de la cuna dó nació.

A UN AMIGO Y A UNOS OJOS

Díceme un mi camarada
que adora unos bellos ojos
y le mata su mirada:
soltemos la carcajada
ante tan necios antojos.
¡Que le matan! ¡Vaya un lance!
Entonces, ¿quién le ha mandado
que á la muerte se abalance?
Yo temería un percanse
y me iría con cuidado.

¡Matar! Vamos, es cuestión
que debe tomarse á guasa;
yo me asomo á mi balcón
y recibo un alegrón
á cada *muerte* que pasa.

Estoy en el mismo caso
del compadre que eso dijo:
por unos ojos me abraso
y—dicho sea de paso—
no hay dos como ellos, de fijo.

Pero á mí no me asesinan
como al amigo en cuestión.....
al contrario, me fascinan,
porque en ellos se adivinan
la ternura y la pasión.

Cuando al cielo levantando
la mirada, con sencillo
candor, los veo, gozando
la Concepción de Murillo.

Si hacia el suelo pensativos
se dirigen algo inciertos
y se alzan después activos,
matan, es cierto, á los vivos
pero dan vida á los muertos.

Y cuando á mí se dirigen,
ya risueños ó enojados,
como mi destino rigen,
me dan placer ó me afligen
ó me causan mil cuidados.

Pero matarme, jamás;
me dan vida y alegría
acaeciendo además,
que siempre se vá detrás
de su mirada la mía.

Ven acá, pues, insensato,
que, sin mirar lo que dices,
te acreditas de pazguato:
vente á observarlos un rato,
quiero que los analices.

Mas si después de mirarlos
no te retractas al punto
de tu opinión... ¡por San Carlos!
de fijo he de retratarlos
con aquel rostro en conjunto.

Y llevados de nación
en nación y villa en villa,
confirmaré mi opinión
de que aquestos ojos son
la novena maravilla.

~v~
— 300 —

FRAGILIDADES

Es este pícaro mundo,
tan abundante en rarezas,
que se vén cada minuto
si no cien, más de noventa,
véense viejas relamidas
que las echan de doncellas,
y entre carmín y albayalde
su vetusta cara entierran.

Se ven viejos ochentones
que, cual un niño, pollean,
y hacen el amor á niñas
que pudieran ser sus nietas.

Militares retirados
que dó quiera que se sientan,
están hablando seis horas
de sus pasadas proezas.

Horterillas presumidos
que parecen trás la mesa
figuras de medio cuerpo
á quienes han dado cuerda.

Gentes que llevan peluca
tan bien arreglada y puesta,
que al levantarse el sombrero
se les vá detrás aquella.

Cantantes muy decantados,
á pesar de que berrean,
y que cantan en la mano
de tanto como solfean.

Personas que gastan gafas
por no distinguir de cerca,

y cuando quieren leer
las dejan sobre la mesa.

Hombres-mómiás que se creen
los Adónis de las bellas,
sin reparar que en el mundo
son abadejos con piernas.

Periodistas embusteros
que andan á caza de nuevas,
y pollos que hacen el oso
rebajando las aceras.

Hombres que montan, sin ver
que ser montados debieran;
señores que llevan frac
debiendo llevar chaqueta;
chiquillos que fuman pipa
y quien se los fuma es ella;
cesantes con corbatín
de *Dios guarde á usted*, etcétera.

Sirvientas con miriñaque,
modistillas con *pamela*
usureros muy devotos,
amas de cría solteras...

Y, en fin, se vén tantas cosas
que nos dan risa y revientan,
que á referirnoslas todas
cuento de no acabar fuera.

Muchas más os contaría,
pero ya el sueño me aprieta
y se me clava en el pecho
esta maldecida mesa;
y se me cansa la pluma,
y se me vá la cabeza,
y se me agota la tinta,
y se me apaga la vela.



POR LA MAÑANA

Muchas veces me sucede
que cuando despunta el alba
yo también *despunto*, y salto
al suelo desde mi cama.

Una vez ya fuera de ella
abro al punto mi ventana,
la luz del sol prefiriendo
á la de mi vela ó lámpara.

Vístome de cualquier modo
—que á mi no me importa nada
si vá bien puesto el gabán
ó si está bien la corbata—
y, apoyando los dos brazos
al marco de mi ventana,
fumo tranquilo un cigarro,
me colocó bien las gafas
y en esta *bella postura*
miro la gente que pasa.
¡Ojalá que tal no hiciera!
¡Ojalá tal no mirára!
porque veo tantas cosas
originales y raras,
que hay para llenar diez tomos
de más de quinientas páginas.

Te diré algunas, lector,
que tú no te imaginarás,
pues estas cosas que digo,
no son cosas, son... *cosazas*.

Ya veo venir á misa
á la simpática Clara,
modista de *in illo tempore*
y en día capitana.

Pero ¡calle! no vá á misa:
llega al portal de una casa
y hace señas á este lado...
¡Bueno! volvamos la cara.

Vuélvola y veo venir
á un mozo *de buena estampa*...
¡Toma! ¡pues si es Restituto,
practicante de farmácia!

Llega el mozo muy ufano;
la moza la mano alarga
y en santa conversación
mano á mano el rato pasan,
¡y mientras, el capitán
tranquilo duerme en su cama!
¡y mientras, allá en la iglesia
toca á misa la campana!

Pero ¿quién es aquél énte
que hácia aquí marcial avanza,
llevando al brazo una cesta
y en una mano el paraguas?

¡Ah! es el señor don Felipe
propietario de Tafalla,
que se vá él á hacer la compra
porque no tiene criada
y cuando habla con cualquiera,
dice dándose importancia:
—«Cinco criados tenemos
de ambos sexos en mi casa.»

Mas... allá viene un sargento
que, ó la vista á mí me engaña
ó viene llamando á voces
á la doncella Mariana.

Esta, que ya lo ha observado
desde el balcón—donde estaba
dando zurra á unos vestidos,—
se pone muy encarnada,
pero al mismo tiempo dice:

—Sube, que duermen en casa.
Y el militar al momento
las escaleras asalta.

En esto viene una tía
mugrienta y mal arreglada;
se le acerca un señorito
que se cubre con la capa,
y dándola dos pesetas
recibe en cambio una carta.
Se vá la vieja, y el jóven
se marcha batiendo palmas.

Abre su tienda silbando
un comerciante en quincalla,
y no bien ha concluido
de hacerlo, que ya una dama
entra pidiendo *carmin*,
polvos de dientes y *Opiata*;
y esa que ahora está ojerosa
y vieja, y horrible y..... pálida,
la veremos esta tarde
totalmente transformada.

Por allí viene un hortera
persiguiendo á una muchacha;
por allá pasa un cesante
que habrá dormido en la plaza;
por aquí veo á un mocito
con un levisac de alpaca,
porque no tiene gabán,
y dice con cierta gracia:

—Dá gusto salir á cuerpo,
que está hermosa la mañana.

Acá vienen dos fregonas
murmurando de sus amas,
y diciendo de sus amos
cosas..... que parecen fábulas.

Abrense puertas y tiendas,
pasa un escuadrón de cabras

metiendo con sus cencerros
más ruido que una batalla.

La buñolera que grita,
mis vecinitas que cantan,
el aguador que reniega,
los perros que á un tiempo ladran,
los carteros que, rompiendo
las puertas, en todas llaman,
la diligencia que sale,
el farolero que apaga,
los de la limpieza pública,
que á todo titere manchan,
los estudiantes que alegres
van á la primera cátedra,
todo, en fin, forma un gran cuadro
que me marea y me agrada.

¡Cuántas cosas que se ignoran
ví yo desde mi ventana!

Y mientras los que han dormido
entumecidos levantan. ...
¡y mientras allá en la iglesia,
toca á misa la campana!.....

LA NIÑA INOCENTE

Cuando vestida
de ópalo y grana,
entre celages
despunta el alba,
baja una niña
por la montaña.

Sus negros ojos
si miran, matan:
son dos luceros
de la mañana.

Sus rojos labios
tan sólo igualan
á dos rubies
que allí se engarzan.

Es de azabache
su crencha larga,
es una perla
la tal zagala.

Por un sendero
de la montaña
baja un mancebo
que vá con ánsia
siguiendo ciego
á la muchacha.

Bello es, por cierto,
de fáz simpática;
viste un lujoso
traje de caza,
lleva en el pecho
una cruz blanca,
y lleva al cinto
moruna daga.
Llega al encuentro
de la zagala,
y aqúeste diálogo
con ella entabla:

—¿Dónde vá, sola,
la más gallarda
de las doncellas
de la comarca?

—Voy al encuentro
de mi torada.

—Mejor te fuera,
en dulce plática,
en esa fuente

que está cercana,
pasar conmigo
la madrugada.

—No, que mi madre
allí me aguarda.

—¿Dónde?

—En el campo
dó están las vacas.

—Deja á tu madre;
oye, zagala.

Yo busco ansioso
una mirada
de aquesos ojos
que al pecho matan.

Yo busco el goce
de oír palabras
que amor pronuncien
por tí espresadas.

Yo busco el día
de mi bonanza;
cifro mi dicha
en tí, zagala.

--¡Ay! ¡no te entiendo,
montero, nada!

—¿No me comprendes?

Tu mano blanca
en este pecho
quiero posarla.
Trae.

—¡Es pecado!...

—No hay tal, zagala.

—¡Guarde el montero!

¿Qué de hacer trata?

Voy al encuentro
de mi torada,
que madreica
lêjos me aguarda.

—No, no te alejes;
dáme esperanza.
Yo... te idolatro,
pero tú ¡ingrata!
tornas el rostro
sin decir nada.

Dáme tu mano,
quiero besarla.

—¡Besarla, dice!
¿Qué es el besarla?
¡Guarde el montero!
—¡Por Dios! ¡zagala,
oye!

—Me marchó
con mi torada,
que madrecica
léjos me aguarda
—¡Oye...!

—No entiendo
de amores nada;
que dice madre
que las muchachas
mueren al punto
que á un hombre aman.
—Eso es mentira.
—No hay tal.

—Zagala,
no te me alejes.
Oyeme, aguarda.
—Voy al encuentro
de mi torada.
—Pero.....

—No entiendo
las tus palabras.
—¿No las entiendes?
Tu mano blanca
besar quisiera.....

dáme, zagala.

—No; madrecica

léjos me aguarda.

—¡Trae!

—¿Qué desea?

—Tu mano.

—¡Vaya!

Adios, montero,

—Oye, zagala.

—Voy al encuentro

de las mis vacas,

que madrecica

léjos me aguarda.

Adios, montero.

—¡Adios, zagala!

ACLARACIONES

Piensa con gran presunción
el castellano ladino
que aquí no hay lenguaje fino
ni esmerada educación.

Creen que sólo en Castilla
se puede hablar con *finura*,
y todo se nos censura
en la coronada villa.

Vá un aragonés allá,
y unos tontos como lomas
lo reciben con mil bromas,
¡pero unas bromas, que ya!

Y es que quieren con sus yerros
comprobar aquello de
por un perro que maté
me llamaron mata-perros.

¿Tenemos culpa, tal vez,
de que hable mal un patán
si educación no le dán
y es, de los malos, la hez?

Pues sepan esos señores,
si nos quieren criticar,
que aquí no suelen pagar
los justos por pecadores.

Aquí, sí, hay brusca rudeza
y ademanes chavacanos,
pero hay también hombres llanos
y verdadera franqueza.

No hay, como en la córte, flujo
de fingir con cortesía:
aquí el engaño y falsía
son artículos de lujo.

Y junto á uno que se espresa
correcta y perfectamente,
se oyé á otro decir *tiniente*
y *satisfación*, y *Andresa*.

Para negar dicen ¡*quiá!*
llaman *tripa* á la barriga,
á cualquier tienda *botiga*
y por *mira* dicen *miá*.

El lenguaje es harto rico,
pese á algún tonto erudito;
y así, en vez de *pequeñilo*,
se dice aquí *pequeñico*.

Traslado al insigne vate
que el *Diccionario* escribió (1);
léanlo, y verán que no
encierra ni un disparate.

En la burla ó represión
se espresan mejor dó quiera:

(1) Jerónimo Borao.—DICCIONARIO ARAGONÉS.

dicen *bobo* allí á cualquiera
y aquí le llaman... *melón*.

Esto es, sin embargo, raro,
y sólo se oye á la plebe:
por eso mi pluma debe
poner las cosas en claro.

No se crea que esta tierra
está llena de... *batuecos*,
y que un segundo Marruecos
en este reino se encierra.

Y para los que Aragón
no han visto y dél hablan mal,
no está de más ¡voto á tal!
hacer esta aclaración.



EL DIABLO EN TOLEDO

LEYENDA

INTRODUCCIÓN

Son las doce de una noche
del frío mes de Febrero,
cuando un hombre que embozado
vá hasta los ojos, con cierto
y seguro paso, cruza
varias calles de Toledo.
Una vez ya separado
de la plaza, en un estrecho
callejón penetra el bulto
con ademán desenvuelto.
Suelta el embozo con brío,
tira hácia atrás el sombrero,
y terciándose la capa
cual un escolar travieso,
dá dos palmadas, y queda
el callejón en silencio.
Cualquiera al verle creará
que hay amores de por medio,
y el galán espera allí
el dulcísimo momento
de entablar amante plática...
pues todo ménos que eso.
Pasaron cinco minutos,
y el mozo pronunció un terno,
que al oirlo alguna beata,

ó una doncella, ó un lego,
la señal de la cruz todos
hubieran hecho al momento.
Volvió á dar las dos palmadas,
volvió á quedar en silencio
la calle, y al poco rato
á interrumpirse de nuevo.

Abrióse una alta ventana
con honores de agujero
guarida acaso de búhos,
y asomó el rostro un mancebo.

—¿Quién sois? dijo el que llamára

—¡El demonio! respondieron.

—¡Hola! ¿Y de dónde venis
á estas horas?

—¡Del infierno!

—¿Y qué noticias traeis
de aquél lugar?

—¡Con mil truenos!

que si no me abris la puerta
voy á hacer un escarmiento!

—Brioso viene el diablillo.

—Viene á mataros dispuesto
si no abris.

—¿Desde la calle
queréis matarme, mancebo?
Eso es querer imposibles.

—Pues voy á mataros dentro.
Y acercándose á la puerta,
comenzó á dar tan de récio,
que el de arriba, ya asustado,
así exclamó:

—Estáos quieto,
señor diablo, y no llameis,
que voy á abrir al momento.
Y mientras allí aguardaba
nuestro anfitrión al mancebo

que iba á abrirle, por lo bajo juraba y echaba ternos como al principio del lance para no perder el tiempo. Bajó el otro, y saludándole exclamó:

—¡Voto á San Pedro!
Esta noche, capitán,
habeis venido de un génio...
Subid, que arriba están todos.
Aguardáos un momento,
y os daré luz.

Mas nuestro héroe estaba casi al extremo de la escalera, jurando sin cesár y maldiciendo. El que le abriera, al mirarle subir, dijo:

—¡Por mi abuelo!
juraría que este hombre
no es el capitán! Veremos...
Y le siguió temeroso
de haber cometido un yerro.
En efecto, el que subía
no era el que creyó el mancebo.

I

Mandobles á oscuras.

En un cuchitril hediondo
hay seis hombres ocupados
en arrojar unos dados
sobre un tablero redondo.
Al caer sobre el tablero

se oyen varias maldiciones,
si se pierden los doblones
cual si no fuesen dinero.

Y es de ver con qué afición
miran todos al que tira,
y es de ver cómo éste mira
á toda la reunión.

—¡Juegol—dice uno con brío.—

—¡Venga!—responden.

—¡Ahí vá!

—¡El seis!—dicen—

—Venga acá:

todo ese dinero es mío.

Y continúan perdiendo
unos, y otros ganando,
quien con cólera jugando
y quien con gozo riendo.

Y cuando más se despierta
la afición, y más se jura,
aparece una figura
en el dintél de la puerta.

Era el nuevo personaje
aquel que en la calle oímòs,
y del cual tan sólo vimos
con dificultad el traje.

Bravo mozo era, por Dios,
el que los ternos echára;
se adivinaba en su cara
que valía como dos.

Tenía negros los ojos
y más negro aún el cabello;
aire altivo, erguido el cuello,
nariz griega y lábios rojos.

Ancho sombrero traía
de negro fieltro, asáz fino,
colocado con tal tino
que las cejas le cubría.

Y al dejar caer al suelo
la capa, un tanto enojoso,
dejó ver un muy lujoso
vestido de terciopelo.

Sujetaba su jubón
cinturón de gran valía,
y rica espada traía
pendiente del cinturón.

Y al verle de pié, tan quieto,
mirando á todos, terrible,
era un empeño imposible
el mirarle sin respeto.

Por algún espacio, todos
permanecieron callados,
hasta que aquel de los dados:
le dijo con malos modos.

—¿Quién sois?

—¡La pregunta es chusca!

—respondió el otro altanero,—
¿no lo veis? un caballero.

—¿Y el caballero qué busca?

—Busca una dama escondida
que aquí se oculta, tunantes,
y, ó me la entregais cuanto antes,
ó no doy por vuestra vida
ni un ochavo.

—Bravo, á té,

—dijo otro,—viene el galán.

¿Luego, vos sereis don Juan
de Alvarado?

—Yo no sé

si soy el que vos decís,
mi venida está explicada,

y...

—Pues en hora menguada,
el de Alvarado, venís

—¿Por qué?

—Porque la doncella
ya no está aquí.

—¿Y dónde está?

—A tal os responderá
el que se marchó con ella.

—¡Mientes!

—Cuidado, doncél,
con lo que decís.

—¡Lo digo

y lo repito!

¿Enemigo
os mostrais?—preguntó aquel
que á don Juan interpelára—

—Sí tal; y, ó me das la niña,
ó principiemos la riña
que ponga la vida cara.

Y sin poder más sufrir,
arrolló su capa al brazo,
dió á la luz un cintarazo
y se preparó á reñir.

Los jugadores que vieron
caer la luz medio apagada,
sacaron todos la espada
y al doncél acometieron.

Mas don Juan que acostumbrado
estaba á empresas más duras,
daba mandobles á oscuras
cual si lo hubiera ensayado.

Por largo tiempo duró
el sonido del acero,
y ni un grito lastimero
en todo el rato se oyó.

Al fin, una voz doliente
esclamó:—¡Dejád que salga!
Y á poco, —¡Jesús me valga!
—dijo otra voz diferente.—

Tres veces se oyó esclamar

con triste acento: —¡Me han muerto!
prueba de que no era incierto
Alvarado en el luchar.

Y despues de andar buscando
á tientas una salida,
halló don Juan escondida
una puerta; y escuchando,
oyó su nombre decir
con acento de mujer,
lo cual le hizo comprender
quien podía allí vivir.

Dijo un nombre con desprecio,
y sin reflexionar nada,
con el pomo de su espada
comenzó á llamar de récio.

Abrióse de par en par
la puerta, y en el dintél
aparecióse un doncél
de apostura singular.

Y al ver que don Juan, osado,
á una dama dirigióse
que allí había, colócase
cerrando el paso irritado.

—¡Atrás!—esclama con brío—
—¡Atrás, vos!—dice don Juan.
¿Qué desea aquí el galán?
—Vengo á buscar lo que es mío.

Vió la doncella á Alvarado
y al verle dijo:

—¡Don Juan!
no en vano esperó mi afán
que vendrías á mi lado!

Aparta don Juan de sí
al otro; á la jóven coje,
y en sus brazos la recoje
queriendo salir de allí.

Mas el otro, cuyo amor

es mucho, y su fuerza mucha,
con él entabla una lucha
ciego de ira y de furor.

Pero á poco cae tendido
por la espada de don Juan
y éste y la jóven se van
dejándole ya vencido.

Salen ambos á la calle
y tropiezan con la ronda,
mas no hay miedo que él se esconda
ni que su valor se acalle.

Y á lo que van á decir
«¿quién sois?» les responde «¡el diablo!»
y parte como un venablo
sin que le puedan seguir.

Echaron trás de Alvarado
todos, mas se detuvieron,
que en la calle un bolsón vieron
que don Juan hubo arrojado.

Y al ver la suma no escasa
que el bolsillo contenía,
dijeron:—¡Para otro día!
y se marcharon á casa.

II

Pormenores.

Después del lance ocurrido,
hora es, lector, de que sepas
quién era el bravo don Juan
y el otro doncéel quién era,
así como aquella dama
que de allí huyó por la fuerza.

Era don Juan de Alvarado
hombre de esos cuya enseña
es el escándalo y daño

que hacen resaltar dó quiera;
segundo don Juan Tenorio,
audaz por naturaleza,
rico, hermoso, jóven, diestro,
no había para él empresa
que, pensada, en el momento
realizada no la viera.

Hasta cumplir los veintiocho
viajó, y en villa ó aldea
donde él paró, no hubo nunca
segura niña ni vieja,
ni hombres con quien no riñese,
ni gentes que le quisieran.

Llegó á Toledo nuestro héroe
con la original idea
de á la dama más hermosa
que allí hubiese, por la fuerza
ó de grado, hacerla suya,
logrando de esta manera
divulgar en la ciudad
su fama. Pasaron cerca
de dos meses, en los cuales
se ocupó en engañar dueñas,
en matar á tres galanes
y violar una doncella.

Un día le vino en mientes,
cual nunca se le ocurriera,
entrar á oír una misa
ó tan sólo á ver la iglesia,
que en don Juan el ser cristiano
artículo de lujo era.

En el templo una mujer
rezaba con reverencia,
y al elevar hácia el cielo
sus ojos, se la pudiera
tomar tal vez por un cuadro
de Rafael; por *la Perla*.

Sus lábios al entreabrírse
para rezar, parecieran
á algun poeta el capullo
de la rosa que abre tierna
su cáliz en la mañana
de florida primavera.

Nunca don Juan de Alvarado
vió semejante belleza;
nunca su alma embriagada
sintió como ahora al verla;
nunca el corazón herido
le latió ni tan de priesa.
¡Ah! ¡que es hermosa la jóven
y es difícil poseerla!
Acabó, por fin, la misa,
no tan pronto cual quisiera
nuestro doncél, y la dama,
escudada de una dueña,
salió, y á la luz del día,
libre ya de las tinieblas
del templo, Alvarado pudo
admirar más la belleza
de aquel ángel cuyo aroma
le embriagó al pasarle cerca.
Después de andar por distintas
calles, vió que la doncella
llamó á una puerta y entró,
no sin mirarle con cierta
intención, que comprendida
fué por don Juan... y la dueña a.
A los dos días, nuestro héroe
dulce plática con ella
sostenía por lo bajo
al pié de la amante reja.
Mas ¡ay! que un rival temible
el feliz doncél tuviera!
Don Diego de Somovilla,

rico asáz y hombre de prendas,
á la dama dijo un día
amores én otra iglesia.
Rehusólos Esperanza
—aqueste su nombre era—
y por dos veces don Diego
quiso robarla, mas ella,
ora con gritos agudos,
ora con súplicas tiernas,
pudo hacerle retirarse
abandonando su idea.
En tal estado las cosas
estaban, pues, cuando cierta
noche de Febrero, antes
de la en que pasó la escena
referida, fué don Diego
á la casa dó vivieran
ciertos mozos que en Toledo
no gozaban de muy buena
reputación, pues su oficio
era fabricar moneda
de día, que por la noche
salían por las tabernas,
y al infeliz caballero
que no andaba con cautela,
el dinero le sacaban
con demasiada destreza.
También una temporada
les dió á los tales la idea
de salir al campo donde,
al pasajero que vieran,
le limpiaban el bolsillo
y le arrancaban la lengua
para que no lo contase
y mal resultado diera.
A su casa, como digo,
fué don Diego quien, en ciertas

ocasiones, ya les hubo
dado quehacer en sus tretas
amorosas, y los mozos
le respetaban dó quiera.

Díjoles en pocas frases
cuáles sus deseos eran,
es decir que le trajesen
á su casa á la doncella,
después de dar... cualquier cosa
de buen efecto á la dueña.

El capitán de la gente
lo prometió, y á la vuelta
de dos días, una tarde
condujo en una litera
á Esperanza, que, llorosa
y sin consuelo, mil quejas
lanzaba contra don Diego,
á quien odiaba de veras.

Aquella noche, don Juan
fué, como siempre, á la reja,
mas la niña no salía
ni le avisaba la dueña.

Visto que nadie asomaba,
llamó intranquilo á la puerta;
pero idéntico silencio
sólo obtuvo por respuesta.

Confundido retiróse
el galán, pero su pena
fué mayor, cuando á la noche
siguiente, la misma escena
le sucedió, continuando
así una semana entera.

La desazón de don Juan
era grande: ¿cómo verla?
¿Cómo saber dónde estaba?
¿Cómo—sabido que fuera—
sacarla de dó se hallára

para consigo traerla?
—¿Si habrá venido su padre?
—pensaba el galán—La guerra
no se ha concluído aún,
y el venirse fuera mengua.

Así estaba, cuando un día,
en el átrio de la iglesia
donde él iba á acompañar
á Esperanza, oyó una cierta
conversación que le dió
á entender lo que él quisiera.

Los que hablaban eran dos
de la sociedad aquella
que por órden de don Diego
robaron á la doncella.

Oyó don Juan que tenían
en su casa aquella prenda
que él buscára, y á la noche
se dirigió con presteza
para hacer lo que hemos visto
logrando lo que quisiera.

Quedas ya, pues, enterado,
lector, de quién era aquella
reunión de jugadores,
de quién el tal don Juan era,
de quién era el otro amante
y quién era la doncella.

Sigamos, pues, nuestro cuento,
y veámos en qué quedan
amores, juegos y riñas,
corchetes, diablos y dueñas.

III

La casa del diablo.

Así que se vió nuestro héroe
libre ya de todo enredo,
por las calles de Toledo
principió tranquilo á andar,
con su dulcísima carga
que en sus brazos, desmayada,
sin oír ni sentir nada,
se dejaba así llevar.

Cruzó estrechos callejones
don Juan, y angostas plazuelas.
Pasó varias callejuelas,
y á una calle llegó al fin,
donde una casa, ó palacio,
mejor dicho, se veía,
tan grande, que parecía
no tener ningún confín.

Altas góticas ventanas,
ojivales y caladas,
cual muestran hoy las fachadas
de un convento ó catedral,
allí mostraban la mano
del artífice incansable
que, con un gusto admirable,
gastó de tiempo un caudal.

Anchas puertas, también góticas,
cuyos goznes rechinaban
si se abrían ó cerraban

causando cierto temor,
daban paso á un bello pórtico,
rica joya de escultura,
del cual en cada moldura
admirábase un primor.

En un patio cuadrilongo,
cuyas columnas esbeltas
parecían estar sueltas
en el aire, sin tocar
suelo ni techo, una fuente
prodigaba sus raudales,
que regaban cien fanales
de jazmín, rosa y azahar.

Ancho tramo de escalera
víase al frente, espacioso,
adornado de un hermoso
balaustre, donde el cincél
prodigios hizo en el mármol
retratando mil pasajes,
cuyos varios personajes
eran un retrato fiel.

Al extremo una gran puerta
daba entrada, si se abría,
á una estensa galería
que conducía á un salón,
que, por su riqueza y gusto,
bien merece los honores
de que yo haga á mis lectores
una breve descripción.

Ricos tapices de Persia,
recamados todos de oro,
que valían un tesoro
cada uno, á no dudar,

servían allí de fondo
á varios grandes espejos
en los que se vía léjos
el salón sin terminar.

Pebeteros, esparciendo
fragante aroma, se vían;
cortinas que permitían
apenas la luz entrar,
dando al aposento un tinte
sombrió y voluptuoso
que á dulcísimo reposo
parecía convidar.

Obras maestras del arte
allí, en cuadros colocadas,
recordaban las veladas
de Murillo y Rafael.
Y estasiada, al mirarlas,
la vista quedaba al punto
admirando en su conjunto
maravillas del pincél.

Ricas sillas de la época
mostrando el gusto esquisito,
y que en número infinito
allí había por dó quier,
en su testero mostraban
un escudo en el cual víase
un demonio que dormíase
en brazos de una mujer.

Del salón en cada ángulo
una gran estatua había;
bajo de una se leía:
LUCIFER; y las demás
tenían también su título,

siendo el de una ASMODEO,
ASTAROT, otro—asáz feo—
y el último SATANÁS.

A este lujoso aposento
fué, pues, dó don Juan subiera,
y en llegando, pareciera
que Esperanza iba á volver
en sí; con lo cual termina
este párrafo, dejando
para otro el ir continuando
los sucesos que has de ver.

IV

Esperanza.

Volvió poco á poco en sí
la doncella, y admirada
de aquella nueva morada,
dijo:

—¿Quién me trajo aquí?
Y don Juan, arrodillado
á sus piés, dijo:

—Mi amor,
que venciendo hoy el rigor
del destino, te ha salvado.

Nada temas; confianza
ciega en mí puedes tener:
¿qué hay que yo no pueda hacer
por tí, si eres mi Esperanza?

Los que tendidos quedaron
pueden responder de mí.

—¿Qué! ¿Los mataste?
—Por tí
hoy con su vida pagaron.

—¡Qué horror!
—En vano rogué
me dejaran verte.

—Pero
¡matarlos...!

—Un caballero
no se humilla ante unos...

—¿Qué?
—Bandidos.

—No hay tal, don Juan;
son criados de don Diego.

—Pues de tal amo reniego
si es como ellos.

—No serán.
—¿Crees tú acaso, bien mío,
que es la casa de ese hombre
dó te hallabas? No te asom bre
lo que vas á oír.

—¡Dios mío!
¿Es decir que me he hallado
en un peligro?

—Sí, á fé:
pero ya que te salvé
quiero sepas dó has estado.
Aquella casa, ó guarida
—mejor dicho—es la mansión
donde cualquiera ladrón
de aquellos, guarda su vida.
Asalariados por él
y por él obedecidos,
todos, allí reunidos,
obedecen al doncél.

Te vió. y fué grande el deseo
de poseerte, y mandando

á su gente, que buscando
te andaban—á lo que creo;—
allí fuiste conducida,
y á no haber sido por mí,
aún á estas horas allí
en llanto fueras sumida.

—Mas, ¡don Diego un bandolero...!

—Sí; un infame seductor.

—No es posible que á mi honor
faltado haya un caballero.

—¡Cómo...!

—Sí, don Juan; ya nada
debo ocultarte: mi pena
es grande, y un alma buena
si por otra es consolada
dulce se hace así el dolor,
y el consuelo para mí
será, si es dado por tí,
más grato aún que tu amor.

Oyeme, don Juan, un poco,
y no pierdas una frase,
porque si esto no tocase
á tu corazón, por loco
tu cariño hoy lo tuviera.

—Pero...

—Voy: ¡y plegue al cielo
puedas tú dar el consuelo
que mi alma apeteciera!

Mi padre, á quien cruda guerra
léjos de aquí le condujo
para cuidarme me trujo
la que ya cubre la tierra.

Nunca la vista del suelo
alcé durante su ausencia;
un día con imprudencia
quise levantarla al cielo,
y al hacerlo, en el camino,

de suelo á techo, encontré
un mancebo, que observé
me miraba de contino.

De gallardo continente
era el doncél, por mí vida,
apostura tan cumplida
no ví, ni tan frente á frente.
Miréle, y él me miró;
volví á mirarle, y tambien,
y desde aquel día, el bien
de mi pecho se ausentó.
Juróme amor con ternura
al pié de mi baja reja,
y al oír su tierna queja,
yo, inocente criatura,
arrastrada por su acento,
dejéme triste llevar
de mi pasión, y el amar
fué tan sólo mi contento.
¿Sabes ahora, don Juan,
—creo lo has adivinado—
quién era este afortunado
y tan amante galán?
Por tí, don Juan, me olvidé
de mi padre, que está ausente;
por tí—muy frecuentemente—
de mi honor no me cuidé.
Sí; cuando á la reja aquella
salía, no reparaba
que aquello no bien estaba
hecho por una doncella.
Cuando á la vuelta de misa
me servías de escudero,
en más de un lábio artero
yo veía una sonrisa.
Y todo por tí lo hacía;
todo, porque te adoraba:

hoy veo que todo acaba
ante la deshonra mía.

—¡Cómo! ¡Deshonrada, tú!
¿Quién te ha faltado, Esperanza?
Mi poder todo lo alcanza:
habla, voto á Belcebú.
¿Qué ha pasado mientras yo
no te he visto? Habla, contesta;
¿qué transformación es ésta?
¿Qué noto en tí? Dime.....

—¡No!

Decírtelo es imposible,
mi don Juan, porque al contarlo
temieras hasta el hablarlo.....
¿Ha sido un lance terrible!....
—Tú te hallabas con don Diego.
—Sí; con infamia inaudita.....
¡Ah! ¡Mi conciencia me grita
y mi rostro quema el fuego!

Era una noche callada
en la cual, pensando en tí,
estaba aguardando allí
que vinieras, namorada.

Dieron las diez, y mi alma
al corazón agolpose;
cesó el relój y quedóse
otra vez la calle en calma.

Te esperaba, y no venias;
te llamaba, y todo en vano;
más confié en que lejano
de mi reja no estarias.

A poco distinguí léjos
una luz; se fué acercando,
y ví cuatro hombres hablando
de la luz á los reflejos.

Penosa—como quien deja
la dicha por el dolor,—

turbada por el temòr
cerré llorando la reja.

Entréme, y al poco rato,
como estaba muy alerta;
oí llamar á mi puerta;
y cual lo exige el recato,
dije á mi Aldonza muy bajo
preguntára qué querían.

Mas ya ellos,—¡Abrid!—decían—
ó echamos la puerta abajo!
—¿Quién es?—dijo sin malicia
mi dueña y sin pensar mal,—
cuando una voz gutural
le respondió:—La justicia.

Entonces nos fué preciso
abrir, y fueron entrando
varios hombres, que mandando
iba otro que atar nos quiso.

Fué la mi dueña á gritar,
y uno de ellos en seguida
la hirió, cayendo sin vida,
la infeliz, en tal lugar.

Ante tan bárbara acción
al punto me desmayé,
mas ¡ay! cuando desperté
me hallaba en otro salón.

Don Diego, allí arrodillado,
el perdón me demandaba
y la verdad me contaba...
¡Se aprovechó de mi estado!...

.....
Al oír don Juan la tal
relación, se levantó,
y bien su estado mostró
con carcajada infernal.

—¡Bien!—dijo—tú lo has querido.
Sea, pues: en vano lloras

en vano el perdón imploras;
basta con lo que he oído.

Yo mía te hubiera hecho,
pero te quería honrada.

No hay para calmarme, nada:
heriste mucho mi pecho.

Morirás; pero antes, hoy,
quiero, Esperanza... perdida,
que conozcas de mi vida
el misterio, y quién yo soy.

Yo corrí en lance y riñas
mi edad florida, y sin tasa
gasté mi herencia no escasa
que tuve, en viejas y niñas.

Fuí donde pasé el presagio
del mal, tanto, que ha quedado
decir «peor que Alvarado,»
como otro cualquiera adagio.

Si un hombre me incomodó,
sin compasión le maté;
si una mujer deseé,
siempre mi afán la logró.

Dó quier que fuí, me llamaron
el Demonio, y yo he querido
justificar que lo he sido
y que en nada se engañaron.

Y para eterna memoria
este palacio compré,
que adornado dejaré
para que sepan mi historia
con mis caros compañeros
que en esas estatuas frías
las pasadas *glorias* mías
digan á los venideros.

Yo á Satanás he llamado,
y, á no dudarlo, me ha oído,
pues siempre me ha protegido

por el sitio que he pasado.

Hoy, que adoré á una mujer
y ésta mujer me es artera,
un grave delito fuera
su sangre aquí no verter.

¡Muere, y el diablo que mira
por mi destino en la tierra,
arroje hoy cuanto él encierra
en su corazón de ira!

Y alzando fiero la daga
se arroja sobre Esperanza,
que á la muerte se abalanza
viendo el golpe que la amaga.

De sangre un río corrió
por la estancia, y el doncél,
tal vez por bañarse en él,
insensato se arrojó.

Balbuendo maldecía
su suerte, y así exclamaba:
—¡Satán! ¡Si su vida acaba,
ven tú á llevarte la mia!

Súbito estruendo espantoso
se dejó oír en redor,
que, cual soplo animador
de algun jénio misterioso,

Hizo mover agitadas
las estátuas, y don Juan
volvió á llamar á Satán
con horribles carcajadas.

Desplomóse la techumbre
del pavimento, y trás ella
aparecióse una lumbré
que iluminó á la doncella.

Y al verla yerta, sin vida,
el galán un grito agudo
lanzó, y salvó como pudo
la mansión tan maldecida.

Salió, y como no sabiendo
dónde iba, asáz insensato,
por las calles largo rato
anduvo, siempre riendo.

De ahí es que se encontró á poco
en el campo, y al mirar
en su redor, sin parar
dió á correr. *Estaba loco.*

V

La carrera.

¡Pobre del alma que al placer se entrega
y es sorprendida al fin por el quebranto!
¡Pobre del que al amor su pecho niega
y rehusa escuchar amante canto!

¡Y desgraciado más aún acaso
quien por fuerza pretende ser querido
y audáz se pone interceptando el paso
de otro amante que á él es preferido!

Así don Diego con pasión tan loca
quiso adorado ser por Esperanza,
y en vano amor juróle: era muy poca
la que le prometió luenga bonanza.

Y así don Juan, que no adoró jamás
á nadie, que incapáz fué de querer,
sintió su amor creciendo más y más,
dominándole al fin la tal mujer.

Mas ver después que deshonrada vino
y además por quien hoy rival se muestra,
no hay quien lo sufra, no; y el asesino
infame la mató con torpe diestra.

Mas los juicios de Dios son infalibles,
y El te castiga como bien mereces.

En lances y contiendas tan terribles
anduviste, que repetidas veces
hiciste creer á todos que sin duda
el diablo te auxiliaba ó eras tú,
y las gentes decían: — Sí, le escuda,
no hay duda, no, Satán ó Belcebú.

Hoy corres por campiña muy amena
y admirarla no puedes, loco y ciego.
Piensa, don Juan, si tu conducta es buena.
Aún es tiempo. Y don Juan dijo:—¡Reniego!

Así, con su conciencia platicando,
corría sin descanso aquí y allá,
cayendo en tal lugar, y levantando
en tal otro, y volviendo á caer acá.

.....

A poco, no lejano
notóse extraño ruido
que no llegó al oído
del infeliz don Juan.
Mas yo que sé la causa
que el ruido produjera,
diré que es la carrera
de rápido alazán.

En dirección al sitio
donde quedó Alvarado,
viene cual disparado
venablo ó proyectil.
Y á la luz de la luna,
ya próxima á extinguirse,
bien puedè distinguirse
un ginete gentil.

Parécele que el bruto
no corre lo bastante;

inclinase adelante
cual queriéndole hablar.
Y dícelé iracundo:
—¡Arriba, Moro mío;
salvemos pronto el río,
logrémosle alcanzar!

Y clava el acicate
al ver que el noble *Woro*,
con mengua y con desdoro
de su raza y valor,
fatigase y desmaya
despacio caminando,
ya casi allí espirando
mostrando su dolor.

—¡Arriba, Moro, arriba!
así el ginete dice.
Mas ¡ay! el infelice
caballo se paró,
y en vano en sus hijares
el acicate clava
su dueño, pues se acaba
su fuerza .. pero no!

Tal vez paró tan sólo
para tomar aliento,
porque en aquel momento
de nuevo dió á correr
con ímpetu asombroso,
y su amo le acaricia,
mostrando en su delicia
que sabe agradecer.

—Muy bien, por Dios,—decía
el ginete gozoso,—
al fin podré el re poso

tornar á mi alma, sí!
Matarle es mi deseo,
y un día de bonanza
tendré hoy, si mi venganza
puedo tomar aquí.

Me matas los criados,
me robas la doncella,
me hieres, y con ella
te vas de allí después.
La llevas á un palacio
de cámaras divinas,
y en él ya, la asesinas,
y aún harto no te vés...

El *Diablo* te has llamado
dó quiera que has vivido;
si el diablo te ha servido,
ahora se verá.
Que venga él á salvarte
del filo de mi daga.
¿La muerte que te amaga
impedir él podrá?

Y así diciendo el bravo
ginete, y animando
á su corcél, que blando
principióse á mostrar,
salvo en breves instantes
de una peña la altura,
y en ella una figura
vió de fáz singular.

La cima de la peña,
aunque asaz limitada,
tenia una esplanada
dó se podía bien

distinguir la figura
que allí de pie, mirando
al cielo, estaba dando
voces, diciendo:—«¡Ven!

Si tanto me has servido,
si tanto me dejaste
si nunca te injuriaste,
¡oh magnánimo Dios!
aquí de tu sapiencia,
Señor, ven, yo te invoco.
¡Ella muerta, y yo loco!
¡Sálvanos á los dos!»

El ginete que oyera
la frase dolorida,
soltando estribo y brida,
el cuerpo á tierra echó.
Y lanzándose ciego
sobre aquella figura,
por el pecho y cintura
agarróle, y lo alzó.

—Don Juan!—dijóle—llama
á Dios, pero ya es tarde;
en los infiernos arde
tu alma, no hay perdón.
La Providencia es justa,
mas tu delito es grande;
antes que Dios se ablande,
¡muere! no hay compasión

Y echando atrás los brazos
para tener más brío,
lanzóle, y en el río
bien se dejó escuchar
á poco, el ruido triste

que el cuerpo en él hiciera
á tiempo que dijera:
—¡Tú me has de acompañar!

Don Diego, pues no era otro
quien sobre el corcél vino,
miró al punto el camino
por dó llegó el corcél,
y observó que la vuelta
más difícil sería,
ni descender podría
el alazán con él.

Volvió la vista al bruto,
que exánime y doliente
plafaba tristemente
mostrando su dolor,
y al verle que espiraba,
don Diego alzó los ojos,
y cayendo de hinojos,
dijo: —¡Perdón, Señor!

Y así el triste postrado,
su falta conocía,
y al cielo allí pedía,
lloroso, su perdón.
Dejémosle nosotros,
y entrando por Toledo,
sepamos de este enredo
el fin ó conclusión.

VI

El pueblo todo lo sabe.

Al día siguiente al triste
en que vimos perecer
á la infeliz Esperanza
y al namorado doncél,
varios grupos de distintas
clases, de Zocodover
en la plaza, discurrían
con muchísimo interés.

El suceso que ocupára
á todos, fué el lance aquél
del día anterior, sabido
ya en Toledo por dó quier,
y todos se hacían lenguas
sin cesár de hablar de él.

Oigamos algunas frases,
cosa que fácil nos es,
y sabremos, escuchando,
lo que ignoramos tal vez.
—¿Sabeis vos,—decía un mozo
de rostro pálido á fé
á un jayán de ceño torvo
que discutía con él,—
sabeis vos quien es acaso
él?

—¡Pues no lo he de saber!
Don Juan de Alvarado.

—¡Cá!
ya veo que no sabeis.....
—Pues, ¿quién es?

—El mismo diablo
en persona: Lucifer.

—Vamos, Nuño, estais beodo,
ó gana de broma habeis.

—¡Voto á sau! ¿Quereis venir
á su palacio? Pardiéz

que os empeñais en negar
lo que hoy mismo podeis ver.

—¿Y el qué puedo ver?

—Su casa,

donde en estátua se ven
los demonios del averno
y otras varias cosas que
prueban hasta la evidencia
lo que digo.

—¿Y vos sabeis
cómo acaeció el suceso
nefando?

—¿Cuál? ¿El de ayer?
Sí tal; y si hais de creerlo
ahora os lo contaré.

—Sí, sí, decid.

—Ayer tarde,
según dicen, fué el doncél
á la casa de Esperanza
—pues aqueste el nombre es
de la dama—se encontraba,
pues allí llevada fué
por don Diego, quien robóla
llevado de su querer.
Pues, como digo, llegó
nuestro anfitrión, y después
de matar á cuatro bravos
y herir á dos, caso, á fé,
que prueba que el personaje
es el mismo Lucifer,
despues de hacerlo, repito,

logró encontrar á su bien,
é hiriendo á don Diego, pudo
llevarse la en un amén.
Condújola á su palacio
endiablado, y al saber,
por boca de ella, que el otro
la deshonró, dijole
que era el demonio en persona
y no don Juan; y sin ver
más que su sed de venganza,
con ciega rãbia, pardiez,
le dió la muerte, y huyó
de allí para no volver.

Y para no volver digo,
porque Somovilla, quien
pudo incorporarse luego,
herido y todo, un corcél
tomó, y siguiéndole la pista
para hacerle perecer:
pero es el caso que nada
se ha sabido de dó estén,
y la justicia los busca
para un escarmiento hacer.

Todo lo que he referido
en breves frases, lo sé
porque un alguacil amigo
me lo ha contado.

—¿Sabeis,
señor Nuño,—así el jayán
dijo—sabeis que es, á fé,
interesante la historia
y muy terrible á la vez?

—Ya lo creo.

—Ser el diablo...

—Pues otro no puede ser.
Y así hablando, se marcharon
pensando en el lance aquél.

Lo mismo que en este grupo,
se oía decir en cien;
y todos se hacían lenguas
sin dejar de hablar de él.
Quien decía que don Juan,
se evaporó al fenecer.
Esperanza por su causa;
quien daba por cierto que él
le había visto en los aires
cuando sonaban las diez.
Quien juró que ni era diablo
ni mató á nadie el doncél,
y que todo había sido
pura invención; pero quien
decía que unos pastores
habían venido á traer
la noticia, de que un hombre
cadáver yacía al pie
de una peña, y que en la noche
anterior se dejó ver
en ella una luz fosfórica
y sombras como de cien...
—¡lo que es el miedo!--*demonios*
que corrían por dó quier.
El que tal cosa dijera,
aunque disfrazada, á fé,
dijo la verdad en cuanto
al cadáver del doncél.
Lo demás, mil invenciones
hicieron allí correr
para infundir más espanto;
pero todo fué, pardiéz,
ignorado en lo tocante
á cómo el suceso fué,
y todos se hacían lenguas
sin cesár de hablar de él.

VII

Resolución extrema.

Logró al cabo Somovilla
poder descender al llano,
no sin dirigir la vista
antes al pobre caballo
que tendido allá en la altura
de la peña hubo quedado.

Llegó á Toledo don Diego,
y después de estar orando
todo el día, arrepentido,
al punto que hubo cerrado
la noche, se dirigió,
á todos lados mirando -
temiendo le conocieran,
á un convento que, llamado
San Juan de la Penitencia,
asilo daba en sus cláustros
á doncellas que de nobles
blasonaban, y el estado
religioso allí abrazáran
por razones que ignoramos.

La puerta estaba cerrada,
mas don Diego, sin reparo,
se acercó resueltamente,
y dió tan fuerte aldabazo,
que el sacristan, aturdido
y por el miedo embargado,
no osaba moverse un punto
ni menos salir del cuarto.

Tornó á llamar el mancebo

con doble estrépito, tanto,
que la medrosa tornera
bajó de allí á poco rato
á llamar al sacristán
por el torno, preguntando:

—¿Habeis oído hace poco
sonar varios aldabazos?

—Si tal, hermana tornera,
y á fé que me han asustado....

—Pues id á ver quién los daba

—Pero...

—¿Tenéis miedo? ¡Vamos!

—No, que vos...

—Vamos, marchad,
que se estará impacientando
quien sea.

—Voy... ¡(Dios me valga)!

—(¡Qué medroso es el cuitado...!)

Llegó á la puerta el cogulla,
y exclamó:

—¿Quién ha llamado?

—Yo,—respondieron de fuera.—

—¿Y quién sois vos?

—Un hidalgo
que quiere hablar al momento
con la abadesa; el recado
podeis pasar.

—Vuestro nombre
necesito para darlo.

—Don Diego de Somovilla.

Vamos, luego, despacháos,
que hace frío.

—Voy allá.

Fué el sacristán, ya calmado,
á decir á la tornera
el nombre de aquel hidalgo
que venía, y ésta al punto

se marchó á comunicarlo
á la abadesa, vetusta
señora, que largos años
hacia que en el convento
era el presidente nato.

Oir la abadesa el nombre
y bajar, nada despacio,
las escaleras, fué cosa
de un instante ejecutarlo.

Abrió la hermana tornera
el locutorio, mandando
al sacristán que la puerta
franquease al punto al hidalgo,
y después de hecho esto último,
la tornera y el pazguato
sacristán, libres de sustos,
se perdieron por los claústros .

Apenas entró don Diego,
la abadesa, con agrado,
lo recibió, y faltó solo
que le estrechára en sus brazos.

¡Sobrino mío!—esclamó,—
¿á qué debo placer tanto?

Hora era de que llegáras
hasta aquí, después de un año
que no te dignas venir
á esta santa casa.

—Largo

se os hace el tiempo, tía,

—¿Pues cómo?

—¿Olvidáis acaso

que no há seis meses estuve
una tarde á visitaros?

—Es verdad: y ¿qué motiva
tu venida de hoy?

—El caso

merece, querida tía,

que lo tratemos despacio.

—Sentémonos, pues, y dí.

—Voy; y hacéos bien el cargo.

Hace dos noches, Toledo
presencia lances estraños
que en el vulgo márgen dan
á diversos comentarios.

El caso es que hay un galán
que se hace llamar el *Diablo*
dó quier que vá, con sus hechos
sembrando siempre el espanto.

Este galán namoróse
de una dama, que, ignorando
las prendas del caballero,
le correspondió; y en tanto
otro doncél, que se hallaba
ciegamente enamorado
de la doncella, trató
de robarla, aprovechando
la ausencia del padre de ella,
que allá en los Países Bajos,
al lado de don Juan de Austria,
marchó, en ella confiado.
Cometióse el rapto al fin
por varios hombres que, al mando
del raptor, dieron la muerte
á la dueña, y se llevaron
á una casucha á la jóven
que, desmayada, su estado
comprendió al volver en sí,
pues el doncél, olvidando
las leyes de caballero,
allí la hubo deshonorado.
—¡Qué infámia!

—En estas, el otro
galán, es decir, el *Diablo*,
se presentó de repente

en la casa, y principiando
por matar á cuatro mozos,
logró hasta ella abrirse paso,
é hiriendo al vil seductor,
sacóla de allí en sus brazos.

Mas como ideas diabólicas
abrigaba, sanguinario,
una vez fuera, llevóla
á un endiablado palacio.
y, sabida su deshonra,
la mató con torpe mano,
huyendo de allí después
á refugiarse en el campo.
El otro, herido, tomó
un alazán y, cual rayo,
por la puerta del Cambron
salió á su rival buscando.
Encontróle en una altura,
y alzándole por los brazos,
lo arrojó al fondo del valle
donde cayó destrozado.

—¡Qué sarta de horrores!

—Es

un tanto terrible el caso,
¿no es verdad, tia?

—¡Espantoso!

—Pues bien, fuerza es confesarlo,
fuerza es que sepais que el último
que ha quedado sano y salvo
después de arrojar al otro,
es...

—¿Quién?

—Quien os está hablando

—¡Ave María Purísima!

Sobrino, ¿sueñas, acaso?

—Ojalá soñara, tia!

¡Ojalá que esto que acabo

de deciros fuera sólo
un cuento por mi forjado!

—?Pero tú mataste al otro?

—Anoche mismo.

—¡Dios santo!

¿Y aún te acercas á esta casa?

Huye, Diego, de mi lado.

—Sólo he venido á pedir
perdón, puesto que me marcho.

—¿Te marchas? ¿dónde?

—A la peña

donde ayer he consumado
mi crimen. Allí una choza
fabricaré con mis manos
y, trocando mi ropilla
por un negro y tosco sayo,
moriré pidiendo á Dios
el perdón de mi pecado.

—Mas, tu alcurnia, tu nobleza.....
hay otros medios.....

—En vano

será cuanto me digais:
estoy ya determinado,
y he de hacerlo.

—Pues entonces,

adios queda. Ni mi estado
ni la pena que tu falta
me causa, me dejan cargos
hacerte, y menos consuelo
dar á tu abatido ánimo.

Si estás en lo que me has dicho,
vé con Dios, y El te haga un santo.

.....
Retiróse la abadesa
y don Diego, acompañado
del sacristán, que salió
á alumbrarle, cruzó el patio;

y diciendo adios al lego,
se marchó con lento paso.

A este tiempo en el convento
las once estaban sonando.

VIII

Conclusion.

Las malas noticias vuelan
de un confín á otro confín,
y la de aquestos sucesos
que acabo de referir
llegó á oídos del anciano
padre de aquella infeliz,
que por causa del *Demonio*
tuvo tan funesto fin.

Saberlo, y en el momento
para Toledo partir,
fué cosa que duró sólo
un instante: llegó allí,
y, desesperado y ciego,
buscó con ánsia febril
á don Diego Somovilla
á don Juan, á Beatriz,
—nombrábase así la dueña,—
y á cuantos oyó decir
que habian visto algun hecho
de los pasados allí.

Mas fué todo loco empeño;
Esperanza, según diz,
por la justicia enterrada
después del suceso vil
fué, en la iglesia de *San Pedro*
de las Dueñas, que hoy allí

se llama de San Benito,
según público decir.

Unicamente una losa
distinguió el padre infeliz,
donde en gruesos caracteres
vió su apellido lucir.

Su dolor es imposible
poder describirlo aqui,
que penas de ta! especie
no se pueden escribir,
pues sólo el que las padece
las vé como son en sí.

Aburrido de sin fruto
buscar al matador vil,
volvióse donde estuviera
antes de venir aqui.

En tanto el buen Somovilla,
sin dejar de persistir
en su laudable deseo,
trabajaba para el fin
lograr de sus intenciones
muy prontamente; es decir,
que fabricaba su choza,
asáz miserable, allí
donde él mismo cometiera
el hecho aquel que dió fin
á la vida de don Juan,
segun os lo referí.

Concluída al fin la obra,
pasó un año, y dos, y mil
si hubieran así pasado,
á no dejar de existir
á los doce que llevaba
de vida ejemplar allí.

.....

Mas á pesar-de que el triste

dió á la tal peña el matiz
religioso, en mucho tiempo
no se dió por el confin
otro nombre á aquella altura,
segun las crónicas diz,
que *Peña del Diablo*, siendo
llamada por años mil.

Por largo tiempo ninguno
osó á la cima subir,
que el vulgo es asáz medroso
y mas en un caso así.

Un siglo después, la mano
del hombre, no sé á qué fin,
la hizo desaparecer,
siendo imposible hoy allí
encontrar señal ninguna
de donde pudo existir.

Baste saber que en el término
fué, que llaman por allí
de *La Pozuela* y los hechos
que acabo de referir;
tuvieron lugar el año,
según las crónicas diz,
de mil seiscientos setenta,
época en que por Madrid
se susurraban motines
y principiaba á vivir
el niño que, rey después,
fué hechizado, y la infeliz
regente Mariana de Austria
daba poderes sin fin
al alemán Everardo
que á mandarnos vino aquí.

Hasta aquí el cronicón: si acaso encuentras,
lector amigo, en él hechos monstruosos
que estraños te parezcan, yo no tengo
culpa ninguna de ellos, pues tan sólo
hice contarlos cual me los dijeron
las memorias que hallé... no importa el cómo.

Cierto que hay un demonio sanguinario
que mata sin piedad niñas y mozos,
mas nada estraño es que haya perversos
como habrás visto en mil hechos históricos.

En cambio hay un amante desdeñado
que, ciego por la cólera y el ódio,
comete un crimen, mas le pesa luego
y arrepentido muéstrase del todo.

No dice más el cuento; aquí lo tienes
cual lo supo arreglar mi ingenio corto:
«como me lo contaron te lo cuento»
coméntalo á placer y aguarda á otro.

| FIN

ÚLTIMOS VERSOS

AUTOBIOGRAFIA

Me piden recuerdos,
me dicen que cante
mi nombre y mis hechos, mi vida y milagros,
¡voy á confesarme!

Allá va la historia,
corra por las calles,
venga la vihuela, verán qué aventuras
que voy á contarles.

Nací en Zaragoza,
y fueron mis padres,
un hombre modesto y una dama noble,
los dos muy cabales.

Ni nació en mi casa
ni nació en la calle,
nací en el teatro y en noche de gala;
¡qué cosa más grande!

Era el cumpleaños
de la reina madre,
y estaba la mía en el *gallinero*
echándose aire.

A mitad de un acto,
¡vaya un paso grave!
Cataque á mi madre le dan los dolores
y corriendo sale.

Entre cuatro amigas
abajo la traen,

¡y salgo yo al mundo en el propio cuarto
del cómico Mate!
Tal fué mi llegada,
y ocurrió este lance
el mes de las flores del cuarenta y cuatro;
¡cincuenta años hazel
Mi padre quería
que yo *edificase*;
que él era arquitecto, y al hijo pensaba
sus obras dejarle.
Pero yo soñaba
con letras y artes,
¡y hacerme soldado y andar por el mundo,
cruzar tierra y mares!
Mis primeros años
corrieron fugaces
en el noble seno de ilustres familias
y casas ducales.
Soñaba yo loco
en cosas muy grandes,
y lucía mi casa, con sus milicianos,
morriones y sables.
Contaba yo entonces
en mis amistades
los Fauras y Escriches y los Sobradieles,
Latorres y Aznares.
En la antigua casa
de la oscura calle
á que aquella hermosa condesa de Robres
le daba realce,
oía yo misa,
rezaba la Salve,
templaba el acero, leía en cien libros
antiguos romances,
y al volver á casa,
¡qué raro contrastel!
tocaban al piano el himno de Riego
manos liberales.

Mi madre ayudando
 mis locos afanes,
rezaba conmigo y oía yo en ella
 la voz de la sangre...
 Muere el padre mío,
 quedo miserable,
me encuentro á quince años con madre y her-
 y huérfano y padre. (manos
 El tiempo no espera,
 yo quiero atajarle,
y vengo á la corte, y entro con la vida
 en lucha gigante.
 Apenas llegado,
 en la misma tarde,
me ofrecen un puesto junto á los Riveros
 y los Castelares.
 Y allá va el baturro,
 y allá va la nave,
y á diestra y siniestra, rompiendo con todo,
 me lanzo al combate.
 En duelos, me hieren,
 no respeto á nadie;
ataco á los fuertes, insulto á los altos,
 me bato en las calles,
 asalto el teatro,
 me silban y aplauden;
emigro, conspiro. pasó mis Abriles,
 en lucha constante,
 y en fiebre ambiciosa
 y en ansia de azares,
inundo la España de coplas y versos
 y alegres cantares...
 ¡Ay! ¡Qué fué de aquellas
 silenciosas tardes
en que allá en mi pueblo mi alma sentía
 dichas inefables!...
 El hombre no es nada,

su destino es aire;
¡la loca fortuna, cual hembra engañosa,
le lleva y le trae!

Nacen para ricos
los que mueren de hambre,
quedan ignorados los genios modestos,
se achican los grandes.

¡Nadie hace su gusto,
todo son azares...
mañana... es el caos; los tontos se elevan
y los fuertes caen!

.....
Vino aquella *gorda*
que hoy es un alambre,
y fué presa España de los mismos perros
con otros collares.

Y yo entré en el ajo
y fui personaje,
y mandé á las gentes y mantuve el orden...
¡Qué barbaridades!

¡Ay! Mis ilusiones
cayeron al darles
forma en el Gobierno los que me educaron
en mis ideales...

Hastiado de aquélllo
emprendí mil viajes,
de París al Cairo, del Egipto á Persia,
del Neva á los Alpes.

¡Y al volver á España
hallé por las calles
un rey sin vasallos, un pueblo aburrido,
y Madrid como antes!

Gusto á mis pasiones
buscando anhelante,
en una belleza, célebre en España,
halló mi alma cárcel.

¡Oh, qué hermosa era!

Sereno el semblante,
rubios los cabellos, la boca de mieles,
cimbrador el talle.

Vivía en un mundo
de nobles y grandes,
todos la querían, todos la buscaban
con ojos amantes...

¿Y á mí qué me importa?
—le dije á mi madre.—

¡Cerradas las puertas, quedan las ventanas
y no temo á nadie!

Se me abre el palacio,
conquistó mis lares,
me casa el obispo, suenan las campanas...

¡Oh, dichoso enlace!
Viven desde entonces unidas dos almas
y hallo esposa amante
viviendo en mis brazos en las alegrías
como en los afanes.

Me nacen seis hijos,
¡luz de mis hogares!
y lucho por ellos, y me hacen la vida
senda de rosales.

Augustos enojos
me irritan la sangre,
dejo patria y glorias, paso la frontera
¿á qué? ¡Dios lo sabe!

La capa terciada,
la espada en el aire,
mezcla de almogávar y de castellano,
de soldado y fraile,

en Paris de Francia
me lanzo al combate
sólo pobre, triste, *pero con los míos*
que son mi talanje!

Y allá me reciben
como á su compadre,

y oyen mis dolores, y me dan consuelos
y alivian mis males...
¿Por qué? Porque tengo
paciencia y aguante,
porque soy humilde, porque soy cristiano
y hay Dios que me ampare.

La ciencia del mundo
está en una frase:
Hacer siempre al tiempo la cara risueña,
¡saber contentarse!
La riqueza es humo,
la gloria es mudable,
la ambición tormento, la envidia tortura,
¡todo vanidades!
¿Qué son las grandezas?
¡Polvo para el aire!
¡Si un soplo nos mata! ¡Si no hay más que un hoyo!
¡Si no somos nadie!
Yo tan sólo pido
ver por todas partes,
caras que sonrien, manos que saludan,
brazos que se abren.
Y aquí he concluido,
porque estos cantares
parecen ya largos, y tristes, y tontos,
y va siendo tarde.
Ya dije mi cuento,
póngase en romances,
diganlo á la lumbre los aragoneses
antes de acostarse...
Y en tanto me muero
sin odios de nadie,
suenen ¡las guitarras, y venga la jota,
¡y canten y bailen!



MIRAMAR

(INÉDITO)

Llegué á la puerta, cerrada,
del Palacio, en Miramar;
nadie me impidió pasar:
ni ugier, ni porteros... ¡nada!
La casa estaba desierta,
subí solo al primer piso,
corrí la casa indeciso,
abrí una puerta, otra puerta...

¡Nadie! Bien haya la tierra
donde el Rey, libre de dolo,
puede vivir así, solo,
en la paz como en la guerra.

El gran salón invadí,
¡nadie! Allá, á lo lejos, ví
de pié en la ancha galería
una dama que decia:

¡Buby!

..

Era la Reina, allí, á solas,
feliz, dichosa en su hogar,
frente al Cantábrico mar
junto al romper de las olas.

Sola, sin corte ni honores,
entregada á sus cariños,
viendo allá abajo á los niños
serpenteando entre las flores.

Dentro de dos ó tres horas
iba á volver á la corte
dejando triste en el Norte
calma y paz consoladoras.

Y aquél niño, aún inconsciente
de su valer y su fama,
aquél á quien se le llama
en el mundo, oficialmente,
Rey de aquí, Rey de acullá,
de Valencia, de Aragón,
de Sicilia y de León,
y esto y lo de más allá,
alegre y feliz corría
y en el parque se perdía
y era el rey del campo allí,
y la madre repetía:

¡Buby!

Aquella tarde se fueron
hijo y madre en dulce unión,
y al marcharse, ¡que ovación
tan sincera les hicieron!
No era la gloria fingida,
ni la admiración comprada,
era la familia honrada
con lazos del alma unida,
que volvía á los dolores
de la regia obligación,
y una honrada población
les daba vivas y flores
y se juntaban así

todas las clases allí,
y la madre sollozaba,
mientras feliz, saludaba
¡Buby!

* *

¡Ay! ¡Qué invierno les espera!
Yo á mis solas me decía;
¡Ya se acabó la alegría
y la vida placentera!

De las humanas pasiones
vendrá la batalla ruda
y tendrá la honrada viuda
que luchar con ambiciones,
crisis, conflictos, azares,
preocupaciones, intrigas
y acechanzas enemigas
y amarguras y pesares...

Que dichosa estaba aquí,
de la tarde á los reflejos,
cuando envidioso la ví
gritando al niño, allá lejos:
¡Buby!

* *

Buby verá al fin gloriosa
de su suerte la campaña,
• Buby será el Rey de España,
su madre será dichosa.

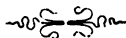
¿Serán felices los dos
tanto lauro al conseguir?
¡Quién lo sabe! El porvenir
no es del hombre, que es de Dios.

Venganzas, odios, rencores
combaten al ser humano,

reta el hermano al hermano,
la patria es campo de horrores.
A este Rey que la fortuna
envió á calmar enojos,
para que blancos y rojos
cayeran ante su cuna,
le veré, si es Dios servido
que al niño vea el anciano,
ó en el trono soberano
ó en el destierro sufrido.

¡Me es igual!, que para mí
siempre será aquel que ví
corriendo el campo aquel día
cuando la madre decía:

¡Buby!



SALUDO A ZARAGOZA

¡Salud, Zaragoza,
patria bendecida,
tumba de mis padres,
tierra en que nací!
¡Salud, Zaragoza,
ya treinta años hace
que de tu recinto
llorando salí!

¡Salud, Zaragoza!
tu enérgico ambiente
me infundió de niño
tu indómita lé.
¡Salud, Zaragoza,
bendito tu nombre
que llevo en el alma
do quiera que esté!

Al ver hoy de nuevo
tus muros sagrados
la santa leyenda
vengo á realizar,
que al fin de las vueltas
que dí por el mundo
cual nuevo hijo pródigo
retorno á mi hogar.

Me diste al marcharme
la hacienda nativa
de fé y de entereza

que herédanse aquí;
corriendo la tierra
las fui derrochando
y hoy torno, ya viejo,
los ojos á tí.

Ni amores ni glorias
ni pueblos ni reyes
ni el oro que alcanza
el fausto y la prez,
valen el oculto
rincón de la tierra
en donde pasamos
feliz la niñez!

Dichoso el que logra,
tras larga carrera
cual barco azaroso
perdido en la mar
al puerto soñado
volver, de su tierra,
y en torno á los suyos
feliz reposar!

¡Salud, Zaragoza!
del mozo de antaño
la voz te saluda
con honda efusión.
Si nada te traigo...
te traigo en el alma.
y entero te vuelvo
mi fiel corazón!



EL AGARRAO

¡Ande el movimiento!
¡marche el organillo!
vengan aquí todas,
que el baile está *armao!*

Y allá van las mozas
á buscar parejas,
y al aire la gente,
¡y ande el *agarrao!*

Baile madrileño
de *sangre* y de *raza*,
único en el mundo,
invención de *aquí*;
mezcla de paseo,
de baile y de abrazo,
de ayes y suspiros,
y *cosas así*.

Y desde las Ventas
hasta los Viveros,
y del Dos de Mayo
hasta Fuencarral,
en habiendo un poco
de polka y tecleo,
y una noche clara
y humor nacional,

así nos muramos
de vagos y pobres,
y en Cuba nos hagan

harina de flor,
y no haya en España
dos *tristes* pesetas,
y cada gobierno
resulte peor,

como haya un sujeto
que le dé al manubrio
y diez buenas mozas
que sepan bailar,
y treinta vecinos
con ganas de fiesta,
y un vino pardillo,
y ganas de hablar,

¡ande el movimiento!

¡y á ver esas niñas
como se lo bailan
apretado y bien!

—¡Algo más ceñido!

—¡No perder terreno!

—¡Este cuerpo es mío!

—¡Pues que se lo dén!

Esto hay que bailar lo
todo de caderas;
los cuerpos juntitos,
mitad por mitad;
y hay que ir muy despacio
con las vueltecitas,
y hay que trabajarlo
con formalidad.

Las madres y tías
y primas mayores
y los venerables
del barrio honra y prez,
y los transeuntes,

vagos y curiosos,
y *algún que otro gollo*
que espera su vez,

forman de la plaza
las cortes amables
que el baile nocturno
vinieron á ver.

Y en tanto, resuenan
sobre el pavimento
los pies, que remedan
el son de llover.

Y allí, en voz muy baja,
se hablan las parejas;
¡qué cosas se dicen!
¡qué juntos están!
Tesoros de flores
que del alma brotan,
palabras del alma
que vienen y ván.

— ¡Me quieres? ¡Pues dílo!
— Pues qué, ¿no lo sabes?
— ¡Pues dímelo ahora,
que esta es la ocasión!
— ¡Pues más que á mi vida!
— ¡Pues bendita seas!
— Arrímate y baila
con el corazón!

Y esto es en silencio,
y no se oye nada
más que de los pasos
el suave rozar;
y allí en dulce lazo,
los cuerpos tan juntos,

corre á rienda suelta
la fiebre de amar.

A veces el aire
resuena con voces
de alegres testigos
que prestan valor
á los misteriosos
cambios de posturas
que pide el ambiente,
la luz y el calor.

—¡A ver esas niñas!
—¡No sea usted soso!
—¡Vivan las mujeres!
que saben lo *qu'es!*
—¡Así se trabaja!
—¡Vaya por lo bueno!
—¡Aprieta, Ramona!
—¿Te duermes, Inés?

¡Oh Madrid alegre,
modesto y dichoso!
¡Juventud que vives
de eterna ilusión!

Al son de las teclas
del piano rodante,
se alegra y se ensancha
tu fiel corazón!

—¡Ande el movimiento!
—¡Marche el organillo!
—¡Vengan aquí, niñas,
que el baile está *armando!*
—¡Entren las parejas!
—¡Júntese las almas!
—Al aire la gente,
¡y ande el agarrao!

PADRE NUESTRO

Oh padre de todos
que estás en los cielos,
sea santificado
tu nombre *in eternum*.

A nosotros venga
tu celeste reino,
tu voluntad sirvan
la tierra y el cielo.

Dáanos cada día,
Señor, el pan nuestro
y de nuestras deudas
tu perdón logremos
los que perdonamos
á deudores nuestros.

¡De las tentaciones
sálvanos el riesgo
y de mal nos libre
tu poder excelso!

Tu amor es nuestro bien .

Amén.

Amén.

¡A LA CEQUIA!

DISCURSO QUE YO. HUBIÁ ECHAO EN LA ASAMBLEA

Baturros y matracos paisanos míos:
una cosa mu triste voy á contaros.
Seis aún más inocentes que los *abríos*;
no sabís regolveros ni manejaros.

¡Trebajando y pagando contrebuciones
sus pasáis toa la vida sudando el quilo,
pa que lleguen tan frescos cuatro gorriones
á pidiros el voto y á consiguilo!

Y como todos ellos son forasteros
que á Aragón no le tienen ley ni querencia,
en vez de amigos fieles, son *saca-íneros*
que solo van buscando su comenencia.

¿Ande se ha visto trampa más engañosa
que tener por agentes y diputaos
á esa tropa de gente zarrapastrosa,
montón de morros de uvas y de arguellaos?

No me votis ninguno dengún vecino;
¡son bordes, zancocheros, que á Aragón vienen
á sacaros los votos á cuenta é vino
y á gastáse en los votos lo que no tienen!

Unos son andaluces, otros gallegos;
otros son zamoranos ó burgaleses;
otros salamanquinos, otros manchegos....
¿pues ande están los cútios aragoneses?

Miálos por esos pueblos más tiesos que husos,

abogaos de secano y enredadores,
cantando las reformas y los abusos,
y no son más que chandros y charradores.

¿Qué han hecho por los pueblos los que han
(salido?)

¿ni qué ley quiés que os tengan sin ir á veros?
¡Mentira paice que haiga tan mal sentido
y que seáis esclavos de los cuneros!

No seáis inocentes ni calzonazos,
y matalos á pizcos con sus sermones;
echalos de los pueblos á membrillazos,
y que no nos corrompan las oraciones.

Lo que hace falta es hombres de los que atizan
con jarcias, que hablen menos y den jetazos,
y no esos madrileños que se deslizan
como las sargantanas por los ribazos.

Aragón necesita de gente propia,
y no gente de ajuera ni esos pelgares
que luego hacen á todo por la melopía,
como los piculines en los lugares.

¡A la cequia el intruso! ¡Y á ver si acaba
la comedia del voto por los dineros!

.....

¡Conque ya que os hi dicho lo que pensaba,
á esforzar, y me alegro de conoceros!



LA ESCUADRA EN MARCHA

¡Barcos que vais por la mar
y vais meciendo en las olas
ilusiones españolas
que tenéis que realizar!
La patria, que os ve marchar
está ya soñando ver
que un día habéis de volver
á devolvernos la calma
para ensancharnos el alma
con las glorias del deber.

¡Oh Dios, que constante velas
por los que tienen razón!
¡allá van de la nación
las modernas carabelas!
En esas blancas estelas
que van dejando detrás,
dulcísimo adiós verás
que á la patria dan dichosas;
¡hazlas volver victoriosas!
¡no las olvides jamás!

¡Revivan cual por encanto
aquellas glorias tan grandes
con los herejes en Flandes,
con los turcos en Lepanto!
Tras tanto luchar y tanto,
amanezca el claro día,
y al sol que los pasos guía
de nuestros barcos altivos

¡dile que sus rayos vivos
alumbren nuestra alegría!

¡Barcos nuestros, ricas naves
que entre todos enviamos,
á vuestro esfuerzo entregamos
de la América las llaves!
¡Oh América, que no sabes
tu existencia agradecer!
A cambio del bien de ayer
enciendes bélica tea.....
¡Pues tuya la culpa sea
de lo que ha de suceder!

Y tú, la imponente luna,
que has de iluminar siniestra
ó la desventura nuestra
ó la nacional fortuna:
tú, que alumbraste la cuna
de los hijos que se van,
y á quien tantos mirarán
muriendo en el fiero embate.....
al presenciar el combate
que aquí sueña nuestro afán,

piensa que aquí te aguardamos
en la noche silenciosa,
y que en tu faz pudorosa
nuestra esperanza fiamos.
Si pálida te miramos,
nos harás desfallecer.....
Veámoste aparecer
airada en rojos destellos,
y así diremos:— ¡Aquellos
saben luchar y vencer!

¡Barcos que en marcha constante

vais al mar ganando millas!
¡la nación va en vuestras quillas.
Barcos de la patria, ¡*avante!*
El pueblo, en ánsia anhelante,
os ve á la gloria marchar.....
Si no la habéis de ganar,
¡no volváis! ¡Reste el honor!
Dios os preste su favor,
barcos que vais por la mar!

LAURAK-BAT

ZORTZICO (1)

En la viril Navarra
se alzó la libertad,
y en los eúskaros montes
la cruz, signo de paz.

Vizcaya nos dá el hierro
con que hemos de forjar
las armas que defiendan
la libertad foral.

Si un día España en llanto
su fin ha de llorar,
la fé y los férreos brazos
aquí se encontrarán.

(1) Música del maestro Larregla.

MARIQUITA

CANCIÓN (1)

Mariquita, Mariquita,
¿donde vas tan tapadita
por las mañanas
cuando sacuden el polvo
por las ventanas
y es irio el amanecer?
¡Mariquita, Mariquita,
mira que se va á saber!

Mariquita, Mariquita,
¿donde vas tan deprisita
cuando anochece
y están tocando al rosario
cuando oscurece
y andas á todo correr?
¡Mariquita, Mariquita,
mira que te pueden ver!

Mariquita, Mariquita,
¿por qué estás asomadita,
de madrugada,
en tu balcón tan tapada
si llueve á todo llover?

Mariquita, Mariquita,
te vas echando á perder
!Pobrecita
Mariquita,
mira que no puede ser!

(1) Música del maestro Larregla.

DOCE DE OCTUBRE

Otra vez tu memoria
oh, Virgen del Pilar, Patrona mía,
el eco de tu gloria
del Sena hasta las márgenes me envía.

De nuevo voz ignota
que me parece descender del cielo,
la musa del patriota
viene á inspirar en extranjero suelo.

Santos, puros amores
que no extinguen el tiempo ni los años;
dulcísimos fervores,
que comprender no pueden los extraños!

Hoy, desde aquella tierra
por nuestra Virgen del Pilar maldita,
cuando en la santa guerra
su nombre fué nuestra bandera invita,

vuelvo á cantar dichoso
la fé que aquella Virgen me infundiera;
corre, mi voz, al Ebro rumoroso
y canta la que fué nuestra bandera!

Ya desde aquí los veo
á mis nobles y célebres paisanos,
en místico deseo
al cielo alzadas las callosas manos,

en la capilla oscura
donde pasé de mi niñez las horas,
cantar en coro de sin par dulzura
las preces de la vida salvadoras;

Ya escucho el campaneo
con que se anuncia al despertar del día
en Pilar y la Seo
la fiesta de Aragón, la fiesta mía!

Ya el rumor bullicioso
de la gente en las calles y balcones
llena nuestro ancho Coso
al pasar los alegres gigantones,

y el plomo retumbante
del cañón que guardó nuestras murallas
en salva resonante
canta glorias, si ayer ganó batallas.

Aquel Santo Rosario
que á la puesta del sol sale en carrera
con fausto legendario
inundando de luz la villa entera,

y la alegre rondalla
que á la noche á las novias alborota,
y en patrio ruido estalla
lanzando al aire arrabalesca jota!

.....
Todo, todo lo veo
con los ojos del alma, aquí, á mis solas,
volando mi deseo
junto á mis caras glorias españolas...

Oh, veneranda tierra,
Oh, imagen sacrosanta!
Con mi destino en guerra
nunca os olvido, y mi pasión os canta!

Al sonar mediodía,
sintiendo el alma desbordar del pecho,
ante la Virgen mía
cuya imagen clavé sobre mi lecho,

me postro y la bendigo
fijos en ella los humildes ojos
y en soledad le digo
en íntima oración, puesto de hinojos:

Oh, madre de los míos,
Virgen del Aragón, sacra bandera!
tu fé me infunde bríos,
tu culto es mi sostén, mi vida entera.

Proteje mis labores,
inspira mis cantares,
alma de mis amores,
sé fiel guardián de mis honrados lares,

y dame en recompensa
de tanto amor y fé, madre y señora,
el solo bien que piensa
lograr por tí, quien á tus pies te adora.

Morir donde lo piden
la fé y el culto de mi edad primera:
un hoyo en paz, que mis paisanos cuiden
junto á la Virgen que Aragón venera!

y ya enterrado, si la odiosa guerra
vuelve á sonar y á despertar la saña,
oír el hierro y retemblar la tierra
allá en la cuna del vigor de España!

(1) **Á CINTA** (*en idem*)

(IMPROVISADO)

¿Otro hijo vais á tener?
pues bendito sea el Dios;
mil años viváis los dos
para darle de comer!
Felíz, de fijo, ha de ser,
que el mundo es ancho y hay tela;
y ha de ser... de vuestra escuela:
hermoso como su madre,
y listo como su padre
y bueno como su abuela.

Hazme el obsequio, hija mía,
de no darte mucha priesa,
porque pronto he de ir á esa
y verle venir quería,
y presenciar la alegría
de tu encantador hogar,
y en el bautizo brindar
y reirme como un tonto...
En fin ¡no lo echés tan pronto,
hazme el favor de esperar!

(1) Marquesa de la Cimada.

GERMINAL

(POESÍA CRISTIANA)

Telégrafos, teléfonos,
luz conquistada al rayo,
cables, motores, máquinas,
progreso universal...
¡Oh, tiempos asombrosos!
¡Oh, inteligencia humana!
¡nada resiste al ímpetu
de tu poder triunfal!

Y en tanto, el hombre, siempre,
enteramente el mismo,
sin que consiga nunca
su estéril ambición,
ni realizar sus locas
constantes ilusiones
ni del humano vicio
negarse á la impulsión.

¡Ay! Todas las modernas
logradas invenciones
y atléticos esfuerzos
de nuestro humano afán,
y todas las conquistas
del pensamiento humano
que al mundo tantas glorias
y tanto impulso dan,

no evitarán que el íntimo
fulgor de una mirada
como la chispa eléctrica
sacuda el corazón,
ni que con fuerza incógnita
reconditos motores
hagan que rauda estalle
sin frenos la pasión!

No lograrán que el hombre
con sus primeras canas
al ver que desaparece
su fuerte ardor viril,
descubra el dulce bálsamo
con que en dichosa aurora
recobre archipotente
la fuerza juvenil!

Salvamos las fronteras,
luchamos con los mares,
rompemos las montañas,
soñamos con volar;
y en rayos más intensos
que los del sol radiante,
del cuerpo humano al fondo
logramos penetrar.

Mas ¡ay! que no evitamos
que la ambición nos mine,
ni huir las atracciones
del oro tentador,
ni que los celos maten,
ni que en tenaz tormento
devoren nuestras vidas
la envidia y el rencor!

¿Ni qué progreso el nuestro
si hay seres á millones
llorando noche y día
su condición fatal,
y mientras los inútiles
en la abundancia nadan,
para ellos es la vida
desconsolado erial?

Ved las inclusas, llenas
de expósitos sin nombre;
de pobres numerados
las cuadras del cuartel;
llenas las mancebías
de carne humana en venta;
los hospitales llenos
de pobres á granel!

Viviendo en sombra eterna
bajo las hondas minas
calor prestando al mundo,
la raza más viril;
los niños con libreas
sirviendo al poderoso;
muriendo en los combates
la juventud fabril!

Llenos los amplios claustros
de seres egoístas
comiendo en santa holganza
seguro y blando pan;
y en los glaciales bancos
de los suntuosos parques
durmiendo los mendigos
que no amanecerán!

Huyendo mar afuera
los tristes emigrantes
que á la inclemente Europa
maldicen al partir,
buscando en otros climas
lejos del patrio suelo,
defensas de la vida,
derechos de vivir!

Las manos temblorosas
tendiendo el triste anciano,
que ochenta años al yunque
pasó en labor igual,
hallando en recompensa
tan mísero y tan viejo,
su lecho en el arroyo,
su tumba en el portal!

En ricos mausoleos
los célebres ladrones,
con epitafios de oro
que al sol roban su luz,
y *al hoyo*, amontonados
en ignoradas haces,
los pobres, sin más títulos
que la modesta cruz!

¡No! ¡Mi progreso es otro,
y de mis tiempos dudo!
Y del dormido campo
en la ancha soledad,
á los templados rayos
de la amorosa luna
y de los astros viendo
la eterna inmensidad,

á la Suprema Fuerza
que tantos mundos rige
dirijo yo á mis solas
llorando mi oración:
—¡Señor! Al hombre inspira,
y haz que su genio logre
á tantas desventuras
la ansiada solución!

Tras tanto y tan inmenso
saber, y gloria tanta,
las obras de los hombres
cual humo pasarán,
y todos ¡ay! seremos
bajo la tierra un día
montón de blancos huesos
que al polvo tornarán...

¡Oh, no! Sembremos *antes*
plantel de *nuevos gérmenes*,
y el hombre al hombre encuentre
consuelo en su dolor!
Infúndenos la ciencia
que ansioso el mundo espera;
remedio á las desdichas,
y universal amor!

Haz que los estériles
campos del mundo viejo,
surjan la vida nueva
y el mundo fraternal;
y tras las negras sombras
en que los hombres viven,
renazca el sol que alumbre
fecundo germinal!



PA LOS DE MI TIERRA

¡Vecinos de Cariñena,
no me votís diputaos
cuneros y morros de uva,
que buscan votos compraos!

¡Como no haya otro pantano
que el que *us* haga Sigismundo,
ya sus podís esperar
allá pa la fin del mundo!

Mucho diputao muy majo,
y mucho echar el sermón;
lo que hace falta es comer
y menos conversación.

Mientras no echís á la acequia
cuatro ó cinco enredadores,
no saldrís de hambre y miseria,
de chandros y charradores!

Aragón está perdido
en manos de forasteros,
aprendices de menistros,
pijaitos y sacaineros.

¡Pa defender la cosecha
no hace falta predicar;
lo que hace falta es juntáse
y á la calle y á rondar!

—
Los gobiernos no hacen caso
de lágrimas ni suspiros,
pero dan lo que les piden
en cuanto oyen cuatro tiros.

—
Pa banquetes y lifaras
siempre acude el diputao,
pero en cuanto viene el hambre
mala burra imos comprao!

—
Castelar y Sigismundo,
Sigismundo y Castelar,
mucho jarabe de pico
y el que tenga hambre á robar!

—
En lugar de escribir cartas
pidiendo nuevos destinos,
pedir que se mienta menos
y que no paguen los vinos.

—
¡Virgen Santa del Pilar,
libranos de los cuneros,
que van por Madrid en coche
y aquí nos dejan en cueros!



CREPÚSCULO

Hace días que me duele
Algo en la espina dorsal,
Y no marcha como suele
Mi oficina estomacal.

Tengo miedo al aire frío
Y tengo sueño á las diez;
Y digo á solas:—¡Dios mío!
¿Si empezará mi vejez?



Ayer, al cruzar la calle
De Ventura de la Vega,
Ví una mujer... con un talle
Y un andar... ¡vaya una brega!
Pues... la miré *indiferente*;
Y fué la primera vez
Que no las dí de valiente...
¡Esto debe ser vejez!



En un gran corro, en el Prado,
Juegan cientos de chiquillos,
Y yo me quedo embobado
Viendo sus juegos sencillos.
Todos me parecen nietos,
Y me encanta la niñez...
Yo tranquilo, ellos inquietos...
¡Signo fatal de vejez!



Y, sin embargo, aún me atrevo,
Si la ocasión se presenta,
A cumplir bien, como debo
Si alguien á mi honor atenta.
Aún en mi mano la espada
Responde á antigua altivez...
¡Pero no riño por nada...!
¡Señal de cauta vejez!

* * *

¡No importa! Mientras la mente
Discurra en franca tarea,
Y logre en lucha candente
Defender *la eterna idea*,
Podrán los años la linde
Marcarme de la vejez.
¡Mi corazón no se rinde!
¡Viva *la eterna niñez!*



Más vale tarde que nunca

¡No la olvidé! No la olvido,
ningún año en aquel día,
porque *Ella* es la Virgen mía,
regazo donde he nacido.
Si hubo en este año descuido
fué porque estaba entretanto
preparando en su honor santo
fiesta y místicos laureles;
ya os lo han dicho *los papeles*.
No enfadarse; *no es pa tanto*.

¡Oh, qué alegría fué ver
en *Ella* los ojos fijos
y rodeando á mis hijos
y á mi cristiana mujer,
á todos los que acceder
quisieron al patrio ruego
y en el templo, en santo fuego
la misa oyendo en legión
reproducido Aragón
rindiendo su culto ciego!

Me decían que esta tierra
de la gente donostiarra
que es del Norte la Alpujarra
dulce en paz, fiéra en la guerra,
aragoneses no encierra
para una fiesta local.

Y dije yo:—En día tal,
para orar á su Patrona,
desde Irún hasta Pamplona
saldrán de cada zarzal!

—
Y vinieron de mil puntos,
y dejaron sus labores;
la tierra los labradores,
los letrados sus asuntos;
y en la iglesia todos juntos
nos vimos acompañados
de estos nobles vascongados
que son «al igual de nos
por sus fueros, patria y Dios»
en el mundo celebrados.

—
Allí á la Virgen leales
hubo pobres y burgueses,
soldados aragoneses
y baturros oficiales;
éramos todos iguales
ante el Pilar soberano,
nobleza y estado llano
y gente propia y extraña;
y cantó un grande de España
y echó el sermón un paisano!

—
Y al alzar, cuando allí hincado
la hostia elevarse veía
yo en silencio me decía
en amor patrio extasiado:
—Virgen que la fé me has dado,
proteje siempre á Aragón,
guárdame un pobre rincón

en la tierra en que nací;
yo por tí, tú para mí,
Virgen de mi corazón!

Ya, pues, que sabéis por qué
fué mi pluma tan morosa,
hablemos hoy de otra cosa
que es también cosa de fé.
Aquí por lo que se vé
Madrid se quiere guardar
los restos (que hay que sacar
de Francia) de un gran paisano;
y este abuso, pueblo hermano,
no se puede tolerar.

Goya es hijo de Aragón
y nacido en Fuendetodos,
y es necesario que todos
tongamos resolución,
y ayudando la intención
de nuestro alcalde y su brío,
hagamos, Aragón mío,
campana contra el ardid
y no nos venga Madrid
con tío pásame el río.

Miá que sería *chanada*
que aquel gran Goya inmortal
tuviera en la capital
una sepultura *amprada*!
Tenga su tierra sagrada
en su nativo rincón,
y si en tan noble ocasión

predicamos en desierto
para reclamar su muerto
álcese todo Aragón!

De mí sé decir que estoy
á seis horas de Burdeos
y por servir los deseos
del pueblo de donde soy
si se me autoriza, voy
al cementerio francés,
y con todo aragonés
que me quiera acompañar,
ahí la vamos á armar
antes que se acabe el mes.

Estas cosas, ya se sabe,
si se dejan al principio
no hay pueblo ni municipio
que más tarde las recabe.
El caso presente es grave;
con buenos ó malos modos,
á marchar de acuerdo *todos*:
con que ¡ála! ya lo sabís:
Goya para su país
y á enterrarlo en Fuendetodos!



A MI HIJA ROSA

—

(IMPROVISADO)

Tengo yo un jardín en casa,
Son tres rosas y un clavel,
Tres claveles y una rosa,
Rosa tú, y las otras tres.



A WENCESLAO

—

(IMPROVISADO)

Que seas pobre ó rico,
feliz ó desgraciado,
que logres los honores
ó humilde condición,
acuérdate, hijo mío,
del padre que te adora
y lleva su recuerdo
prendido al corazón!



A MI HIJA AURORA

En su álbum

Hija de mi vida,
tu libro comienzo;
yo soy el crepúsculo,
tú el albor primero.

En la primera hoja
de tu libro nuevo
de mi voz cansada
van los tristes ecos.

Canten los poetas
y logre yo verlo,
de tu santa vida
lo que piensen ellos.

Que canten *los jóvenes*
y lloren los viejos,
y cumplamos todos
con el Evangelio.

Los viejos los últimos
y ellos los primeros.

En su abanico

(IMPROVISADO)

Cuarenta varillas
tiene este abanico,
y cuarenta flores
a mi hija envío.

Es dulce, es amable,
tiene buen sentido,
modesta y callada,
carácter sumiso.

Siente bien la música,
lee santos libros,
su rostro es risueño,
su aire distinguido.

Profesa á su padre
amor infinito
y á su madre adora
con tierno cariño.

No se enfada nunca,
no tiene caprichos,
en oyendo chismes
se calla su pico.

Heredó mis gustos
que son muy sencillos,
y el primer poeta
de España este siglo
la tuvo en la pila
y fué su padrino (1).

Nació el mismo día
en que el mundo unido
Shakespeare y Cervantes
llora por perdidos.

Aurora se llama
y es dulce sol mío,
luz consoladora
de mi hogar tranquilo.

Tiene enfin mi niña
tantos atractivos
que con decir tantos,
la mitad no digo.

Y como su abuela
ya no ha de decirlos,
yo alabo por ella
y el gusto es el mismo.

(1) José Zorrilla.

A LANUZA

PARA EL DÍA DE LA INAUGURACIÓN DE SU ESTATUA
EN ZARAGOZA.

(INÉDITO)

Surge del olvido,
sombra venerada,
y aclame tu nombre
la noble región.
¡Tú eres de los fucros
la enhiesta bandera,
tú eres de los libres
el sacro pendón!

Contigo murieron
las patrias franquicias,
segó tu cabeza
la fuerza brutal;
mas queda la raza
que al son de tu nombre
dió siempre á los déspotas
batalla campal.

Tu sangre regando
las yermas campañas
fué savia bendita
que alientos nos dió.
Contigo aprendimos

á odiar los tiranos
y el patrio ardimiento
por tí renació.

Levántate y mira
unidos en torno
del bronce que copia
tu imagen aquí
los hijos de aquellos
que en día nefando
murieron contigo,
luchando por tí.

Los cetros son humo
que el viento se lleva,
álzase sobre ellos
la fé nacional.
Del negro cadalso
que ayer fué tu gloria
tus hijos han hecho
columna inmortal.

¡Levántate altivo,
que ya estás vengado!
tus lauros eternos
los nuestros hoy son.
Cantad al Justicia
patriótico *hossana*,
y vivan los santos
fueros de Aragón.



A SAN SEBASTIAN ⁽¹⁾

Este honor inmerecido
que me habeis hecho esta noche,
inusitado derroche
de afecto tan bien sentido,
el más sincero habrá sido
de cuantos jamás logré,
pues hace tiempo que sé
que en esta gran tierra euskara,
nada se piensa ó prepara,
todo va... de buena fé!

Por eso, de las Españas,
que son varias, con ser una,
tengo yo á rara fortuna
tras de extranjerías campañas,
el aire de estas montañas
respirar siempre que vengo,
y aquí un rinconcito tengo
donde muy dichoso soy,
y á mis soledades voy
y á mis soledades vengo.

Dulce, adorado reposo
de la tierra vascongada,
comarca de gente honrada
pueblo en su calma dichoso!

(1) Leído en una velada teatral celebrada en honor del autor.

**En su seno deleitoso
cifro los encantos míos,
del mar los ecos bravíos,
del cielo los claros tules,
los altos montes azules
y los blancos caseríos!**

—

**En sus íntimos detalles
brinda la ciudad cariños
risueñas bandas de niños,
el sol bañando las calles,
militares pasacalles
de la marcial guarnición,
y cual constante expresión
de la fé del patrio hogar
llamándonos á rezar
de las campanas el son.**

—

**Con sus tiernas emociones
calma tan grato país
del vértigo de París,
de Madrid y sus pasiones;
en íntimas expansiones
lento el tiempo se me pasa
en el rincón de mi casa
trabajando en paz completa
al chirriar de la carreta
y al silbar del tren que pasa.**

—

**Dulce calma, paz bendita
¡con qué placer os halló
quien por el mundo corrió
cual febril cosmopolita!**

Easo, mi santa ermita,
tú mi humildad acrisolas
y te venero á mis solas
en soledad que me encanta
escuchando al mar que canta
con sus espumantes olas

Y esta paz, dicha escondida
que no pensé ver turbada
viene á quebrarla impensada
ovación inmerecida.
Ay, amigos de mi vida,
dulces vuestros lazos son
y esta sincera afección
que mi humildad no merece
el poeta os lo agradece
con todo su corazón!



A MARÍA GUTIÉRREZ

(IMPROVISADO)

Te dirán muchos piropos
y te echarán muchas flores
é irán pasando los años
y con ellos los amores.
Y al ver perdidos á tantos
que tu corazón rindió,
quedará siempre *un amigo*,
y ese amigo, seré yo.



RECUERDO

Cuando celebre
la gente moza
la Noche Buena
de Zaragoza,
y alegre cante
vaciando jarros
y ande la jota
por los guitarros,
recuerden todos,
grandes y chicos,
altos y bajos,
pobres y ricos,
que hay un paisano
lejos, muy lejos,
(y hay que contarle
ya entre los viejos)
fiel á la tierra
donde ha nacido,
siempre soñando
volver al nido.

Este baturro
que ya olvidaron
canta las jotas
que á él le cantaron,
cuando sus padres
por su fortuna,
le adormecían
junto á la cuna.

A Dios le pido
fin de mis penas,
pasando en calma
mis Noches Buenas,
viendo en mi torno
bailar contentos
ante la lumbre
de los sarmientos,
nietos y nietas,
pueblo y amigos,
harto de viajes
por esos trigos.

¡Oh, Noche Buena
de Zaragoza!
¡Baile y festeje
la gente moza!
Ahí os envío,
francos paisanos
mi alma en mis versos
toscos y sanos.

¡Sintamos juntos
hasta la muerte!
¡Felices Pascuas
y á parar juerte!



A REGINO VELASCO

(IMPROVISADO)

¡Permita el cielo, Regino,
permita, Regino, el cielo,
que tu glorioso destino
cumplas, en constante anhelo
de dar tus extraordinarios
trabajos, firme y seguro,
y haciendo calendarios
pases el siglo futuro!
Es decir, que en la centuria
que has de vivir ¡oh Velasco!
no padezcas de la incuria
de tu amigo

EUSEBIO BLASCO,

el cual, esperando el modo
de salir de pordiosero
se ha pasado el siglo todo
¡trabajando y sin dinero!



LA FIEBRE DE LA FÉ

Á LA DUQUESA DE ***

¿Conque yo soy, injusta amiga mía
frío, egoísta, seco indiferente
y no hay desde Vizcaya hasta Almería
otro español cual yo?

¿Conque merezco el odio de la gente
por esta vil naturaleza fría
que usted da en suponer gratuitamente
el cielo me otorgó?

¡Oh que supino error! ¡Si yo pudiera
probarle á usted, tan dura como hermosa
cuanto mis *cualidades* exagera
tratándome tan mal!

Pero estas fases de la humana prosa
no las podré exponer como quisiera
y apelo á discusión más luminosa
y en mi lenguaje usual.

Yo he de querer mientras que tenga vida
á un sin fin de mujeres..... ideales
que adora el alma, por su amor herida
con íntima pasión;
y he de sufrir inexplicables males
que en incesante vértigo suicida
fomentan mis instintos naturales
matando al corazón.

El torpe mundo, frívolo y ligero
no entiende nunca mi aparente hastío
y juzga incauto que ni amarlas quiero
ni lo que busco sé.

Y este cansancio devorante mío
conque riendo entre las gentes muero
llámolo yo, que en mi dolor sonrío.....
la *fiebre de la fé*.

Inés, Aurora, Cándida y Susana,
todas hermosas, atractivas, bellas,
dulce expresión de la belleza humana,
me llevan tras de sí.

Sigue el deseo sus brillantes huellas,
busca el amor su esencia soberana,
y *todas son*, y no es ninguna de ellas,
la que me gusta á mí.

Sol matinal que en albor del día
al alma ardiente con su luz traspasa
que lanza clara lumbre al medio día
radiante de calor;
que en larga siesta al caminante abrasa
y muere en luz crepuscular sombría
y deja sombras por doquier que pasa.....
lo mismo es el amor.

Nace y engaña en fútiles promesas,
crece y abrasa con creciente anhelo,
cansa y hastía en ilusorias presas
y acaba en vaguedad.

Todo es en él violencia, falso amaño,
llama que ha de crear humo y pavesas,
afán, logro, cansancio, desengaño,
vacío y soledad.

¡Ah! Yo eximo al amor de tanta prosa,
yo no quiero mentir con farsa odiosa,
adoro el ideal, y esto me priva
la realidad tocar.

¿Qué es la mujer? brillante mariposa
que ya en las redes del amor cautiva
de sus alas la lumbre polvorosa
pierde al punto de amar.

Amarlas quiero como á frescas flores

que si del tallo las arranco aleve
por gozar egoista sus primores
en búcaro gentil,
al adornar mi fementido pecho
me embriagan con narcóticos olores;
vida les roba en mi recinto estrecho
la última luz de Abril.

¡Oh cuantas veces con mi mano impura
llegué á tocar las flores deseadas
y una vez aspirada su frescura
en dulce, íntimo amor,
sentí al instante el inmediato hastío
que suele dar la posesión lograda
y aparte de mi presa la mirada
con invencible honor!

No, no es amor el incesante y loco
prosáico afán de impúdicos excesos
que nos van consumiendo poco á poco
pasión, delirio y fé!

No son sus lazos para indignos presos
ni son sus actos prácticos tampoco,
no es amor mil abrazos y mil besos,
se lo aseguro á usted!

Por eso yo, si caigo en el engaño
al lograr me arrepiento en el instante
y una vez conseguido, me hace daño
el bien que ya pasó;
y así arrostrando fama de inconstante
dando la espalda al fiero desengaño
voy sacando mis penas adelante.

¿Qué culpa tengo yo?

Soy el solo en decirlo con franqueza
lo siente el mundo como yo lo siento
y todos reconocen su torpeza
y cuando la hicieron ya;
y así, en este mundano movimiento
la humanidad que siente su flaqueza

promiscua á dos por tres el sentimiento
como á la vista está.

Burla el galán á su sensible dama,
falta la esposa (al menos, lo presumo)
todo casado al año parte cama
siquiera por variar...
y es que el amor, como ideal, es humo,
afecto sin pasión, calor sin llama,
todo lo material es un consumo
que tiende á renovar.

¡Ah triste, amarga, inexplicable, odiosa
fatal verdad que la experiencia apura,
la vida es torpe, aborrecible prosa
con forma de mujer!

Violento goce que cual sueño dura,
fugáz espasmo en convulsión nerviosa...
mas no puedo seguir en la pintura
que puede negra ser,

Y hago aquí punto con honesto empeño
de que no juzgue mal cuanto le digo
ó resultado de imprudente sueño
en noche de calor,

Rogando á usted que al sueño que persigo
no juzgue cual el mundo á quien desdeño,
y siendo suyo admirador y amigo
y humilde servidor.



SIEMPRE PA ALANTE

JOTA (1)

Navarra lleva en su seno
la sangre de España entera,
y el que no lo sepa bien
venga á verlo cuando quiera.

De Navarra salió,
de Navarra saldrá
el coraje y la gente
que amenaza y que dá.

Navarricos nacimos
navarricos de ley
y en el cuerpo tenemos
los navarros un Rey.

En los montes de Navarra
tiene su asiento en el valor
las buenas mozas de España,
las flores de más olor.

¡Navarritos *templaos*
á cantar y á querer,
que poder con nosotros
eso no puede ser!

Navarrito valiente
nadie puede con *tí*
que si Dios *pué* contigo
porque Dios te hizo así!

(1) Música del maestro Larregla.

¡Cante Navarra sin miedo!
¡Cante Pamplona y más cante!
¡Si se hunde el mundo, que se hunda!
¡Navarra siempre *pá adelante!*

A la jota Navarra,
á cantar y á bailar,
que tras estos apuros
otros tiempos vendrán.

A la jota y que viva
de Navarra el tesón
y adelante Navarros
y á tener corazón.



ÚLTIMO SUSPIRO

Ya se acaba el verano
(todo acaba, más tarde ó más temprano),
y ya vuelve la Corte
y quedamos los bárbaros del Norte
á ver venir la hidra (!!)
y á comer buen besugo y beber sidra.

Adiós, ¡oh madrileños!
que dejáis en las casas ¡ay! de empeños,
recuerdos del trajín en que os metisteis
y del dinero en tonto que perdisteis.

¡Adiós, las de Soplillo,
las de Arnés, de Coleta y Culantrillo,
las de Ojoclaro, Cúquez, Chismigrato,
y las de Mus y las de Casa-Pato!

Cargadas van de cintas y oropeles
y elogios en los públicos papeles,
por el mar y el buen aire remozadas,
y dejando las olas perfumadas
del *odore di femina* que puedan
aspirar los amigos que se quedan.

Adiós bailes, conciertos, cotillones,
donde en gratas nocturnas expansiones
vimos á las bellezas donostiarras
sufriendo con paciencia las tabarras
de aquellos bailarines madrileños,
que yo no sé por qué son tan pequeños,
y parecen figuras de guiñoles
junto á estas chicas, que parecen soles.

Ya se acabó; tal es nuestro destino;
quedan en el Casino

diez puntos con las barbas en el pecho,
oyendo: ¿Está? ¿Ya está? ¿Está? ¿Está hecho?
y contemplando en éxtasis la puesta
al son de los violines de la orquesta.

Se fueron los violines,
los trombones, platillos y flautines,
que nos dejaron, de cansados, muertos,
con ciento ochenta y pico de conciertos.

Los marinos se vuelven á su barco,
llorando ausencias al salir al charco,
dejando aquí á las novias pena eterna,
y al son de la galerna
lloran y dan lamentos que ensordecen
y á silbos de sirena se parecen.

¡Abur! ya *la otra vida*,
la de Madrid, comenzará en seguida,
y habrá crisis, y habrá una turbamulta
de personajes gordos en consulta,
para saber cuál de ellos, por más justo,
ha de acabar de darnos el disgusto.

Vendrán los cabildeos,
las bofetadas por coger empleos,
y saldrán las levitas de castigo
y los cesantes comprarán abrigo.

Honor de las Españas,
anuncian el invierno las castañas
que venden, de Avapiés en las esquinas,
las de Madrid insignes convecinas.

Y con ellas, y varias aperturas
de templos de las tres literaturas
(géneros *grande, chico y bajandino*),
ya está abierto el camino
de esta gran *invernada*
que va á ser por demás dispasalada,
porque aún los cambios se verán más altos,
y los ministros con el diablo á saltos,
y hambre en Andalucía,

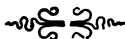
y la guerra más larga cada día,
y Juanito Navarro
metiendo de dolor la casa en barro,
y tantas otras cosas estupendas
que han de causar catástrofes tremendas,
como *lo de Woodford*, yanke alevoso,
que ha de acabar en drama desastroso.

Poco el que no lo vea
vivirá; conque ¡sea lo que sea!
y despedamos al fugaz verano
en gran estilo altisonante y vano.

¡Adiós, postreras flores!
¡Adiós, adiós, románticos amores,
verdes olas del mar de la Cantabria,
y cursis de la Puebla de Sanabria!

Ya el hogar nos reclama
y el trabajo nos llama
y el cambio en la cabeza
nos da de sopetón naturaleza...

Pero basta de *forma interlineada*
que á desaparecer está llamada...
Perdonen tanta rima sus mercedes.
¡Celebro mucho conocer á ustedes!



No sé qué sorpresas
me guarda la suerte,
más tengo estos días
ideas de muerte.

Campanas que doblan,
unciones que pasan
y manos amigas
que estrechan y abrasan.

Ayer fué la blanca
carroza, atractiva
con un niño muerto,
sin más comitiva

que algunos obreros
de negro vestidos
y unas niñas tristes
lanzando gemidos.

Ayer por la mañana
me trajo el cartero
la esquela de luto
que siempre la espero;

(1) Fragmento inédito.

y anuncia otro nombre
por siempre perdido,
la cruz como lema
y el «ha fallecido».

Las flores que ornaron
mi alegre ventana
ayer tan esbeltas,
marchitas mañana...

y es que ya á lo lejos
vislumbro, adivino
la cruz que me marca
el fin del camino,

y al muerto que pasa
con pena le dejó;
allá iré á buscarle
que ya soy muy viejo.



ARTICULOS INÉDITOS

DON JAIME

En el año de 1889 publiqué en el *Figaro*, de París, una entrevista con Don Carlos, en la que no fué lo más importante lo que dije, sino lo que callé, porque aprendí en mis años de periodista parisién, y lo aprendí de aquel grande hombre que se llamó Magnard, que la ciencia del periodista consiste en saber, no lo que ha de decir, sino lo que debe callar.

Don Carlos agradeció mi discreción, y aún conservo la tarjeta del Conde de Melgar, que era entonces el secretario del Duque de Madrid, en que me expresaba con cariñosas frases el buen efecto producido en Loredán por aquel trabajo de información que el periódico francés había publicado. Fuí tan independiente y tan sincero, como lo ha sido después Bonafoux al visitar al eterno pretendiente. Los reyes, aunque los cortesanos crean otra cosa, gustan de que les digan la verdad.

Desde entonces, conservé buenas relaciones particulares con los representantes de la rama tradicional y persistente en la reclamación del derecho de la ley sálica. No les he felicitado en sus días de prosperidades y venturas; pero cuando ha habido en aquel palacio veneciano desgracias ó muertes, mi telegrama ha sido el primero, porque dentro de la independen-

cia salvaje que me dá el vivir de mi trabajo, soy el artesano de todas las desgracias.

Cinco años después, en 1894, veraneando en San Sebastián, supe que D. Jaime estaba en San Juan de Luz, en casa de D. Tirso Olazábal. Su presencia tan cerca de la Corte española, fué ocasión de reclamaciones de la prensa. Deseoso de conocer al hijo de Don Carlos, hice el corto viaje acompañado de Rodrigo Soriano y de uno de mis hijos. Y de este modo comenzó mi relación con el príncipe.

Llegamos precisamente en el momento en que la policía francesa, por reclamación del Gobierno español, se disponía á expulsar á D. Jaime. Monsieur Pourtet, comisario de policía francés, en la frontera, ocupaba, cuando llegamos á casa de Olazábal, la calle de Gambetta, con varios agentes. Los vecinos del pueblecillo francés acudían curiosos á ver lo que pasaba. En tales condiciones nos recibió el príncipe, á quien acompañaba, además del dueño de la casa, mi antiguo amigo el Marqués de Castrillo.

Subimos, salió á nuestro encuentro, afable, y tranquilo en medio de la agitación que reinaba en la casa, y tuvimos tiempo de sobra de hablar con él, mientras en la calle había un rumor de pueblo en agitación inusitada. En el cuarto inmediato había un sacerdote español, el Padre Udave, fidelísimo servidor de la causa carlista.

Pudimos observar desde luego que D. Jaime era un joven de elegante presencia, muy afable, muy *corriente*, como suele decirse. Conociendo mis antecedentes liberales, me recibió como si tal cosa no supiera y no habló de política ni un instante siquiera.

Nos contó su viaje de incógnito por España sin que

La policía se enterase de que iba burlándola por todas partes; su estancia en Madrid, y aquella mañana en que estuvo á la puerta misma del Palacio Real y vió salir á la Reina Regente, sus conversaciones con varios viajeros en una fonda de Aranjuez, hablando de él sin saber que el D. Jaime de que se ocupaban era el mismo que tenían á su lado... Todo esto referido con viveza, en tono de broma, y sin ocuparse para nada del ruido de afuera ni del aparato de fuerza que se desplegaba debajo de sus ventanas.

En esto avisaron que el comisario francés había entrado en la casa... El padre Udave entró donde estábamos, hizo una seña á D. Jaime, éste le siguió y á poco volvió el cura diciendo:—No hay cuidado, ya está en salvo. ¿Dónde le pudo meter y como estaba seguro de que no le hallarían? Esto nos preguntábamos todos.

El comisario no venía á prender al hijo de D. Carlos, sino á rogarle, en nombre del Gobierno francés, que se marchara, confiando en su palabra de honor. El príncipe desde su escondite sin duda, prometió irse en el primer tren que saliera, el comisario se fué y la calle quedó desierta.

Volvió entonces D. Jaime adonde estábamos, rió de la aventura y nos dijo que á las nueve de la noche saldría; prometimos ir á despedirle á la estación y en efecto, allí acudimos á la hora señalada.

No había en la estación ni agentes de policía ni fuerza ninguna. La palabra de honor bastó para que no se le molestara. Se metió en un vagón con el Marqués de Castrillo, nos tendió afectuosamente la mano y le saludamos como á un amigo. Había en la estación unos soldados franceses de los cuales sin ofender su

recuerdo puedo decir que estaban medio borrachos y comenzaron á gritar: — ¡Vive Carlós! ¡Vive Carlós! porque tomaron al príncipe por su padre. El cura Udave, que estaba allí, comenzó á darles empujones y á gritar indignadísimo: — A callar, ¡borrachones! ¡Escandalosos!

Sonó el pito, partió el tren. D. Jaime y el Marqués de Castrillo nos saludaron hasta gran distancia.... y esta es la historia de mi relación con el príncipe, de quien he conservado siempre agradable memoria.



LA DUQUESA DE HIJAR

Un telegrama de Alicante nos da cuenta del fallecimiento de la Duquesa viuda de Híjar.

Llegada anteayer al Hotel de Roma de aquella ciudad, ayer, según el corresponsal, espiró la ilustre dama.

La Duquesa viuda de Híjar es toda una sociedad, toda una época. Es el fin del reinado de Isabel II, con sus fiestas, sus saraos, sus personajes célebres que un día figurarán en la historia de nuestras costumbres. Es el mundo de Meneses, Rivero, Narváez, Marfori, Julián Romea, la *Nena*, las Duquesas de Alba y de Medinaceli, *Cúchares*, el *Tato*, Tamberlik, la Pinchiara .. ¡Qué recuerdos evoca el nombre de esta gran señora, tan á la moda entonces!

Para nosotros, hombres del siglo pasado, es una figura adorada, la sombra de un mundo que pronto hemos de dejar, la historia viva de tiempos llenos de emociones, de entusiasmos, de luchas, y de amores...

¡Qué pocos quedan ya, de aquellos *íntimos* de la Duquesa en torno de la cual hacíamos la vida madrileña más animada posible!

En su casa de la calle de Alcalá, junto á la Presidencia del Consejo, donde hoy hay una funeraria, vimos varios años la ceremonia (que entonces se hacía con gran aparato), de entregar á los Duques de Híjar el traje usado por la Reina Isabel el día de la Epifanía. Allí se representaron muchas comedias (porque la Duquesa era gran aficionada y excelente actriz) y eran los improvisados artistas el conde de Ronrée, D. Teodoro Robles, la que hoy es señora de García Patón, la hermosa Presentación Fonseca, la señorita de Ramos, el maestro Oudrid, los hermanos Santoyo y este servidor, que tomaba parte en todas aquellas fiestas sin dejar por eso de escribir en *La Discusión* ó en *La Democracia*.

La casa de Híjar era el salón más literario de entonces, y el más hospitalario también. No era vano ver en los salones de la Duquesa al célebre D. Nicolás María Rivero, alma de la Revolución que ya estaba en el aire, de conversación con los priores de Palacio. Allí fué donde una noche, después de representar *Fuego de Dios es el querer bien*, en la cena que siguió á la comedia, me tocó estar al lado de Marfori, que era á la sazón gobernador civil de Madrid. Estuvo hablándome muy cariñoso... y tres horas más tarde vino á prenderme, seguido de esbirros, á mi casa de la calle de las Huertas. ¡A poco más me lleva al Saladero vestido de capa y espada!

Después de la Revolución de Septiembre, la Duquesa de Híjar, ya fuera de su centro, viajó y se retiró un poco del mundo. En 1889 volví á verla en París, donde fué llamada por la Reina Isabel para que fuese su Camarera Mayor. Terminada su misión, volvió á España, solía vivir en Málaga los inviernos y en

Cercedilla los veranos, siempre fiel á la amistad, siempre sonriente y afable.

Fué en sus juventudes una de las bellezas madrileñas de aquella época en que hacían raya las dos Duquesas, la Baronesa de Ortega, la Condesa de Carlet, Gloria Castelani, y tantas otras que los *antiguos* recordamos siempre con gusto. Con la Duquesa viuda de Híjar se va el mundo antiguo madrileño, y su figura será histórica un día, por razones que verán los que vengan después de nosotros.



CHARLA

¡PERSONAJES!

¡Ya están ahí!

¿Cómo podían faltar?

La *actualidad* los reclamaba, y la *actualidad* es una cosa aparte.

Todos los periódicos ilustrados se han disputado la honra, la gloria, de publicar los retratos de los dos criminales *del día*, como suele decirse.

Primero fué Collar.

¡Oh, Collar! Figúrense ustedes si era interesante un hombre que en plena tarde iba á pegarle un tiro al Duque de Sotomayor (esto suponiendo que el tal no estaba enterado de que el Duque no iba aquella tarde á la Salve) y si es indispensable que el público, el gran público, conozca la cara de tan conspicuo sujeto!

El hombre, no hay más que verlo, se siente orgulloso de ser *actualidad* palpitante, y se ha colocado frente á la máquina como el que sabe que va á ser objeto de ¡nusual curiosidad.

Se luce, se impone; le han colocado en medio de los personajes de la semana. Al lado de los exministros liberales, de Pierre Laffite y de M. Jules Cambón.

Ya no hay clases! La fisonomía estúpida del Collar, cogido por el guardia de Orden público, se destaca para admiración de los lectores y coleccionistas de periódicos.

¡Ha venido después la tabernera de los Cuatro Caminos. el bello sexo de los asesinos... ya tenemos otro personaje de la semana! Allá irán, á la cárcel los fotógrafos por brigadas á *sacar* la cara atroz de semejante tía. Y al periódico con ella, junto á la Reina, y la princesa de Sajonia, y Sagasta y el primer Duque que haga el Rey. La Familia real es buenísima, se presta á figurar en los semanarios ilustrados junto á la hez de la sociedad. Verdad es que no se lo dicen nunca antes y así suele encontrarse Su Majestad fotografiada junto al que le ha dado veinte puñaladas á un pariente. ó le ha pegado fuego á un niño recién nacido en la cuna...

Collar era poca cosa para la actualidad malsana, pero ahí está la tía Ramona, con su cara de buho, para dar pesadillas á los niños. Esta semana figurará junto al Rey de Sajonia, ó al lado de Doña Esperanza Sagasta. ¡Todos unos! La cuestión es darles á los asesinos cartel de celebridades.

No, eso no puede ser; una cosa es la celebridad y otra es la fama. No es lo mismo llamarse Candelas que Espronceda, ni Garibaldi que Echegaray, y sin embargo, ya lo hemos visto: el sabio y el beodo logran la misma publicidad, la misma fama otorgada por los periódicos que no quieren distinguir de colores. Creen que al público le interesa lo mismo conocer el tipo asqueroso del ladrón en cuadrilla que la interesante figura de la mujer excepcionalmente virtuosa. Se ha llegado en esto á un abuso que habrá que evitar un día, porque no es posible que las personas decentes sigan prestándose á figurar al lado de los ladrones y los asesinos.

Asesinos y ladrones tienen forzosamente que figurar como tipos de actualidad en crónicas, reseñas y

descripciones de sus fechorías; pero los honores del retrato, la honra de aparecer en las hojas de los periódicos más ilustrados, junto al creador de una obra, el filántropo, el gran estadista, las testas coronadas... ¿con qué derecho?

Indudablemente, por honor de la Prensa y por respeto á los hombres de bien, cuyas caras se reproducen en los semanarios, hay que pensar en esto y ponerle remedio. La actualidad, como todo, tiene su límite, y si no se puede fotografiar á los anarquistas, ¿por qué á los asesinos vulgares?





¿Qué decir ante la tumba de Blasco, abierta cuando todavía su ingenio, que parecía inextinguible, nos maravillaba á todos por su frescura, su viveza y su graciosa y simpática ingenuidad? ¿Qué decir que no resulte frío y contrahecho, aun cuando, como en el caso presente, lo inspire la más sincera y entrañable admiración por el escritor y por el hombre?

Muerto en plena lucha, aunque su cuerpo estaba destrozado por una labor no interrumpida de cuarenta años, su espíritu se conservaba ágil y fuerte como en los días mejores de la juventud, con la ventaja de estar sazonado por la experiencia y como ennoblecido por un sereno y piadoso amor á los menesterosos y á los humildes, que lo empujaba á diario á remediar con la sencilla elocuencia de su pluma los males sin cuento que á todas horas derraman á nuestro alrededor la iniquidad y la injusticia.

Al llorarlo, no solo se recuerdan sus innumerables obras; se piensa también en las infinitas que ha dejado por escribir, como en una esperanza que la muerte ha venido á hacer irrealizable, y á la que nos juzgábamos con derecho. No era el maestro que ya ha terminado su misión en el mundo; era el maestro que aún nos tenía que enseñar muchas cosas á los jóvenes, combatiendo á nuestro lado.

S. Y J. ALVAREZ QUINTERO.

OBRAS DE EUSEBIO BLASCO

OBRAS VARIAS

Veladas de verano (agotado).—La miseria en un tomo (agotado).—Explicaciones (agotado).—Arpegios (agotado).—El libro del buen humor (agotado).—Obras festivas en prosa.—Los dulces de la boda (agotado).—Busilis.—Una señora comprometida (agotado).—La camisa del hombre feliz (agotado).—Cuentos alegres.—Soledades.—Poesías festivas. Los curas en camisa (agotado).—La farsa religiosa.—Del zuizo á la zuiza.—Del amor y otros excesos.—Madrid por dentro y por fuera.—Flaquezas humanas.—Mis contemporáneos.—Tartarin en los Alpes (traducción).—Epigramas.—Ellos y ellas.—Esto, lo otro y lo de más allá.—Mis devociones.—Conferencias del Ateneo.—Del modernismo en Francia.—Malas costumbres.—Cuentos y sucedidos.—Noches en vela.—París íntimo.—El forasterito.—Recuerdos. Corazonadas.—Cuentos (dos tomos).—Cuentos aragoneses.—Madrid pintoresco.

De seis á siete mil crónicas y artículos políticos y literarios en los periódicos de España, París y Repúblicas hispano-americanas.

COMEDIAS

Vidas ajenas.—La niñez engañosa.—La antigua española.—La mujer de Ulises.—La tertulia de confianza.—El joven Telémaco.—Un joven audaz.—El dolor de cabeza.—Las manzanas de oro.—El amor constipado.—El vecino de enfrente.—La suegra del diablo.—Pablo y Virginia.—Los novios de Teruel.—El oro y el moro.—Los caballeros de la tortuga.—Los progresos del amor.—La señora del cuarto bajo.—El pañuelo blanco.—No la hagas y no la temas.—La mosca blanca.—Los dulces de la boda.—La corte del rey Reuma.—A la humanidad doliente.—El miedo guarda la viña.—La Rubia.—El baile de la condesa.—Pascuala.—La procesión por dentro.—Parientes y trastos viejos.—Levantar muertos.—El anzuelo.—Jugar al escondite.—Hablemos claro.—Estrelia.—Los niños y los locos.—La rosa amarilla.—De prisa y corriendo.—Juan García. Pobre porfiado.—Las niñas del entresuelo.—El bastón y el sombrero.—Soledad.—Ni tanto ni tan poco.—Buena,

bonita y barata.—El primer galán.—Moros en la costa.—Todo por el arte.—Si yo tuviera dinero...—Día completo.—Ultimo adiós.—El centinela.—Cabeza de chorlito.—La posada de Lucas.—El guapo rondeño.—El capitán Marín.—El secreto.—Juan León.—¡Callad, que no se despierte!—El Angelus.—Mensajero de paz.—¡Madre mía!—Don Saturnino.—La cruz del túnel.—¡Pobres hijos!—Los dos sueños. Dulces memorias.—Policarpito.—Mañana me caso.—A Roma por todo.—Los timplaos.—La adivinadora.—La fonda del potro.

Epílogo

INÉDITO

El autor de todas las obras anunciadas arriba, no posee la propiedad de casi ninguna de ellas: á excepción de unas cuantas, todas tuvo que venderlas á precios irrisorios para cosas urgentes de la vida. Para enterrar á los suyos, para emigrar, para casarse, para vivir en un mundo fastuoso que le pidió versos y no le devolvió nada.

Vió de cerca á los Reyes de Europa, se codeó y tuteó con los nobles, corrió mucho mundo, se estableció en el extranjero por quince años, tuvo que aprender á escribir la lengua ajena, escribió sin cesar en dos idiomas, y desde la edad de diez y ocho años trabajó día y noche y está obligado á trabajar con la misma continuidad hasta que se muera. Tuvo siempre que pensar en el día de mañana, el capital le fué explotando y consumiendo cuanto produjo, y además de las obras citadas, escribió en español y francés más de seis mil crónicas y artículos que andan desparramados por los periódicos del mundo.

Fué su culto y su afán constante el amor de su familia; llega á los cincuenta y tres años tan pobre como lo estaba á los diez y ocho. Le envidiaron su aparente bienestar los que no saben ver y no comprendieron que buscaba en las relaciones y en un mundo de ricos la protección y ayuda que éstos no suelen dar sino á son de campana y para comprar por adelantado el cielo, como si eso se comprara.

De los libros que el autor de estos versos publicó no hizo tributarios á sus amigos, no le pidió al Estado que los comprara. Los vendió por nada, los dejó maltratar por críticos crueles; el autor no escribe para hoy, sino para mañana. El refrán lo dice: Dentro de cien años, todos calvos.

¿Qué debe ser, lógicamente, quien vivió constantemente explotado y tal vez el día que se muera no hallarán sus hijos en los cajones de su escritorio cantidad que baste á pagar á la implacable Iglesia para enterrarle? Habla el lenguaje de la sinceridad y le llaman socialista. Recuerda que los ricos son pobres cuando se trata de proteger al que produjo para los demás y le llaman revolucionario. ¿Qué debe ser? Cómo no ha de comprender á los que, desesperados por la indiferencia ajena, ó se rebelan ó lloran? Todavía él, cree en la fuerza suprema que gobierna el mundo, su fé le contiene porque cree en Dios sin necesidad de intermediarios. Conocedor de la desgracia ha aprendido á socorrer á los desgraciados. Mañana tendrá que pedir un empleo á un gobierno amigo, en un rincón ajeno á la política. Ya se presentó la ocasión y no se lo dieron. Si llama á las puertas de la Academia será postergado por una medianía cualquiera que tenga favor, á pesar de haber traba-

jado tanto. Sus contemporáneos, sus amigos de la infancia, generales, arzobispos, condes, duques, ministros, subsecretarios, directores, banqueros..... todos utilitarios. El vivió soñando, llega á la vejez y cuando habla el lenguaje de la verdad los pícaros creen que no siente lo que dice.

No importa. No se muere más que una vez y no se vive con pan solo. Viejo y todo, el autor de tantas obras que son la renta de los hijos de los demás, confía en el porvenir de esta poética y sentimental España, á la que vuelve como el pájaro al nido. El mundo marcha, los abusos de hoy traerán las grandes revoluciones de mañana, y el que ha tenido el valor de adelantarse á cantarlas, nõ pide sino que no se le olvide, porque lo que dijo, de buena fé lo dijo, y el porvenir lo hará la juventud como nosotros hicimos el pasado. Mueren los poetas en España y perecen de hambre sus viudas, sus huérfanos, mientras los fariseos de la política medran y suben y parecen algo. ¡Oh juventud de mi noble tierra de España! ¡Cuando yo muera, acuérdate de los míos!

EUSEBIO BLASCO.

OBRAS INÉDITAS

MEMORIAS DE CUARENTA AÑOS

DON JUAN EL DEL OJO PITO, Novela (1)

- La última jota**, zarzuela en un acto.
El Belén de Salamanca, comedia en tres actos, en prosa.
El Angel del Caserio, comedia en tres actos, en verso.
Noche de trueno, zarzuela en un acto.
Torrijos, episodio nacional en un acto y cinco cuadros (1).
El Wals, apropósito en un acto, en prosa.
La Coronela, comedia en tres actos, en prosa.
La criada respondona, apropósito en un acto, en prosa (1).
Café de Carracas, juguete cómico en un acto, en prosa (1).
La conquista, comedia en un acto, en prosa (1).
El amigo Andrés, drama en tres actos, en prosa.
Faltas pasadas, drama en tres actos, en prosa (arreglo del francés).
La carta de los de arriba, comedia en dos actos, en prosa (1).
El Relicario, zarzuela en tres actos (2).
Manolin, comedia en tres actos, en prosa (2).
El niño zangolotino, comedia en tres actos, en prosa (2).
La bala perdida, comedia en tres actos, en prosa (2).
Victorina, monólogo, en prosa (2).
Música personal, monólogo, en prosa (2).

(1) Sin terminar.
(2) Planeada.

INDICE

	Páginas
Juicios de los mejores escritores.....	1 á 60
VELADAS DE VERANO (PRIMEROS VERSOS)	
DEDICATORIA.....	62
PRÓLOGO.....	63
Lágrimas de huérfana.....	67
Amar y querer. (Dolora).....	70
Todas bellas.....	72
Los saludos.....	74
La razón más poderosa.....	76
El pan de cada día. (Letrilla).....	78
A Pilar.....	80
La muerte de Jesús.....	82
Dolora.....	84
La Despedida. (Letrilla).....	86
Dolora.....	89
Mi patria.....	90
A un amigo y á unos ojos.....	93
Fragilidades.....	95
Por la mañana.....	97
La niña inocente.....	100
Aclaraciones.....	104
EL DIABLO EN TOLEDO.— <i>Leyenda</i> - Introducción.....	107
I Mandobles.....	109
II Pormenores.....	114
III La Casa del Diablo.....	120
IV Esperanza.....	123
V La Carrera.....	131
VI El pueblo todo lo sabe.....	137
VII Resolución extrema.....	141
VIII Conclusión.....	147

ÍNDICE

ULTIMOS VERSOS

Autobiografía.....	153
Miramar (inédito).....	159
Saludo Zaragoza.....	163
El agarrao.....	165
Padre Nuestro.....	169
¡A la cequia!.....	170
La escuadra en marcha.....	172
Laurak-Bat (zortzico).....	174
Mariquita (canción).....	175
Doce de Octubre.....	176
A Cinta (<i>en ídem</i>).....	179
Germinal (poesía-cristiana).....	180
Pa los de mi tierra.....	185
Crepúsculo.....	187
Más vale tarde que nunca.....	189
A mi hija Rosa.—A Wenceslao (improvisado)..	193
A mi hija Aurora.....	194
A Lanuza (inédito).....	196
A San Sebastián.....	198
A María Gutiérrez (improvisado).....	200
Recuerdo.....	201
A Regino Velasco (improvisado).....	203
La fiebre de la Fè. (A la Duquesa de***).	204
Siempre pa alante (jota).....	208
Último suspiro.....	210
..... (Fragmento inédito).....	213

ARTICULOS INÉDITOS

Don Jaime... ..	217
La Duquesa de Híjar.....	221
CHARLA: ¡Personajes!.....	224
EPÍLOGO (inédito).....	229

OBRAS COMPLETAS
DE

Eusebio Blasco

TOMO II

UNA SEÑORA COMPROMETIDA

(Novela)

DEL AMOR Y OTROS EXCESOS

DON JUAN EL DEL OJO PITO

Capítulos inéditos. Prólogo de LUIS TABOADA

TRES PESETAS

MADRID
LIBRERIA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo, 4.—Teléfono 791
1903

OBRAS COMPLETAS
DE
Eusebio Blasco

UNA SEÑORA COMPROMETIDA

(Novela)

DEL AMOR Y OTROS EXCESOS

DON JUAN EL DEL OJO PITO

Capítulos inéditos. Prólogo de LUIS TABOADA

TOMO II

MADRID
LIBRERIA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo, 4.—Teléfono 791
1903

PRESERVATION

COPY ADDED

mlf 6/05/91

UNA SEÑORA COMPROMETIDA

NOVELA

AL LECTOR

Al publicarse la segunda edición de una obra, es uso y costumbre de todos los autores hacerlo constar, *so color* de dar las gracias al público.

La primera edición de este libro está completamente agotada.

¿Por qué?

Yo me atrevo á dar una respuesta categórica, á pesar de ser el autor de la obra.

La primera edición se ha agotado porque el lector se ha divertido.

—¡Oh, vanidoso!—dirán los que esto lean.—
¡Y como pregonera que sabe divertir!

—¡Oh, incauto!—dijera yo de muy buena gana.—¿Puede usted responder de no haber divertido á las gentes alguna vez?

La diferencia entre la diversión que usted procura y la que procuro yo, es la misma que

existe entre el cochero y el que va en el coche; los dos van en coche, pero...

Debo explicarme, y voy á hacerlo.

Divierte á las gentes todo aquello que molesta á los demás.

¿Quién contiene la risa viendo caer á un transeunte que da un tropezón?

¿Quién no se rie viendo á otro en grave compromiso?

¿Pues hay más que referir los apuros de este y del otro para hacer reir á las gentes?

«Solamente al saber que había una señora »*comprometida*, acudieron los lectores á las librerías, con gran prisa de saber que compromisos eran aquellos.

»Supieron, leyendo, que un marido perdía la »mujer, que un atrevido se propasaba con una »señora, que un cura andaba á mojicones con »unos forasteros, y que había palos y bofetadas »en una casa de huéspedes... Decididamente »hay que contar estas cosas para que el público se dé por satisfecho.»

Todo lo que arriba queda escrito entre comillas no es mío. Es del público. Lo he oído por casualidad á dos personas que se ocupaban de la mía.

Siempre que se agota un libro hay quien se empeña en probar sus defectos (1).

A este se le han encontrado á centenares, por dos razones:

Primera: porque los tiene á millares.

Segunda: porque al público le ha parecido que debía adquirirlo.

Yo le diré á usted, que me está leyendo, el secreto de estos agotamientos. Los libros no solo han de alegrar el ánimo, sino que han de cumplir con la cortesía.

El lector, antes que lector, es un desconocido á quien hay que hablar con respeto, y el lenguaje del autor ha de ser siempre decoroso.

Divertir á las gentes no es cosa imposible, ni difícil, ni rara: lo difícil, lo raro, es no ofenderlas ni aún con la intención.

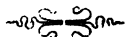
Ponga usted este libro en cualquier sitio de su casa, señor y lector mío; no importa que lo cojan los muchachos ni las niñas casaderas que tiene usted, y que Dios le conserve; no hay en él ni palabras groseras, ni frases de doble sentido; no aprenderán nada que no sepan, ni se pondrán coloradas por culpa mía.

¿Le parece á usted poca garantía en un país donde todos los años se hacen tantas ediciones

(1) Aplíquese el sus como mejor convenga.

de Paul de Kock, á quien llaman popular los editores españoles?

Por lo demás, no crea usted que el libro tiene otra cosa de particular sino el haberse agotado la primera edición. Esto no prueba nada desde que se han agotado doce ediciones del libro de cocina española y americana que publica el editor López.



I

Primera estación.

El tren acababa de llegar á la estación de...

Los viajeros, aprovechando los veinte minutos que la empresa les concedía, comían, más de prisa de lo que quisieran, el veneno que les iban sirviendo los camareros de la fonda.

Un caballero alto, guapo, elegante, entró en el comedor cuando ya los viajeros llevaban despachada la mitad de la comida.

Saludó con un movimiento de cabeza á algunos viajeros.

Después se sentó al lado de una señora.

La señora sonrió.

Luego se apartó un poco, para que el recién venido se colocara cómodamente.

Esta es una suposición gratuita, por cierto.

—Gracias,—dijo el viajero comiendo la sopa.—

Gracias, amabilísima compañera.

—No hay de qué,—contestó ella.

—¡Vaya si hay de qué!—dijo él.

Y ella, como si no hubiera oído la frase, continuó:

—Ha llegado usted un poco tarde.

—Sí; me entretuve un instante...

—¿Con algún amigo?

—Con el jefe de la estación, que es amigo antiguo.

—Acaso no tenga usted tiempo suficiente para comer.

—Tenemos todavía siete minutos.

—Poco tiempo es.

—No lo crea usted.

—Ya veremos si se queda usted en tierra.

—¡Bah! Cuando uno sabe calcular bien el tiempo...

—¿Se precia usted de listo?

—¿Decía usted, señora?...

—Que si se precia usted de listo.

—Un poco.

—¡Hola! Bueno es saberlo.

—Veo, querida compañera, que es usted algo aficionada al equívoco.

—No lo crea usted.

—¿Me permitirá usted que le ofrezca esta aceituna?

—Muchas gracias.

Y la señora aceptó la aceituna.

—Le serviré á usted agua,— dijo el viajero.

—Muchas gracias.

Hubo tres segundos de silencio.

—Cuidado, que se va usted á manchar con ese plato.

—Muchas gracias.

—¡Señora, por Dios, nada de cumplimientos!
Al cabo de seis horas que há que nos conocemos, creo que ya puede haber franqueza entre nosotros.

—¡Caballero!

—¿Qué?

—Que vive usted muy de prisa.

—Como usted me ha indicado que le agradaba que yo fuera un poco listo...

—No he dicho tanto.

—¿Eh?

—Ó si lo he dicho, no he querido decirlo.

—Usted ha dicho... ¿Qué fué lo que dijo usted?

¡Ah, ya! Dijo usted: «Bueno es saberlo.»

—¡Pues!

—Luego en resumidas cuentas...

—¡Basta! ¡basta! Dejemos eso ya.

—Como usted guste, señora. ¿Tomará usted café?

—Sí; adoro el café.

—Lo mismo me pasa á mí. Lo tomo tres veces al día.

—Y yo.

—¡Que casualidad! ¡A ver, muchacho!

—Señorito...

—¡Dos cafés, volando!

—¡En seguida!—gritó el mozo.

El comedor había quedado casi desierto.

Solamente permanecía en él la señora, el

caballero, y un joven que se disponía á salir en aquel momento.

El compañero de la señora habiase quedado callado.

Ella miró al reloj, y exclamó:

—¡Faltan cinco minutos nada más!

—¿Eh?—dijo él, como asustado, saliendo del estado de reflexión en que se hallaba.

—Que faltan cinco minutos nada más.

Sonrió el viajero.

—¡Bah!—dijo.—No hay prisa.

—¿Cómo qué no hay prisa?

—En llegando á tiempo...

—¡Es que ya se han marchado todos los viajeros á los vagones!

—Bueno; déjeles usted que se vayan.

—No, no; me parece que me voy sin tomar el café.

—¡Si ya le traen!

—Pero, hombre...

—¿Ve usted? Ya está aquí el café. ¡Buena cara tiene!

—Pero...

—Voy á servirle á usted; no hay prisa.

La campana de la estación dió el aviso.

—¡Vámonos!—gritó la señora.—¡Que se va á ir el tren!

—No se va, señora, no se va todavía.

—Que nos va á suceder un chasco.

—Calma, calma, querida amiga. ¿Quiere usted más azúcar?

—Sí, un poquito más.

—¿Más?

—No, basta. Gracias.

—¡Ay, señora! Yo no sé en qué consiste, pero á medida que adelantamos en nuestro viaje, siento una pena y un placer á un tiempo...

—¿Pena y placer á un tiempo?

—Sí señora, sí; placer de intimar con usted, y pena de pensar que muy pronto vamos á separarnos.

—Caballero, eso es ya más que una galantería

—Es muy posible, señora. A veces suele uno traspasar los límites de la galantería y entrarse como Pedro por su casa en el terreno de la pasión.

—¿De la pasión ha dicho usted?

—¡Qué! ¿Le ha sabido á usted mal que haya dicho tanto? Pues bien, me callaré, y usted dispense; pero tiene usted unos ojos, señora...

En aquel momento se oyó un prolongado silbido.

—¿Ve usted?—gritó la señora levantándose.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Lo que yo me temía!

—Pero ¿qué ha sido?

—¡Qué ha de ser! ¡Que el tren acaba de partir!

—¡Caramba! Pues es verdad.

—¡Me ha divertido usted!

—Lo celebro, señora.

—¿Habrás visto desfachatez parecida?

—Pero ¿no quiere usted que me alegre de haberla divertido? Eso prueba, por lo menos, que le he hecho á usted gracia.

—¡Mire usted qué demonio!

—¿En dónde está?

—¿Quién?

—Ese demonio que me dice usted que mire.

—Es inútil hablar con usted.

—Protesto.

—¡Y el tren marchándose!...

—Y lo peor es que aunque echemos á correr, me parece que no podremos alcanzarlo. ¿Eh? ¿Qué le parece á usted?

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Mire usted, mire usted como se pierde de vista.

—Me parece á mí que usted es el que se pierde de vista.

—Gracias. Ea, señora, estamos en el caso de tomar una medida... gorda, una resolución heroica.

—¡Qué contratiempo!

—¿Y qué remedio? Vámonos otra vez al comedor, y ahoguemos la pena en café, si usted lo cree oportuno.

—Veo, caballero, que es usted tan listo como parecía.

—¡Señora... allá veremos!

II

Comienza la franqueza.

Volvieron, pues, los dos viajeros al comedor: mohina y cariacontecida ella, y dispuesto él á reanudar el roto diálogo.

Hubiérale reanudado sin duda, á no haberle suplicado su compañera que se informase de la hora á que pasaba por allí otro tren, en el cual pudieran seguir la interrumpida marcha.

Llamó el viajero á un mozo, y le preguntó lo que la señora deseaba saber.

—Hasta las doce de la noche no pasa otro tren que el de mercancías.

Tal fué la respuesta del mozo.

Eran las cinco y media de la tarde.

Había que esperar, pues, seis horas y media.

La viajera pareció disgustarse mucho; tanto, que su compañero de viaje renunció á decirle piropos mientras le durara la desazón de que aparentaba ser presa.

—¡Oh!—exclamaba la señora, destrozando

una miga de pan con sus delicados dedos.—¡Si yo me hubiera figurado esto, no bajo del vagón á fe de Teresa!

—¿Se llama usted Teresa, señora?—se atrevió á preguntar el viajero.

La señora respondió suspirando:

—Sí.

—¡Precioso nombre!

—Ni precioso ni no precioso. De cualquier cosa saca usted partido.

—No, si es que á mí me seduce muchísimo un nombre bonito, porque como el mío es tan feo...

—Hombre, ¿pues qué nombre es ese?

—¡Señora, si me da vergüenza decirlo!

—¡Ave María!

—En fin, ya que usted se empeña...

—No, no me empeño; no vaya usted á creer...

—Pues bien, no importa, lo diré. Yo, con perdón de usted, me llamo Anastasio. ¡Qué barbaridad! ¿Eh?

—¿Anastasio?—preguntó Teresa un poco sorprendida.

—Sí, señora,—dijo él, fingiendo un gracioso llanto.

Y luego añadió:

—¿No es verdad que el hombre que se llama así parece que está obligado á ser un mamarracho?

—¡No sé por qué! Mi marido se llama lo mis-

mo, y no le tengo por mamarracho, como usted dice.

—¡Ah! Perdone usted; yo ignoraba completamente que...

Anastasio pensó:

—¡Es casada!

Y se empezó á rascar la cabeza con el dedo índice.

—Vamos á ver, señor mío,—dijo Teresa muy seria y levantándose:—¿qué hacemos?

El aludido se la quedó mirando y respondió:

—¡Lo que usted quiera!

Teresa comenzó á pasearse muy agitada á lo largo del comedor. Estaba impaciente, desesperada, nerviosa.

Anastasio pagó el importe de los dos cubiertos y de los dos cafés y se dirigió á su compañera de viaje con aire resuelto.

Su compañera de viaje le miró asustada.

—Son cerca de las seis,—dijo él.—El sol comienza á ocultarse y la noche se acerca á buen paso. Si á usted le parece, podemos acercarnos á la habitación del jefe de la estación, que, como he dicho á usted antes, es un antiguo amigo mío, y allí podremos aguardar la llegada del tren de la noche. Esta es mi opinión; ahora, si usted ha pensado otra cosa, yo estoy completamente á sus órdenes.

—Me repugna entrar en la habitación del

jefe, á quien no conozco,—dijo Teresa secamente.

—Pero si es una persona muy fina y muy...

—¡No importa! No está bien que yo entre ahí... por muchas razones.

—¿Quiere usted decirme una siquiera?

—Sí, señor. Yo soy de un pueblo cercano á éste, y es muy posible que el jefe me conozca, porque cruzo la línea con frecuencia, y porque... ¡Nada! ¡nada! Piense usted otra cosa.

—Usted es quien ha de mandar y yo quien ha de obedecer.

—Pues bien, la noche será serena, creo yo, porque á fines de Agosto como estamos, no puede hacer mucho frío.

—Es verdad.

—Lo más prudente es alejarme de donde me puedan conocer.

—Perfectamente.

—Y evitar un disgusto en mi casa, porque ya le he dicho á usted que soy casada.

—Admirabilísimamente.

—Y entretener el tiempo hasta que venga el otro tren.

—¡Extraordinariamente admirable!... Señora, tiene usted más talento que un arzobispo metropolitano.

—¡Jesús qué hombre! Podemos dar un paseo hasta el pueblo que está allí á la falda de ese montecillo. Desde aquí se ve. ¿Le parece á us-

ted que poquito á poco vayamos y volvamos?

—Me parece extrajudicialmente admirable y fenomenalmente pensado.

—¡Vaya, acabará usted por hacerme reír!

—De eso trato, porque yo no deseo más que proporcionarle á usted alegrías.

—Muchas gracias, caballero; es usted muy amable.

—Usted podía serlo conmigo haciéndome un favor.

—Si es posible...

—¡Ya lo creo!

—Veamos.

—En lugar de decirme á cada momento «caballero», podía usted decirme «Anastasio». ¿Eh? ¿Se aprueba ó no se aprueba?

—¿Continúa usted siendo partidario de la franqueza?

—¡Siempre!

—Pues si no es más que eso, comencemos nuestro paseo, señor don Anastasio.

—Suprima usted el *señor* y el *don*, porque no me sirven.

—¡Já! ¡já! ¡já!

Y Teresa soltó la carcajada sin poder contenerse.

—¡Se ríe usted!—exclamó Anastasio.—¡Oh, qué felicidad! ¡Oh, qué ventura! ¡Oh, qué gozo! Oh, qué cosa tan grande!

—¡Basta, hombre, basta! ¿Conque comenzamos nuestro paseo?

—En seguidita. ¿Quiere usted el brazo?

—Gracias.

—¡Que hay muchas piedras por el camino! Apóyese usted, hágame usted el favor.

—Por no oírle á usted hay que acceder á su deseo: me apoyo, pues.

—¡Eso es! Así se hace menos penoso el camino. *Andiamo.*

III

El marido.

Mientras la pareja se perdía en la obscuridad de un estrecho sendero que conducía al pueblo, el tren donde debieran haber seguido su camino llegaba al pueblo inmediato.

En la estación había varias personas, esperando viajeros, sin duda.

Llegó el tren, se paró y comenzó el movimiento, y el ir y venir, y el subir y bajar.

—¡Tres minutos!—gritaron los empleados varias veces.

Dos ó tres viajeros bajaron de los vagones y fueron á reclamar sus equipajes.

Un señor gordo, viejo, muy colorado y muy feo, se acercó al andén y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Teresa! ¡Teresita!

Ya puede figurarse el lector quien era el individuo que iba y venía desde la locomotora al

furgón y desde el furgón á la locomotora, gritando:

—¡Teresa!

Pero Teresa no respondía. ¿Cómo había de responder?

—¿Estás ahí?—volvió á gritar el hombrecillo, mirando á un vagón y preguntando á todo el mundo por el objeto de sus gritos.

—A ver, señores, ¿hay en ese vagón una señora?

Nadie respondió.

—Llámenla ustedes. ¡Tal vez estará dormida!

—Aquí no hay más señora que yo,—dijo una tía asomándose por la ventanilla de un vagón de tercera.

El atribulado sujeto fué á otro vagón.

—¡¡¡Teresaaaaaaa!!! — gritó ya escandalizando.

Un joven se asomó á la ventanilla de un vagón de primera.

Casi todos los viajeros estaban asomados á las ventanillas, porque el viejecillo había llamado ya la atención de todos.

—¿Ha perdido usted algo?—le preguntó uno.

—¡Sí, señor; mi mujer!—respondió el angustiado marido.

—¡Dichoso usted!—exclamó un viajero riendo.

—¡Quién pudiera decir otro tanto!—dijo otro.

—¡Póngala usted en el *Diario de Avisos!*—añadió un tercero.

—¡Viajeros al tren!—gritaban los mozos de estación.

Y se oyó la campana.

—¡Hola, don Anastasio!—exclamó un individuo extraordinariamente gordo, desde un vagón.—¿Usted por aquí? ¿Qué es eso?

—Que mi señora debía venir en este tren, y no la veo.

—¿Debía llegar hasta aquí?

—¡Es claro!

—¡Pues mucho me choca!

—¿Por qué?

—Porque como la he visto quedarse en la estación inmediata...

—¿Qué está usted diciendo, hombre?

—Lo que usted oye. Que se ha quedado en la otra estación con un caballero.

—¡¡¡Con un caballero!!!—exclamó el marido.

—¡Bueno, bueno, bueno!—gritaron los viajeros de buen humor.

—¡Eso es mentira!—decía don Anastasio, poniéndose de color de chocolate.

—¡Hombre, muchas gracias! Después que le aviso á usted, todavía me insulta.

—¿Y quién era ese caballero?

—¿Qué sé yo? Yo creí que era de la familia. Comían juntos...

—¿Ha oído usted eso, amigo?—le dijo al marido un estudiante desde el interior de su vagón. Don Anastasio estaba verde.

La locomotora, como si le hiciera burla, dió al aire dos ó tres silbidos, y el tren partió como alma que lleva el diablo.

Varios viajeros que vieron quedarse á don Anastasio con un palmo de lengua fuera, le gritaron al marcharse:

—¡Mucho ojo, amigo, mucho ojo!

—¡Oh! ¡Qué situación tan grave!

IV

¡Cuando le digo á usted que la adoro!

.....
.....

—¡Qué hermosa noche! ¿Verdad, Teresa?

—¡Magnífica!

—Con esa luna tan grande y tan clara...

—Es un precioso adorno para noche tan tranquila.

—No hay tal cosa.

—¿No hay tal cosa?

—No; el más bello adorno de esta noche es la diosa que la preside, y que en este momento se apoya en mi brazo.

—Veo, amigo mío, que no puede usted pronunciar una palabra, sin que esta palabra sea una galantería.

—¿Y sabe usted en qué consiste eso?

—No sé.

—Pues consiste en que usted me inspira.

—¿Y qué le inspiro á usted?

—¡Psth! Palabras, amiga mía; nada más que palabras.

—Siento no poder inspirar más que eso; pero no es mía la culpa, ¿verdad? Si una ha nacido así...

—¡Hola! Me pone usted en el caso de decir lo que no he dicho antes por temor de ofenderla.

—¡Cuidado con lo que se dice!

—No hay cuidado. Algo más que palabras me ha inspirado usted, desde que he tenido el gusto de conocerla, pero aquél ¿qué? con que ha interrumpido usted la frase que yo había comenzado á pronunciar, me ha obligado á desviarme de la senda que yo me había trazado.

—¿Es usted periodista?

—¿Por qué es la pregunta?

—Porque eso de la senda que usted se había trazado, es frase de periódico.

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡Tiene gracia! ¿Lee usted periódicos?

—Algunas veces.

—¡Pues crea usted que mi lenguaje era exacto, acerca de la senda y del sendero; ó si no, repare usted en donde estamos y verá que la senda que seguíamos ha desaparecido.

—¡Calla! ¡Es verdad! ¿Dónde me lleva usted, caballero?

Estas palabras las pronunció Teresa con cierta gravedad; es decir, con gravedad no, con cierta expresión de miedo.

Pero al autor le parece que era un miedo... hasta cierto punto.

Puede que ésta sea una suposición gratuita, como la del capítulo primero.

—¿Dónde me lleva usted?—había preguntado Teresa.

Y Anastasio respondió.

—A dar un rodeo delicioso. Conozco este sitio como si fuera mi país natal. Sé de un lugar un poco apartado donde hay una fuente.

—Poetizamos, ¿eh?—dijo Teresa sonriendo.

—Una fuente—continuó él—murmuradora como una portera, y clara como un chocolate de convite.

—¡Jesús! ¡Qué imágenes tan detestables.

—¡Ah! ¿Prefiere usted lo de siempre? ¿Lo que están diciendo los poetas desde que existe la poesía? ¡Bueno! En ese caso, le diré á usted que la fuente murmura como...

—¡Basta! ¡basta! Comprendo hasta donde lleva usted su originalidad.

—¿Mè cree usted original, señora?

—¡Mucho!

—En cambio, usted es una copia...

—¿Cómo?

—Una copia de la Virgen de Murillo, ó de la Venus de Milo.

—Es favor...

—Es justicia. Ea, ya hemos llegado. Dígame usted ahora si este sitio no es delicioso.

En efecto, el lugar donde los dos nuevos amigos se encontraban no podía ser más agradable.

De lo alto de una peña brotaba el agua, saltando de piedra en piedra hasta perderse en la corriente de un arroyo que de la fuente misma naciera.

Juncos y cañas crecidos alrededor de la fuente formaban una plazoleta pequeña, que era como el centro de varias sendas, que los piés de los aldeanos habían formado, en fuerza de ir éstos cuotidianamente á buscar el agua que de la peña brotaba.

El ruido monótono, pero agradable, de aquella cascada en miniatura; el silencio de la noche, interrumpido solamente por algún cantar lejano; la luz de la luna, que inundaba el campo, y la soledad del campo mismo, eran capaces de inspirar pensamientos atrevidos á cualquier español, aunque este español se llamase Anastasio.

Teresa se sentó sobre una piedra que cerca del arroyo había, y lanzó un suspiro.

Anastasio se figuró que Teresa respiraba de cierto modo y manera, ó quiso haèer que se lo figuraba, para dar más expresión á las palabras que pronunció, y que fueron éstas:

—¿Qué tiene usted? Ese suspiro...

La interpelada cargó sobre el suspiro la responsabilidad de lo que iba á decir, y contestó:

—¿Le parece á usted que no tengo motivo? Mi marido me estará esperando, y cuando llegue el momento, para él tan deseado, ¿cual no será su extrañeza?

—Sí, es verdad,—dijo Anastasio, contrariado al ver que el marido empezaba á servir de pantalla en la conversación;—es verdad, su esposo de usted la estará esperando con los brazos abiertos...

—¡Caballero!

—¡Ah! ¿No? Dispense usted. Su marido, he querido decir, estará esperando con los brazos cruzados...

—¡Anastasio!

—¡Ah! ¿Tampoco es eso? Pues bien; ese feliz esposo, que espera á su mitad con las manos en los bolsillos...

—¡Basta de bromas! ¡No consiento que mi esposo sirva de pretexto para decir tonterías!

—Perdóneme usted, Teresa, y no me hable de una manera tan dura. Al oír hablar de un marido en momentos como éstos; al oír el nombre del que me impide decirle á usted lo que me callo, crea usted que no he podido menos de disgustarme, y él ha sido la víctima de una broma con que he sustituido palabras más inconvenientes acaso que han estado á punto de salir de mis labios.

—Suplico á usted que hablemos de otra cosa.

—¡Ah! ¿Le repugna á usted hablar de su es-

poso? Lo comprendo, y no sé por qué, adivino que es usted la víctima inocente de algún oso con pantalones.

—¡Acabará usted de disparatar?

—¡Ah, señora! ¡Hay tantas en el mismo caso que usted! Conozco á una mujer que está casada con un empleado de rentas estancadas, y que no puede saludarme cuando me encuentra en la calle.

—¿Por qué?

—Porque su marido, que es muy celoso, le ha prohibido que salude á ningún hombre; y una noche en que yo tuve la malhadada ocurrencia de regalarle una pera en dulce, tuvo valor el muy caribe de pegarla un pescozón en pleno café Suizo, que le hizo arrojar cuanto había comido. ¡Y esto á la vista de todo el mundo!

—Pero...

Y continuó Anastasio:

—¡Ya ve usted que esto es horrible! Pues no paró ahí, sino que en cuanto llegaron á casa la encerró... ¿Dónde dirá usted que la encerró? ¡Vamos, si no lo quiero decir!

—¡Hombre, por Dios, basta.

—Bien, señora, me callaré; pero hágame usted el favor de decirme si mi tocayo es uno de esos maridos moscas que no dejan vivir á sus mujeres.

—Mi marido es un buen marido, y nada más.

—¿Y *nada más*? Pues eso no es bastante.

—A mí me basta.

—¡Oh! Si yo fuera su marido de usted...

—¿Qué haría?

—Obsequiarla, cuidarla, complacerla en sus más insignificantes caprichos; adorarla, en una palabra.

—¡Oiga! No es eso lo que más abunda por ahí...

—Yo sería un modelo.

—¿Es usted soltero?

—Sí señora, soltero.

—¿Y lo siente usted?

—Con toda mi alma.

—Cásese usted, pues.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Porque me divorciaría á los dos meses de matrimonio.

—Pues ya no lo entiendo.

—Terèsa, voy á ser franco con usted, como pudiera serlo con una hermana.

—Soy toda oídos.

Anastasio se acercó un poco más á la viajera, y dijo lo siguiente:

—Yo tengo un carácter sumamente variable. Lo que hoy me distrae, me aburre mañana. Hoy como á la española, mañana á la francesa, pasado mañana á la oriental, y al otro á la hotentote. Hoy me acuesto temprano, y dentro de dos días no me acuesto, y al día siguiente duer-

mo veintidos horas. No puedo ir dos semanas al mismo café, ni al mismo teatro, ni á la misma reunión, ni al mismo paseo. En cuanto paso dos meses en una población, me aburro soberanamente y me veo precisado á marcharme á otra parte. En una palabra: yo detesto la rutina, odio la monotonía, no puedo hacer una misma cosa dos veces. Obligarme á vivir con una persona eternamente, en la misma ciudad, bajo el mismo techo, sería matarme. No puedo, por consiguiente, ser casado.

Teresa exclamó:

—¡Cuando digo que es usted un ente original...

—Lo seré tal vez, pero no es menos cierto que soy muy desgraciado.

—Lo creo. Eso de no poder vivir como vivimos todos los mortales...

—¡Oh! Es muy triste. Por eso cuando llega una ocasión en que puedo aprovechar algunas horas para ser dichoso, no la pierdo. Para mí, la dicha está comprendida en un número de horas determinado. En pasando del límite que me impone mi carácter mudable, la dicha se convierte á mis ojos en hastío. Por eso hoy, cuando he entrado en el vagón y la he encontrado á usted, tan bonita, tan hechicera, tan amable; cuando he comprendido que podía sentir por usted esa pasión que por tantas otras he sentido, y que nunca ha hecho noche en mi corazón, he

dicho para mis adentros: «Ea, Anastasio, se te presenta una ocasión propicia, si el viaje es largo y tu compañera va contigo hasta el final de tu carrera; vas á ser completamente feliz, supuesto que esas doce ó catorce horas que suele durar tu entusiasmo, las vas á pasar á medida de tus deseos. Pero si tu compañera no va hasta donde tú piensas ir, si por desgracia se queda en el camino, eres hombre perdido.» Usted me indicó que pensaba quedarse en el pueblo inmediato; fragüé mi plan, la detuve á usted en esta estación, y de aquí á los doce de la noche... faltan seis horas.

—¡Qué infamia!—exclamó Teresa, levantándose y queriendo huir del lado de Anastasio.

—¡Perdón!—dijo éste aproximándose á ella
¡Perdón!—Y si alguna simpatía he podido merecer de usted en el corto tiempo que há que nos conocemos. concédame el último favor que voy á pedirle.

Teresa miraba con los ojos muy abiertos al viajero.

Estaba asombrada, confundida, estupefacta.

—¿Será un loco?—pensaba.

Anastasio la contemplaba extasiado, embelesado.

Estaba esperando una palabra de los labios de aquella mujer, á la cual (créanlo ustedes ó no) amaba ya con toda su alma.

—¿Qué desea usted, en fin?—preguntó Teresa.

—Que me ames por algunas horas tan sólo,— contestó el original viajero, arrodillándose sobre las piedras que formaban el cauce del arroyo.

No era Teresa una mujer vulgar, ni se dejaba llevar, como casi todas, de la impresión del momento.

Si todas las mujeres reflexionaran, mejor andaría el mundo.

Porque es preciso que se desengañen ustedes, amigas mías: piensan ustedes poco, y ese poco, de prisa.

Otra mujer, en el caso de Teresa, Dios sabe lo que hubiera hecho: alguna tontería, probablemente.

Pero Teresa obró con talento.

En aquellos momentos apuradísimos para ella, pensó lo que podría sucederle si se oponía á los deseos de Anastasio.

Pensó que acaso éste era un maniático, cuyos accesos podían ser terribles.

Pensó que si huía de él, él echaría á correr detrás de ella.

Pensó que si perdía el tiempo en palabras inútiles, en declamaciones ó en lágrimas de rabia; si, en una palabra, no se acomodaba al carácter de su compañero de viaje, acaso no podría emprender de nuevo el camino cuando llegara el tren de las doce, y... ¡quién sabe lo que podría sucederle!

Así pues, en cuanto vió á Anastasio arrodillado, lo primero que hizo fué prorrumpir en una estrepitosa carcajada.

—¡Qué!—dijo.—¿No era más que eso lo que usted deseaba?

—Nada más.

—Pues bien; accedo.

Y alzando suavemente al enamorado, que estaba todavía de rodillas, se apoyó en su brazo.

—¡Ah! ¡Gracias!--exclamó Anastasio brincando de gozo.—Soy feliz, refeliz, recontrafeliz, estrepitosamente feliz.

Teresa dijo:

—Me es usted simpático, porque no se parece á ninguno de los hombres que hasta la fecha he conocido.

—Eso me satisface y me enorgullece.

—¿Y dónde vamos ahora?

—Al pueblo.

—Es muy tarde.

—No; faltan cinco horas todavía para las doce. Podemos entrar en el pueblo y visitar al cura, que es un antiguo amigo mío.

—¡Pero, hombre, por el amor de Dios! ¡Dice usted unas cosas tremendas! Eso es imposible.

—¿Por qué razón?

—¿Cómo he de entrar yo en casa del cura?

—¿Qué importa? Podemos decir que viene usted recomendada á mí desde...

—No, hombre, no; eso es un disparate.

—Entonces... ¡Ah! Ya sé, ya sé. El cura no me ha visto hace dos años... Le diré que me he casado.

—¡Anastasio!

—Eso es lo mejor.

—¡Que no quiero!

—Sí, sí; vas á pasar por mi mujer.

—¡Calla! ¡Y me tutea!

—Sí, te tuteo, porque entramos ya en el pueblo y es preciso que nos ensayemos.

—Pero...

—Cállate, mujercita, cállate.

—¡Señor, esto es horrible!

—¡Qué ha de ser horrible!

—Yo no puedo consentir...

—¡Chist! ¡Que estamos ya cerca!

—¡Dios mío! ¡Y mi marido que me estará esperando!

—Que espere sentado.

—¡Y estará incomodadísimo!

—Que beba agua.

—Yo no paso de aquí.

—¿Pues no has de pasar, boba? Te lo suplica tu marido, tu maridito, que soy yo.

—¡Por favor!

—Cállate, hija mía.

—¡Por piedad!

—Ea, ya estamos en la casa.

—¡Anastasio, es usted un miserable!

—¡Silencio, vida mía, silencio, por las once mil vírgenes y unas pocas más!

Y al decir estas palabras, Anastasio llamó á la puerta.

—¿Quién es?—preguntó una mujer desde la ventana.

—¿Está el señor cura?

—Aquí está.

—Dígale usted que un amigo antiguo desea darle un abrazo.

Y se retiró de la ventana.

—¡Anastasio,—exclamaba Teresa, presa ya de la mayor inquietud,—esto no puede ser, esto me repugna, esto es abusar de mi debilidad!

El viajero, que parecía cuidarse muy poco de las palabras de su compañera, tarareaba una canción italiana y sonreía maliciosamente mirando á la víctima de sus extravagancias.

Teresa sudaba.

Se había resignado ya á no decir nada; sin duda había comprendido la imposibilidad de convencer á un hombre, que, según ella creía, estaba loco de remate.

La mujer que antes desapareció de la ventana, volvió á asomarse.

—¡Eh!—dijo.—¡Caballero!

Anastasio miró hacia arriba.

—¿Cómo se llama usted?

—Anastasio Pérez.

—¿Cómo?

—¡Anastasio Pérez!

—Voy á avisar al señor cura.

—¡Bueno!

La mujer se retiró otra vez, y á los cuatro minutos abrióse la puerta de la casa, y Teresa y Anastasio subieron á la presencia del cura.

Como se ve, la cosa se iba complicando de una manera notable.

La situación no podía ser, ni más cómica, ni más dramática.

Teresa subió las escaleras respirando fatigosamente.

Estaba la pobre sin saber lo que le pasaba, y pensando en lo que le podía pasar.

Veamos lo que le fué pasando.

V

Trescientos embrollos en un minuto.

Si alguno de mis lectores se ha visto alguna vez en una situación verdaderamente comprometida, puede figurarse el apuro que pasaría Teresa al encontrarse en presencia del señor cura.

Fué una impresión de las más tremebundas que recibió en su vida la buena de Teresita.

—¿Y por qué?—me preguntará el lector ahora.

¿Por qué? Figúrese usted qué sorpresa recibiría la infeliz al reconocer en la cara risueña del presbítero la misma risueña cara del sacerdote que dos años antes había estado de párroco en el pueblo donde ella residía con su marido!

Pues no fué ésto lo peor.

Lo peor fué que el demonio de Anastasio, de buenas á primeras, y después de saludar al

cura, dándole cuatro ó cinco abrazos que me lo estropeó, le dijo con la mayor desfachatez del mundo:

—Tengo el gusto de presentarle á usted mi esposa...

Y la esposa... se quedó fría y quieta, y sin movimiento, como una estatua.

El caso no era para menos.

El cura abrió un palmo de boca.

Un palmo de boca, que agregado á dos que tenía, eran tres.

—¿Cómo puede ser eso?—exclamó.—Señora doña Teresa, ¿cuándo ha muerto su marido de usted?

Esta vez fué Anastasio el que se quedó como un rey de aquellos que hay en el Retiro.

Lo comprendió todo en el momento, y se vió perdido.

Pero en otro momento se resolvió á jugar el todo por el todo, porque Anastasio era así; perdido por mil, perdido por mil quinientos.

Si Anastasio hubiese sido criminal, habría empezado por robar un pañuelo y hubiera concluído por comerse un administrador de loterías en ayunas.

Así es que antes de que Teresa pudiera hablar ó el cura recelar, le dijo á éste:

—¡Pues qué, amigo mío! ¿ignoraba usted la desgracia?

—Sí señor, ignoraba completamente...

—¡Pues si hace dos años que Teresa es viuda, y dos meses que se ha casado conmigo!

Teresa, que ya no sabía qué hacer ni qué decir, y estaba que se la podía ahogar con un cabello, se echó á llorar como una desesperada.

Entonces Anastasio, acariciándola con toda la honestidad que el caso requería, exclamó:

—¡No te afectes, pobrecita mía! ¡Si ello ya no tiene remedio!

Y dirigiéndose al cura:

—¿Ve usted? Siempre que se acuerda de su difunto, se pone que da pena verla.

El cura tragó la pildora perfectamente.

—Venga usted, señora mía, venga usted,—dijo á Teresa.—Tal vez el cansancio y la fatiga, y... todo puede contribuir... ¡Eh! ¡Nicolasa!

El ama del cura apareció en el cuarto; es decir, no apareció, entró por la puerta.

—Conduce á esta señora á otra habitación y cuídala como á mí mismo.

Llevóse el ama á Teresa consigo, y la pobre viajera, confundida, casi exánime, se dirigió al aposento que con tanta amabilidad le ofrecían, no sin lanzar antes una desesperada y expresiva mirada á su esposo prestado; mirada que el autor traduce al lenguaje vulgar de este modo:

—Señor don Anastasio ó don Porra, me está usted haciendo pasar la pena negra, y me está usted dando una desazón de padre y muy señor mío. Si esto dura mucho, estallo.

Y ya no se acordaba Teresa ni de la hora, ni de que se iban á quedar otra vez en tierra, ni de nada.

Estaba trastornada

Verdad es que el paso no era para menos.

El autor cree, sin embargo, que todo lo que le pasaba á esa señora le estaba muy bien empleado.

Porque ninguna necesidad tenía de haber empezado á gastar bromitas con Anastasio en el comedor de la fonda, ni de darle franqueza, ni de celebrar sus chistes.

Ustedes, señoras mujeres, son muy propensas á las bromitas y á la conversación.

Y luego resulta... lo que resulta.

¡Pues anda, Teresa, toma bromitas!

¡Bonita noche vas á pasar!

Y no es eso lo más malo, sino que me parece á mí que tu marido te va á dar un solfeo que te va á poner azul.

Todo por dar alas á los hombres.

¡Ah, mujeres, mujeres, mujeres!

Continuemos la historia. Oigamos la conversación del cura y de su amigo.

VI

Siempre hay quien se trague la píldora

Sentados ambos, uno enfrente de otro, y apoyados los brazos en una mesa del tiempo del rey que rabió, sacó el cura de un bolsillo una cajetilla de tabaco picado, de ese que hace llorar á las piedras, y un librito de papel de *la Pantera* y se puso á hacer un cigarrillo, diciendo al mismo tiempo:

—¡Válgame Dios, mi buen don Anastasio! ¿Quién había de pensar verle á usted por aquí á estas horas?

El interpelado no contestó, porque estaba urdiendo y combinando una sarta de mentiras para salir del apuro en que su sobrada locuacidad le había colocado.

Continuó el señor cura:

—¿Quiere usted un cigarrito? ¡Vamos, hombre, fume usted y no se ponga triste! La indisposición de la señora no vale la pena. Y á propósito: cuénteme usted, cuénteme usted...

—¡Ah, sí, sí, sí señor!... Dispéñeme usted,

estaba pensando... ¿Me había usted preguntado algo?

—Sí; decía que me contara usted cómo fué la muerte del tocayo, y el matrimonio de usted con mi señora doña Teresa.

—¡Bah!—exclamó Anastasio, puesto entre la espada y la pared.—¡Qué quiere usted! ¡Cosas del mundo!

—¡Pero, hombre, si el difunto estaba tan robusto y tan...

Anastasio se decidió á empezar el diluvio de embustes que había estado pensando.

—Verá usted lo que pasó,—dijo.—Pues señor, el bueno de mi tocayo, que era muy aficionado...

—Ya sé lo que me va usted á decir,—interrumpió el cura.—Afiicionado á la caza.

—¡Eso es!—repitió Anastasio.—¡A la caza!

—Tengo corridas muchas con él.

—¡Ya lo creo!

—Porque yo soy también muy aficionado, mucho.

—Sí, ya sé. Pues, como digo, llevado de su extremada afición á cazar, se levantó un día muy temprano, se puso su chaqueta y su sombrero bajo...

El cura interrumpió.

—Un sombrero hongo, blanco, de fieltro, con unas alas muy anchas, ¿verdad?

—Eso es, aquel sombrero fenomenal.

—¡Ya me acuerdo, ya!

—Se vistió, decía, cogió la escopeta, llamó al perro inglés...

—¡Hombre, me extraña mucho!

—¿Qué? ¿Que llamara al perro?

—Sí, porque no tenía perro inglés ninguno.

—Sí, hombre; tenía un perro inglés magnífico. Se lo regalé yo.

—¡Ah, vamos! ¿Y era tal vez un perro de esos de dos narices?

—¡De cuatro ó cinco! Un perro fenómeno que hablaba en inglés y sabía bordar en cañamazo.

—¿Qué me cuenta usted?

—Lo que usted oye.

—¿Y dónde venden esos perros?

—En París. ¿Quiere usted uno? Yo pienso ir dentro de poco...

—Hombre, sí; se lo agradecería mucho.

—Pues le traeré á usted uno, porque allí los hay que hasta escriben periódicos y son electores, y...

El cura estaba asombrado.

Lo que Anastasio quería era distraerle del objeto principal de la conversación, pero no pudo lograr su intento, porque el cura le dijo:

—Continúe usted la relación de la desgracia de nuestro pobre amigo. Salió de la casa...

—¡Ca! No señor; ahí está lo grande, en que no tuvo á lo menos el placer de morir matando...

—¿Eh?

—Matando dos ó tres liebres, quiero decir.

—¡Ya!

—Sucedió lo siguiente. La criada de su casa...

—¿La Antonia?

—¡Justamente! La Antonia había colocado la noche anterior en el patio, y al pie de la escalera, un gran barreño lleno de tierra muy blanda y mojada, donde pensaba plantar albahaca para hacer un tiesto; don Anastasio bajaba llamando al perro; el pobre animal subía la escalera precipitadamente, meneando la cola y dando saltos de alegría; la mañana estaba oscura y mi hombre, sin saber cómo, tropieza con el perro que se le enreda en los piés, pierde el equilibrio, rueda por la escalera, cae sobre el barreño, y mete la cara en barro.

—¡Jesús!

—En la caída se le dispara la escopeta.

—¿Y se hirió?

—No señor, porque la bala fué á darle en la nariz á un Garibaldi de yeso que había en el piso bajo.

—¡Hombre, me alegro!

—No paró ahí la cosa. El perro ladraba como un condenado; don Anastasio se levantó, renegando de su casta, y echó á correr furioso; pero como tenía los ojos tapiados con el barro, en lugar de dirigirse á una puerta, se dirigió á una ventana muy baja, echó un pie hacia adelante, y ¡cataplum! se cayó en el pozo.

—¡En el pozo!

—Así como suena.

—¡Señor, si parece imposible!

—Pero no lo es. De allí le sacaron que daba lástima verlo.

—¡Saldría estropeado!

—¿Estropeado? ¡No, hombre!

—¿Pues cómo?

—Salió muerto.

—¡Ya decía yo!

—Figúrese usted qué disgusto para la familia

—¡Es claro!

—La pobre viuda lloró como una Magdalena; y aun ahora, cada vez que ve un pozo, cada uno de sus ojos parece una cuba.

—El caso no fué para menos; pero.... vamos, al fin y al cabo, parece que no ha tardado mucho en consolarse.

—¡Psth!

—Su boda con usted... ¿eh?

—La gratitud, amigo mío, la gratitud. Ésta ha sido una boda especial.

—Cuénteme usted, cuénteme usted...

—Yo me había encargado de hacer los funerales al difunto; yo procuré que los asuntos de la casa no se malograsen después de aquella catástrofe inesperada; en una palabra, mi comportamiento en aquella casa fué tal, que Terecita me cobró afición, y un día la declaré que la quería con buen fin.

—Pues señor,—dijo el bueno del cura, echando al aire una bocanada de humo,—yo celebro en el alma haber tenido una nueva ocasión de ofrecer á usted mis servicios, y espero que usted y su señora pasarán á mi lado...

—Perdone usted, amigo mío,—dijo interrumpiéndole Anastasio.—No podemos permanecer aquí el tiempo que quisiéramos. En honor de la verdad, nuestra visita á su casa de usted tiene más de casual que de intencionada. Nos detuvimos más de lo necesario en la estación, se marchó el tren, y nos vimos precisados á molestar á usted por algunas horas.

—En ese caso,—continuó el cura,—no puedo permitir que se vayan ustedes hasta mañana. ¿Qué menos han de conceder á mi amistad que un día? ¡Pues no faltaba más, hombre!

Anastasio reflexionó breves momentos.

Por una parte, le parecía violento burlar segunda vez á Teresa, obligándole á retardar su viaje hasta el día siguiente.

Por otra, el deseo que tenía de seguir la aventura comenzada le inclinaba á dejar transcurrir el tiempo sin que la viajera pudiera darse cuenta de ello, y decirle después como le había dicho antes: «El mal no tiene ya remedio; esperemos al tren, que pasará mañana temprano.»

Optó por lo segundo.

—Acepto su amable ofrecimiento,—le dijo al cura.

—Ea,—repuso éste,—pues ya es hora de recogerse; yo voy á rezar mis oraciones. Nicolasa le guiará á usted al cuarto de su esposa. Que ustedes duerman bien, y hasta mañana si Dios quiere.

—Buenas noches,—dijo Anastasio.

Y se dejó guiar al aposento de su esposa.

Ésta se había acostado ya, porque no podía resistir el peso de tan fuertes emociones.

Pero todavía la esperaban otras mayores.

¡Anda, hija, anda, toma bromitas con los viajeros!

VII

¿Qué hubiera hecho el lector en este caso?

Cuando Anastasio entró en el cuarto y vió á Teresa acostada, hizo un gesto, como diciendo:

—Esto es hecho; no nos marchamos.

Y cuando Teresa le vió entrar, se arrebujo entre las sábanas y preguntó con voz dura é imponente:

—¿Adónde va usted, caballero?

—¡Chist!—hizo Anastasio, cerrando tras sí la puerta.—Nada de gritos, amiga mía, ó se descubre el pastel y hay un escándalo en el pueblo.

Teresa bajó la voz y dijo:

—¡Salga usted de aquí!

—Pero...

—¡En seguida!

Anastasio sonrió de una manera especial.

—Ello no tiene remedio,—exclamó sentándose

en una silla, á respetable distancia de la cama.
—Paciencia, y aguardemos á que salga el sol.

—¿Sale usted de aquí ó no?—decía Teresa más exasperada que nunca.—Caballero, me ha colocado usted en una situación gravísima, y mi marido lo sabrá todo, yo se lo aseguro á usted.

—No, señora; un marido no debe saber nunca ciertas cosas. Además, ¿está usted segura de que él no ha faltado á su deber mientras ha estado usted ausente de su lado?

—¿Eh? —respondió Teresa, como diciendo: «Puede ser.»

Pero luego hizo otro gesto, que quería decir: «Es demasiado feo para que le quieran.»

Anastasio volvió á tomar la palabra.

—Teresita,—dijo,—necesariamente esta aventura ha de tener un desenlace. Si no pasó la noche en este cuarto, el señor cura y su ama creerán que somos uno de esos matrimonios á la moda. Así pues, de aquí no me muevo; ó mejor dicho, me muevo.

Y adelantó un paso hacia Teresa.

—¡Atrás!—gritó ella.

Y se hizo un ovillo.

—¡No grite usted!—dijo Anastasio.

Y Teresa, de miedo, calló.

Su alevoso compañero esperó dos minutos la solución de situación tan grave.

A poco rato oyó la respiración entrecortada de Teresa.

Luego oyó un gemido, luego otro, luego varios sucesivos.

Por último, vió que Teresa se agitaba violentamente en el lecho, y ya no pudo quedarle duda de que aquello era una convulsión, pero una convulsión horrorosa.

¿Qué iba á hacer Anastasio en tan apurado trance?

El asunto se complicaba de un modo lamentable.

Nada hubiera sido más sencillo que llamar al ama del cura, ó al cura mismo.

Pero Teresa parecía dispuesta á no sostener por más tiempo su fingido papel de esposa, y Anastasio tuvo miedo de una catástrofe.

En aquel momento se apagó la luz.

Teresa pataleaba y se retorció cada vez más.

Anastasio no tenía fósforos.

El remedio corría prisa.

Se dirigió á tientas hacia la puerta, la abrió sin hacer ruido y se dirigió por la derecha, con las manos hacia adelante, para no tropezar.

En toda la casa reinaba una obscuridad espantosa.

Allá, á lo lejos, Anastasio creyó distinguir la luz de una brasa.

—Allí está la cocina,—pensó.

Y se dirigió de puntillas á aquel sitio.

Sin darse cuenta de lo que hacía, porque es-

taba ya mareado, dirigió la mano hacia aquel objeto.

Un largo bufido se dejó oír, y Anastasio sintió que le agarraban por las narices.

Lo que parecían brasas no eran sino los ojos del gato del cura, que acababa de divertirse con las narices de nuestro hombre.

Desesperado, confundido, arañado, tembloroso y hecho una lástima, Anastasio volvió á poner las manos hacia adelante y continuó su camino buscando la luz tan deseada.

A los tres pasos tropezó con una puerta.

—Aquí debe ser,—murmuró.

Y abrió en seguida.

La misma obscuridad; el mismo silencio.

Dió tres pasos más, y oyó un débil quejido.

Entonces calculó que se hallaba otra vez en el cuarto de Teresa.

Extendió la mano, la bajó... ¡y cogió una cara!

No bien había hecho esto, cuando le descargaron tan soberana puñada en el rostro, que todo se lo bañaron en sangre.

—¡¡¡Ay!!!—gritó ya sin poderse contener, furioso y dolorido.

Y comenzó á sacudir el brazo á derecha é izquierda.

—¡Al que pille debajo lo parto!—seguía gritando.

—¡Ay! ¡Socorro! ¡socorro!—exclamó una voz.

Era el ama del cura, á quien Anastasio

le había dado una bofetada de mucho mérito.

—¡Aquí, señor cura, que me están matando!
—gritaba el ama.

—¡Aquí, aquí,—decía Anastasio tocándose la cara por todas partes,—aquí es donde me has dado, grandísima bribona!

—¡Alto!—repuso otra voz entonces.—¡Al que se mueva le pego un tiro!

Y era el señor cura, que venía armado de todas armas.

Anastasio, viéndose perdido, cogió á tientas una silla y la arrojó adelante; después agarró la mesa como Dios le dió á entender y la puso también delante del sitio por donde sonaba la voz del presbítero, y éste que no se paraba en barras, comenzó á disparar tiros á diestro y siniestro, gritando:

—¡Fuego! ¡Ladrones! ¡Vecinos! ¡Socorro! ¡Que hay veinte hombres en casa! ¡Socorroooo!

El gato bufaba, lloraba el ama, blasfemaba Anastasio, y Teresa en su cuarto, con su convulsión cada vez más grande, daba pataleos y hacía zapatetas, y se había quedado en pelota encima de la cama. Todo era ruido y confusión, y obscuridad, y zambra, y jaleo. Aquello era la *fin* del mundo, como dice la gente.

Por fin entró la vecindad en la casa.

Uno de los ciudadanos más valientes del pueblo se resolvió á subir por la ventana y penetró en el aposento con un trabuco naranjero

en la mano y una linterna atada á la cintura.

Entonces se vió el cuadro que presentaba el cuarto.

El ama estaba debajo de la cama con la cabeza metida en un cofre sin tapa.

El cura, con la escopeta amartillada y en calzoncillos y con las piernas en figura de A, ocupando todo el ancho de la puerta.

Anastasio, con los pelos en los ojos, la cara ensangrentada y las narices como un melón, y defendiendo el cuerpo con un barreño que tenía entre las dos manos.

El gato encima de un San Joaquín de madera.

Quiso Dios que se restableciera la calma.

Se retiraron los vecinos, ofreciendo sus servicios con grande urbanidad y cortesanía.

El señor cura, escamado de una manera muy visible, le dijo á su huésped, que saliera inmediatamente de aquella casa.

Anastasio quiso disculparse y decir... ¡que sé yo lo que hubiera dicho! Pero el cura no atendía á razones, y Teresa, que había vuelto en sí y se había vestido á toda prisa, daba ídem para largarse de allí con viento fresco.

No hubo, pues, más remedio que liar el petate.

Anastasio iba rechinando los dientes de rabia, y sin hacer caso de Teresa, que comenzaba de nuevo á reconvenirle agriamente, murmuraba con un acento de convicción profunda:

—¡No, pues la mano que á mí me dió el guantazo era demasiado pesada!

Y no cesaba de pensar en ello.

.....
.....
.....

VIII

Sigue la desolación de D. Anastasio el feo.

La tarde que todo esto había sucedido en casa del señor cura, un hombre embozado en una ancha capa, y aún más que ancha larga, había llegado á la estación donde comenzó esta historia, y había dirigido varias preguntas á los empleados.

Como eran las once y media y el hombre había venido á pie, pareció sospechoso á la pareja de la guardia civil.

Así es que se le pidió su cédula de vecindad con gravedad amenazadora.

Pero el hombre venía prevenido.

Sacó su cédula y la presentó á los guardias.

Después recorrió toda la extensión del edificio y entró en la casilla del guarda-aguja.

Después recorrió la vía á buen paso, se alejó como unos cien, anduvo por el campo en todas direcciones, y manifestó con varios movimientos de cabeza el estado de su espíritu.

Por último, se dirigió hacia el pueblo.

El hombre menos observador hubiera comprendido, al contemplar al que nos ocupa, que buscaba algo.

—¿Se le ha perdido á usted algo?—le preguntó un guarda-aguja.

—¡Sí, señor, mi mujer! —gritó el hombre desesperado.

Ya puede figurarse el lector quién era aquel sujeto.

¡Pobre don Anastasio!

¡Pobre Anastasio segundo!

¡Venía á pie, desde su pueblo, á ver qué le pasaba á su mujercita.

Diez minutos hacía que había sucedido la catástrofe en casa del señor cura, cuando don Anastasio se dirigía á la misma puerta por donde acababan de salir su mujer y el otro.

¡Oh, desdichado mortal! ¿Por qué no te los has encontrado en el camino?

¿Por qué no te has detenido un poco más en la estación para verlos venir juntos y del brazo?

El silencio se ha restablecido, el pueblo está tranquilo, el desconocido da dos fuertes aldabonazos en la puerta de la casa del cura.

El ama del cura, que todavía no las tiene todas consigo, sospecha que Anastasio quiere volver á las andadas.

Sin consultar con su amo lo que debe hacer, se dirige á la cocina y coge un cántaro de agua.

En seguida abre la ventana que da á la calle y pregunta:

—¿Es usted don Anastasio?

—¡Sí!—contesta él, como diciendo: «¡Abra usted pronto!»

Apenas ha acabado de dar el sí fatal, el ama le suelta el más espantoso roción que ha llevado hombre nacido.

¿Quién pudiera pintar la desesperación de aquel excelentísimo sujeto, al verse lo mismo que una rana?

En vano sería describirlo.

Don Anastasio gritaba, ladraba, mugía..... sí señor, mugía como un toro.

—¡Abra usted, grandísima indecente!—gritaba.—¡Abra usted, que le voy á enseñar educación á garrotazos!

El ama dijo para sí:

—¡Caramba! Pues ésta no es la voz del otro.
¿Quién será?

Y llamó en seguida al cura.

—¡Señor! ¡señor!—exclamó.—¡Que hay ahí un hombre que es don Anastasio y no es don Anastasio!

—¡No puede ser!—dijo el bueno del cura.—
¡O lo es, ó no lo es!

—¡Pues venga usted corriendo!

El cura fué corriendo á la ventana.

—¿Quién es?—preguntó.

—¡Soy yo! ¡Don Anastasio Botín!

—¡Jesús!...—exclamó el cura, dando un paso hacia atrás y cayendo medio desmayado sobre el ama.—¡Es un alma del otro mundo! ¡Don Anastasio resucitado! ¡Trae el hisopo, hija mía, trae el hisopo!

Y el ama fué y trajo el hisopo, y el cura, desde la ventana, comenzó á hisoppear y á decir:

—¡Fugite! ¡fugite!

—¡Los íugites serán ustedes!—gritaba don Anastasio, hecho una pantera.—¡Abran en seguida la puerta, y no me hagan perder la paciencia, que no estoy para bromas!

—Pero, hombre de Dios,—exclamó el cura desde la ventana,—¿no se había usted muerto?

—Hombre... no me haga Vd. tragar más saliva!

—Entérese usted bien, don Anastasio. ¿Está usted vivo?—dijo el ama.

—¡Por vida de mi padre, que ya no aguanto más!

Y ésto diciendo el desesperado marido comenzó á pedradas con el ama, que si no se retira pronto, creo que sale con algo roto.

Por fin el señor cura, queriendo llegar á una explicación pacífica, gritó:

—¡Alto el fuego! Hablemos en calma.

Don Anastasio cesó de apedrear la casa.

—Mire usted,—dijo,—estoy en una situación desesperada. Vengo á pie desde mi pueblo... por que me ha sucedido una gran desgracia.

—¡Ya lo creo!

—¿Qué quiere decir eso de... *¡Ya lo creo!*

—Que efectivamente es una gran desgracia morirse.

—¿Volvemos otra vez á las bromas?

Y don Anastasio buscó una piedra por el suelo

—¡No, hombre, no! Siga usted hablando.

—Pues bien, ábrame usted la puerta.

—No en mis días,—dijo para sí el cura.

Y luego añadió en voz alta:

—Es el caso, que se ha llevado la llave... ¿A que no sabe usted quién?

—¿Quién?

—¿Quién? Su mujer de usted.

Esto fué un rayo de luz para el pobre don Anastasio.

Él, que no habiendo encontrado á su mujer en la estación se había dirigido á casa del cura, único amigo que tenía en el pueblo, para descansar y esperar el día, ¿cómo podía figurarse que allí le habían de dar noticias de lo que venía buscando?

—¿Qué me cuenta usted?—preguntó muy asombrado.

—Lo que usted oye.

—¿Mi mujer ha estado aquí?

—Sí señor.

—¿Sola?

—No.

—¿Con quién?

—Con su marido.

—¿Qué marido ni qué ocho cuartos? ¡Pues si yo vengo ahora!

—Pues ella trajo marido.

—¿Y cómo se llama?

—¿Quién, ella? Teresa. ¿No lo sabe usted?

—¡El marido, hombre! ¡Ese sujeto á quien usted llama el marido!

—¡Ya! Pues se llama Anastasio.

—Hombre, si no mirara su estado de V. y el en que yo me encuentro, le pegaba fuego á la casa.

---¡Canastos!

—¡Es claro! ¡Si parece que se quieren ustedes divertir conmigo! ¡Pues conmigo no se divierte nadie!

—Pues yo le digo á usted que su mujer ha venido aquí con un amigo mio, persona muy formal, que me ha dicho que se había casado con ella, y que usted se había caído en un pozo.

—¿Y en dónde están, en dónde están esos infames?

—¡Se han ido!

—¿Cuánto hace?

—Un cuarto de hora.

—¡Abur!

—¡Divertirse!

Y don Anastasio echó á correr como un loco, y el cura cerró la ventana, diciendo al ama:

—Vámonos á dormir, y allá se las compongan. ¡Y si yo vuelvo á abrir á nadie de noche, que doscientos demonios me lleven!

IX

¡Siga la broma!

Teresa había salido de aquella casa en tal estado de agitación, que apenas podía darse cuenta de lo que á su alrededor pasaba.

A pesar de los motivos de enojo que con su compañero de viaje tenía, se apoyó en el brazo de éste y le preguntó varias veces:

—¿Llegaremos á tiempo?

—¿A tiempo de qué?—decía él.

—De poder alcanzar el tren de las doce.

—Se hará lo posible.

Y esto diciendo, Anastasio se dirigió á un arroyo para lavarse la cara, que todavía la llevaba bañada en sangre.

Aprovechemos este momento para dar la última pincelada al retrato de Anastasio.

Mis lectores habrán podido juzgar á su gusto el carácter de este extraño personaje.

Sin embargo, el autor se cree en el deber de decir lo que se ha dejado en el tintero.

Anastasio era uno de esos hombres en los cuales el amor, más que una pasión, era una enfermedad, un vicio, como el de fumar ó de ir á los toros.

Enamoradizo hasta la pared de enfrente, y propenso á aburrirse al mismo tiempo, se encontraba siempre en el caso forzoso de amar á cuantas mujeres se le ponían á tiro.

A pesar de su carácter decididor, alegre y travieso, era muy desgraciado.

Y su desgracia capital, la desgracia magna de su vida, consistía en que una vez que se aburrió menos que de costumbre, cometió la debilidad de casarse.

Sí, lector: Anastasio era casado, y casado con una mujer hechicera que se llamaba Luisa.

Al poco tiempo de haberse casado con ella, se hastió y pensó en el divorcio.

Pero dijéronle sus amigos que el divorcio daría pasto á la maledicencia, y no se divorció.

Hizo algo todavía peor.

Hastiado de su mujer, y con ánimos bastantes para amar á otras, vivió con la propia para que el mundo no murmurase, pero amó á las demás, sin importársele gran cosa de lo que dijera el mundo.

Hay mujeres que soportan con la paciencia del mártir las infidelidades de sus maridos.

Pero hay otras que no están por eso, y pagan al marido en la misma moneda.

Luisa era de las primeras.

Amaba á su marido, adoraba en él, y sufrió con heroica resignación los deslices de aquel pícaro.

Todos los pícaros tienen fortuna.

¿No debía Luisa haberle pagado en la misma moneda?

Anastasio profesaba una máxima muy especial.

—¡Si siempre lo he dicho!—murmuraba.— Las mujeres son los entes más caprichosos de la tierra. No hay más que presentarse á ellas de un modo original y raro para que le quieran á uno.

Estas palabras de Anastasio harán comprender al lector por qué nuestro héroe, al intentar la conquista de Teresa, había comenzado por presentarse en toda la desnudez de su carácter, en lugar de aparecer como un hombre verdaderamente apasionado y capaz de amar á una sola mujer por toda la vida.

Confiaba en que la descripción que de sí mismo había hecho, inspiraría simpatías á la viajera.

Y... ¡qué sé yo, qué sé yo! Puede ser que no se equivocara Anastasio.

X

Ahora sí que la cosa es grave.

Llegaron á la estación nuestros dos personajes; mohina como nunca ella, cariacontecido él como nunca.

En aquel mismo momento llegaba el tren deseado, y los empleados anunciaban tres minutos de detención.

Anastasio corrió al despacho de billetes y dijo precipitadamente:

—¡Dos de primera para Morata!

En seguida le fueron entregados.

Ya estaba Teresa en un vagón.

Anastasio la buscaba en la obscuridad y la llamaba en voz alta.

—¡Aquí!—gritó ella.

Y su compañero subió al vagón, y el tren echó á andar en aquel momento.

Anastasio no se atrevía á decir nada.

Ella estaba callada.

Ninguno de los dos sabía qué decir.

Ninguno de los dos sabía cómo disculparse.

Y la verdad es que los dos necesitaban disculpa.

Él pensaba:

—¿Qué le voy á decir á esta mujer, cuando yo he sido el que la ha comprometido y la ha obligado á hacer mal papel á los ojos de su marido?

Ella pensaba:

—¿Qué le voy á decir á este hombre, cuando yo tengo la culpa de todo lo que sucede? La verdad es que si yo no le hubiese hecho caso y hubiera seguido mi camino, ahora estaría en mi pueblo al lado de mi esposo.

Los dos tenían razón.

Seguía el silencio.

Anastasio respiraba con fuerza.

Teresa parecía que sollozaba.

Como la noche estaba obscura, gracias á la inoportuna ocurrencia de una nube que se echó encima de la luna, nuestros viajeros no pudieron reparar en sus compañeros de viaje.

Y eran dos nada menos.

Eran un caballero y una señora.

Un caballero y una señora, que hacían dúo al *tric-trac, tric-trac*, de la máquina, con el *¡grrr!* *¡grrr!* de sus ronquidos.

¡Qué cosa tan poética es un ronquido! ¿Verdad, lector?

.....
.....

El farolillo del vagón estaba... como es uso y costumbre, casi apagado.

Estos vagones de los ferrocarriles españoles son muy cómodos.

Su luz no estorba nunca para dormir.

Teresa seguía haciendo tristes reflexiones.

Anastasio, ídem ídem.

Y á ella le empezaba á gustar él.

Y á él hacía mucho rato que le gustaba ella.

Porque desengañémonos: al cabo de tantas horas juntos y de tantos sustos y quebrantos, ya era hora de tomarse cariño.

El trato lo engendra, según el proverbio.

Y á Teresa le iba ya gustando el desembarazo de Anastasio, y la *sans façon* de Anastasio, y los ojos de Anastasio, y los bigotes y la perilla de Anastasio.

En fin, que le gustaban á ella las cosas de Anastasio.

Eso no se puede remediar.

En cuanto á él, pensaba, pensaba, pensaba y no cesaba de pensar.

Aquella mujer, encontrada así, de aquella manera, en aquellas condiciones; aquella mujer parecía sensible, parecía buena; no era tosca en sus modales, ni mucho menos; tenía buena conversación.

—¡Qué lástima de mujer! Encerrada en un pueblo, casada con un vejstorio...—pensaba Anastasio.

Luego... ella empezó á ver figuras siniestras delante de sí.

Veía á su marido en mangas de camisa, con cabeza de jabalí y un palo en la mano, corriendo de un lado á otro dando bufidos.

Veía al rededor una porción de amigas suyas, riéndose estrepitosamente.

Y en los aires, blanca, muy blanca, una figura rara y misteriosa que se parecía á ella: una figura que enviaba un beso con la mano á un joven muy guapo, que se veía en lontananza.

.....

Anastasio también era presa de mil extrañas visiones.

Se veía en medio de una rueda de mujeres cuyas fisonomías recordaba.

Eran sus novias de tiempos anteriores.

Todas le decían denuestos, y le enseñaban cartas, y retratos, y mechones de pelo.

Pero él no hacía caso.

Tenía los ojos fijos en una figura medio velada por una extraña neblina; una figura que era una copia fiel de Teresa.

Anastasio quería avanzar hacia ella, pero no podía, porque sentía que unos dedos delgados y fuertes le apretaban el cuello y le destrozaban la nuez.

Eran los dedos de una mujer.

¡De lá suya!

Anastasio quería gritar; pero no podía, y la

figura velada y misteriosa se alejaba un poco, luego un poco más, luego más todavía...

.....
De pronto un golpe y un ruido despertaron á Teresa y á su compañero.

Habían estado soñando.

Cuando abrieron los ojos, un torrente de luz inundaba el paisaje.

—¿Dónde estamos?—preguntó Teresa ante todo.

Pero antes de que Anastasio contestara, se oyó en el andén esta frase:

—¡Tres minutos, *Vallecas!*

Figúrese el lector la cara que Teresa pondría.

Estaba á treinta leguas de su pueblo.

Distaba de Madrid nada más que media hora.

Anastasio quiso morir de repente.

Pero no se murió, ni mucho menos.

Convengamos en que lo que desde ahora va á pasar, merece capítulo aparte.

XI

No es casa de huéspedes.

—Mire usted, caballero, lo que me pasa con usted no me ha pasado con nadie; y tenga usted entendido que lo que suceda en adelante lo va usted á pagar muy caro.

Esto lo dijo Teresa en voz alta y echando fuego por los ojos.

De donde resultó que se enteraron las personas que iban en el vagón.

El caballero que roncaba cuando Anastasio y Teresa entraron en el coche, se volvió á mirarles ahora, y puso una cara como si quisiera decir:

—¿Estamos seguros?

La señora miró á Teresa haciendo un gesto, que bien se podía traducir con estas palabras:

—¡Jesús! ¡Qué mujer tan ordinaria!

En cuanto á Anastasio, se vió tan en evidencia, que no supo qué decir.

Y para salir del paso, quiso echarle el muerto al señor de los ronquidos.

—¿Qué es eso? ¿qué es eso?—preguntó dirigiéndose al viajero.—¿Qué le ha hecho usted á esta señora?

—¿Yo?—exclamó el otro.

—Sí, señor, usted.

—¿Se ha dirigido usted á mí, señora?

—No señor,—respondió Teresa;—me he dirigido á él, que no sabe cómo disculparse. Figúrense ustedes que yo iba á mi pueblo, que está en la mitad del camino; el señor me ha detenido en una estación, me ha hecho perder tiempo, y ahora me aleja de mi pueblo y me zampa en Madrid. ¡Esto es una infamia! ¿No es verdad, caballero? ¿No es verdad, señora?

—Figúrense ustedes,—dijo á su vez Anastasio,—que esta señora se ha dormido y no se ha despertado hasta ahora. ¿Tengo yo la culpa de que se haya dormido? ¡Me parece que no! ¿Verdad, caballero? ¿Verdad, señora?

Los dos viajeros se reían y no contestaban.

—¡Es que todos los hombres abusan!—exclamó Teresa.

—¡Eso sí que es verdad!—repuso la señora.

—¡Poco á poco!—dijo Anastasio.

—¡Según y conforme!—añadió el viajero.

—¡Señores!—exclamó Anastasio poniéndose de pie y echándose hacia atrás el sombrero.—

Todo es discutible en el mundo. Esta señora que viene conmigo es una señora muy guapa y muy amable, como pueden ustedes comprender fácilmente. A mí me gustó; sí, señores, me gustó mucho; me hizo lo que llamamos los inteligentes *tilín*. Pues bien; entretenido con su amena conversación, me olvidé de que el tren iba á marcharse. Cuando menos lo esperábamos, el tren empezó á hacer ¡*pu!* ¡*pu!* ¡*pu!* ¡*pu!* y nos dejó con un palmo de narices. ¡Incidente grave, obstáculo inesperado, contratiempo terrible! Hubo necesidad de aguardar al tren de la noche; pero hé aquí que cuando el tren de la noche llega, y logramos alcanzarlo y meternos en él, Morfeo, ese pícaro de Morfeo á quien ustedes deben de conocer personalmente, se apodera de esta señora... ¡Ah, señores! Faltan conceptos con que expresar la angustia de que es presa mi corazón al considerar cuánto daño he causado á un ángel; porque esta señora es un ángel; y usted, viajera, que me escucha, también es otro ángel; y usted, caballero, también es un angelito.

Una carcajada general interrumpió á nuestro héroe.

Hasta la misma Teresa, no pudiéndose contener, soltó el trapo; y el mismo Anastasio se reía ya como un descosido.

En una palabra, lo que empezó con exabruptos acabó con bulla y escándalo de risa.

—¡Nada! ¡Es inútil!—dijo Teresa.—Con este hombre no se puede una incomodar.

—¡Qué buen humor! ¡Qué gracioso!—decía el caballero.

—¡Qué ocurrente! ¡qué ocurrente!—decía la señora.

—¿Y van ustedes á Madrid?

—¡Por fuerza!—exclamó Teresa.

—Así me sucede á mí,—dijo la señora.

Y dirigiéndose al caballero:

—¿Verdad, don Felipe?

—¿Se llama usted don Felipe? — preguntó Anastasio.—¡Hombre, bien! Es una gran idea. ¿Con que don Felipe?

—¿Le choca á usted?

—¡Y lo envidio, don Felipe! ¡Qué felicidad! ¿Y desde cuándo se llama usted don Felipe!

—¡Toma! Desde que nació.

—¡Dichoso usted que nació!

—¡Pero, hombre! ¿Usted no nació?

—No, señor, no; á mí me nacieron.

La conversación se fué haciendo cada vez más animada y divertida.

Los viajeros habían simpatizado con Anastasio.

Don Felipe gozaba oyéndole.

Se reía de tan buena gana, que Teresa, la otra señora y Anastasio mismo, se reían de verle reír á él.

—Don Felipe, tiene usted cara de rico.

—¿Cree usted...

—Sí, señor, tiene usted cara de millonario.

—No estoy muy mal, pero no es tanto lo que...

—Mire usted su señora como se ríe.

—Esta señora no es mi esposa, caballero.

—Soy viuda, caballero,—dijo la aludida.

—¿Viuda?

—Sí, viuda.

—Y además parienta de don Felipe, ¿verdad? ¿Vamos, si este don Felipe es el hijo de la dicha!

—No, señor, no soy parienta de este caballero, sino que me han recomendado á él...

—Eso es,—dijo el viajero.

—¡Ah, ya! ¿Y van ustedes por mucho tiempo á Madrid?

—Yo pienso quedarme allí para siempre,—repuso don Felipe.

—¡Bien hecho! A pasarlo bien y divertirse, ¿verdad? Don Felipe, sabe usted más que Lepe.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—Yo estaré poco tiempo,—dijo la viuda,—porque tengo que volver á Sevilla, que es mi país.

—¿Es usted sevillana?

—Sí.

—¡Hombre!

Y Anastasio se acercó á la viuda.

—¡Sevillana,—exclamó,—y viuda y joven y guapa! Señora, haga usted el favor de mirarme un poco á la cara.

—¡Jí! ¡jí! ¡jí! ¡jí!—hacia don Felipe, riendo de tal modo, que tenía que apretarse el vientre con las manos.—¡Jí! ¡jí! ¡Qué hombre tan gracioso!

La viuda se reía también de muy buena gana.

—¡Vaya unos dientes bonitos que me está usted enseñando, señora!—decía Anastasio.— ¡No cese usted de reirse, por Dios!

—¡Gracias!

—¡Sevillana, joven, viuda, guapa! ¡Pues es una friolera! ¿Y cómo se llama usted?

—Socorro.

—¿Si? ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!—empezó á gritar Anastasio.

Y se empezaron á asomar los viajeros á las ventanillas de los vagones.

—Pero ¿qué está usted haciendo?—dijo la viuda.

—¡Pedir Socorro! ¡Necesito Socorro!

—¡Ja! ¡ja!

—¡Jí! ¡jí! ¡jí! ¡Qué salero tiene este hombre! —gritaba don Felipe.

Y se caía boca abajo en el asiento.

—Vamos, no sea usted bromista,—decía la viuda.

—¡Déjelo usted!—contestaba don Felipe.

—¡Sí, déjeme usted!—repetía Anastasio.

Y continuó la conversación y las bromitas! Teresa... el autor tiene que decirlo todo; Teresa estaba rabiando.

Pero no por hallarse lejos de su pueblo, no.

Por otra cosa... que comprenderá el lector fácilmente.

A Anastasio empezaba á gustarle la viuda.

No le digo á usted más.

Llegó el tren á Madrid.

Llegó ese supremo momento en que los empleados piden los billetes, las puertas de la estación se abren de par en par, los carabineros mandan abrir los baúles, las familias se agolpan á las puertas de entrada y los mozos de los ómnibus gritan y vociferan, ofreciendo coche.

—Mire usted,—dijo don Felipe dando una palmada en el hombro á Anastasio,—yo sé de una casa muy buena que *no es casa de huéspedes*, y donde podrán ustedes estar muy bien.

—Yo voy también allí,—añadió la viuda.

—Pues nosotros también,—repuso Anastasio. Y dirigiéndose á Teresa.

—¿Eh?

Teresa se encogió de hombros.

Diez minutos después, un coche de cuatro asientos conducía á los cuatro viajeros á la calle de la Reina, núm. 40.

XII

Lo que es el corazón y las cosas del mundo

Pues señor, ya tenemos á Teresita en Madrid.

¿Quién se lo había de haber dicho á ella?

¡A ella, que volvía tranquilamente de los baños de Alhama para comenzar su *vegetación* en Morata!

En Morata, un pueblecillo tranquilo y sosegado, donde el marido de Teresa era una persona principalísima y gozaba de consideración y aprecio.

El autor no la censura ni la elogia; la deja entregada al buen criterio de los lectores de ambos sexos.

El autor seguirá la historia, y nada más.

La casa donde habían ido á parar los cuatro viajeros, era una de tantas como anuncia *La Correspondencia* con esta incomprensible nota:

NO ES CASA DE HUÉSPEDES.

Y ni lo entiendo ni me sospecho que lo pueda entender algún día.

La casa recibe huéspedes, alimenta (digámoslo así) huéspedes, y sin embargo, no es de huéspedes.

—¿Qué significa eso?

Una vez estuve á punto de comprender lo que significaba un anuncio de estos á que me refiero.

Subí á un cuarto anunciado de este modo, y en efecto, no era casa de huéspedes.

Era de *huéspedes*.

No haré ofensa al cuarto donde fueron á parar Teresa y compañeros mártires, suponiéndolo del género de aquél que me dió chasco.

Al contrario, puedo asegurar que era un cuarto bastante decente, donde anidaban una porción de señoras y caballeros.

Nuestros viajeros llegaron rendidos.

A Teresa le dieron un cuarto que daba á la calle.

A Anastasio, el cuarto de al lado.

A don Felipe, uno cuya ventana daba enfrente del cuarto de Teresa.

Y á la viuda, el de al lado de don Felipe.

Es decir, y para que el lector me entienda mejor: la casa tenía un patio, y los cuartos de nuestros cuatro personajes tenían ventanas á este patio, dispuestas de modo que á un lado había dos y enfrente otras dos; el patio era pequeño, y desde las ventanas de los cuartos sólo se disfrutaba la poco halagüeña vista de un caballo, que solía limpiar, cantando, un asistente,

y un pozo de donde sacaban agua los criados de la casa.

Así que nuestros viajeros llegaron, la patrona, que era una señora de buen ver y conversación larga, les fué colocando y haciéndoles preguntas.

Teresa estaba muy callada y como aturdida.

Pidió recado de escribir y comenzó una carta.

Anastasio se lavó y se peinó y se vistió de limpio en un momento, y acercándose á la puerta del cuarto de Teresa, le dijo:

—Querida amiga, dispénsese usted; vuelvo en seguida, voy á saludar á un amigo y á cobrar una letra. Inmediatamente estoy á las órdenes de usted.

—No me hace usted falta para nada, caballero.

—¡Ay, Jesús, Jesús, Jesús, y cuánto enojol

—Mientras yo esté en Madrid y en esta casa, que confío en que no llegue á veinticuatro horas, me hará usted el favor de no molestarme más con su presencia.

Anastasio hizo un ligero saludo y se retiró, diciendo:

—Hasta luego.

Teresa dijo para sí:

—¡Y se va!

Para que ustedes vean lo que són las cosas. Ya sentía que se fuera.

La viuda se acababa de poner un traje dife-

rente del que había llevado en el viaje, y estaba viendo desde la alcoba de su cuarto á Teresa, que se había sentado y se disponía á escribir.

Don Felipe se había acostado y ya roncaba.

—Esa mujer...—pensaba la viuda sin quitar ojo á Teresa,—esa mujer es guapa.

Teresa no miraba á la viuda ni al cuarto de ésta, pero también pensaba:

—Esa viuda es muy guapa.

Y tan preocupada estaba, que en lugar de escribir «*Querido esposo*», empezó la carta así:

«*Guapa, 15 de Junio. Querida viuda...*»

Rompió el papel, impaciente.

Estaba nerviosa.

—¡Válgame Dios!—exclamó.—¡Qué disparates estoy haciendo desde ayer tarde!

La viuda murmuraba:

—¿A quién le estará escribiendo? Esa mujer es una cosa rara. Cuidado que venirse desde Morata á Madrid con un desconocido!...

Teresa escribía muy despacio.

Estaba dirigiendo una carta á su marido.
¿Qué le iba á decir?

La verdad es que no supo qué decirle y dejó la carta empezada.

Tiró de la campanilla.

Vino la patrona.

—¿Qué se ofrece, señora? ¿El almuerzo? ¿Agua para lavarse?

—No señora, no. ¿A qué hora sale el tren de Zaragoza?

—¡Qué! ¿se va usted á marchar?

—Sí.

—¡Pero, señora!...

Y empezó á sospechar la patrona.

—Sí, me quiero marchar esta misma noche.

—Como su esposo de usted me ha dicho que venían ustedes por una temporada ..

—¿Mi... esposo?

—Sí señora.

—Pues se ha equivocado. En fin, déjeme usted; ya llamaré.

—Como usted quiera, señorita.

Y Teresa se quedó diciendo:

—¡Vamos! ¿A que ha dicho aquí también que soy su mujer?

—¿Cómo vamos, vecina?—preguntó en aquel momento la viuda, asomándose á la ventana del patio.

—¡Adiós, señoral—Contestó Teresa.—Parece que nos han colocado cerca.

—Sí, parece que nos vamos á hacer el amor, ¿verdad?

—¡Ya lo creo!

—¿Ha descansado usted?

—No señora, ni es posible; yo no puedo descansar mientras no esté en mi pueblo de vuelta.

—¿Qué prisa tiene usted?

—Estoy impacientísima.

—¡Qué pícaro sueño! Si no se hubiera usted dormido...

—¡Calle usted, señora, si lo que á mí me pasa no le pasa á nadie!

—Y él parece un buen muchacho.

—Sí...

—Sobre todo, muy gracioso.

—Demasiado.

—¿Demasiado?

—Es decir... no lo digo por nada malo.

—Se comprende.

—Pero me ha comprometido.

—Eso sí.

—Yo podía estar ya en el seno de mi familia.

—¿Es usted casada?

Teresa tosió.

Y no estaba constipada; pero la tos le daba tiempo para pensar la contestación.

—Soy casada,—dijo por fin.

—¡Ah!

Esta exclamación de la viuda fué muy significativa.

Parecía una reconvención.

Teresa lo comprendió y quiso disculparse.

—¡Ya ve usted!—dijo.

Y la viuda repuso sonriendo:

—La cosa es algo grave.

—Por eso digo que me ha comprometido.

—¡Qué demonio de muchacho!

—Es un loco; dice flores á todo el mundo.

—¡Bah! Eso no es falta.

—¿Cree usted?...

—¡Claro!

—Pero no se fija en ninguna mujer.

—Es que á veces el que menos se fija, cae más pronto.

—Pero él no tiene fundamento.

—Puede ser que no haya encontrado su tipo.

—Puede ser.

—Los hombres recelan siempre.

—¡Desde luego!

—Pero si la mujer los sabe entender...

—¡Es verdad!

—Por eso digo...

—¿Qué?

—Nada.

—Creí entender...

—Abur, señora.

—Que usted descanse.

Y Teresa se retiró á su cuarto, murmurando:

—¿Se habrá enamorado de él?

Y la viuda se retiró de la ventana, diciendo:

—¡Qué mujer! ¡Olvidarse de que es casada y venirse á Madrid con un hombre!

Teresa cayó de bruces sobre una cama.

Estaba llorando.

—¿Por qué lloraria?

XIII

Los huéspedes

La patrona de la casa iba y venía por un lado y por otro, dando órdenes á los criados para que tuvieran las cosas arregladitas; porque á la patrona, que con perdón de ustedes, se llamaba Zoa, le gustaban las cosas muy arregladitas:

—Vamos, vamos,—decía dirigiéndose á la cocinera,—que no se pase el *punto* del arroz; y esas patatas que estén bien doraditas, bien doraditas. ¡A ver, rellenar bien esos calabacines!

—¡Hombre! ¿hay calabacines? ¡Me alegro!—dijo un caballero asomándose á la puerta de la cocina.

—¡Hola, don Andrés! Sí señor, hoy tiene usted calabacines rellenos; porque yo no me olvido de que le gustan á usted.

—Gracias, gracias. ¿Y cómo andamos de novedades, doña Zoa? ¿No han venido hoy mujeres?

—Sí, señor; hoy tiene usted dos huéspedes nuevas, muy reguapas.

—¡Bueno! ¡bueno! ¡Eso me gusta! póngamelas usted cerquita en la mesa. ¿Y quiénes son, quiénes son?

—Yo no sé, han venido con dos caballeros.

—Eso ya no me gusta.

—¡Doña Zoa, que me entren agual!—gritó otro huésped desde el pasillo.

—¡Allá van, don Manolito, allá van en seguida!

Don Manolito se acercó á la cocina.

—¿Hablaban Vds. de mujeres *nuevas*?—dijo.

—¡Jesús! ¡Qué demonios de hombres!—exclamó doña Zoa.—¡Siempre están pensando en lo mismo!

Don Andrés era un caballero alto, seco, de ojos muy vivos; llevaba toda la barba y usaba tirantes; andaba por la casa en mangas de camisa, tenía treinta y ocho años y aseguraba que tenía veintiocho; siempre estaba acechando por los agujeros de las cerraduras, sobre todo en los cuartos donde había señoras.

Don Manolito era un estudiante de quinto año, muy travieso y muy guapo; se divertía en hacer rabiar á doña Zoa, dando de cuando en cuando una vuelta por la cocina y comiéndose los postres antes de que pudieran sacarlos á la mesa; retozaba con las criadas y tenía aburrída á la vecindad con sus cantos y sus tarareos; en los ratos que le dejaba vacante el estudio, tocaba la flauta.

—Ya pronto van ustedes á comer,—dijo doña Zoa.

—Me alegro, solamente por conocer á la gente nueva,—contestó Manolito.

Don Andrés añadió:

—¡Y yo!

En aquel momento dijeron desde otro cuarto:

—¡Gracias á Dios que ha cesado usted de tocar la flauta!

—Ese es el oso,—repuso Manolito.

Y yéndose de puntillas hasta la puerta del cuarto de donde había salido la voz, puso la boca en la cerradura, y con toda la fuerza de sus pulmones hizo:

—¡¡¡Pum!!!

Y echó á correr de puntillas.

Se abrió la puerta, y apareció un señor en calzoncillos con un bastón en la mano.

—Por Dios, señor de Cortés,—dijo doña Zoa,—no le haga usted caso, que como es tan bromista...

—¡Le voy á romper el alma!—gritó el señor de Cortés, que tenía la cara torcida y vizcaba del ojo izquierdo.—Se ha propuesto divertirse conmigo, y créame usted, señora: ¡yo mato á ese hombre!

—Cálmese usted,—dijo don Andrés.—Son bromas de muchachos.

—¡Pues le mato!

—¡Ca, hombre!

—¿Que no? ¡Y á usted también, si se empeña en contradecirme!

—No, no, si no le contradigo á usted.

—Como dice usted que no le mataré...

—Hombre, yo creo...

—¿Que no? ¿Qué se apuesta usted á que le mato?

—¡Bueno, hombre, bueno!

El señor de Cortés, cerró la puerta de golpe.

—¡Pues no se ha puesto poco furioso!—dijo don Andrés.

—¡Oh!—exclamó la patrona.—¡Tiene mucho genio el señor de Cortés! Ayer por la mañana vino uno á cobrarle una cuenta, y le cogió por el cuello y le metió de cabeza en la jofaina.

En tal punto estaba la conversación, cuando llegó Teresa con una carta en la mano.

—¿Hay quién lleve esta carta al correo?—preguntó.

Antes de que doña Zoa contestara, don Andrés se puso por delante, diciendo:

—¡Pero señor! ¿Es posible? ¿Usted en Madrid, señora mía? ¡Qué sorpresa tan grata!

—¡Cañizares!—gritó Teresa.

Y se le cayó la carta de las manos.

Don Andrés no lo notó, porque no cesaba de mirar á Teresa cara á cara.

Por último dijo:

—Pero dígame usted: ¿qué es esto? ¿Cuándo ha llegado usted?

—Venga usted á mi cuarto.

—¡Ya lo creo! Hasta luego, doña Zoa. Vamos allá, Teresita, y cuénteme usted, porque yo estoy asombrado.

Doña Zoa se fué detrás.

—¡Vaya! ¿Conque se conocían ustedes? Vea usted por dónde... ¡Vamos, si suceden unas casualidades en el mundo...

—Déjenos usted,—dijo Teresa.

Doña Zoa se retiró.

—¿Y don Anastasio?—preguntó el huésped.

—Por allá queda; siéntese usted.

—No, perdone usted, me voy á poner una levita, porque estoy en mangas de camisa y no me parece...

—No importa, no importa; tenemos que hablar mucho y el tiempo urge.

—Pero, señora...

Nada, nada, siéntese usted.

—Como usted quiera.

Teresa cerró la puerta, y en menos de diez minutos le contó á don Andrés todo lo que estaba sucediendo.

Don Andrés era muy amigo del marido de Teresa.

Por de pronto no hizo muy buena acogida á la relación que ésta le hizo.

Él pensaba, y no iba muy descaminado, que si la mujer de su amigo se había atrevido á venir (como quien no dice nada) hasta Madrid, con

un caballero particular, habría sido porque le diera la gana.

Y cómo don Andrés era un camastrón muy aficionado á la caza mayor, empezó á hacer castillos en el aire.

—Bien. ¿Y qué desea usted, mi buena amiga?—dijo.

—Volver en seguida á mi pueblo.

—Me parece muy bien.

—Pero en seguida, Andrés, en seguida.

—Mire usted, señora, á mí no me parece bien que vaya usted sola.

—¿Y qué?

—Que voy yo á acompañarla á usted.

—¿De veras? Pero eso va á ser una molestia muy grande.

—No hay tal molestia. Yo estoy en Madrid de temporada, porque mis negocios van despacio: por un día que me ausente no me perjudico en nada. Salimos esta noche, llegamos al amanecer á Morata, y yo le digo á su esposo de usted: «Querido Botín, ahí tienes á tu mujer, que no te ha faltado ni es capaz de faltarte; y solamente por un descuido ha podido sucederle este retraso.»

Teresa, muy animada, dijo:

—Crea Vd. que meharía un favor muy grande.

—Pues manos á la obra; son las cinco y media; dentro de media hora sale el tren. Voy á vestirme para el viaje y hasta luego.

Esto diciendo, don Andrés salió del cuarto.

Al pasar por el de Manolito, tocó con los dedos en la puerta.

—¿Qué ocurre?—dijo el estudiante en voz baja y asomándose.

—¡Que me voy de viaje con una de las mujeres que han venido.

—¿Eh?

—Sí, señor; he sido más listo que usted y ya tengo mi aventurilla.

Y se marchó sin decir más.

—¡Canastos!—se quedó diciendo el estudiante.—¡Pues á listo no has de ganarme!

Y salió y fué á buscar á doña Zoa.

—Oiga usted, doña Zoa...

—¡Ah, condenado! Váyase usted de aquí, que va á salir el señor de Cortés y le va á dar á usted una paliza.

—¡Quiá!

—¡Que está furioso!

—Bueno, que beba agua. Diga usted, ¿con qué mujer se marcha don Andrés?

—¿Qué está usted diciendo, hombre?

—El dice que se va de viaje con una de las que han venido hoy.

—¿Es posible? Don Manolito, ¿se quiere usted divertir conmigo?

—¿Usted no sabe nada?

—Nada.

—¿Nada?

—¡Nada, hombre, nada!

—¡Pues hasta luego!

Doña Zoa se quedó hecha una estatua.

—¿Qué caramba sucede aquí, que todos andan como locos?

Y se puso á mirar al suelo.

La carta que había dejado caer Teresa estaba allí todavía.

Doña Zoa la cogió.

¡Qué curiosas son las patronas! Son más curiosas que las mujeres.

Rompió el sobre y leyó la carta.

Parece mentira tanto descaro ¿verdad?

La carta no decía más que esto:

«Querido esposo mío: Comprendo que estarás en brasas, y te escribo para que no pases cuidado.

»Ayer al entrar en el vagón, me dormí, y cuando desperté me encontré ya muy lejos de nuestro pueblo. No tuve, pues, más remedio que llegar hasta Madrid, de donde saldré hoy mismo para volver á tu lado y pedirte perdón por mi torpeza.

»Adiós, querido esposo mío; mañana te abrazará tu

TERESA.»

Doña Zoa se quedó más confundida que antes de leer la carta.

—¿Pues no dice ese caballero que ha venido con ella, que es su esposo?—pensó.

Estando pensando en esto, oyó que sonaba la campanilla de uno de los cuartos más próximos á la cocina.

Doña Zoa fué á ver quién llamaba.

Era don Felipe.

Don Felipe, que acababa de despertarse, y pedía agua con azúcar.

—¡En seguida!—dijo la patrona.

—Diga usted...

—¿Qué se ofrece?

—Esas señoras ¿duermen?

—No sé decir á usted. ¿Voy á verlo?

—No; pero si acaso las ve usted, pregúnteles de mi parte si han descansado.

—Yo creo que no, caballero.

—¡Pues cómo!

—Una de ellas ha estado escribiendo.

—¿Cuál?

—La... esposa del otro caballero.

—¿De Anastasio? ¡Jí! ¡jí! ¡jí! ¿Y qué hace Anastasio? ¿Está ahí?

—No, señor, ha salido esta mañana, y aún no ha vuelto.

—¡Jí! ¡jí! ¡jí!

Don Felipe se reía solamente con acordarse de Anastasio.

—Su señora está hablando con un caballe-

ro...—dijo la patrona, con la intención de un toro portugués.

Cuando don Felipe oyó aquello de *su señora*, pensó.

—¡Vamos, ese demonio de hombre la ha hecho pasar por su mujer!

Y empezó á reirse con toda su alma.

—¡Qué alegre se pone usted de que la señora hable con un caballero!—dijo doña Zoa.

—No, no, si no es eso.

—Como se ríe usted tanto...

—Me río porque... porque Anastasio me hace mucha gracia. ¡Jí! ¡jí! ¡jí!

En aquel momento pasó la viuda por el pasillo.

Don Felipe saltó de la cama gritando:

—¿Cómo vamos, señora?

La viuda no se cortó de ver á don Felipe en calzoncillos.

Cuestión de práctica.

Se detuvo en su camino, y contestó:

—Muy bien. ¿Y usted?

—Perfectamente. ¿Y nuestros compañeros de viaje?

—¡Psth! *Ella* está hablando ahí con *uno*.

¿Comprende el lector todo lo que la viuda quería decir?

—¿Y usted ha descansado?—dijo don Felipe.

—Poca cosa; he estado pensando...

—¿En qué?

—Ya le diré á usted...

La patrona se retiró.

Don Felipe y la viuda comenzaron á hablar en voz baja.

—Don Felipe,—dijo ella,—cuando nuestro común amigo Pérez me recomendó á usted en la estación de Zaragoza, me prometió usted servirme en cuanto se me ofreciera.

—¡Pues ya lo creo!

—Bien; yo no conozco á nadie en Madrid; por consiguiente, necesito molestar á usted.

—Usted no me molesta. ¡Todo lo contrario!

—Gracias. ¿Quiere usted hacerme el favor de pasar al cuarto de esa doña Teresa y enterarse de una cosa?

—¿De qué?

—De...

Y la viuda se detuvo.

Don Felipe la miraba muy fijamente.

—De... de si efectivamente está casada con Anastasio.

—¿Pues no sabe usted positivamente que no?

—Es verdad. Quiero decir... de si está enamorada de Anastasio.

—Señora, ¿qué encargo me hace usted?

—¿Le parece á usted mal? Bueno, bueno; no he dicho nada.

Don Felipe se las echaba de muy fino.

Aunque el encargo le parecía un poco grave, más grave le parecía no cumplirlo.

—No se incomode usted,—dijo;—yo iré...

—No, no; si le es á usted violento...

—No... es decir... voy...

Y don Felipe empezó á aturdirse.

Y como estaba aturdido, fué y se plantó en calzoncillos en el cuarto de Teresa.

—¿Se puede?—dijo cuando estaba ya en medio del cuarto.

Teresa, que estaba de espaldas á la puerta, dió un grito asustada.

—¿Qué es esto?—dijo.

—Señora, usted me ha de dispensar...

—Pero ¿qué manera es ésta...

—Yo le diré á usted...

—¿Quiere usted irse de aquí, caballero?

—Señora, no grite usted, que van á figurarse...

Y don Felipe entornó la puerta.

—Caballero? ¿qué es lo que usted intenta?

—Que me haga usted el favor de responderme...

—Pero ¿á qué?

—¿Usted está enamorada de Anastasio?

—¡Váyase usted de aquí, imprudente!

—Señora, es un encargo.

—¿Cómo un encargo?

—Sí, un encargo que me han hecho.

—¿Quién?

—La viudita.

—¿Esto más? ¡Salga usted!

Don Felipe salió.

Doña Zoa, que estaba en la puerta de la cocina, dió un respingo al verle.

—¡Jesús!—exclamó. — Antes entró uno en mangas de camisa; ahora sale otro en calzoncillos. ¿Adónde vamos á parar?

Teresa, entre tanto, se disponía á pasar al cuarto de la viuda.

La viuda había oído la conversación entre don Felipe y Teresa, y se había vuelto á su cuarto murmurando:

—¡Este don Felipe es estúpido!

Don Manolito volvía en aquel instante á la cocina.

—Doña Zoa,—dijo,—¿ha averiguado usted ya con quién se va don Andrés?

No, señor, pero me lo figuro.

—¿A ver?

—Debe ser con la señora que habita aquel cuarto (y señaló con el dedo al de Teresa). ¡Y qué señora don Manolito! Primero entró en su cuarto don Andrés en mangas de camisa...

—¡Canastos! Eso es grave.

—Después ha entrado don Felipe, que es otro huésped nuevo, en calzoncillos.

—¡Agua va! Pues ahora voy yo.

—Don Manolito, ¿qué va usted á hacer?

—Déjeme usted.

—¡Cuidado!

—Déjeme usted.

—¡Que no quiero!

—¡Caramba!

Y el estudiante se desasíó de doña Zoa y se dirigió á la puerta del cuarto de Teresa.

En tal instante salía ella, de muy mala cara.

El estudiante no se paraba en barras.

Tenía fama de atrevido, y merecida.

—Señora,—dijo,—usted dispense, pero tengo que dar á usted un recado...

—¿Eh?—preguntó Teresa, mirándole de arriba abajo.

—Sí, es un encargo que me han dado para usted esta mañana.

—¿Esta mañana?

—Sí, señora. ¿No es usted la señora que ha llegado esta mañana á Madrid?

—En efecto; pase usted.

Manolito entró en el cuarto y cerró la puerta por dentro.

—¡Santa Virgen de la Paloma!—gritó doña Zoa.—¡Esto no se puede ver! ¡Esto es horroroso!

Y se fué corriendo á buscar á don Andrés, que estaba haciendo el baúl á toda prisa.

—¡Don Andrés,—le dijo,—tiene usted unas amigas atroces!

—¿Cómo?

—¡Que tiene usted unas amigas... muy inconvenientes!

—Pero ¿á qué viene eso?

—¿A qué? Vaya usted al cuarto de doña Teresa, y verá usted.

—Pues ¿qué pasa?

—Después de usted entró don Felipe, casi en paños menores; después ha entrado don Manolito como Pedro por su casa.

—¡Cáscaras!—gritó don Andrés.

—Sí señor, allí está.

—¿Ahora?

—Ahora, ahora.

Don Andrés se fué corriendo al cuarto de Teresa.

—Sin más explicación abrió la puerta de par en par, y encontró á Manolito departiendo amigablemente con la esposa de Botín.

—Señora,—dijo don Andrés, que era bastante grosero,—no cuente usted conmigo para nada; y en cuanto á su marido de usted, yo le escribiré lo que hace al caso.

—Caballero, ¿qué quiere decir eso?

—¡Nada, no digo más!

—¡No sea usted grosero con una señora!—dijo Manolito.

—¿Y á usted quién le da vela en este entierro?

—¿Me insulta usted?

—¿Qué cuarto es éste, donde entran Felipes en calzoncillos?

Don Felipe tenía la ventana abierta y oyó el exabrupto.

—¡Oiga usted, señor mío,—dijo,—yo he entrado porque me lo ha indicado una señora!

Y vino al cuarto de Teresa echando fuego por los ojos.

—¡Salgan ustedes todos!—gritó Teresa.

—Yo necesito enterarme de lo que aquí sucede,—dijo don Andrés.

—¿Con qué derecho?—exclamó Teresa.

—¡Eso es! ¿Con qué derecho?—vociferó Manolito.

—¡Con el de la amistad!

—¿Y usted quién es?—exclamó don Felipe.

—¡Una persona decente!

—¡Lo dudó!

—¡Le voy á matar!

—¡Salgan ustedes de mi cuarto!

—¡Orden!

—¡Esto es un escándalo!—gritó doña Zoa.

—¡Cállese usted!

—¡Que le doy á usted un silletazo!

En tal punto se abrió la puerta del cuarto del señor de Cortés, y saliendo éste con un garrote, cuyas dimensiones no me atrevo á decir á ustedes, la emprendió con todos de tan buena gana, y empezó á dar garrotazos á diestro y siniestro con tal furia, que doña Zoa vino á caer atravesada delante de la puerta; don Felipe, al querer huir, tropezó con ella y dió con las narices en el suelo; Manolito se escudó poniendo por delante á don Andrés; éste recibió un palo en un ojo, que

se le quedó colgando; Teresa empezó á gritar y á pedir *socorro*, y al oír la viuda la palabra, creyó que la llamaban, y vino, y quiso calmar al señor de Cortés, quien dándole un empujón que la hizo caer patas arriba, se volvió á su cuarto y se encerró con llave, gritando como un energúmeno:

—¡He de acabar por matarlos á todos, desde la patrona hasta el perro! ¡Y los mato! ¡Lo que es como me empeñe, los mato!!

XIV

¿Y el señor de Botín?

Mientras se restablece el orden en la casa de huéspedes que no es de huéspedes, bueno será que retrocedamos algunas leguas.

Quiere el autor hacer esto, porque teme que sus lectores le pregunten:

—¿Y el marido? ¿Y el señor de Botín? ¿Qué es de ese apreciable sujeto?

¡Ah, señores! No tengo palabras con que explicar á ustedes todas las angustias de que era presa el corazón de aquel hombre inocente é inofensivo.

Hay seres que nacen con desgracia.

Sin ir más lejos, ahí tienen ustedes al señor de Botín, honrado y pacífico ciudadano que ha sido juez de primera instancia y mayordomo de dos cofradías, y que adora en su mujer y que no sale nunca de su paso; ahí lo tienen ustedes, víctima de un acontecimiento imprevisto, como si dijéramos.

Lo que le había dicho el cura le tenía fuera de sí.

Y estaba en medio del camino, con los brazos en jarra y el sombrero tirado hacia atrás, y hablando solo.

—¿Dónde habrá ido esa infame?—decía,—
¿Qué motivos tiene para jugarme esta mala partida? ¿La he tratado yo mal? ¿La he disgustado por algo? ¿La he dado algún mal rato? Hace año y medio que me casé con ella, á gusto suyo y de sus padres... ¿Qué malos tratamientos ha recibido de mí para portarse de ese modo? ¡Vamos, si es cosa de cogerla por el cuello y darla de cabezadas! ¿Y dónde estará? ¿Qué camino habrá tomado? ¿Dónde la busco yo? ¿Habrá ido á Madrid? Pero ¿á qué? ¿Quién es ese hombre que va con ella? A ese hombre es al que quiero yo coger por mi cuenta. Pero ¿cómo voy á lograr dar con ellos, cómo? ¡Esto es horrible, horrible, horrible, muy horrible, mucho, mucho, muchooooo!...

Y daba patadas en el suelo, y se le caía el sombrero hacia atrás, y le temblaba la barba.

Pensando y dando paseos á lo largo del camino, le sorprendió la luz del día; aquella misma luz que sorprendió á Teresa y á su compañero de viaje cuando soñaban en el rincón del coche.

La estación se divisaba á unos cincuenta pasos, blanca como una paloma.

—Acaso allí. —pensó don Anastasio.

Y se dirigió á la estación.

El jefe dormía.

Los mozos cantaban, limpiando unos trastos de hierro, con unos trapos impregnados de aceite.

—Buenos días,—dijo don Anastasio.

—Buenos días,—le contestaron.

—¿Quién es el empleado que despacha los billetes?

—Está durmiendo,—respondió un mozo.

—¿Tardará mucho en despertar?

El mozo miró el reloj que había en la pared.

—No puede tardar mucho,—dijo,—porque dentro de una hora viene un tren de viajeros.

—Esperaré,—dijo don Anastasio.

Y comenzó á pasearse por el andén.

En la media hora escasa que tardó en despertarse el billeteo, pensó don Anastasio tantas cosas que ya le dolía la cabeza.

Por fin el empleado apareció en una puerta con los ojos muy irritados, arrugado el uniforme y la gorra abollada, dando á entender á cualquiera que había dormido vestido.

Don Anastasio se acercó á él.

—Usted me ha de perdonar,—le dijo,—pero... pero quisiera que me hiciera usted un favor.

—Usted dirá.

—Pues yo deseaba saber si anoche tomaron billetes aquí un caballero y una señora.

—Anoche... anoche...

Y el empleado se puso á pensar.

—Creo que sí,—dijo.

—¿Y para dónde?

—Para dónde... para dónde...

Y volvió á pensar el empleado.

—Deje usted, deje usted que me acuerde.

Anoche precisamente no tomaron billetes más que cuatro personas.

—Un caballero y una señora...

—Sí, me parece que sí... para Zaragoza.

—¿Para Zaragoza?

—Ó para Madrid, no estoy seguro.

—¡Caramba! Pues los puntos no pueden ser más opuestos.

—Yo sé que anoche vendí nada más que cuatro billetes, dos á un caballero y una señora, y otros dos á otro caballero y otra señora. Una de las parejas marchó en un tren, y otra en otro... En fin, ó para Madrid ó para Zaragoza; bajo ese pie puede usted caminar.

Y el empleado se metió en la estación bostezando, y don Anastasio se quedó en el andén con la boca abierta.

Se dirigió á uno de los mozos.

—Diga usted, ¿á qué hora pasa el tren de Madrid

—A las nueve.

—¿Y el de Zaragoza?

—A las once.

—Gracias.

Y ahí tienen ustedes á don Anastasio sin saber á qué atenerse.

Sin saber si ir á Madrid ó á Zaragoza.

Sin saber si ir á Zaragoza ó á Madrid.

Continuemos

XV

Se va arreglando el asunto.

Cuando el señor de Cortés se metió en su cuarto, la casa quedó algunos minutos en silencio.

El que más y el que menos de nuestros apaleados personajes procuró escurrirse bonitamente, por lo que pudiera suceder.

Don Andrés se empezó á poner paños de árnica en el ojo, que le tenía que daba lástima verlo.

Don Felipe, encerrado con llave en su cuarto, se disponía á arreglar su equipaje para buscar en seguida otra casa que fuera de huéspedes, y donde al menos, ya que no le trataran bien, no le dieran de garrotazos.

Manolito, que tuvo la fortuna de salir ileso, se volvió á su cuarto y se puso á tocar la flauta.

En cuanto á las mujeres, Teresa lloraba más desconsolada que nunca, la viuda hacía gestos á solas, pensando para sus adentros que *aquella mujer* tenía la culpa de todo lo que estaba pa-

sando; y doña Zoa, colorada como un tomate y casi en estado de congestión, aviaba muy de prisa la cocina, murmurando:

—¡Esto es un escándalo! ¡En mi vida he tenido yo en mi casa gentuza como ella! ¡Y no la quiero tener más, no señor! ¡Prefiero tener el cuarto desocupado, á ocuparlo con pájaras parcidas!

En éstas y las otras se vino la noche encima.

El reloj dió una campanada.

Lo raro del caso era, que siendo la costumbre de la casa comer á las siete, y siendo ya las ocho y media, nadie pedía la comida.

Doña Zoa, aunque estaba furiosa, conservó un resto de sentimientos humanitarios, y fué preguntando de cuarto en cuarto si los señores querían comer.

¡Cosa notable! Todos querían comer en su cuarto.

Nadie quiso salir al comedor.

Solamente el señor de Cortés, más serio que una pared maestra y retorciéndose el bigote, salió á la mesa redonda y pidió la comida con voz tranquila y grave.

Doña Zoa le sirvió primero que á nadie.

Doña Zoa, en casos tales, servía ella misma la comida á sus huéspedes.

Al entrar con un plato de sopa en el cuarto de don Andrés, le preguntó éste, poniéndose la mano en el ojo:

—¿Qué hace doña Teresa?

—No sé,—respondió la patrona.—La he preguntado si quería comer y ha dicho que no. Está sola y á obscuras en su cuarto. Parece que llora.

Don Andrés tenía el codo izquierdo apoyado en la mesa, y la correspondiente mano en el ojo.

Doña Zoa entró la sopa á la viuda.

—¿Ha visto usted?—dijo ésta.—¿Ha visto usted qué mujer?

—¡Ya, ya!—contestó la patrona.—Asustada estoy, señora; porque yo, que gracias á Dios no estoy acostumbrada á estas cosas...

Y fué á llevar el cocido á don Felipe.

El señor de Cortés comía y callaba sin levantar la vista del plato.

Era guapote el señor de Cortés.

Sus penetrantes ojos, su color moreno y sus bigotes retorcidos, le daban cierto aire de coronel ó cosa por el estilo, á pesar de su ojo extraviado y de su cara mirando como quien tuerce á la mano.

Doña Zoa, viéndole sin resoplar, que era el síntoma grave de la irritabilidad de aquel caballero, se atrevió á preguntarle:

—Y la señora... ¿no come hoy?

El señor de Cortés no contestó una palabra.

Doña Zoa fué á llevarle la sopa á Manolito.

—Diga usted,—le preguntó éste,—¿qué es eso de si la señora no come?

—La señora del señor de Cortés.

—Pero... ¿ese hombre tiene señora?

—¡Y muy guapa que es!

—¡Pues no sabíamos nada!

—¡Si no sale jamás del cuarto! Un mes hace que está en mi casa y todavía no ha pisado la calle.

—¡Vaya! ¡vaya! ¡vaya!—exclamó el estudiante.—Pues me alegro de saberlo, *por si pega*.

Fueron acabando de comer todos los huéspedes y quedó la casa en silencio.

El pasillo estaba á obscuras.

Solamente allá, en el cuarto de Teresa, se divisaba una raya de luz por debajo de la puerta.

Pasó una hora.

Se oyó abrir la puerta de la habitación y volverse á cerrar.

—Apuesto cualquier cosa—murmuró la patrona—á que este demonio de don Manolito se ha marchado, dejándose, como siempre, la vela encendida.

Y fué al cuarto del estudiante.

El estudiante estaba acostado, vestido y fumando un cigarro.

—¿Pues quién se ha ido?—murmuró la patrona.

Al pasar por el cuarto de Teresa pensó:

—Y esta señora... ¿no come?

Abrió la puerta y preguntó:

—¿No va usted á comer?

Teresa no respondió.

Doña Zoa pasó á la alcoba.

—¿No va usted á comer?—preguntó de nuevo.

Idéntico silencio.

Teresa no estaba allí.

Teresa había desaparecido.

XVI

¡Ahora es ella!

Excuso decir á mis lectores cómo se quedaría doña Zoa al ver que Teresa no estaba en su cuarto.

Se le ocurrió lo que se le hubiera ocurrido á cualquiera. Que cuando sonó la puerta fué porque Teresa había salido de casa.

Teresa no había traído más equipaje que un saco de noche.

Como su equipaje iba facturado para Morata, y ella no pudo sospechar que se vería obligada á ir hasta Madrid, no pudo, al llegar á la casa de huéspedes, ni siquiera mudarse de traje.

Pero la patrona recordaba que Teresa había traído un saco de noche en la mano.

Y buscó el saco por el cuarto y no le encontró.

No le cupo ya ninguna duda de que Teresa se había ido para no volver.

Como las mujeres no pueden hacer comenta-

rios solas, doña Zoa necesitaba hablar con alguien de lo que sucedía.

Por eso, sin duda, se coló de rondón en el cuarto de la viuda y le contó lo que acababa de ver, ó de no ver, mejor dicho.

—¿Se ha marchado?—preguntó la viuda.

—Tal parece.

—¿Y adónde?

—¡Vaya usted á averiguar!

—Pero... ¿y su... marido?

—¿Su... marido?—preguntó doña Zoa marcando mucho la palabra.

—Sí.

—¡Qué se yo! Allá se las arreglen. Por mi parte, no pierdo nada, ni siquiera ha hecho gasto de dos reales la buena señora...

—¿Conque se ha ido?

—¡Y me alegro! ¡Crea usted que me alegro con toda mi alma! ¡Vaya á dar escándalos al cuerno!

La viuda se quedó sonriendo.

Doña Zoa se fué á la cocina.

Al poco rato, la viudita abrió la ventana y miró al cuarto que había ocupado Teresa.

No sé qué idea le daría, pero ello es que salió de su cuarto, y andando de puntillas se fué al de enfrente.

¿Querria ver si Teresa se había dejado algo?
El autor no lo sabe.

Lo único que sabe el autor es que estando So-

corro en el cuarto de su presunta rival, sonó la campanilla de la puerta.

Fué á abrir doña Zoa, y vió que era Anastasio el que llegaba.

Ya está ahí Anastasio, lector. ¿Te hacía falta?

Todo el dia lo había pasado fuera el bueno de Anastasio.

Pero hay que hacerle justicia; no se había olvidado de Teresita.

Y en prueba de ello, que lo primero que hizo al entrar fué preguntar á la patrona, con su *sans façon*, de siempre:

—¿Y mi señora?

Doña Zoa no se quiso meter en explicaciones.

—No sé si está ahí...—dijo.

Y se volvió á su rincón.

Anastasio entraba diciendo:

—¡Caramba! ¿No hay luz en esta casa? ¡Qué economía!

Y á tientas casi, llegó á la puerta del cuarto de su compañera de viaje.

—Está usted á obscuras, Teresita?—preguntó.

Se oyó una cosa parecida á un suspiro.

—Perdóneme usted, si he tardado tanto,—dijo Anastasio,—pero he tenido mucho que hacer.

La viuda, con esa voz con que hablamos en la iglesia y que no puede dar idea de nuestra voz natural, empezó á hablar, diciendo:

—¡Chist! Más bajito.

Anastasio empezó á hablar también como si estuviera en la iglesia.

—¿Qué pasa?—preguntó.

—Que hay ahí una persona que me conoce, y no quiero que me oiga ni me vea; y por eso he apagado la luz.

(¿Sería lista la viuda?)

—¡Ah, ya!—dijo Anastasio.—¿Y quién es? ¿Se puede saber?

—Un don Andrés Cañizares, íntimo amigo de mi esposo.

Como se ve, la viuda, que había oído por la tarde desde su cuarto la conversación entre don Andrés y Teresa, sacaba ahora partido en provecho propio.

—¡Cáscaras!—murmuró Anastasio, siempre en voz muy bajita.

—¡Ay!—dijo suspirando la viuda—¡Cuánto me hace usted sufrir!

—Señora, yo...

—Si usted supiera lo que ha pasado aquí esta tarde...

—¿Qué?

La viuda empezó á contar todo el escándalo promovido.

—¿Y qué ha hecho usted?—preguntó Anastasio.

—Hacerles salir á todos, y quedarme aquí encerrada.

—¿Ha comido usted?

—No.

—¡Qué horror! Voy á mandar que en seguida...

—¡Quieto! Si no quiero...

—Pero ¿se va usted á acostar sin comer?

—¿Acostarme? Caballero, ¿usted ignora que me marchó?

—¿Adónde?

—A mi pueblo.

—¿Sola?

—Sola.

—Teresa, ya no sé qué decirle á usted; pero, créalo usted ó no, si usted se marcha, yo me voy detrás.

Si hubiese habido luz en aquel momento, ¡qué pálido se hubiera visto el rostro de la viuda!

—Me marchó dentro de dos horas,—dijo.—
Quédese usted en Madrid, y no piense más en mí. ¿Acaso no tiene usted en quién pensar?

—¿Yo?

—¿Cree usted que no he advertido con qué afán y diligencia procuraba usted hacerse simpático á nuestra compañera de viaje?

—¡Ah! La viuda ..—murmuró Anastasio.

Y se quedó callado.

Algunos segundos después, dijo:

—Señora, efectivamente ha sido una locura lo que hemos hecho, ó mejor dicho, lo que he hecho yo. La he puesto á usted en evidencia, la he comprometido á los ojos de su esposo y... He

sido un botarate. Perdóneme usted todo, y ojalá que al volver á los brazos de su marido, encuentre en ellos la paz que á mí me falta.

La viuda respiró con fuerza.

—No la ama,—pensó.

Y dirigiéndose á él.

—¿Es decir,—murmuró,—que nada he inspirado á usted? Que...

—Ea señora,—dijo Anastasio en voz muy alta,—¿en qué quedamos? ¿La quiero á usted ó no la quiero? ¿Se vuelve usted á su pueblo ó se queda conmigo?

—¡Chiiist!—hizo la viuda tapándole la boca.

En aquel momento se abrió la puerta del cuarto del señor de Cortés y una sombra se deslizó por el pasillo, en dirección al cuarto donde estaban nuestros dos interlocutores.

—Pero, señora,—decía Anastasio en voz medio baja, medio alta,—¿si yo no la comprendo á usted! La detengo en el camino, se marcha el tren, nos quedamos solos en medio del campo, le hago á usted una declaración, y usted me dice: «Acepto». Confiado yo, la llevo á usted á casa de mi amigo el cura, y una vez allí, comienza usted á recriminarme y á hablarme de su esposo... Salimos otra vez, entramos de nuevo en el vagón, y tan pronto celebra usted mis bromas, como me insulta delante de todo el mundo. Esta mañana, al llegar á esta casa, le ofrezco á usted mis servicios, y usted los rehu-

sa, y me envía enhoramala. Paso todo el día fuera, vuelvo, voy á hablarla á usted, y parece que siente usted marcharse y que deplora mi indiferencia. ¿Qué es esto? ¿Cómo no he de asombrarme y de decirle por segunda vez: »En qué quedamos? ¿La quiero á usted ó no la quiero? ¿Vuelve usted al lado de su marido, ó se queda usted conmigo?»

La viuda no sabía qué responder.

Se había colocado en una posición falsísima.

Si hablaba fingiéndose Teresa, tenía que tro-
nar con Anastasio, y dar por acabada la con-
versación.

Y ella quería hablar, hablar mucho.

Si se descubría, era pasar á los ojos de Anas-
tasio por una mujer sin pudor.

—¿Qué haré?—pensaba.

Y entre tanto, la sombra que se había desli-
zado por el pasillo estaba en la puerta del cuar-
to, un poco inclinada y con oído atento.

Doña Zoa roncaba en la cocina.

Don Andrés se estaba poniendo paños de ár-
nica en el ojo.

Don Felipe salía en aquel momento de su
cuarto.

Al pasar junto á la puerta del que ocupaban
la viuda y Anastasio, oyó ó casi adivinó la voz
de éste.

Le entraron unas ganas de reir á don Fe-

lipe, que tuvo que sacar el pañuelo y taparse la boca.

Y se detuvo.

No quería él salir de casa sin pasar antes un buen rato oyendo lo que Anastasio dijera.

A todo esto, Manolito, harto de fumar y de estar tendido, quiso salir á distraerse un poco haciendo rabiarse á doña Zoa, pero al entrar por el pasillo, le pareció oír un leve ruido y se detuvo.

Comprendió que había gente por allí y se quedó parado para oír lo que sucediera.

—¿Qué pasa?—le dijeron al oído en voz muy baja.

Era don Andrés, que salía á buscar agua para sus paños y tropezó con él.

—¡Chiiist!...—hizo el estudiante—¡Cállese usted! Aquí pasa algo, pero yo no sé lo que es. Debe de ser cosa en que anden mujeres.

—¿Por qué?

—Porque he oído crujir un vestido de seda.

—¡Pues quietos aquí!—murmuró don Andrés, siempre con su mano en el ojo.

Y en esto se empezó á oír de nuevo la voz de Anastasio.

Todos los curiosos se inclinaron y se pusieron la mano, hueca, en el oído.

Es decir, que en la obscuridad del pasillo había nada menos que cuatro personas, y la viuda cinco escuchando lo que iba á decir el joven alevoso.

XVII

Cosa inesperada.

—Señora,—dijo Anastasio,—concluyamos de una vez. Durante todo el viaje he estado alegre, decidor y bromista, pero las cosas han variado por completo.

—¿Pues qué ha ocurrido?—preguntó la viuda, siempre en voz muy bajita, muy bajita.

—Muchas y muy graves cosas para mí.

—¿Pueden saberse?

—¿Por qué no? Así como así, las ha de saber pronto todo el mundo... Pero antes de decírselas á usted, antes de hablar de mí, es necesario que hablemos de usted misma. Yo la he obligado á usted, ó poco menos, á seguirme hasta la corte. ¿Qué efecto he causado yo en usted? ¿Qué es lo que usted siente por mí, señora? Necesito saberlo; crea usted que necesito saberlo.

La viuda... (el autor sabe de buena tinta que la viuda estaba, como vulgarmente se dice, con

el agua al cuello) hubiera dado seis meses de su vida en aquel momento por poderse marchar á doscientas leguas.

Sudaba la gota gorda.

Pero ya no había remedio. Era preciso seguir la broma, si broma podía llamarse aquello.

Anastasio estaba impaciente.

—Pero ¿qué es esto?—dijo,—¿Se ha vuelto usted muda?

Y añadió:

—Voy á encender un fósforo.

La viuda se abalanzó á él.

En la obscuridad, y sin saber á punto fijo dónde estaba su interlocutor, quiso cogerle por la mano, pero se equivocó y le cogió por las narices.

—¿Me va usted á sacar los ojos?—dijo Anastasio.

Don Felipe estaba reventando de risa.

Se apretaba el vientre con una mano y la boca con la otra.

—¡Por Dios!—murmuró Socorro.—¡No me comprometa usted!

Y arriesgando el todo por el todo, se salió del cuarto, procurando que Anastasio no la oyera.

Pero al salir la adivinó Manolito en la obscuridad.

Con la mayor suavidad del mundo la cogió de la mano y le dijo:

¡Chiiist!

La viuda lanzó uno entre quejido y grito, pero grito ahogado.

—¿Quién es?—preguntó.

—¡Silencio!—le dijo el estudiante.— Siga usted.

Y la viuda, porque no la oyera Anastasio, calló y siguió al estudiante, que empezó á andar por la obscuridad del pasillo.

A todo esto don Felipe, que oyó ruido alrededor de sí, extendió los brazos para que no le dieran un trastazo, y la viuda, que iba, como se ha dicho, siguiendo al estudiante, sintió que don Felipe la tocaba en un hombro.

Don Felipe debió conocerla, porque dijo en voz baja:

—¡Socorro!

Y ella entonces murmuró:

—Véngase usted detrás, que no sé dónde me llevan.

Y cogió á don Felipe por la manga.

Y así los tres, uno detrás de otro, cogiditos de la mano, se fueron perdiendo en la obscuridad, andando de puntillas.

Anastasio, cuando se sintió cogido por la nariz, había preguntado:

—¿Me va usted á sacar los ojos?

Y don Andrés, al oír esto, se echó la mano al ojo que le quedaba sano, por lo que pudiera suceder.

Anastasio, también por lo que pudiera suceder, echó la mano adelante para atrapar á la viuda por donde mejor pudiera.

Y ahora tengo que decir al lector, que á pesar de que la viuda acababa de salir del cuarto, Anastasio pescó una mano suave, una mano de mujer, y de mujer que olía á gloria.

Esto del olor no lo debió notar nuestro personaje, que estaba por demás preocupado.

—¡Mire usted, señora,— exclamó,— por las once mil vírgenes le suplico que acabemos! Si usted quiere volver á su país, yo la llevo inmediatamente, pero ha de ser inmediatamente, porque no quiero tampoco permanecer un instante más en la corte. Iremos á su pueblo de usted, entraremos en su casa, y yo seré el primero que me expondré á las iras de su marido de usted. Le explicaré lo ocurrido, y si se conforma, bien, y si no se conforma, mejor. ¡Ojalá me haga pedazos! De todos modos, estoy en una situación que no puede prolongarse. No crea usted que me he enamorado de la viuda esa, no. No crea usted que todas estas palabras mías son declamaciones para interesarla á usted más, suponiendo que usted se haya interesado por mí; tampoco es eso.

Un silencio sepulcral fué la respuesta de las palabras de Anastasio.

Éste continuó:

—Voy á ser con usted todo lo franco que pu-

diera ser con un amigo de la infancia, con un pariente, con un hermano. Sufro atrocemente; en dos ó tres horas he cambiado de genio por completo; el tiempo que he estado hoy fuera de casa ha sido mas que suficiente para transformarme.

¿Se acuerda usted de mis bromas de ayer, de mis chistes, de mis ocurrencias, de mis burlas á todo el mundo? Pues ya no hay nada de eso, nada, absolutamente nada. Aquéllos eran momentos de expansión que yo he estado buscando durante mucho tiempo, engañándome á mí mismo y engañando á los demás. ¡Ah, señora! Yo soy un desgraciado, ó mejor dicho, yo soy un miserable.

Calló un momento.

Se oyó un suspiro.

—¿Suspira usted?—dijo Anastasio.—Eso me anima á contárselo todo; sea del género que quiera el interés que mi relación le inspire, yo lo agradezco y lo agradeceré eternamente. Oígame usted, y juzgue de mi estado.

Ayer, cuando usted me preguntó si era soltero, le dije que sí.

Mentí, señora. Yo soy casado.

Soy casado,—continuó Anastasio,—y casado con una mujer hechicera, con una mujer cariñosa y buena, con una mujer que debió unirse á quien no la hubiera hecho tan desgraciada como yo la he hecho. Yo soy voluble, lo he sido siempre; la inconstancia me domina, me hace infeliz

pero infeliz como no es posible que lo sea nadie en el mundo. Hace mucho tiempo que he abandonado á mi esposa, y ella...

Aquí Anastasio se detuvo, porque... estaba llorando.

—Ella,—siguió el joven,—ella no imitó mi conducta. La he faltado... y ha sufrido en silencio devorando su pena.

Esta tarde cruzaba yo la Carrera de San Jerónimo; un amigo, á quien no veía hace algunos años, me sale al encuentro y me saluda con efusión.

Después de las cariñosas frases naturales en tales casos, me pregunta por mi esposa.

Sin saber qué responderle, intento variar de conversación, pero él insiste diciéndome:

—No te empeñes en ocultarme lo que pasa; lo sé todo... ¡y más!

—¿Y más?—pregunto yo.

—Sí,—me responde;—puede que sepa más que tú.

—¡Habla!—exclamo yo impaciente.

Y mi amigo me cuenta toda una historia de lágrimas.

—Tu esposa—me dice—quedó sola cuando tú saliste de tu pueblo.

—Sí, sola con dos criados.

—Tú te marchaste á poco de haberos separado.

—Sí.

—Fuiste tan malo (y perdóname que te recrimine), que te olvidaste hasta de los más imprescindibles deberes. Tu mujer estaba pobre; tú no te acordaste de que necesitaría algo para vivir. La dejaste, pues, á merced de la Providencia. Faltándole todo, pudiera haber prescindido de todo respeto social y lanzarse en una senda viciosa, pero tu esposa no se olvidó de respeto ni deber alguno. Hubiera muerto de hambre, pero hubiera muerto honrada. Por fortuna, encontré quien la tomase bajo su custodia.

—¿Y quién fué?—pregunté yo entonces, interesado en el relato.

—Don Rafael,—me contestó mi amigo.

Don Rafael es un antiguo amigo de mi casa; un hombre con cuya amistad se honraba mi padre, y cuyos buenos sentimientos son generalmente conocidos.

Cuando me casé fué padrino de mi boda; conocía desde niña á mi esposa y la estimaba en lo que valía.

Figúrese usted qué efecto me harían las palabras de mi amigo.

—¿Don Rafael?—le dije.

—Sí, don Rafael.

—Y entonces...

—Don Rafael ha velado por tu esposa, la ha recogido; la ha amparado... En cuanto á ella, no ha hecho más que llorar desde que tú la has dejado. Su vida es un tormento incesante; ni sale,

ni se distrae, ni es feliz con nada .. ¡Pobre Luisa!

Las palabras de mi amigo me han hecho una impresión tal, que en vano podría explicar á usted lo que pasa en mi corazón.

Yo había creído hasta hoy que mi esposa me había sido infiel, que había imitado mi conducta, que... ¡Dios sabe cuánto la he calumniado!

¡Y cuando pienso que acaso ayer mismo, cuando yo reía y cantaba, y la llevaba á usted de brazo por el campo, mi pobre mujer estaría pensando en mí; cuando recuerdo que mientras he pasado noches en vela entre vino y mujeres, ella pensaría en mi cariño perdido... ¡Ah, Teresa, amiga mía! ¡Perdóneme usted este desahogo, pero yo no puedo más, me está ahogando la penal...

Nada contestó la figura invisible á las palabras de Anastasio.

Sin embargo, éste sintió que la mano que apretaba entre las suyas, temblaba convulsivamente... luego sintió que le arrastraba hacia sí, y oyó el ruido de un cuerpo que caía sobre un mueble.

—¡Teresa!—dijo Anastasio.

Solo obtuvo sollozos por respuesta.

—¿Qué es esto?—exclamó Anastasio.—¿Qué misterio hay aquí?

Y no quiso esperar más.

Sacó un fósforo, lo encendió, y vió una mujer desmayada; una mujer, que no era Teresa; una

mujer encantadora, pálida como la muerte; una mujer á quien él reconoció, y que le hizo prorrumpir en este apasionado grito:

—¡Luisa! ¡Luisa de mi alma!

Era su mujer.

Era la sombra que había salido del cuarto del señor de Cortés y se había deslizado á lo largo del pasillo.

Porque ha de saber el lector que el señor de Cortés era el don Rafael de quien había hablado Anastasio.

Don Rafael Cortés, que había llevado á Luisa á Madrid hacía un mes, diciendo que era su señora á las personas que no la conocían.

Luisa había oído desde su cuarto la voz de Anastasio cuando éste entró preguntando: «¿Y mi señora?»

Y una feliz casualidad había reunido á los dos esposos.

¡Cosas del mundo, lector, cosas del mundo!
Donde menos se piensa, salta la liebre.

XVIII

Otro escándalo.

—Luisa, Luisa mía,—decía Anastasio, enjugando las lágrimas de su mujer, que acababa de volver en sí.

—Ni una palabra, ni una sola de disculpa,—dijo ésta;—te lo perdono todo.

—¡Oh! Eres demasiado buena. ¡Puedo jurarte fidelidad eterna!—murmuraba Anastasio.

Y el lector no se asustará si le digo que le dió diez ó doce besos.

Me parece que entre marido y mujer no tiene nada de particular.

A todo esto comenzaron á oirse unos gritos tan penetrantes y destemplados por el pasillo, ó acaso más lejos, que Luisa y Anastasio no pudieron menos de percibirlos.

Se oía chillar, pedir favor, sonaban bofetadas y tiros; en fin, aquello debía ser cosa grave.

¡Ya lo creo que lo era!

Verá usted lo que había sucedido.

El estudiante, la viuda y don Felipe se habían ido, como sabe el lector, cogiditos de la mano como tres niños zangolotinos.

Manolito, que era el mismo demonio, había ideado un plan que no podía menos de dar resultados prontos y positivos.

Si él hubiera ido solo con la viuda, ya habría sabido lo que tenía que hacer, y el lector puede figurárselo fácilmente tratándose de un estudiante tuno y de una viuda guapa.

Pero Manolito había oído que la viuda se traía á alguien detrás, y él dijo para su coletó:

—¿Sí? Te traes un escudero por si acaso, ¿eh? Pues os voy á divertir á los dos.

Y fué y con mucha suavidad abrió la puerta del cuarto del señor de Cortés y metió dentro á don Felipe y á su amiga.

En seguida volvió pasos atrás, y buscando á tientas á don Andrés, le dijo:

—Amigo, no dirá usted que no le protejo. Allá en el cuarto de Cortés, que está desocupado, tiene usted una señora solita, y la puerta abierta.

Y don Andrés, que era muy aficionado á estas cosas y pensó que cuando Manolito se había acercado al cuarto de Cortés sería porque éste no estaría en casa, echó á andar de puntillas siempre con la mano en el ojo, y se coló de rondón en el cuarto.

En seguida Manolito le dió dos vueltas á la llave, que estaba por fuera, y se volvió á su aposento, riéndose con una satisfacción que daba gusto verle.

El señor de Cortés, á quien con el berrinche que tuvo por la tarde se le había indigestado la comida, estaba acostado y dormía en aquel momento.

Pero como las tres personas que entraron en el cuarto, aunque no hablaban, hacían ruido; y don Felipe tropezó con un lavamanos y lo volcó, haciendo el estrépito consiguiente, se despertó el caballero de la cara torcida, creyó que serían las dos ó las tres de la mañana y habrían entrado ladrones en el cuarto, y por vía de exordio, lo primero que hizo fué alargar la mano á la mesa de noche, coger el revólver y disparar un tiro á quemarropa, que le abrasó á don Andrés el ojo sano.

La viuda comenzó á gritar, don Felipe á dar alaridos, don Andrés chillaba, puestas ya las dos manos una en cada ojo, y el señor de Cortés, echaba sapos y culebras por la boca, fué disparando las ocho balas que el revólver tenía.

No hay para qué decir el escándalo que esto produjo.

—¡Ese es don Rafael!—dijo Luisa.

—¡Vamos allá!—gritó Anastasio.

Y los dos se dirigieron á la puerta del cuarto,

donde ya estaba doña Zoa, dando voces y gritando: «¡Ladrones!»

Y el ruido crecía, y dominándolo todo, se oían las estrepitosas carcajadas de Manolito, que solo en su cuarto, estaba boca abajo en la cama y con dolor de tripas de tanto reirse.

—¡Alto!—gritó Anastasio.—¡Alto, don Rafael! ¡Reconózcame usted! ¡Soy yo, Anastasio!

—¡Abra usted!—gritaba Luisa.—¡Que está aquí mi marido y nos hemos reconciliado!

—¡Que venga un inspector,—gritaba doña Zoa,—y que se los lleve á todos á la cárcel!

Por fin Anastasio, con dos ó tres patadas, hizo saltar la cerradura y se abrió la puerta, y á favor del velón que doña Zoa tenía en la mano, se vió á don Andrés chorreando sangre por los ojos y pegado á un rincón; á don Felipe abrazado á la viuda y con un chirlo en la cara, y la señor de Cortés en camisa, con la peluca por careta y un paraguas cerrado en la mano, repartiendo leña en todas direcciones.

Abrirse la puerta y echar á correr como demonios don Andrés, don Felipe y la viuda, fué cosa que ni hecha al vapor.

Y el señor de Cortés, olvidándose de todo, hasta de su traje, y fijándose solamente en que Luisa había encontrado á su marido, abrazaba á éste con toda la fuerza que Dios le dió, que no era poca, exclamando:

—¡Venga usted acá, so libertino, so pícaro!

¡Ya era hora de que volviera usted á la buena senda!

Doña Zoa, con su velón en la mano, y más sofocada que nunca, decía:

—¡Es menester que se vayan ustedes de mi casa!

Y fué al cuarto de la viuda, que por cierto estaba llenando de insultos á don Felipe, cuya cara parecía una carnicería, y les apostrofaba á los dos diciendo:

—¡Ahora mismo se van ustedes de mi casa!

Y luego fué al cuarto de don Andrés, que estaba ya completamente ciego, y le gritaba:

—¡Largo de mi casa!

Y en aquel momento salió Manolito de su cuarto, y con la mayor extrañeza preguntó á la patrona:

—Pero, señora, ¿qué casa es ésta? ¿Qué escándalo es éste? ¿Se puede saber lo que ha ocurrido?

La buena de doña Zoa se lo contó todo, y el pícaro del estudiante se santiguaba muy asustado.

XIX

Preparación para el epílogo.

A los dos días de suceder lo que queda dicho, los periódicos de Madrid publicaron una noticia originalísima; una noticia que le viene al autor como de molde para referir á sus lectores el desenlace de esta verídica historia.

El lector estará deseando saber qué fué de Teresa, ¿no es cierto?

Salió de la casa de huéspedes que no era de huéspedes... ¿y adónde fué?

¿Adónde había de ir sino á la estación del ferrocarril?

Pero estaba de Dios, sin duda, que los compromisos de aquella señora de mis pecados no acabaran nunca.

Como no había estado nunca en Madrid, no sabía por dónde iba.

Como iba tan preocupada y tan aburrida, anduvo, anduvo, anduvo, y llegó hasta la plaza de Isabel II.

¡Digo! ¡Desde la calle de la Reina!

Al llegar allí, se acordó de que cuando entró en la corte don Felipe dió las señas al cochero y no hubo necesidad de más explicación.

Teresa vió una fila de coches de alquiler en la plaza de Isabel II.

Se acercó á uno, y dijo al cochero:

—¡Al ferrocarril!

Era la hora de la salida de los trenes del Norte, y el cochero, sin enterarse de más, fué y la zampó en la estación del Norte.

Teresa pidió en el despacho un billete para Morata.

El empleado se echó á reir.

Teresa preguntó por qué era la risa, y entonces el empleado tuvo que decirle que Morata estaba en otra línea, y que la estación del Mediodía estaba al otro extremo de Madrid.

Teresa se desmayó. ¡Lo de siempre!

Cuando volvió en sí se encontró...

¿Dónde dirán ustedes que se encontró?

Aquí copio la noticia que publicaron los periódicos.

«Un suceso, entre grave y cómico, ha tenido lugar en Zaragoza.

»Parece ser que una señora que se había desmayado en la estación del ferrocarril del Norte, en Madrid fué recogida por un caballero, que la metió en uno de los vagones.

»Al poco rato y cuando la señora volvió en sí,

se puso furiosa, diciendo al caballero que ella no pensaba viajar por aquella línea; á lo que el caballero contestó, que habiéndola encontrado desmayada en la estación en traje de viaje y á la hora precisa de salir el tren, creyó que si no la metía en el vagón se iba á quedar en tierra.

»La cosa no paró ahí, sino que el caballero, echándola de galante, se empeñó en acompañar á la señora adonde fuera, y tuvo que dar un rodeo bastante regular, supuesto que la señora debía ir á Morata, que como saben nuestros lectores, es un pueblecito de la línea de Zaragoza.

»Pero no es esto lo más grave, sino que al detenerse en Zaragoza los dos viajeros, muy obsesivo él y muy desesperada ella, llegó el tren de Madrid, y de uno de los vagones bajó un caballero, que en cuanto vió á la señora y á su acompañante, emprendió á garrotazos con los dos, dejándolos tan mal parados, que ella quedó toda estropeada y él con la cabeza rota, renegando de haber dejado sus negocios y haber dado un rodeo mayúsculo por ser galante con el sexo bello.

»Parece que el agresor era el marido de la señora.

»Los tribunales entienden en el asunto.»

EPÍLOGO

¿Sabes, lectora bella, lo que los tribunales entendieron en el asunto?

Pues entendieron que don Anastasio y Teresa firmaron el divorcio.

Hace ya dos años que están divorciados.

Y todo ¿por qué?

Por aquella pícara aceituna que tomó Teresita de manos de Anastasio en el primer capítulo del libro.

Por aquella taza de café tan largo de tomar.

Por aquellas bromitas y aquel poco juicio.

¿Servirá de ejemplo, lectora?

Yo me alegraría mucho.

Réstame decirte que Anastasio y Luisa tienen un niño muy guapo, y que don Rafael cuenta á todo el mundo el fausto suceso.

Que don Felipe se ha hecho muy amigo de

este matrimonio, y en cuanto entra por la puerta, ya se está riendo.

Que la viuda aquella sueña todas las noches con Anastasio, en su cortijo de Sevilla.

Que Manolito sigue tan travieso, y doña Zoa tan servicial y tan guapa.

Don Andrés es el que se ha quedado tuerto de un ojo y bizco del otro.

¿No es verdad que siempre lo paga el que menos culpa tiene?

FIN

DEL AMOR...

Y OTROS EXCESOS

DEDICATORIA

A diez y siete mujeres.

Vosotras tendréis la culpa de todo lo malo que haya en este libro, así como de lo bueno.

Vosotras me habéis hecho observar una porción de cosas, que sin vuestra picardía proverbial no hubieran sido conocidas por mí.

Os he querido más ó menos, mucho tiempo ó poco, según y conforme. Me habéis dado los disgustos á docenas y las desazones á millares. Me habéis hecho sufrir horriblemente con vuestros caprichos y vuestra mala ortografía. Tengo en este momento veintitres años, un mes, y veintidos días, y catorce horas y siete minutos, y tengo arrugas en la cara y se me va cayendo el pelo. Os doy un millón de gracias por todo, y en prueba de gratitud que os guardo, y que no os pienso devolver, os dedico estas páginas para vuestro conocimiento y efectos consiguientes.

23 de Julio de 1867.



LA PRIMERA OCURRENCIA

Suponiendo que yo quiera hacer un libro, y que necesito un objeto capital que sea la base de mi libro, ¿no debe llevar un prólogo el libro?

Vamos á ver ante todo qué asunto puedo elegir.

El amor, no me parece del todo malo.

¿Verdad que vale la pena de emborronar doscientas ó trescientas cuartillas?

Y son pocas á fe. Pero ¡qué diablos! la dificultad de las cosas consiste en decidirse á empezarlas.

Figurémonos que en un tomo no dijera todo lo que pienso.

Haría otro.

Y otro después.

Y otro en seguida.

Precisamente esto es muy fácil. Sólo se necesitan tres cosas: pluma, tinta y papel.

¿Ustedes creerían que para hacer un libro se necesitaba algo más que eso?

Pues no hay tal cosa. El talento, la imaginación, el estilo, hasta la ortografía, son cosas de

que hoy no hace caso ningún autor ávido de fama.

Hay una receta infalible para hacer libros, como la hay para hacer croquetas.

Dice así:

«Tomarás media docenita de autores franceses, ó ingleses, ó alemanes. que hayan tratado la materia de que tú quieres ocuparte; copiarás de ellos lo que mejor te parezca, procurando hacerlo de modo que el lector no te entienda bien para que le parezca mejor; añadirás de tu cosecha cuatro frasecillas que huelan á moralidad á media legua, aunque tú seas un solemne tunante; cogerás de cuando en cuando una palabra que te guste y le darás vueltas y más vueltas sacando de ella equívocos, chistes, *calembours* y demás cosas al uso; citarás á cada paso una sentencia de Moisés, otra de Cervantes, otra de Fenelón, otra de Blondín y otra del Chiclanero; dirás cuatro verdades, de esas que todo el mundo sabe de memoria; y con esto y decir á un amigo de buenas tragaderas que te escriba un prólogo altisonante, *es probado.*»

Ya saben ustedes el *sistema*.

Yo debo seguirlo, so pena de ser traidor á las costumbres de mi época.

Voy, pues, á buscar un amigo que escriba el prólogo de mi libro.

SEIS MIL DOSCIENTOS AMIGOS

Vamos á ver: ¿tendré yo un amigo?

Creo que sí; conozco en Madrid unas seis mil personas, digo, á lo menos lo parecen, y si hay alguna que no lo es, no estoy obligado á averiguarlo.

De estas seis mil personas, casi la mitad son mujeres.

Estas no sirven para hacer un prólogo, y voy á probarlo.

Mil y quinientas no saben escribir.

Cien, no se comprometen á escribir á nadie; hacen bien.

Otras cien, han escrito demasiado, y están cansadas.

Otras cien, no saben lo que es amor, y disparatarían al ocuparse del asunto.

Otras cien, lo saben de buena tinta, y dirían cosas que no conviene que sean publicadas.

Quedan todavía otras cien.

Estas son todas escritoras, pero veinticinco

escriben muy mal, otras veinticinco escriben peor, y otras veinticinco no saben lo que se dicen.

Restan aún veinticinco escritoras con faldas, pero, estoy seguro de que todo hombre que ve un artículo firmado por una mujer, sufre lo mismo que si viera á un hombre dándole de mamar á una criatura.

Está visto que las mujeres no me convienen. Veamos los hombres.—¡A ellos!

Yo debo tener muchos amigos... entre mis tres mil conocidos... ¿cuántos habrá que me quieran como yo á ellos?

Si busco el prologuista entre mis colegas de ésta que hemos dado en llamar república de las letras, me va á *partir*, como se dice vulgarmente. Hará por lucirse en sus diez páginas, y me destruirá mis trescientas; le obligaré á mentir diciendo que mi libro es precioso, según la costumbre establecida, y para librarse del pecado irá diciendo por ahí cuando yo no le oiga, que el libro es malo, que el prólogo es bueno y que me ha servido por compromiso; porque esto es también lo que se usa.

No señor, nada de literatos; buscaré hombres.

¿Cómo averiguaría yo quién es mi amigo de corazón? ¿Cómo probaría yo la amistad?

Voy á decir que no tengo dinero. Voy á escribir una circular pidiendo á mis amigos... poca cosa; mil reales.

Escribo la circular y tiro de la campanilla.
 —A ver, Pedro! Lleve usted esta carta al conde de X, mi querido amigo.

.....

Vuelve Pedro y dice que el conde *me verá*. Lo siento, porque esto quiere decir que no hay tu tía, y he perdido el dinero y el amigo.

—¡Pedro! lleve usted esa carta á mi amigo Felipe.

Felipe me probará su amistad. Es un muchacho á quien he dado de almorzar muchas veces, y dinero muchísimas. Le recomendé á un director general y le colocaron no sé adonde con diez mil reales...

Ya vuelve Pedro.—¿Qué ha dicho ese caballero?

—No recibe.

—¿Eh? ¡Qué importancia! ¿Está usted seguro?...

—¿No he de estar seguro, si me lo ha dicho él mismo?

—Basta. Lleve usted la carta á León.

¡León sí que me quiere! Nos conocemos hace seis años, le he cedido dos novias por no reñir con él, y le he hecho una reputación de autor dramático ocupándome de él todos los días en cuatro periódicos.

A los diez minutos vuelve Pedro sudando la gota gorda.

—Señorito, dice don León que no tiene un cuarto.

—¡No puede ser! ¿Pues y el éxito de su último drama *La agonía del portero*?

—No sé, señorito, él dice que no tiene un cuarto.

—Lleve usted la carta al Sr. Midoré.

Midoré es un banquero amigo mío que me ha dicho muchas veces:—Siempre que á usted le falte dinero, acuérdesse usted de mí.

Vuelve Pedro, y dice:

—Me ha dicho ese señor que por ahora no puede complacer á usted, porque se le ha muerto una tía...

—¿Es decir que cuando se muere una tía no se pueden prestar dos mil reales? ¡Oh! ¡Quién tuviera mil tías y un permiso para matar mujeres!

Ea, Pedro, venga la carta; hemos concluido.

Está visto que si quiero probar á mis amigos, averiguaré que no tengo ninguno.

Vaya el prólogo; quien lo haga ha de decir lo que á mí me convenga... por consiguiente lo mismo puedo hacerlo yo.

Pues qué, ¿yo no es el mejor amigo de mí mismo? ¿No soy yo el inseparable, el mejor, el más íntimo de mis amigos?

Haré yo mismo el prólogo. La modestia desapareció de España hace ya tiempo.

Seamos francos.

PRÓLOGO

Grave, árdua, espinosa y hasta cierto punto difícil tarea es la que emprendemos al ocuparnos de este libro, porque nada hay más difícil, espinoso, árduo y grave que ocuparse de un libro nuevo, tarea que hoy emprendemos.

El amor que según San Agustín nos hace desear, buscar y encontrar, y que según Campródón es una pasión vehemente, es el asunto capital de esta bella obra. Asunto simpático, interesante y origen de todas las peripecias porque el hombre pasa en este tortuoso y escabroso y penoso y angustioso camino de la vida.

Decía el caballero Peloti, sabio piamontés, profesor de hotentote en varias universidades de España, que el amor es una pasión innata en el corazón del hombre, (*passione innata nel cuore del uomo*) verdad profundísima para cuyo estudio es necesario largo tiempo; y partiendo nosotros de suposición tan sabia como juiciosa, hemos creído conveniente coadyuvar al éxito de una empresa cuyo objeto principal es encami-

nar á la juventud animosa, á cultivar esa flor cuyo tiesto es el corazón humano, y cuyo aroma embalsama los dilatados espacios en que se mece la fantasía del joven inexperto.

Este libro es lo más á propósito para conocer á la mitad del mundo; á la mujer, á esa ángel con tirabuzones cuyas miradas infunden la fe en el alma del célibe sensible, y cuyas sonrisas son tan caras para el sensible marido, que vienen á salirle á cuarenta reales una con otra.

En este libro hay una propensión encantadora á la burla; y siendo la burla el alimento principal de los inocentes españoles, claro está que este libro es un artículo de primera necesidad, indispensable á las familias.

Nada diremos del autor, cuyas obras conocemos demasiado; deberes de amistad nos incitan á hablar del autor en términos cariñosos, pero deberes de delicadeza nos impiden elogiarle, y solo diremos como de pasada que su libro es muy bueno, lo cual acaso sea mucho decir, pero cosa es ésta muy admitida entre nosotros.

Copiar aquí frases de la obra que el lector va á conocer inmediatamente, fuera prolijo y molesto. Nos limitamos á decir al público: lee, paga... y calla. Que tal es la filosofía de todos los libros que han aparecido en el mundo, y tal es el deseo de todos los filósofos del orbe, desde Platón el divino hasta Arderíus el magnífico.

¿Vale?

DEL AMOR... Y OTROS EXCESOS

EL CATECISMO

—Decidme, niña, ¿sois amante?

—Sí, señor, por obra y gracia de mis pocos años.

—¿Qué cosa es ser amante?

—Es querer mucho á un sujeto que lleva patillas y bigote; que escribe coplas en los periódicos, que tiene los ojos negros y el chaleco blanco, y se llama *hombre*.

—¿Cuántas clases de hombres hay?

—Tres: el pollo, el gallo y el oso.

—¿Son tres hombres?

—No, señor.

—¿Pues qué son?

—Son tres osos distintos y una sola calamidad verdadera.

—¿Tiene otro nombre esa calamidad?

—Sí; también se llama marido.

—¿Cómo es el marido?

—Es un señor infinito, grande, muy amigo de nuestros amigos, é interminable.

—¿Por qué le queréis, pues?

—Porque siempre tapa algo.

—Decidme las obras de misericordia.

—Bienaventurados los hombres, porque ellos hacen lo que les da la gana.

Bienaventuradas las mujeres, porque hacen lo que les da la gana á los hombres

Bienaventurados los que creen de buena fe, porque ellos se tienen la culpa.

Bienaventurados los mansos, porque será que les conviene.

Bienaventurados los tontos, porque abundan.

Bienaventurados los que buscan una mujer, porque ellos se casarán.

Bienaventurados los solteros, porque ellos serán perseguidos.

Bienaventurados los casados, por eso.

Bienaventurados los pobres, porque no conocerán mujer.

—Perfectamente. Ahora concluyamos con las preguntas dificultosas. ¿Cuándo serán juzgadas las mujeres encantadoras?

—El día del juicio de los hombres débiles.

—¿Y cuándo llegará ese día?

—¡Nadie lo sabe!



DEFINICIONES

¿Te figuras, lector piadoso, que voy á imitar á todos los autores?

¿Crees que voy á citar aquí todas las definiciones que han dado todos los sabios del mundo, y de Madrid, para que nos enteráramos de lo que es el amor?

No.

Eso sería seguir el camino trillado. Eso sería llenar la mitad del libro con frases ajenas.

No estoy por tal sistema. Estoy por hacer las cosas mal, pero solo.

Alfonso Karr, ese jardinero ilustrado, ha sembrado su libro de las *Mujeres* de flores inventadas por los hombres.

Severo Catalina ha hecho un libro titulado *La Mujer*, tomando de aquí y de allá pensamientos, sentencias, máximas y cosas á este tenor, que ha ido recordando ó recortando de diferentes libros.

¿Voy á ser yo la segunda edición de Karr, ó de Catalina?

¡Libreme Dios!

Hay además otra circunstancia que me impide hacer una colección de frases de sabios.

Los sabios son pocos: sus nombres son conocidos hasta el fastidio. En leyendo una máxima en una colección de ellas, puede estar seguro el lector de que al pie encontrará los nombres de *Aristóteles*, *Platón*, *Virgilio*, *Shakespeare*, *Calderón*, *Corneille*, *Lope de Vega*, *San Agustín*, *Ninon de Lenclos* y *Madama de Sevigné*, y *Madama de Stael*, y *Madama de Maintenon*, y dos ó tres docenas más de madamas.

Estos nombres han sonado ya mucho en folletos, en folletines, en libros y en todo papel impreso.

¿El lector conoce á los autores? Pues nada le contaré yo, si le cuento lo que los autores me han contado á mí.

¿El lector no los conoce? En tal caso tengo que empezar por enseñarle á pronunciar la mitad de los apellidos. Y si doy con un lector irascible, y le digo que de las letras que tiene *Shakespeare* ha de pronunciar dos, ha de balbucear tres, se ha de comer dos y media, y por último ha de tomar corrida para decir *Séspir* de modo que no lo entienda ningún español, ni ningún inglés (hecha inclusión de los suyos), de seguro me envía noramala.

Por último, yo abrigo la opinión de que muchos hombres célebres no han tenido tiempo para conocer á las mujeres, que son los verdaderos filósofos del amor.

Y por otra parte, no hay gente que diga más tonterías que los sabios, ni hay personas que digan mejores cosas que los tontos.

¿Qué apostamos á que confundo á cualquiera con una frase?

Y el lector puede también confundir á cualquiera con una frase.

Hé aquí el medio.

Llega usted á un círculo de escritores y dice:

—Señores, vengo encantado; he estado repasando las obras de Milton...

—¡Aaaah! dicen en seguida todos.

Usted continúa:

—Verán ustedes qué pensamiento:—El amor es el sol del alma.

—¡Ooooohh! exclaman todos admirados.

Deja usted pasar seis meses, para que la frase se olvide, ó se dirige á otro círculo de gente tan ilustrada como la del círculo primero.

Y esta vez entra usted riéndose á carcajadas.

—Señores, ¡qué rato he pasado! ¿No conocen ustedes á Calaguala, ese poeta extrajudicial?

—Sí, sí, exclaman todos dispuestos á burlarse del poeta silbado.

—Miren ustedes qué especie de máxima nos

ha regalado en su último artículo. El amor es el sol del alma.

Todo el mundo suelta la carcajada.

—¡El poeta Calaguala! dice uno.

—¡Que me sirvan á Calaguala! dice otro.

Y así sucesivamente.

Ahora bien, la frase no es ni de Milton, ni de Calaguala. Pero llevando al pie uno ú otro nombre, ó vale mucho ó no vale nada.

Renuncio, pues, á las ideas de los sabios; me atengo á los seres vulgares; á los que han amado y me han contado sus amores; á los que saben las cosas por experiencia.

Y ahora, no me queda más que hacer sino ir regalando á ustedes mi colección *sui generis*.

—

El amor es el tambor mayor de todas las pasiones.

—Un teniente de carabineros.—

El amor es una cosa que se siente al principio, pero de la cual no se puede prescindir luego.

—Una señora mayor.—

Para saber lo que es el amor, no hay más que casarse y quedarse cesante á los dos días de la boda.

—Uno que fué empleado.—(1).

(1) Ha fallecido.

Los que no aman es porque no sienten amor.

—Un sabio alemán.—

El amor es un artículo de primera necesidad; una bujía que brilla veinte años y al apagarse le deja á uno tan fresco...

—López, fabricante de velas.—

El amor ocupa el corazón como un estudiante una casa de huéspedes; cuando le dan calabazas se marcha sin pagar á la patrona.

—Una joven desengañada.—

El amor es la intersección de la índica refractaria, investida del ridículo recipiente de los cereúleos ígneos.

—De cualquier poetisa moderna.—

El amor es una comida que da mucho dolor de estómago.

—De un recaudador de contribuciones.—

El amor tiene sus más y sus menos: cuando es sin-cero, no vale gran cosa.

—Un profesor de matemáticas.—

El amor es una pasión que no se debía sentir de noche.

—Un sereno.—



NUEVAS DEFINICIONES

I

Las anteriores definiciones pudieran haberme dado alguna luz acerca de la pasión alma del mundo; pero no me habían dejado completamente satisfecho, y deseaba á toda costa completar mis conocimientos en la ciencia amatoria.

¿Qué es el amor? ¿Cuál es la verdadera definición?

Esto decía yo una noche después de haber hablado á una mujer muy hermosa.

Me había entusiasmado aquella mujer.

Sentía dentro de mí algo parecido á lo que deben sufrir los hidrófobos.

¡Qué inquietud! ¡Qué zozobra! ¡Qué hormigueos!

¿Será esto el amor? me preguntaba yo. ¿Qué es el amor? Y vuelta á lo mismo.

Pues señor, dije por fin, no hay más que preguntarlo para saberlo. Todos los hombres se han enamorado alguna vez. Todos sabrán lo que es amor. Vamos á ver qué demonios es eso.

Y me lancé á la calle.

II

Al primer amigo que encuentre... le paro, iba yo pensando.

Y vea usted qué casualidad; á los cinco minutos me encontré á un amigo que se llama Pepe, que es tuerto, y que tiene veintidos millones.

—¡Eh, Pepe!—le grité.

—¡Hola, chico!

—Hazme el favor de decirme una cosa.

—Tú dirás.

—¿Qué es el amor?

Pepe sonrió y me dijo:

—¡Psth! El amor es... gastarse veinte mil duros con una modista ó con una bailarina, empapuzar á la mamá con golosinas y pasar un verano en Biarritz.

—¡Gracias!

Y me marché, dejándole con la boca abierta.

III

—¡Cáspita! iba yo pensando..... gastarse veinte mil duros... pues no debe ser amor lo que yo siento, porque no llevo encima más que tres pesetas.

Me encontré á Eduardo; otro amigo *intimo*.

Eduardo es poeta; sensible como una señorita, y cariñoso como un perro ratonero.

—¡Hola, Eduardo!

—¿Hola?—me dijo.—Vénte conmigo al Prado.

—No puedo, tengo mucho que hacer.

—Adios, pues.

Espera un momento. ¿Quieres decirme qué es el amor?

—Pero, hombre, ¿á qué viene eso?

—No te importe; ¿me respondes, ó no?

—Sí; es la reunión de dos almas en una; es el ideal, el cielo en la tierra, el suspiro del céfiro, el arroyo que murmura, el sol que se pone...

—¡Ea, que te alivies!

IV

A los pocos pasos me encontré con un tal don Timoteo, algo pariente mio, y algo más teo que pariente.

Permítame usted....

—¡Oh! ¿Es usted, queridísimo?

—Gracias, gracias; vamos al caso. ¿Me quiere usted decir qué es el amor?

—¡Qué pregunta tan original! ¿Está usted malo?

—No señor, estoy muy bueno. ¿Qué es el amor?

—Hombre... el amor es... tener una esposa como mi Baltasara, que sepa cuidarle á uno y á los niños, y sepa remendar un gabán y aderezar

bien las perdices. Eso es el amor y lo demás es un cuento.

—Muchas gracias, que usted se divierta.

V

Me dirigí á un cochero que estaba durmiendo en el pescante.

—¡Eh, cochero!

No respondió.

—¡Eh, cochero!

Tampoco respondió.

—¡Bárbaro!

—¿Quién llama?—dijo abriendo los ojos.

—A ver...

—¿Dónde vamos?

—A ninguna parte. Dos pesetas de propina si me respondes á una pregunta.

—Diga usted.

—¿Qué es el amor?

—Mire señuritu que á lus burrachus les llevan á la cárcel.

—¡Bárbaro! Cinco pesetas si me respondes.

—¿Peru es de veras?

—Sí; ¿qué es el amor?

—¡Vaya en gracia! El amor es... la duncella del cuarto terceru...

—Basta, estoy enterado.

Y me alejé decidido á preguntar á todo el mundo.

VI

—¿Qué es el amor, señores sabios?

—«El egoísmo de dos». —«Dos seres que unidos forman un ángel». —«La dicha del hombre.» —«El infierno en la vida». —«La tela de la vida bordada por la imaginación». —«El suplicio de Tántalo». —«La gloria». —«El sol del genio». —«La única verdad». —«Una convulsión». —«Esto,» «lo otro».

Muchas gracias.

VII

—¿Qué es el amor, señoras mujeres?

Una niña. —Es un tormento que hace llorar, pero que se sufre por hacer las paces.

Una joven. —Es lo que me profesa Arturo.

Una jamona. —¡Lo que yo tuve!

Una vieja. —¡Lo que ya no tengo!

Una coqueta. —¡Yo no sé lo que es!

Una hermosa. —Mi esclavo.

Una fea. —Mi enemigo.

Coro de mujeres. —¡Una cosa muy necesaria!

VIII

—¿Qué es el amor, señor comerciante?

—Un género que vale muy poco.

—¿Qué es el amor, señor pobre?

- Lo que me hace olvidar que no como.
 —¿Qué es el amor, señor filósofo?
 —Una ilusión.
 —¿Qué es el amor, señor viudo?
 —Una tontería.

IX

Me fui á mi casa rendido, trastornado, confundido, mareado, tonto, loco, borracho... y sin saber á qué atenerme.

Ví que cada cual lo tomaba á su modo, y que cada uno lo definía conforme á su conveniencia.

Me convencí de que el mundo es una jaula de locos.

De que el amor es una cosa que está en el corazón de todo el mundo.

De que...

Pero á todo esto—decía yo—¿qué es el amor?

Me tendí en la cama.

El recuerdo de aquella mujer me perseguía como un deudor á un acreedor.

X

La veía tan bonita, tan vivaracha...

Sentía hacia ella una atracción irresistible.

Me dormí. (Esto lo he sabido después.)

De pronto pegué un salto, como si me hubiera mordido un perro.

Estaba soñando.

Pero soñando de la manera más deliciosa...

Veía aquella mujer más encantadora que nunca, y aquella mujer se acercaba á mí, se acercaba... se acercaba.....

Me puso la mano sobre el corazón.

Sentí algo parecido al vértigo.

La mujer encantadora me dijo al oído:

—El amor... soy yo.

LAS MUÑECAS DEL HOMBRE

¡Amantes! ¡Gente sin Dios, ni patria ni ley!
¡Oid, oid, oid!

Así me dirigía yo á esos desdichados que ensalzan el valor de los seres amados, hasta lo incomprendible.

El amor hace que la mujer valga á los ojos del hombre un trescientos por ciento más que otro ser cualquiera.

Es decir, que una mujer, amada por un hombre hoy, tiene en el acto de recibir el flechazo, un aumento de valor cuya explicación daría lugar á volúmenes enteros.

Es esta una cosa parecida á lo que sucede cuando se recibe en la Bolsa una noticia gorda.

¡La República!

Conmoción general. Bajan los fondos. (Es un ejemplo.)

¡Esa mujer me gusta!

Conmoción particular. Aumento de gastos.

Y ahí tiene usted como el amor que cuando

está en alza, degenera en matrimonio, es cosa muy rara.

Castro y Serrano dice, y tiene razón, que se puede amar de balde, pero que para casarse se necesita dinero.

El hombre puede convencerse de esta gran verdad haciendo una observación que yo he hecho no há muchos días.

Por ella he averiguado (y me ha bastado comparar), que vale más un vestido que toda una persona, y que el valor de un brazaletes está por encima del sistema nervioso.

Entré en una tienda de juguetes con el objeto de comprar una muñeca para una niña.

El comerciante presentó á mis ojos una colección de muñecas, cuya belleza me sorprendió.

Unas, rubias como la Margarita de Goethe,

Otras, morenas, seductoras, con sus lunarci-
tos postizos, y sus pegotes de colorete en las mejillas... como las mujeres de verdad.

Había algunas, que movían los ojos.

Otras, que movían los pies y las manos.

Otras, que...

¡Qué sé yo! Aquéllo era un mundo en pequeño. Mujeres hay por él que no tiene tantos atractivos como aquellas figuritas que yo ví, y sin embargo, encuentran eso que las madres llaman *proporciones*.

Entre todas las lindas muñecas había una... cuyo recuerdo no se borrará nunca de mi corazón.

Tan bonita, con rostro tan pudoroso... y sobre todo, tan callada!

Una mujer que ni se enfadaba, ni preguntaba, ni pedía! ¡El bello ideal!

—Cuánto vale; le pregunté al comerciante.

—Treinta reales,—me respondió.

Estoy seguro que á una mujer le hubiera parecido cara, y la hubiera regateado.

Los hombres somos más justos, y yo pensé en seguida que aquél era un precio módico.

Cogí la muñeca, que estaba en cueros, y no se ruborizó, y fui á llevármela.

Pero se me ocurrió...

—¡Esta muñeca necesita un vestido!

—Sí, señor, dijo el comerciante: aquí tenemos equipos completos para muñecas: trajes, cintas, adornos... y empezó á sacar las cajas donde se hallaban encerrados los equipos en miniatura.

Había en las cajas aquellas una completa imitación de esas tiendas de modas cuya descripción no necesito hacer, porque todo marido las conoce perfectamente y todo el que lo sea, las conocerá un día.

—¿Y cuánto vale una caja de estas? pregunté.

—¿De lujo, ó sencilla?

—Sencilla, á ver si doy ejemplo á la familia con esta muñeca.

—Pues bien, una caja de trajes sencillos le costará á usted lo menos, lo menos... cuarenta y cinco reales.

¡Qué lección! ¡Oh, amantes!

El equipo de la muñeca valía una mitad más que la muñeca misma!

Lo mismo, enteramente lo mismo sucede en el mundo.

Por eso el hombre prefiere siempre la mujer en estado de desnudez.

¡Es claro!



LAS ARMAS

Señora mía:

Usted ha creído que mi candidez es tal, que puedo creer, porque usted me lo diga, todo cuanto usted quiera decirme acerca del amor.

Usted, señora, tiene un alma angelical, posee usted una erudición agradable y está casada con un administrador de loterías; circunstancias todas que la colocan á usted á gran altura á mis ojos.

Pero de eso á que yo crea que el amor de la mujer es siempre inofensivo, como usted me asegura en su carta, hay una diferencia muy grande.

Yo he amado, señora, y creo que estaba en mi derecho al hacerlo. Yo he tenido ocasión de observar á las mujeres hasta en sus actos más insignificantes, y siempre las he visto apoyadas en algo, escudadas con algo, y en, por, sin, contra, sobre ó bajo de algo que les servía para desesperarme.

El amor es un combate naval; *ó ella ó él se van á fondo.* Este es el problema, señora mía.

La mujer tiene menos fuerza material que el hombre; pero en cambio tiene más maña y la maña es una especie de fuerza moral, que supera á la material de que acabo de hablar.

¡Oh, las armas de la mujer son terribles!

¿Sabe usted con qué logró cierta mujer vencerme, confundirme, marearme y hacerme humillar la frente, cosa solamente propia de los casados?

Con un abanico.

No vuelva usted, pues, á intentar que yo declare el amor de la mujer inofensivo y cándido.

Y en tanto que usted se conforma á respetar mi opinión, me voy á permitir regalarle unos cuantos renglones hechos bajo la impresión de aquel abanico fatal, de cuyo nombre no quisiera acordarme.

Tenga usted la bondad de volver la hoja.

EL ABANICO

Apostemos...

Apostemos algo que valga poco. La buena fe de un hombre, la felicidad de una mujer, la lealtad de un amigo, la razón de un rival, el talento de un cómico... ¡Cualquier cosa! Apostemos á que se pueden escribir mil páginas acerca de un abanico.

No seré yo tan pesado...

Es decir, no seré tan ligero (porque al fin todo lo que puede decirse de un abanico es *aire*).

Pero, no obstante, observemos.

Observar es estudiar sin querer, y un observador es un filósofo sin saberlo él mismo.

Un abanico es, por ejemplo, una columna de aire, replegada para salir en tiempo oportuno.

En las manos de un hombre, no significa nada, pero en las manos de una mujer.... ¡ah! ¡si uno pudiera hablar claro!

Usted, ciudadano lector, tiene una novia.

Supongamos que tiene usted una novia; no hay constitución, ni ley, ni derecho de gentes que se lo prohiban.

Habla usted un día con ella, ella se enoja con usted; el color de la ira, ese color encendido y chillón, aparece en el rostro de la mujer amada, como si el corazón gritara:

—¡Que me quemó!

Se abrió el abanico: ¡Aire!

Ya tiene usted á su novia hecha un Dios Eolo.

Vea usted por dónde el abanico ha venido á ser un instrumento útil á la *sociedad* (reunión ó tertulia), á la indignación y á la novia.

Aquel abanico está gritándole á usted.

—¡Fuego!

Otro caso.

Usted llega cansado á casa de la mujer amada, al nido de la paloma, á la concha de la perla que usted pescó una noche Dios sabe dónde (y usted también lo sabe).

Hace un calor sofocante.

Usted pediría agua, ó se quedaría en mangas de camisa, ó... pero no, hay otra cosa mejor que todo eso, y es el abanico de la mujer amada (con perdón de usted), que viene á acariciarle á usted las barbas, y á darle vida, mientras que unos ojos negros y rasgados le están diciendo á usted en su idioma especial:

—¿Vienes cansado, Arturo? ¿Por qué andas

tan de prisa? ¡Sosiégate, descansa, toma aire, bien mío! Serénate, ¡hace tanto rato que te esperaba!

Aquel abanico que acompaña las frases como la *batuta* de un director de orquesta, valdría cuatro ó cinco reales cuando fué comprado.

Y ahora, ¿cuánto vale?

¡Ah! ¡y qué abanicos he conocido yo, lector amigo!

Unos, sencillos, modestos, rústicos, digámoslo así, que no valían más que doce cuartos, pero que en las manos de una modista pudieron ser tasados en ocho duros.

Otros, que se agitan en las manos de la hija de tal ó cual empleado de Hacienda y que alternaban con la aguja en las tardes de primavera, para que la niña pudiera dejar por un momento la tarea y mirar por detrás de los visillos del balcón al subteniente de cazadores que estaba pegado á la esquina como un mozo de cordel.

Otros, que nacieron destinados á no abrirse jamás. Abanicos dudosos que en las manos de una mujer con *mácula*, enseñaban dos ó tres varillas tan solo, mientras la vista de la interesada se fijaba en estas varillas mismas, fingiendo no reparar en las *varas* que le ponía un *diestro* en amores de palco á butaca.

Otros, que, como el amor puro ó la conciencia política, vinieron á ser simplemente artículos de lujo.

Otros, que oyeron grandes secretos, que presenciaron grandes pasiones, entre el ruido de un baile, ó en el silencio del gabinete de una esposa que sabe que su marido tardará en volver á casa.

Otros, que...

¿Pero á qué enumerarlos?

¡He conocido tantos y los he visto ocupados en tan diferentes empleos!

Los hay de todas clases, de todos los géneros, desde los que encienden el fuego de las pasiones, hasta los que encienden el fuego de las chimeneas.

Y todos, todos y cada uno, colocados entre los dedos de la mujer, se convierte en arma mortífera *que va recta al corazón* como la espada de cierta comedia.

Regla general. En cuanto un hombre comience á apasionarse de una mujer, y esta mujer lo comprenda, y además de comprenderlo tenga un abanico y comience á abrirlo y cerrarlo y á bajar los ojos... el hombre exclamará de la manera más dolorosa posible:

—¡Estoy fresco!

Y desde aquel instante, puede pensar en el nombre que les ha de poner á sus chiquitines.



HISTORIA BREVE Y COMPENDIOSA

PRÓLOGO.

Roman, pintor paisajista, amaba ciegamente á Pilar, una muchacha hechicera, y además de hechicera, sensible.

Pilar era la inspiración del artista.

Éste pasaba feliz la vida al lado de aquella *paloma de los valles*, como él la llamaba en ciertos versos que tuvo la desfachatez de escribirle.

PRIMERA PARTE.

Un día... ¡aciago día!

Se presentó en escena un señor gordo, encarnado, y lo que es peor, muy rico.

Aquel pequeño fenómeno venía á ser la serpiente del paraíso en donde Román era por entonces el primer hombre.

Pilar... ¡se olvidó de *Adán!*

El señor gordo se la llevó consigo.

Román, desesperado, quiso matarse, pero no se mató.

Pilar se casó con el señor gordo.

PARTE SEGUNDA.—CAPÍTULO ÚLTIMO.

El marido de Pilar quiso hacer á ésta un regalo el día de su santo.

Su mujer deseaba un abanico de *haute nouveauté*.

.....

Entran en una tienda, miran y remiran abanicos en número infinito... ¡Este! dice por fin Pilar, y toma uno.

Pero ¿cuál no sería su sorpresa al verse retratada por la mano de Román en el país del abanico, acariciando al marido mónstruo, y con el corazón descubierto y en forma de moneda de cinco duros?

¡Ah! ¡Qué país!—murmura la joven.

Momento supremo. Pilar palidece...

Ya han adivinado ustedes el fin de la historia?

Ya dicen ustedes:—¡Se desmayó! ¡Conoció su falta! ¡Volvió á amar á Román! ¡Lloró su desvío!...

Pues no es eso.

Pilar tomó el abanico... y se hizo aire.

ARITMÉTICA DEL AMOR

I

Todo amante llega, más tarde ó más temprano, al terrible caso de creer, cuando su novia se lo dice, que tres y dos no son cinco.

Cuando el amante es marido, ya ha aprendido algo más; ya sabe, cuando repasa las cuentas de gastos de su esposa, que dos y tres son lo menos cuarenta y siete.

II

Las reglas del amor son cuatro: sumar, restar, multiplicar y dividir.

Un novio no tiene regla fija. Un marido entiende de *sumas* admirablemente.

Por ejemplo:

Un vestido para el baile de la generala.....	6.000 rs.
Un aderezo para el té de la condesa....	9.000 rs.
Una caja de guantes	1.000 rs.
	<hr/>
SUMA TOTAL.....	16.000 rs.
	<hr/>

Ahora viene la resta.

Sueldo del marido.....	8.000 rs.
<i>Alfileres</i> de la señora.....	16.400 rs.
	<hr/>
RESTA.....	8.400 rs.
	<hr/>

Estas operaciones se llaman en la aritmética matrimonial *trampas*.

Por lo demás, son operaciones corrientes.

III

La *multiplicación* es una operación facilísima, cuyo resultado inmediato es un chiquitín muy mono y un primer diente que ha costado 600 reales y doce mil desazones.

El orden de factores no altera el producto.

Por ejemplo: la señora de Tal ha dado á luz un niño que no se parece á su papá.

Corolario. Existen números *primos*.

IV

La regla de *partir* es la más grave de todas.

Un amante ó un esposo están partidos en cuanto no tienen suficiente carácter.

Se llama amante *entero*, el que no tiene *medios*.

Se llama esposo *quebrado* el que pierde en una jugada de Bolsa lo que trajo la señora de dote.

V

Para partir un entero por un quebrado, se coge una tranca, se espera á que el entero pase adelante, y *se le divide*.

VI

¿No es en el lado izquierdo donde todos tenemos el corazón?

Pues en ese caso, el corazón de una coqueta es un cero á la izquierda.

Apéndice. Ciertas mujeres se parecen al cero. En cuanto se ponen al lado de *uno*, vale uno diez veces más que antes.

VII

Todo amante celoso debe *sustraerse*, y todo marido viejo debe *multiplicarse*.

La mujer más cabal tiene sus *más* y sus *menos*.

Casi todas han adoptado como axioma la observación siguiente:

Los amores *sin-ceros*, no valen gran cosa.

REGLAS GENERALES

Debe adoptarse por esposa la mujer que no tenga *cuenta*.

Un amante debe ser siempre *el número uno*.

Un matrimonio infeliz es un error de cálculo.

El amor es la suma de dos almas iguales.

REDUCCIÓN

Amar un año y casarse después es cambiar un duro en plata por veinte reales en cuartos.

LAS MEMORIAS DE UN COJO

Cuando el cólera se estaba atracando á su gusto, no perdonando ni á Rey ni á Roque, y riéndose de la ciencia y de los boticarios, ví morir á un hombre.

El espectáculo no tenía nada de divertido; y la muerte producida por el cólera es una muerte demasiado estúpida, para que el poeta más poeta de cuantos hacen versos pueda cantarla ni tararearlas siquiera.

Ya me alejaba del cuarto, afectado y triste, cuando el muerto (que tal lo creía yo) dió un respingo y se volvió de lado, sin duda por no morir cara á la pared.

Volví á acercarme á él.

Entonces metió la mano por debajo de la almohada, sacó un libro, me lo dió, vizcó los ojos y espiró.

Cualquiera en mi caso se hubiera figurado que dentro del libro había dinero.

Yo no me lo figuré, porque en aquella ocasión el dinero no me hacía falta.

Salí del cuarto, abrí el libro y me encontré con unas memorias escritas de mala letra.

Eran las memorias del hombre que acababa de morir. El hombre que acababa de morir había tenido la suerte de ser amado por muchas mujeres.

—¿Sería muy guapo? dirá el lector ahora.

—No, señor, le responderé yo en seguida. El hombre aquel, al morir, embelleció. Con esto creo que digo bastante.

Él mismo decía al principio de su libro.

«Me han querido mucho las mujeres porque soy cojo.»

No se admire el lector de esta frase. Sin necesidad de leer las memorias de aquel sujeto, sabía yo de antemano que la mujer ama lo estrafalario.

Las memorias del cojitranco me acabaron de convencer.

No me es posible trasladarlas todas al papel porque ocuparían mucho espacio.

Además hay en ellas frases incorrectas, palabras duras, y alguna barbaridad de cuando en cuando. El hombre aquél no era escritor. (Verdad es que si lo hubiera sido puede ser que hubiera barbarizado más).

Elijo, pues, unas cuantas frases de aquel libro, y estúdielas con cuidado el que pretenda convencer á la bella mitad del género humano.

La mujer prefiere siempre un cojo que sepa hacer versos, á un hombre completo que la quiera en prosa.

Es mucho más fácil encontrar una mujer que no haya tenido ningún amante, que encontrar una que haya tenido uno sólo.

Cuanto más pícaro es un hombre, más probabilidades tiene de que una mujer le quiera. La mujer no reflexiona, y se prenda más pronto de la viveza ratonil de un pícaro, que de la gravedad y sencillez de un hombre de bien.

El amor es como el chocolate: cuanto más claro, peor.

Una actriz, de las que tienen fama de honradas, enseña las piernas, los brazos y la espalda á todo el que paga cuatro reales de entrada; y fuera del teatro, se ruboriza de enseñar el pie á un millonario. No lo entiendo.

La mujer, cuando se entrega á un hombre, dice que él la ha seducido, y cuando un hombre la seduce, dice que se ha entregado á él.

Si las mujeres no se deciden francamente por los hombres feos, es porque temen estar en berlina.

Los feos entre las mujeres, se llaman *graciosos*.

Para que se vea hasta dónde llega la modestia de la mujer, bastará hacer una observación.

La que no tiene ningún lunar en su vida, se los pintan.

EL AMOR Y LA ORTOGRAFÍA

El Amor y la ortografía son dos enemigos mortales.

Desde la que pesca en ruín barca hasta la que pesca en brillante salón, las mujeres españolas tienen todas una cualidad característica. Cuanto mejor sienten, escriben peor.

Apelo al testimonio de todos los enamorados de España.

¿Quién será el que no tenga en un rinconcito del cajón de su escritorio, un paquetito de cartas atadas con un cordón, é ilustradas con el retrato de la autora?

Estoy seguro de que todos mis lectores del género masculino tienen ó han tenido alguna vez ese recuerdo.

Pues bien, yo voy á atreverme á publicar alguna carta de ese paquete.

Si en él no hay ninguna que se parezca á alguna de las que voy á copiar, autorizo al lector para que me deje por embustero.

Todas las mujeres sienten bien y escriben mal, pero cada una tiene su estilo propio.

Supongamos que se trata de una dama cuya ortografía es perfecta, y que desea conceder una pequeña audiencia á un embajador cerca de su corazón.

«Luis: á pesar de exponerme á que usted me
»juzgue desfavorablemente accedo á su deseo
»mañana á las cuatro y media y adios silencio
»Elvira hoy 7.»

La carta está bien escrita, pero no tiene ni puntos ni comas.—(*Estilo seco.*)

Supongamos que se trata de una mujer de treinta años, que ama por la trigésima vez, lo cual casi equivale á pasión por año.

«Eduardo mío: No sé cómo explicarte el dis-
»gusto que tengo con la carta de ayer. Soy tan
»desgraciada, que no me sorprende el tener pe-
»nas; pero mi desgracia es mayor cuando tú me
»haces pensar en lo desgraciada que sería si no
»me quisieras. Mi vida ha sido siempre tan
»triste, he sido tan desgraciada durante mi vi-
»da, que sin duda me aguarda la nueva desgra-
»cia de que me abandones; ven por Dios para
»que yo pueda calmar tu ira injusta; ven y no
»hagas llorar más á tu desgraciada

LUISA.»

En esta carta, como en todas las de esta mujer, hay siempre lágrimas, recuerdos de desgracias pasadas, lamentos de desgracias presentes y presentimientos de desgracias venideras.—
—(*Estilo húmedo.*)

Vamos á ver ahora una de las cartas de Casimira, muchacha apasionadísima, suscriptora de Fernández y González, amiga de Santistéban, parienta lejana de algún señor que habrá sido alguna vez gobernador ó comandante general de alguna población de segundo orden, etc., etc.

«Amado Alfredo mío de mi corazón y de mi
»vida, ayer no fuí á paseo pues vino una ami-
»guita á quien no veía hace tiempo pues la quie-
»ro mucho y lo sentí pues ya sabes el placer que
»tengo en estar á tu lado pues no me hallo sin tí.
»Perdóname, Alfredo mío, pues no fué mía la
»culpa, si no de mamá pues ya sabes que una
»no puede hacer lo que quiere pues está una su-
»jeta, adios pues y te quiere mucho mucho mu-
»cho

CASIMIRA.»

Esta carta, en la que hay siempre un *pues* ó dos tachados, es el modelo de diez ó doce mil que escriben otras tantas mujeres en España. El *pues* está tan sobrado en el escritorio de las mujeres de este país, que una carta de novia, sin esa palabra, no sirve.—(*Estilo corriente.*)

Carta de una madrileña, modista y ofendida.

«Cabayero: no creí que fuera ustez tan indiferente pa la muje que le ha guerido como solo
 »guiere una muje al hombre á quien á guien
 »guiere y se lo sacrifica tó. Si algo con Serva
 »mi corazón par ustez es una indiferencia grande y el sentimiento de haberle guerido mucho
 »en otro tiempo, entregará usté a la chica mis
 »cartas, y adios para Siem pre y olvide ustez á
 »su indiferente

PILAR SOPETE.»

Estas cartas llevan la primera semana una inicial por firma. Establecida la confianza, media firma. Iniciado el trueno, y roto el compromiso, firma entera.

Se distinguen por los borrones y la tinta muy blanca, por la abundancia de mayúsculas y por la naturalidad de la frase. Los insultos y los pipos están dichos con buena intención, y el papel suele ser de barbas.—(*Estilo llano.*)

Ahora, pasemos á leer la carta de una joven entregada á la poesía y al agua de Barcelona.

«Te escribo, amado mío, á esta hora en que
 »la naturaleza duerme y el silencio parece decirme que conságuemos ahora Un recuerdo al ser
 »amado. Mamá acaba de acostarse y he podido
 »quitarle el tintero; no sabes tú amado de mi

»alma cuán *felís* fui el otro día cuando *fimos* á
 »dar un paseo por el balle con las de Zapata y tú
 »que me llevabas del brazo y me repetías que-
 »meamabas y yo te lo hacía repetir á cada mo-
 »mento. La verde alfombra que pisábamos y los
 »verdes árboles y aquella sombra incomparable
 »hacían tal efecto en mi corazón que el balle me
 »parecía un paraíso y no hubiera salido jamás
 »de aquellos verdes con, tornos. Yo estoy pro-
 »yectando otra gira para el jueves que viene y
 »espero que me acompañarás y me repetirás lo
 »que tanto quiero que me repitas y estaremos
 »en aquella verde pradera cuyo murmullo ten-
 »go todavía en el alma adiós amado mío te ama
 »cada vez más

LEONOR.»

«P. D. Tus versos son *lindísimos* y ya me
 «los sé de memoria. Adiós piensa en Mí.»

Mujer novelesca, corazón no comprendido,
 alma apolillada.—(*Sistema verdoso.*)

Las anteriores cartas están todas comprendi-
 das en el género prolongado, es decir, son todas
 largas aunque mal escritas.

Hay otras cuyo laconismo no deja de ser peor.

Ejemplos:

«Eres incapaz; no sé como eres, yo no puedo
 »estar así, me quieres ó no, yo no sé porque

»pero tú eres Así y en fin ya lo sabes.»—(*Estilo griego.*)

«Román, Román; ven pronto Román mío,
»desde que estás en Roma padezco mucho, y
»Román, no sé qué va á ser de mí. Adiós Román
»de mi alma.»—(*Estilo romano.*)

«Infame, mis lágrimas caerán gota á gota so-
»bre tu corazón, no tienes gota de sangre en las
»venas. Vas á hacerme apurar la gota del cáliz.»
—(*Gótico.*)

«Querido esposo mío, tenemos un nuevo hijo,
»el cielo nos ha enviado anteayer el segundo
»fruto....»—(*Renacimiento.*)

«Luis, estamos perdidos. Vicente me ha co-
»gido tus cartas; no sabes tú lo que es Vicente
»para estas cosas; huye de Vicente, porque
»quiere matarte, por Dios, huye de Vicente.»—
(*Vicentino.*)

La colección es muy larga, y copiarla toda fuera pesadez censurable.

Un escritor contemporáneo, ha dicho que todas las mujeres tienen el mismo carácter..... de letra.

Todos decimos al ver el sobre de ciertas cartas:

—¡Hola! ¡letra de *mujer*! Prueba de que la letra de mujer no se parece á nada.

Y por último, yo aseguro que si una mujer me escribe alguna vez con buena ortografía, me llevaré un solemne chasco y me parecerá cosa tan rara como bañarse en tina, ó ir á los toros con sombrero de copa.



LA ENMIENDA

Como corolario del capítulo anterior, daré á ustedes una prueba de lo incurable que es en la mujer española ese vicio de escribir deplorablemente.

Una mujer cuyo corazón fué propiedad mía una temporada, finalizaba una de sus cartas de este modo:

—Adiós, *ingato*.

No pude tolerar tal palabra, y la escribí:

Me has llamado *ingato*, y eso no está bien. Si alguna vez vuelves á insultarme, insúltame por completo, porque hoy se te ha olvidado una *r*.

Al día siguiente recibí una carta de aquella mujer, que acababa con estas palabras:

—¡Adios, *ingarto*!



EL AMOR PLATÓNICO

Así le llaman...

¿A quién le llaman así? Principiemos por conocer al sujeto de quien vamos á hablar. ¿Quién es el amor platónico?

Por más que le he buscado por todas partes, no he podido encontrarle nunca.

Le he buscado en los ojos de un hombre enamorado.

Aquí ha estado algún tiempo—me han dicho; —pero se ha marchado ya, porque ya no hacía nada útil.

Le he buscado en los ojos de una mujer sensible.

—No está—me han respondido;—le hemos echado porque no nos servía.

Le he buscado en los labios de un pollo.

—Puede usted esperarle; puede ser que venga, pero no es seguro; porque una vez que vino, se asustó de que habláramos fuerte.

Le he buscado en el corazón de una mujer de mundo.

—Aquí no vive. Ni le conocemos siquiera.

Por último, le he buscado en el aire.—¡Eh! suspirito, tenga usted la bondad... ¡el amor platónico!

—No sé decirle á usted, va y viene, pero á veces desaparece y no sabemos de él.

Y yo me he desesperado y he dicho:—¿Dónde estará?

Cansado de buscarle en vano en los ojos, en los corazones, en las palabras y en los suspiros, me he decidido á preguntar á la gente.

Y he empezado diciéndole á una niña:

—¿Sabes algo del amor platónico?

—Sí, yo le he tenido de huésped en mi alma; pero ya le....

—¿Por qué?

—Porque me voy á casar.

Me he dirigido á un joven:

—¿Me da usted razón del amor platónico?

—Sí, señor. Es un amor que empieza por ponerle á uno muy triste y por obligarle á mirar á una mujer; luego le dice á uno:—¡Qué hermosa es! ¿verdad? ¡Qué grato sería amarla á distancia como se ama á las palmeras! Adorarla, divinizarla, quererla sin llegar á ella, sin tocarla siquiera...

Y uno dice: ¡es verdad!

Pero al poco tiempo uno se cansa de amar de lejos y de hablar con suspiros, y de hacer versos, y de soñar despierto; quiere uno más, y

entonces el amor platónico se enfada, y se va.

—Muchas gracias. ¿No sabe usted dónde podría yo encontrarle ahora?

—Acaso en aquella mujer de ojos lánguidos...

Me dirijo á la mujer de ojos lánguidos:

—Señora, ¿está ahí el amor platónico?

—¡Oh, no, señor! Soy viuda.

Me retiro y me dirijo á un poeta:

—¿El amor platónico?

—¿Qué?

—¿Qué dónde está?

—¡Bah! ¡Quién sabe! En la rosa, en el crepúsculo, en la noche de luna ¡quién sabe!

Me dirijo á la rosa, al crepúsculo, á la noche de luna, á la quintilla, al madrigal ..

Nadie responde, nadie me da razón.

Por último, me toca en el hombro un coronel de lanceros, hombre corrido y amigo íntimo de todos los amores.

—No se canse usted, me dice. Al amor platónico no es fácil encontrarle, porque recorre todos los corazones y no se detiene en ninguno. Es el precursor de la pasión, el padre del deseo y el seductor misterioso de la vil materia. Todos le albergamos un día, pero en seguida le echamos para ceder el puesto á cosas más positivas.

Desde que he oído esto, he renunciado á buscar mi bello ideal. Él vendrá cuando quiera y se marchará cuando se le antoje.

EL PRIMER AMOR

¡Qué bonito es el primer amor y cuántos encantos tiene!

Hé aquí un capítulo, lector amante, que se puede llamar el capítulo de los recuerdos.

Le vamos á hacer entre tú y yo.

Bastará que recuerdes lo que te pasó cuando tenías catorce ó quince años.

No hay un mortal que no haya amado alguna vez, y como alguna vez se ha de empezar, resulta que todos hemos tenido nuestro amor primero.

¡Y qué amor, Dios eterno!

Sale uno del colegio; le ponen la primera levita y el primer sombrero de copa; se compra uno un cigarro de tres cuartos, y sale por las calles de su pueblo diciendo: ¡qué felicidad! ¡Ya soy hombre!

¡Oh, corazón estúpido, y por cuán diversos caminos te lanzas á la desgracia!

¿Tú crees que con ser hombre lo has conseguido todo, verdad?

¡Pues estás fresco!

Más te valiera llevar siempre la chaqueta de hilo y el sombrerito de paja que te ponía la mamá los domingos por la tarde para que fueras á jugar al toro ó á ver *Los polvos de la madre Celestina*.

Pero á tí te parecía que eso ya no te sentaba bien, y preferiste meterte á hombre sin pedir permiso á nadie.

Decía, lector amante, que tú y yo, y el vecino de enfrente, salimos del colegio y entramos en el mundo.

Cada vez que un amigo de nuestra familia nos decía:

—¡Adios, *pollo!*

se nos hacía agua la boca y nos creíamos de bueno fe que ser pollo era ser algo.

¿Qué es un pollo?

Una especie de ser metido en un levisac y asomado á unos cuellos tiesos, que tiene permiso de la sociedad para gastar pasiones en número moderado.

La primera pasión es como el primer cigarro, ó como los primeros guantes. La toma uno con tal furor, que hasta se pone malo.

¿Quién no ha tenido una amiga de la niñez, á quien sus padres han vestido *de largo* al mismo tiempo que uno se cubrió la parte oriental de su individuo con los faldones de una levita?

Pues esa puede ser muy bien la primera pasión.

¿Quién no ha sido presentado al entrar en el mundo de los pollos, en alguna reunión *medio pelo* donde solía ir una chica muy mona, hija de un juez de primera instancia ó cosa por el estilo?

Pues esa puede ser muy bien la primera pasión.

¿Quién no ha sido llevado por primera vez á un baile y ha dado patadas en el suelo en compañía de una prima carnal que también iba por primera vez á ponerse colorada como un tomate en fuerza de dar vueltas?

Pues también la prima puede ser la primera pasión.

Ello es que de la noche á la mañana comienza uno á no dormir y á perder las ganas de comer, y á leer *El juicio errante* y *El diablo mundo* de Espronceda, y á pasear una calle diez ó doce veces al día, y á escribir una carta después de haber hecho muchos borradores, la cual carta se pone muy sucia y muy sobada á causa de estar muchos días en el bolsillo.

Generalmente sucede esto cuando uno es estudiante. Como está entregado al amor, no estudia, y como no estudia, pierde el curso, y el padre ó el tutor ó el encargado se ponen como unas fieras. Pero el amante arrostra por todo y no piensa más que en entregar su carta ¡que es floja, por cierto!

Es una carta que suele empezar con estas palabras:

«Señorita: desde el momento que la vi á usted por la vez primera, mi corazón.... etc.»

Por fin logra uno entregarla. ¡Qué fortuna! La pollita contesta cuatro garrapatos encantadores, y dice que ya ha podido uno conocer que le era simpático, y cosas así; en una palabra, comienza el tiroteo, y se arma la gresca, y ya es feliz el apasionado señorito.

¡Tener la primera novia! Emoción nueva, sueño realizado, felicidad, casi, casi.

Pero bien pronto se quiere más, desea tocar más de cerca los resultados; la chica dice «es menester buscar un medio de que vengas á casa;» y busca uno el amigo que le presente á la familia.

En tanto que realiza este justo deseo, el amante se siente inspirado una noche, y aunque en su vida ha hecho un verso, ni cree él, ni nadie, que los pueda hacer, el amor sin versos es un amor á medias, y el enamorado que no hace coplas es un fenómeno. No hay miedo, ello saldrá, y el amante escribe, y al día siguiente la chica se encuentra con esta composición en cualquier periódico callejero:

A L... (1)

Niña gala de este suelo
 que llevas la dicha en pos,
 claro destello de Dios
 como la estrella del cielo,
 llevas de hermosa la palma
 y ante tu rostro me inclino
 que ese tu rostro divino
 me ha traspasado el alma.
 Yo vivía triste y serio
 y teniendo el alma herida
 me parecía la vida
 un inmenso cementerio;
 pero hoy ya los mis enojos
 calmados están por cierto
 pues vuelven la vida al muerto
 tus puros brillantes ojos,
 y en tu ansiada pasión
 mi pecho amante se abrasa
 y te da con fe no escasa
 el alma y el corazón.

Antonio Simón.

La chica que ve estos versos y adivina en seguida que están disparados contra ella, se pone tan contenta, y empieza á decir en casa que el pollo tiene muchó talento, y que es uno de los chicos de más capacidad de la población, y en fin, logra que la mamá se ponga en guardia.

(1) Estas composiciones se dirigen siempre á una inicial. Es la costumbre.

Por fin, una noche es presentado el pollo en la casa, y la chica y él están tan contentos, y la mamá dice para sí:

—Verás tú, niña, verás tú lo que te voy yo á dar cuando nos vayamos á la cama.

El pollo comienza á frecuentar la casa. Él y la chica empiezan á ponerse muy flacos, y á consumir resmas de papel de una manera escandalosa. Los juramentos, los propósitos y los versitos con consonantes en *ós* y en *elo*, aumentan cada día.

Por último la mamá ó el papá de la muchacha le dicen al pollo por qué va tanto á la casa, y que «en qué quedamos.»

Es regla general que siempre que le preguntan á uno por primera vez tales cosas, responde que se quiere casar. Y es también regla general que todos los padres que oyen esto, se echan á reír; y hacen muy bien.

Principian los obstáculos y la desesperación. Se enfada uno consigo mismo porque no tiene más que quince años y porque quisiera tener más. La chica escribe á obscuras y con lápiz que sus padres la tratan mal, y uno quiere matar á los padres, y no los mata. Después se quiere uno suicidar, y no se resuelve á ello; después pierde uno el curso en la Universidad; después empieza á tener celos de todo el mundo, y como no se atreve á meterse con los hombres, da contra la chica, que ya no quiere ni salir de casa,

porque el amante no se enfade, y por último, ó se llevan á la chica del pueblo, ó se lo llevan á uno á estudiar á Madrid, ó va uno teniendo más años, y dice, después de haber amado á cuatro ó cinco mujeres:

—¡Caramba! este amor que siento ahora es más puro, y sin embargo no es tan fuerte como el primero!

Y se acuerda de la primera novia y suspira.

Porque ella fué la que le enseñó á amar.

Porque ella le hizo conocer los celos.

Porque ella le dijo el primer *te quiero* que oyó en el mundo.

Porque ella le quería real y efectivamente.

Y á pesar de eso, el primer amor era una cosa muy ridícula.

Ahora, lector amante, estoy seguro de que piensas así.

Y estoy seguro de que dices conmigo:

Bueno y bonito, y barato, era el primer amor; pero los sucesivos han sido más positivos.

El segundo fué más firme.....

El tercero más atrevido...

El cuarto más dulce.....

El quinto más.

Y el..... no, no continuemos:

LOS CELOS

No conozco nada más ridículo que un hombre celoso.

Al mismo tiempo que hago esta declaración, debo hacer otra.

El hombre, en general, es celoso.

Y creo que ya no necesito hacer comentarios ni extenderme en consideraciones acerca de los celos.

Estoy seguro de que todo hombre, al sufrir esa enfermedad, se ha dicho:

—No tengo razón; soy un bárbaro.

Y sin embargo, no habrá dormido, ni habrá comido, ni habrá hecho más que desesperarse.

¿Por qué?

Porque es condición precisa del hombre figurarse constantemente que se la pegan.

No hablo aquí de los celos fundados, porque éstos, dicho se está, que teniendo su razón de ser, motivados están de sobra.

Me refiero á esa imaginación crónica que padece un hombre enamorado de una mujer, cre-

yendo que esa mujer quiere á todos los hombres menos á él.

Logra un sujeto cualquiera que una mujer le diga que le ama; si es verdad ó no, Dios y ella lo saben; pero ella dice que sí, y el sujeto se queda tan satisfecho.

Desde aquel momento, la pobre mujer no ha de mirar á nadie, ni ha de saludar á nadie, ni ha de moverse delante de nadie.

Supongamos que un día se le acerca un amigo y le dice:

—¡A los piés de usted, Luisa!

Ya está el novio asustado y le sube calor á la cara.

—¿Cómo va? dice el amigo, y alarga la mano á la muchacha.

La muchacha le da la mano. El novio suda.

—¡Qué bonita está usted! añade el amigo.

Al novio le tiembla la barba.

Sigue la conversación; el amigo, que conoce á la muchacha desde mucho antes que el novio, comienza, verbigracia, á recordarle tiempos pasados.

El novio está ya pensando en lo que pasaría entonces.

Se va el amigo.

Aquí empieza Cristo á padecer.

El novio pregunta, con una seriedad extraordinaria:

—¿Quién es ese *hombre*?

—Es un amigo.

—Conque un amigo ¿eh? ¡Pues el amigo te apretaba la mano más de lo necesario!

—¡Qué ocurrencia! ¿Cómo has podido ver eso?

—¿Crees tú que á *uno* se le escapan esas cosas? Lo mismo que el decirte que estabas bonita ¿á qué viene eso?

—Pero, hombre, ¿también vas á tener celos ahora? Si ese es un amigo antiguo de mi casa, un hombre que me ha visto nacer.

Al oír ésto, el novio se quiere morir. ¡Un hombre que la ha visto nacer! ¡Es decir, que la habrá visto en cueros!

—¡Adiós! dice.

Y se marcha á casa y se da con la cabeza contra la pared.

Noche toledana. El amigo que vió nacer á la novia le apretaba la mano...

¡Malo!

Le dijo que estaba bonita...

¡Peor!

Le preguntó si iría al teatro la noche siguiente.....

¡Esto es grave!

Ella dijo que pensaba ir.....

¡Esto es mucho más grave!

A la noche siguiente, el novio va al teatro decidido á no hablar una palabra con *ella* y á espiar desde una butaca sus menores movimientos.

Pero al final del primer acto, el amigo que la vió nacer se presenta en el palco donde está *ella*.

El novio suda. A pesar de que está incomodado, quebranta su propósito y sube a palco. Saluda muy afectuoso á todas las personas que hay en el palco, *excepto á ella*. Al darle la mano, no se la aprieta. Además mira con cierta insolencia al hombre que ve nacer á las novias impunemente.

Por fin el amigo se aleja, y se acerca á la muchacha.

Ésta ha comprendido ya que el novio está á punto de dar un estallido, que va á interrumpir la representación, y quiere calmarle con una palabra.

Él dice en voz baja, pero terrible:

—¡Luisa, hemos concluído!

—Pero hombre, ¿no has visto que he estado tan indiferente con el pobre señor?

—¡El pobre señor! ¡El pobre señor! ¡Ahora quieres disimular, es claro! ¡Pero te conozco, te conozco!

La chica opta por no responder y se pone á mirar con los gemelos á cualquier parte.

—¡¿A quién miras?!

La chica no responde.

—¡Que no quiero que mires!

La chica cierra los ojos.

—¡Eso es! ¡Hazme burla, no me falta más que eso!

Por último, el novio se va, y ¿quién lo querrá creer? ¡se va llorando!

Sí, señor, yo he visto llorar á hombres con patillas y picados de viruelas, por desahogarse, porque estaban celosos!

¡Ah! qué situación la del hombre enamorado!

¡Ah! qué escenas tan cómicas!

Y todo ¿por qué? porque él se empeña en figurarse que la mujer amada se la pega.

¡Y es un error, créalo el hombre, es un error muy grande!

La mujer no se la pega á uno sino cuando uno no se lo figura.



DOS DEFINICIONES

No sé si en lo que acabo de decir de los celos habrá una definición disimulada.

Yo creo que no.

Y por si acaso á éste, ó al otro, ó al de más allá de mis lectores le sirve, voy á arrancar una página de un libro de poesías que no há mucho tiempo tuve la mala ocurrencia de publicar.

Es una definición como otra cualquiera.

Creo que dice así:

Son los celos el martirio
de la fe de los amores;
el dolor de los dolores,
la ceguedad, el delirio!
Duda extraña que respira
un corazón venturoso
que al mirarse tan dichoso
le parece el bien mentira.

Si el lector está conforme con esta explicación, yo me alegraré mucho.

Y si no, yo no tendré la culpa.

Le diré que también puede ser definido de este otro modo:

Son como los caseros; quieren que *vivamos*, para no dejarnos *vivir*!

LECCIÓN DE GEOMETRIA

La línea recta es la más corta para ir desde casa á ver á la mujer.

Y sin embargo, para ciertos maridos es la más larga, por corta que sea.

Se llama *tangente* la línea por donde se escapa siempre una mujer de talento.

Se llama *secante* el papel que se usa en vez de polvos, en las cartas.

El marido es una especie de *ángulo*, siquiera porque acaba en punta.

Un marido *recto*, es el que no tolera nada.

Tiene sus grados, y á pesar de eso, vale menos que un teniente, que no tiene más que dos.

El marido *agudo* es un hombre gracioso y decididor y pagado de sí mismo. Su señora, no obstante, sostiene que no es tan agudo como parece.

El marido *obtuso*..... ya lo conocen ustedes. También tiene otro nombre.

Se llama círculo, el mundo en que una mujer suele vivir y agitarse.

La cuadratura del círculo puede resolverla cualquier mujer, quedándose en cuadro.

Hay quién afirma que quien se queda en cuadro es el marido.

LOS SUICIDAS POR AMOR

Recuerdo en este momento tres historias que voy á tener el honor de ofrecer á ustedes para muestra.

¿Para muestra de qué? preguntará algún curioso.

Para muestra de la candidez humana.

Éste era un muchacho más honrado de lo que suele ser un muchacho, y más bueno de lo que debe ser un amante.

Amaba á una chica muy guapa que se llamaba...

Casi no me atrevo á decir á usted que se llamaba Zoa.

¿Qué hay que esperar de una mujer que se atreve á llamarse Zoa?

Fernando, que así se llamaba el joven inesperto, conoció á Zoa en una casa de baños.

La vió, y la amó, como dicen los novelistas.

Ella le dió esperanzas; él las tomó, en lo cual hizo muy mal, y el resultado de estos *dares y tomares* fué enamorarse Fernando como un loco y ella como una mujer cuerda.

Pasaba el tiempo. Fernando había pedido la mano de Zoa, los padres habían respondido que lo pensarían, y la muchacha no lo había pensado aún.

Á medida que los días pasaban, Fernando se iba engolfando de tal manera en el amor de la muchacha, que ya empezaba á tener dolor de estómago.

Este síntoma es terrible.

Es un síntoma que no acaba más que de dos maneras.

Ó con el matrimonio, ó con la muerte.

Zoa tenía un carácter angelical..... hasta cierto punto.

Su único defecto consistía en creer que á la mujer no le sientan mal ciertas cosas.

Por ejemplo: Zoa no tenía por cosa grave el hablar con un primo suyo, capitán de cazadores.

Á Fernando, por el contrario, le parecía ésta una cosa grave.

Un día, Fernando le dijo á Zoa:

—¿No comprendes que las gentes que te vean hablar con *él*, se reirán de mí?

Y Zoa contestó:

—¡Pero si no hablo con *él* nada de particular!
¡Es un primo, un amigo de la infancia!...

Los amigos de la infancia son terribles. Todo lo que hacen les está bien.

Fernando se aguantó, pero comenzó á pensar en que su amada no se apresuraba á complacerle.

Por cierto que á las pocas horas de haber hablado con ella del primo, llegó un amigo y le dijo:

—¡Hola, Fernandito! ¡Ahí he visto á tu futura con el primito de siempre!

Á Fernando le pasó una nube de fuego por los ojos.

Volvió á casa de Zoa y le dijo:

—No quiero, ni puedo consentir en que vuelvas á presentarte en público con tu primo.

Y Zoa contestó:

—¿Ya empiezas á *mandar*?

Y Fernando, *colérico*, contestó:

—¡Sí!

Á lo cual dijo Zoa:

—Mal porvenir me aguarda.

Fernando sintió que se le helaba la sangre en el corazón. (Ésta también es palabra novelesca.)

—Si le temes al porvenir, dijo, no le aceptes.

Y entonces Zoa, muy incomodada, exclamó:

—¡Pues ya que tú me lo propones, sea! ¡Así como así..... eres insufrible!

Fernando salió de allí llorando.

Llegó á su casa y se pegó un tiro.

Voy á recordar otra historia.

Casáronse en Madrid un joven de veinticinco años y una mujer de treinta.

Él tenía una arrogante figura. Ella era una mujer *regular*.

El se había enamorado ciegamente de ella oyéndola cantar en varias *soirées*, viéndola elegantísima en un palco del teatro Real y admirándola en todas partes por su talento y su fama de mujer *agradable*.

Dos años llevaban de matrimonio, cuando hallándose ambos una noche en el Prado, hubo de notar él que iba detrás de ellos un cierto sujeto, cuya proximidad no dejaba de ser alarmante.

Como el marido no había pensado jamás en que su mujer fuese *seguida*, le dijo riendo.

—¿Sabes que llevamos escolta?

Y ella, (¡torpe!) dijo, mirando atrás:

—¡Ca!

Este ¡ca! era una declaración.

Aquella misma noche debía salir de Madrid el marido.

Al llegar á casa volvió la vista y notó que el sujeto *próximo* estaba en la acera de enfrente.

—Entra, dijo á la señora el marido.

Y la señora entró en casa sin preguntar por qué.

Entonces el marido fué á dirigirse al sujeto...

Pero tuvo un instante de lucidez, y pensó:

—¿Qué voy yo á hacer?

En seguida entró en casa.

Al subir por la escalera tuvo otro momento de lucidez, y pensó:

—¡Qué estúpido se vuelve un hombre cuando es marido! ¡Ya iba yo á sospechar de mi mujercita!

Arregló la maleta, abrazó á su *mujercita*, y se marchó á Toledo, donde tenía que despachar asuntos de importancia.

En cuanto llegó á Toledo escribió á su mujer.

A los dos días recibió carta de ella.

La abrió (la carta) y se encontró con esto:

«Luis, eres un imprudente: la otra noche me seguiste, yendo yo con mi marido, y estuvimos á punto de ser descubiertos. Mi marido ha salido para Toledo hace dos días. Ven.»

Y seguía la firma.

El marido comprendió inmediatamente que su mujer había trocado el sobre de la carta.... Abrió la ventana de par en par y se arrojó á la calle.

Murió en el acto.

Epílogo. La mujer se llamaba.... ¡Consolación!

La tercera historia no es menos lastimosa.
Es la historia de España.

España era un escribano amigo mío, el hombre más jovial de la tierra.

¡Siempre estaba contento! Daba gozo ver á aquel hombre gordo; colorado, alegre, decidor, ocurrente como ninguno y burlón como cualquier habitante de su apellido.

Venía todas las noches al café Suizo á última hora, y era el jefe de una reunión de gente alegre, cuya ocupación nocturna consistía en hablar mucho y mal de todo bicho viviente.

Una noche dejó de venir.

—¿Y España? preguntábamos todos; ¿qué le habrá pasado?

—¿Estará malo?

Á la noche siguiente tampoco vino.

Nos hacía falta, le queríamos mucho, y ya íbamos á ir á su casa á preguntar por él, cuando un suelto de *La Correspondencia* nos dejó como petrificados.

España se había suicidado.

Repuestos del primer susto quisimos creer que ó la noticia sería falsa, ó el España suicidado sería otro; uno de nuestros amigos llegó entonces y confirmó la noticia.

¡El hombre alegre, el hombre, se había arrojado al estanque del Retiro!

Y había dejado escrita la siguiente carta:

«Muero porque no puedo sufrir el desengaño que me ha dado una mujer á quien amaba ciegamente desde hace dos años, y que ha huído al extranjero con otro hombre.»

Ahora bien, lector amigo, por si acaso estás de acuerdo con alguno de los tres señores cuyo trágico fin te he contado, y por si me dices que tú en su caso hubieras hecho lo mismo, voy á convencerte de que no tienes razón.

Hace ocho meses que se suicidó Fernando.

Diez y medio que se arrojó por la ventana el marido de Consolación.

Un año que perdimos á España.

Zoa pasea á caballo por la fuente de la Castellana con un capitán de cazadores.

Consolación se ha quitado el luto, y está mucho más gorda.

La señora de España ha vuelto á Madrid y está abonada al teatro de la Zarzuela.



EN EL TEATRO

Se está representando el *Suplicio de una mujer*.

El público oye con religioso silencio la obra.

Algunos caballeros calvos que llevaban anteojos miran á todos lados para ver si alguien se escandaliza.

La representación va adelantando.

Llega la situación magna.

La esposa le descubre al marido todo lo que pasa.

Rumores.

Pequeño asombro por parte de cierta fracción del público. Sonrisa disimulada por parte de algunos jóvenes.

Cae el telón. Aplausos.

Comienza el entreacto. El público hace comentarios.

Un viudo: Señora, ¿ha visto usted cosa más inmoral?

La señora de un militar que está en Ultramar:
¡Oh! ¡esto es atroz!

Un joven, amante de la señora cuyo marido está en Ultramar: ¡Ah! ¡qué cosa tan inmoral!

Una polla: ¿Por qué?

Un pollo: Señorita, no vuelva usted á ver esta comedia (*aparte*), ¡y toma esta carta!

La polla: (tomando la carta): Venga.

Un marido que está separado de su mujer:
¡Pues á mí me parece insípida la comedia!

Un joven: Señores, se va á empezar el acto.

Todos: ¡Á ver, á ver!

(*Religioso silencio.*)

EL LENGUAJE DE LAS FLORES

Desde tiempo inmemorial ha sido el lenguaje de las flores idioma predilecto de los enamorados.

Ellos dicen todo lo que quieren con un ramillete arreglado de ésta ó la otra manera, y no hay frase ni pensamiento que se les resista.

Son como los bailarines, que hablan con los pies cuando les da la gana.

Corre por ahí un librito en donde están expresados los significados de todas las flores conocidas, con una precisión y una claridad tales, que no hay más que pedir.

Pero preciso es confesar que ese es un libro de verano.

Porque si bien es cierto que también en invierno hay flores, ni están tan abundantes como parece, ni las hay tan variadas como en los meses de verano.

¿Qué hará el enamorado cuando llegue el otoño y no tenga flores en su huerto?

Este vacío es el que me propongo llenar.

Poseo un diccionario debido á la paciencia de un sabio melocotonero aragonés, cuyas memorias, publicadas en París, harían rico á cualquier edictor.

Por dicho diccionario se sabe:

Que la cereza significa *debilidad*.

El albérchigo, *escasez*.

La manzana, *familia*.

El higo, ¡*te adoro!*

La granada, *riqueza*.

La chuía, *frialdad*.

El melón, *amor platónico*.

La patata, *poco dinero* (1).

La avichuela, *serenata*.

El arroz, *obstáculo*.

La remolacha, *rubor*.

El pimiento, *irritación*.

La berengena, *memoria*.

El tomate, *resentimiento*.

La alcachofa, *amargura*.

El alpiste, *desconsuelo*.

La lechuga, *amor hasta la tumba*.

—

Conocidas todas estas equivalencias, un hombre que no puede hablar con su adorado tor-

(1) Aquí empieza ya *El lenguaje de la hortaliza*, apéndice al de las frutas.

mento, influye con la criada para que ésta ponga en la mesa arroz, melón, patatas, berenjenas y manzanas; que todo cabe en una comida. La mujer amada, advertida á tiempo, se sienta á la mesa, y lee en los platos lo siguiente:

Estoy cansado de los obstáculos de tu amor, y como no tienes un cuarto, me retiro. Memorias á la familia.



CONJUGACIÓN

Yo amo.

Frase que quiere decir: Yo estoy ciego, sordo, medio lelo y hecho una lástima; yo me atrevo á todo y soy capaz de arrojarme por un balcón si Doña Fulana de Tal me lo manda; yo he perdido hasta la costumbre de comer cocido por ocuparme en mirar *lánguidamente* á un ser rechoncho, coloradito, muy bien arregladito y muy gracioso, que me va á llevar por las orejas á la vicaría.

Yo amaba.

Frase que quiere decir: Yo estaba hecho un idiota y me curé radicalmente; yo iba á ser víctima de una suegra incivil, y de un suegro muy preguntón, y de unas primas muy parlanchinás, y de una cuñada que cenaba tres veces. Yo iba á perecer, y me salvé en una tabla.

Yo amaré.

Frase que significa: ¡Qué temporadita me espera cuando empiece á poner los ojos en una niña recién vestida de largo, que me escribirá

por el correo interior, y me hará ir á todos los teatros, y me obligará á gastar un dineral en bandolina!

Yo amaría.

Frase que equivale á ésta otra: ¡Ay! ¡Si yo encontrara una mujer que hablara poco, que no leyera novelas, que no tuviera ningún primo, que se contentara con vestir *decentita*, que no saliera sola de casa, que no le gustaran los perros, y que no tuviera madre, y que no se quisiera casar conmigo!

Ama tú.

Frase parecida á la siguiente: Anda, prójimo, anda á darte un atracón de felicidad, á ver si estallas!

Amemos.

Es decir: ¡Sálvese el que pueda!

FIN

DON JUAN EL DEL OJO PITO

NOVELA

(CAPÍTULOS INÉDITOS)



MI TRIBUTO

(A GUISA DE PRÓLOGO)

¡Quién iba á decirme á mí, cuando vivía en Vigo, allá por el año de 1867, que andando el tiempo había de estampar mi nombre al frente de un libro de Eusebio Blasco! De Eusebio Blasco, por quién he sentido siempre un respetuoso cariño y una profunda admiración.

Hallándome yo en mi pueblo, publicábase en Madrid aquel periódico inolvidable que se tituló *Gil Blas*, en el que los muchachos de entonces aprendimos á burlarnos de muchos chirimbolos tradicionales. Blasco escribía artículos deliciosos, llenos de desenfado y de ingénio, que yo saboreaba con deleite, porque Blasco era el ideal de mis aspiraciones literarias. Llegar á escribir como Blasco constituía uno de mis más grandes deseos. Sus versos me encantaban; su prosa fácil, ligera, amenísima, llenaba mi espíritu de inefable entusiasmo.

Un día sobreponiéndome al temor, natural en todo chico provinciano y gallego por añadidura, hube de remitirle unas redondillas, pidiéndole hospitalidad

para ellas en las columnas de *Gil Blas*. Blasco, después de las necesarias correcciones, publicó los versos y me escribió una carta alentándome á que continuara mi labor. Aquella carta la leyeron en Vigo casi todos los habitantes del casco de la población y aldeas vecinas.

¡Una carta de Blasco! ¡Qué honra para mí! Una carta del autor del *Joven Telémaco*, en la que me llamaba poeta fácil é intencionado y me animaba «á proseguir por ancha vía que había recorrido triunfante D. Juan Martínez Villergas»...

Pocos meses después la suerte me trajo á Madrid, destinado al ministerio de la Gobernación donde desempeñaba Blasco la secretaría particular del ministro. El jefe del personal tuvo á bien destinarme á la expresada secretaría y me ví en presencia de mi escritor favorito, de mi protector cariñoso, del hombre á quien admiraba con toda la vehemencia de mis veinte años.

—¿Es usted el Taboada que me escribía desde Vigo?—me preguntó amablemente.

—Si señor, aunque me esté mal el decirlo—le contesté.

—Pues ¡nada! no venga usted á la oficina. En esta casa va usted á olvidar hasta los preceptos ortográficos—dijo sonriendo.

Si, si, cualquier día renunciaba yo al placer de servir á las órdenes de Blasco. Dile gracias por su buena intención, estreché la mano que me tendía y fuí desde aquel punto y hora el oficial de la clase de cuartos más activo del ministerio de la Gobernación.

Durante el tiempo que estuve á las órdenes del insigne escritor, pude notar que era el hombre más fran-

co, más cariñoso y más sencillo del mundo. Allí donde había jefes que se hacían dar usía á todas horas y llevaban marcadas en los calzoncillos la V. y la S. del tratamiento, la conducta de Blasco valiendo más que todos juntos resultaba doblemente simpática. Jamás tuvo para sus subordinados más que frases de afecto, nunca le ví dictar órdenes severas con las cejas fruncidas y el belfo contraído como hacía cierto oficial de la clase de primeros, enemigo personal de las *haches* —pues hasta se la negaba al verbo *Haber*—el cual sujeto decía llamando á su presencia á los escribientes:

—Señores, ó por mejor decir, subalternos: Desde mi despacho oigo risotadas que están reñidas con la seriedad que debe reinar en los centros administrativos; y como la seriedad es la base, digámoslo así, de la Administración pública, prevengo á ustedes que se abstengan de toda manifestación ruidosa, si que también *despectiva*. No tengo más que decir.

Mientras éste y otros jefes superiores velaban por los fueros de la llamada Administración pública, poniéndose en ridículo, Blasco despachaba la correspondencia de D Nicolás María Rivero, con rapidez maravillosa, sin darle á nada importancia, y escribía versos, comedias, artículos, novelas y cuanto había que escribir.

Entre carta y carta rendía culto á las musas, sus buenas amigas, y tan pronto le veíamos redactar un documento político para el embajador inglés, como escribir unos versos cómicos al subsecretario D. Federico Balart, pidiéndole que no suprimiese las luces de los despachos.

Recuerdo alguna de las quintillas hechas una noche

á vuela pluma por aquel prodigio de facilidad y de gracia, y dirigidas á D. Federico:

.....

Ayer mismo sucedió:
 á un pobre señor que entró
 á verme sin luz ni empacho,
 en un rincón del despacho
 le quitaron el reló.

Y á fe que no es de extrañar,
 porque si á la luz solar
 se roban escribanías...
 ¿Con estas economías
 dónde vamos á parar?

* * *

Yo no soy quién—esta locución es de un exministro liberal y de un sereno del comercio — para hablar de la labor brillantísima de Eusebio Blasco, á quien ha admirado España entera durante muchos años, pocos sin embargo para nuestro cariño, y de quien se han hecho lenguas eminentes críticos extranjeros.

La nota más saliente de aquel maravilloso escritor, nunca bastante llorado por nosotros, ha sido la amenidad. Todo el que comenzaba á leer una obra de Blasco, tenía necesariamente que continuarla. Por eso nos ha producido una gran contrariedad y una enorme pesadumbre la lectura de los cuatro capítulos de su novela *Don Juan el del Ojo pito*, que ha dejado sin concluir. Tras de aquellas ingeniosas y naturalísimas escenas, donde rebosa la gracia y el donaire, queda el ánimo en disposición de continuar experimen-

tando emociones nuevas... La muerte ha venido á interrumpir el encanto de la narración, y entonces es cuando comprendemos toda la magnitud de la pérdida que han sufrido las letras españolas, y todo el dolor de los que amaban á Blasco y rendían culto á sus bondades y su dulce amistad.

Yo, el más modesto de todos sus amigos, pero uno de los más fervientes, le tributo en estas líneas incorrectas y deslabazadas el testimonio de mi admiración y de mi perdurable recuerdo.

Luis Taboada.

I

Bajo un paraguas.

Al lector pío, alazán ó bayo, le tendrá sin cuidado que lloviera ó no el día siete de Marzo de 1894. ¡Y, sin embargo, llovía!

El autor tiene que recordarlo para justificar la tardanza con que volvía á su casa Don Alvaro Corro, á quien esperaba con impaciencia su mujer, doña Clara, porque se le estaba pegando el arroz, y eran las siete y media de la noche.

Pero como D. Alvaro se había ido á la oficina por la mañana sin paraguas, y no era hombre de tomar coches, estaba á tal hora en un portal de la calle de Alcalá embozado en su capa, dando patadas en el suelo, y mirando hacia abajo por si entre las mil mujeres de todas clases y condiciones que pasaban por la calle con las faldas arremangadas la vista curiosa del hombre honrado, pero un si es no es libidinoso, descubría algo que le alegrase los sentidos; que eso nunca estorba.

Su señora esposa, entre tanto, iba y venía del comedor á la puerta de la cocina á preguntar si el arroz podía salvarse, y la cocinera le daba muy malas noticias.

Y como el tiempo pasaba y el agua arreciaba y D. Alvaro tenía hambre, ya iba á resolverse á llamar al primer cochero que pasara, cuando quiso su buena fortuna que de la misma casa en cuyo portalse había refugiado saliera, abriendo un gran paraguas, su amigo el médico Peláez, especialista de las enfermedades de la nariz, y hombre caritativo, aunque gallego.

—¿Qué haces aquí, querido Alvaro? preguntó á su amigo —Hola, Manuel, aquí estoy esperando á que aclare. ¿Qué camino llevas?

—Voy á la calle de San Juan á visitar á un senador vitalicio, que tiene la nariz obstruída.

—Pues me voy contigo y me dejarás en mi casa y la tuya, Huertas 29.

—¡Ya lo creo! Con mucho gusto.

Como el médico era más pequeño que él, y era el que llevaba el paraguas, D. Alvaro tuvo que ir agachado y andando á pasos largos como el que va á cazar tigres; y hablando, hablando, hicieron el camino los dos excelentes sujetos.

—Mucho me alegro de haberte encontrado. ¿Cómo van tus negocios?

—Ya sabes que yo no tengo negocios. Continúo en el Ministerio, como siempre. Me paré en en veinticuatro mil reales. Mi vida sería la más

feliz del mundo si tuviera lo bastante para vivir; pero no me alcanza, mi querido Manuel, no me alcanza.

—Está todo muy caro.

—*Aquella* se empeña en que no casaremos á la niña si no vamos á todas partes, y, naturalmente, esto ocasiona gastos que luego producen disgustos; y como yo soy débil, y por darle gusto á la niña haría moneda falsa, te digo que me veo negro para salir adelante.

—Tu niña estará ya hecha una buena moza.

—Está hecha un primor, y además es tan inteligente, que te encartaría. Como nunca vienes á vernos...

—Sí que iré; pero ahora tengo un trabajo espantoso. Desde que se han convencido—y trabajo me ha costado—de que aquí no entiende de narices, nadie más que yo, no sabes la clientela que he adquirido; pero iré, iré por ver á Carmela... la he conocido tan chiquita...

—Es un talento colosal. Toca el piano, que te digo sin vanidad de padre, que te hace llorar cuando le da la gana. Me ha salido poetisa, y hace unos versos encasillados...

—Endecasílabos, querrás decir.

—Eso; ya sabes que yo, como tengo tan delicada la cabeza, á veces equivoco los nombres; bueno, pues te hace unos versos encabísalos que ya se los piden para los periódicos. De charadas, no te digo nada, porque en cuanto le dices

una sílaba, te la saca. Pues se puso á pintar sin maestro ni nada, y chico, ha hecho un San Roque para la iglesia de Galapagar, que por cierto ayer lo hemos enviado por ferrocarril, ¡una cosa terrible! El perro está hablando. Y no creas que por eso deja los menesteres de su casa; porque ella planchar, ella guisar, ella flores de trapo, ella todo. Hoy mismo tengo un arroz á la valenciana, que me ha anunciado esta mañana, que si quieres comerlo verás cosa buena.

—Muchas gracias, querido Álvaro. Pues á una muchacha así no han de faltarle novios.

—Naturalmente; pero encerrados en casa como unos cartuchos...

—Cartujos, cartujos, Alvarito.

—Eso, cartujos: encerrados en casa no la colocaremos; y eso cuesta mucho. Vamos con frecuencia al teatro, á reuniones, porque todo el mundo la busca; y toca, y canta, y declama; alguna vez, para corresponder, tenemos que dar una comidita á personas de buen tono... en fin, obligaciones sociales que no se pueden evitar; y con seis mil pesetas con descuento no hay bastante, te digo que no hay bastante.

—Verdad que no.

—Así tengo yo la cabeza. que no puede con-
jugar el sueño.

—¡Conciliar!

—Bueno, lo que sea.

—Pero dime, ahora con la gravedad de tu tío Juan....

Don Alvaro se detuvo, y una mujer que venía en dirección contraria á ellos les dió con su paraguas una acometida en el del doctor, que, á poco más, lo pasa por ojo.

—¿Qué dices de gravedad del tío Juan?

—¡Ah! ¿Tú no sabes nada? Yo lo he leído esta mañana en un periódico: no sé si en *El Imparcial*, ó en el mío.

—¿Cómo en el tuyo?

—Sí, yo publico hace un año *El Correo nasal*; una Revista dedicada á mi especialidad... en fin, ello es que en un papel impreso he leído esta mañana que D. Juan Pesetas había sido víctima de no sé qué accidente y estaba muy malo. ¿No reside en Villarrubia de los Ojos?

—Sí.

—¿No es el ricachón célebre en toda la Mancha?

—Sí, sí, ese es.

—Pues á él se refieren, sin duda.

Don Álvaro temblaba bajo las ballenas. Su emoción era muy grande.—¿De veras? exclamó. Es que eso sería para mí muy importante... ¡Corre, hombre, corre!

—Ya estamos llegando.

—Pues adiós, querido Manuel, yo corro á mi casa á decirle á *aquella* la novedad... Apenas tiene importancia para nosotros lo que me estás contando. ¡Adiós, adiós!

—Adiós, querido Álvaro; ya iré á veros así que esté un poco más desahogado; porque ahora es la época de los forúnculos nasales, y no tengo tiempo de nada...

Y dándose un apretón de manos, se despidieron los dos amigos.

Don Álvaro subió de dos en dos los escalones de la casa, y dió un fuerte campanillazo, que inspiró á su señora este grito:

—¡Catalina! ¡El arroz enseguida!

II

Mientras comen, vamos á otra parte donde hacemos falta, para que el lector se vaya enterando poco á poco de los detalles que necesita saber antes de entrar de lleno en el interesante asunto de esta conmovedora historia.

Tenemos que ir hasta el fin de la calle de Serrano y *personarnos* en un suntuoso hotel, donde todo respira lujo y bienestar.

Lámparas de oro; espejos venecianos,
aureos sofás de blando terciopelo,
sillas de nácar y marfil indianos,
las colgaduras del color del cielo...

Sinduda que Espronceda inspiró la instalación del *opulento* banquero Gavilán, que así le llamaban los periódicos y los revisteros de salones

de los mismos. No diré que dominara en tal casa el buen gusto; que el buen gusto suele no ser propio de casas tales. Siempre fueron dados los ricos al relumbrón y á las cosas vistosas y á la profusión de muebles colgadas y accesorios del domicilio, muy relucientes y muy caros. Lo mismo les da un tapiz de Goya que unas cortinas de felpilla, y con tal de que se vea mucho oro y mucha plata, se dan por satisfechos y creen que á los demás nosha de gustar todo eso.

El hotel de Gavilán era de los que más parecen bazares de cosas muy nuevas y de mucho precio. Hogar de millonario, que en el momento histórico en que comenzamos nuestro relato estaba al caer de ser Conde pontificio, título de nobleza que le iba á costar veinticinco mil pesetas. Estaba en duda de qué título elegir y ya sabia que á Su Santidad le era lo mismo nombrarle Conde de Gavilán ó Marqués de la Vía Estrecha. Este último título le parecía *más propio*, según decía su señora; porque habiendo llevado el bienestar á varios pueblos de la provincia de Cuenca en tres ferrocarriles de vía estrecha, natural es que para la eterna gloria recordase en título la estrechez de sus vías. No estaba aún decidido; porque aunque á él le sonaba bien título tal, decía que tenía cierto deje de eso que llaman ahora estetismo, que pudiera dar lugar á malas interpretaciones. La gente es muy mala.

Don Alfonso Gavilán de Fernández de Badalona se llamaba, y así decían sus tarjetas; ya esto sonaba á nobleza, por más que había su trampeja en ello. Los dos *des* se los puso él en uso de su derecho; Fernández era el apellido de la madre, y hasta aquí vamos bien; lo *de Badalona* era añadidura, que completaba el rosario de apellidos; porque D. Alfonso era de Badalona, nacido en aquella ciudad industrial, y de gente honrada que, sin comerlo ni beberlo, le dió al nombre de su hijo aspecto de grandeza.

Don Alfonso no había podido perder el *asento* de su país, de modo que á pesar de su hotel y de su gran cruz del Cristo de Portugal y de sus coches y caballos, hablaba casi como cuando era obrero de la fábrica del *Anis Gloria*. Esto era lo de menos, porque hablando así llegó á diputado, y estaba en peligro de ser senador, y tenía once casas y había hecho los ferrocarriles aquellos angostos, y tenía á su mesa á lo mejor de Madrid, como todo el que da bien de comer. Era en fin, una personalidad, y á su señora, que era bastante fea, la llamaban en las revistas mundanas *la virtuosa* señora de Gavilán, que es adjetivo á propio de las tales.

Pues aquella misma noche en que se le pegó el arroz á Doña Clara y encontró el paraguas protector D. Álvaro Corro, nuestro señor Gavilán de Fernández de Badalona tenía gran comida en su casa, y sus convidados eran de lo más

florido de la sociedad madrileña: El nuncio de Su Santidad, monseñor di Rompi (que era el que andaba en lo del marquesado); el ministro de Marina; el director del *Centinela de las clases farmacéuticas*, primo hermano del anfitrión; el duque y la duquesa de Lumpiaque; el poeta Molino, que debía leer por primera vez su *Oda á la secularización de los cementerios*, y dos ó tres diputados cuneros por pueblos que no están en el mapa.

¡Oh, dramas de la vida! Eran las ocho menos cuarto; iban á llegar los invitados; el salón estaba hecho un ascua de oro; los criados, de calzón corto y medias encarnadas, encendían las luces del comedor; la señora de Gavilán estaba ya vestida y descotada hasta la rabadilla, y la orquesta de bandurrias, oculta en el jardín, templaba los instrumentos con que habían de amenizar la comida, cuando llegó D. Alfonso, tan deprisa, que á poco se cae al bajar del *landeau*, y subió la tapizada escalera saltando de dos en dos los escalones. Fué derecho á su despacho, y arrojó sobre la mesa, sacándolos con mano febril de todos los bolsillos, papeles, cartas, sobres, apuntes, todo el papeleo del día; y tocó el timbre, y le dijo al criado que se presentó enseguida:

—Á la señora, que venga.

—Por Dios, Alfonso, ¿sabes la hora que es?— dijo al entrar su descotada esposa. Vístete co-

rriendo, que antes de diez minutos vendrá ya alguno de los convidados...

—*Sierra* la puerta *Senaida*—dijo el opulento, de pie delante de su mesa y de todos sus papелotes.

—Pero hombre—observó su *Senaida*—¡mira que es muy tarde! Si tienes algo que decirme ya me lo dirás luego; anda, en tu cuarto tienes preparado el frac y todo...

—Sientate, *Senaida*, *ca* tenemos *qu' hablar*, y así se queden sin comida todos esos que te esperas, yo tengo que desirte las cosas que pasan, porque yo no sé si tandré que pegarme un pistolaso antes que cumamos!

La señora de Fernández de Badalona se puso pálida como la propia muerte, que los poetas dicen que es pálida (*¡Pálida mors!*) Así se puso *Zenaída Corro* de Fernández de Badalona. Cayó, como cuerpo muerto en el sillón mirando fijamente á su D. Alfonso, y exclamando:

—¡Dios mío! ¡Qué pasa! ¡No nos estropees la comida! ¿Qué es ello?

—Pus es que hoy he perdido dos millones y pico á la baja; que la Sociedad de las Canteras de Pososeco ha hecho quiebra; que tengo que pagar mañana letras por valor de tres millones y pico y que esto es una perdisión, y que estoy arruinado, ¿comprendes *Senaida* mía? ¡Arruinado!

La señora dió un suspiro tan fuerte que le saltó una ballena del corsé; el corsé estalló y sa-

lieron á pública luz cosas que debieran estar ocultas...—¡Dios mío! ¿Qué me dices?

—Sí, Senaida, sí; aquí no hay más tío pásame al río que morir ó desirle á la Sociedad de Madrid que el banquero Fernánde de Badalona está por las puertas!

En esto entró un criado y dijo:

—Ya hay en el salón uno de los señores convidados.

—Voy enseguida—dijo la infeliz esposa.—¿Lo ves Alfonso? Ya comienzan á venir, hay que disimular por esta noche; sabe Dios lo que pensarían...

—¡Y hay que haser buena cara, cuando estoy para reventarme!

—Tú que tienes tanto talento financiero, saldrás de seguro de este conflicto; cálmate hijo mio; luego, á última hora, cuando se vayan nuestros amigos, me contarás detalles, no puede ser que así, en veinticuatro horas, nos quedemos en la miseria...

—¡Ma lo temo mucho! Anfin, voy á vestirme y á pasar el calvario de dar conversación á los que vienen á comer á casa. ¡Qué ajenos estarán de lo que le pasa á mi bolsa!

—¡Arruinados! ¿Por qué no tomas tus precauciones? ¿Temes que te embarguen el hotel? Dí la verdad.

—Lo temo todo, y aquí no hay más que una solusión.

El criado volvió á aparecer en la puerta, diciendo:

—Ha llegado el señor ministro de Marina.

—¡Alfonso, por Dios!

—Voy desiguada. No hay más que una solución, y es llamar á tu primo Álvaro Corro, á ver si quiere, mediante una cantidad que le daré, figurar como dueño de todas mis fincas, ponerlo todo á su nombre, y salvar lo que se pueda.

—Mi primo y su mujer apenas nos ven; ¡como no los convidamos á nada, y ellos están metidos en su rincón...

—Pues que vaya nuestro hijo Martín á verles y les convide á todo lo que quieran...

Nueva aparición del criado:

—Ha llegado el señor duque de Casa-Verde.

Don Alfonso se decidió, por fin, á ir á vestirse.

—Anda Senaida, resíbelos tú mientras yo me pongo el frac. Á última hora juntos los tres, es desir, Martín, tú y yo resolveremos; ahora hay que haser la comedia.

—Voy corriendo al salón.

Y se dirigió á la puerta y su marido se fué por otra que había junto á la mesa, pero antes de separarse, D. Alfonso le dijo:

—Senaida.

—¿Qué quieres, hijo mio?

—Arréglate un poco el corsé, te lo *agradeseré*.

—Ah sí, es verdad, no tengas cuidado!

III

La Percales.

—No te vayas, hombre! No te vayas!

Así le decía la Percales á Martín, á la misma hora en que el de Badalona y su esposa hablaban de él; y esto sucedía en un cuartito muy elegante de la calle de Serrano, no lejos del hotel del millonario triste.

Martín, el hijo de D. Alfonso y de Doña Senaida estaba sentado encima de una mesa, remando en el aire con las piernas. La Percales, tendida en una *chaise-longue*, medio vestida con una bata blanca adornada de encajes azul pálido y calzada con unos zapatitos de raso negro sobre media del mismo color, tenía la cabeza apoyada en ambas manos cruzadas por detrás del moño, y en esta descansada y perezosa postura, repetía mirando á Martín, que perneaba y jugaba á la vez con una naranja, arrojándola en alto, y recogéndola con las dos manos:

—¿No te vayas, hombre, no te vayas!

—Si tú crees que me divierte irme ahora á comer á casa, rodeado de todos esos *lateros* que convida mi padre....

—Pues quédate.

—No, porque luego hay un belén; mi madre lo toma en serio, se arma bronca, no me habla en ocho días y en esos ocho días no hay *guita*. ¡Pues si no fuera por eso! A mi me revienta todo eso!

—Mira, tengo unas sopitas con yerbabuena, á la andaluza, que te vas á chupar los dedos:

—No seas mala.

—Tengo unos salmonetes frescos, y un pollo santo, porque la Pepa los confiesa antes de matarlos, y unas torrijas que ha hecho la propia Pepa que ya sabes que es particular para eso. El café te lo haré yo misma. Anda pichón, quédate, que me aburro atrocemente de estar sola.

—Que no puedo, Paca; ¡que me va á costar un disgusto y unas *boceras* de dinero que no te harán gracia!

—Bueno, hombre bueno, vete, pero vuelve pronto.

—Eso sí que te lo aseguro. En cuanto que empiece el poeta á leer sus infundios, me escurro sin decir adiós á nadie y aquí me tienes hasta mañana.

—¿Es de veras?

—Por éstas. Y Martín besó las cruces que hizo con las manos.

—¿Su Alteza nos hace el favor de pasar la noche con su amiguita de su alma?

—Mi Alteza lo jura.

—Vaya pues márchate, chiquillo, que ya es hora.

Martín miró el reloj.—Aún faltan diez minutos, dijo, y los convidados de mi padre ya tienen costumbre de verme entrar tarde. ¿Qué me estabas diciendo cuando me dispuse á marcharme?

—Ah, sí! Te decía que tienes que ponerme una carta muy bien escrita, pero muy retebien, para un tío segundo que tengo en Villarrubia de los Ojos.

—Vaya un pueblo! ¿Dónde está eso?

—En la Mancha.

—¿Y qué quieres que le diga?

—Tú, nada, la que escribe soy yo; pero como yo no tengo costumbre... en fin, verás. D. Juan que es tío segundo mío por parte de madre, me ha querido siempre mucho, porque su hermano que era mi padre, y él, se querían mucho, y mi padre que antes de sus desgracias, cuando yo me escapé con el franchute aquel...

—No me recuerdes cosas que me revientan.

—Bueno, hombre, bueno; pues mi padre hasta que se murió estuvo en muy buena armonía con él, y no le dijo lo que yo era.

—Tú eres una retunanta muy grande... que vuelves loco al verbo!

—No te muevas de ahí, déjame acabar! Pues mi tío nò sabe si yo soy santa ó soy diabla y no me ha visto desde que era chiquita y le he hecho creer que estoy viviendo de trabajar en un taller de modista, en fin, que yo me he arreglado para que crea todo eso. El resultado es que me quiere más que á nadie de la familia. Y como yo soy muy sufrida y muy buena y no quiero estar molestándote siempre, y necesito ahora dos mil pesetas.

—Pero, oye, chiquilla, ¿tú comes dinero?

—¡Ó lo bebo!

—Bueno, sigue y date prisa.

—Pues ya te lo he dicho. Lo que quiero es una carta en que le diga que estoy muy mala, que me van á echar de la casa, que me veo en compromisos muy grandes... ¡Tú debes de saber explicar muy bien todo eso!

—Lo he hecho más veces con mi padre...

—Me lo figuro, y por eso confío en tu talento, resalao!

—Vaya, me voy para no ponerme tierno.

—Ea, *ahueca*, y hasta luego.

—Hasta luego.

—Y á ver si esta noche me escribes una carta que haga llorar al gran D. Juan Pesetas.

Martín, que ya estaba en la puerta, se volvió rápidamente.

—¡Cómo D. Juan Pesetas!

—Como que se llama así!

—¿Tu tío?

—¡Mi tío!

—Pero entonces... Vaya, ¿a qué ahora resultamos parientes?

La Percales riendo, dijo:

—¡Habrá que acudir á Roma!

—Pero ¿cómo no me lo has dicho nunca? ¿Cómo no lo sabía yo? Mi tío-abuelo, que sepamos, no tiene más sobrinas que mi madre, la mujer de Corro, y una que, según tengo entendido, vive en Manzanares.

—Vivía.

—¿Qué?

—¡Como que soy yo!

—¡Pero si esa sobrina se llamaba Felisa!

—¡Claro! Pero como yo me eché á viajar de *incórnito* por la vida, tuve la precaución de llamarme Paca para mis nuevas relaciones...

—¿De modo que venimos á ser primos segundos?

—¡A ver!

—¡Cuánto me alegro! ¡Uí! Ya estarán comiendo; enseguida vengo y te pondré la carta y hablaremos de eso, que es muy interesante!

—¡Adiós, chiquillo! ¡Qué te espero!

IV

La familia Corro.

Dejamos á D. Álvaro Corro tirando de la campanilla, y á su señora, doña Pantaria, pidiendo el arroz á toda prisa.

Ya estaba la mesa puesta, y la madre y la niña esperando al jefe de la familia, que entró precipitadamente, excitado á la vez por el hambre y por la noticia que acababa de darle su amigo.

Clara, su esposa, le salió al encuentro diciendo:

—Pero, hombre, ¡qué calma tienes!

Y Carmela añadió:

—¡No vale la pena de hacer un arroz con todo el esmero mío, para esto!

—Á la mesa, á la mesa—exclamó D. Alvaro—que os tengo que contar una cosa muy interesante.

Se sentaron á la mesa, y la criada sirvió el arroz.

Á la primera cucharada dijo Carmencita:

—¿Que tal, papá?

—¡Sacaalientos!

—Suculento, querrás decir; ¡por Dios, qué palabras inventas!

—Es igual. Oídme, que lo que os voy á decir vale la pena de escucharlo. D. Juan Pesetas está muy grave.

La madre y la hija dejaron caer los tenedores sobre los platos.

—La noticia os ha hecho efecto, ¿eh?

—¡Ya lo creo!

—Comprendéis su transparencia, ¿verdad?

—¡Su trascendencia, papá!

—¡Es igual, no me enmiendes más la plana! ¿Comprendéis lo que quiere decir esa gravedad?

—Como que hay que tomar el tren enseguida, dijo Clara, porque si se muere allí, sólo con sus criadas viejas...

—¡Á¡ver! Aquélló será un campo de bramante.

—¡De Agramante, papá!

—¡Que no me fastidies, que yo hablo como me da la gana ¡Figuraos lo que pasa si un hombre tan viejo y tan rico se muere sin que estemos allí ninguno de nosotros!

—Ó si llega antes que nosotros cualquiera de los parientes ricos.

—El pillo ese de Fernández de Badalona, por ejemplo.

.....



INDICE

	<u>Páginas.</u>
Al lector.....	3 á 6
Una señora comprometida.....	9 á 148
Del amor... y otros excesos.....	153 á 234
Don Juan el del Ojo pito.....	237 á 261



**THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW**

**AN INITIAL FINE OF 25 CENTS
WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN
THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY
WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH
DAY AND TO \$1.00 ON THE SEVENTH DAY
OVERDUE.**

SEP 29 1932

LD 21-50m-8, 32

YC 60336

U.C. BERKELEY LIBRARIES



8003011946

554557

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY



